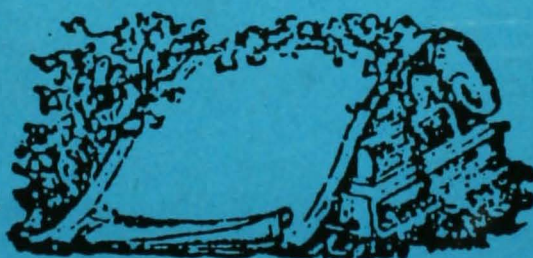


LOS
MISTERIOS DE SANTIAGO

POR

JOSÉ ANTONIO TORRES



VALPARAISO:
IMPRESA Y LIBRERIA DEL MERCURIO,
de S. Ternerio y Ca.
1858.

MISTERIOS DE SANTIAGO.

POR

JOSÉ ANTONIO TORRES.



VALPARAISO:

IMPRENTA Y LIBRERIA DEL MERCURIO,

de J. Tanco y Ca.

1858.

ADVERTENCIA

-----*

Después de los *Misterios de Paris*, todo aquel que la echaba de escritor quiso hacer *misterios*, y hubo *Misterios de Londres*, *Misterios de Madrid*, *Misterios de todas partes* y hasta *Misterios de Valparaíso* hubo, que felizmente se quedaron en el misterio. Ahora me presento yo también con los *Misterios de Santiago*, y sin pretender atajar la crítica de nadie, diré simplemente; que habiéndome propuesto escribir obras de este género, he querido en mi primera presentarle al lector un cuadro extenso y variado de cuantas escenas he podido estudiar en la vida y que merezcan la pena de tenerlas en cuenta por la moral que enseñan, y que después de pensar mucho y manejar algunos títulos, vine a decidirme por llamarla los *Misterios de Santiago*; y yo sé que por muy buena razón le viene mejor este nombre que ningún otro.

No haré yo aquí lo que otros autores, que disimuladamente se constituyen en jue-

— VI —

ces de sus mismas obras, y con mentida modestia procuran hacer pasar libremente su especie, apuntando al lector candorosamente sus bondades y contándole la intención tan sana que los ha guiado de ser útiles a la humanidad. Francamente, yo no puedo avaluar el valor de mi especie, ni sé en qué pueda ser útil a la humanidad que la acoge. Esto lo sabré con el tiempo, cuando sin fascinarme, como me sucede de costumbre, pese los diferentes juicios que se emitan sobre ella; si es que alguna vez merece el honor del juicio de alguién.

Como hace ya algún tiempo que no escribo para la *gloria*, sin decir que le he perdido el cariño que se lo tengo y de buena lei, no pretendo tampoco conquistarme con mi obra lauros para el porvenir. Tengo celebrado un contrato y es de mi deber, por supuesto, darle exacto cumplimiento. Al que se le antoje disputarme la gloria, que se la lleve, que todavía entre nosotros dura poco y no escita mayormente la codicia.

La intención que he tenido al anticipar estos renglones, ha sido únicamente hablar sobre el título de mi obra, que después de Enjenio Sué parece un atrevimiento el emplearlo; y ya le he dicho que me he valido de él porque no he encontrado otro que le viniese mejor.

La entrego, pues, al capricho de mis lectores.

(Nota del compaginador: La diferencia de tipo de máquina en las páginas V, 386 y 387, se debe a que esas páginas faltan en las fotocopias que se encuentran en nuestro poder. Se han copiado fielmente de un microfilm de la novela.)

* CAPÍTULO I.

UN SECRETO DE MUJER.

Al caer la oración de un día de febrero del año mil ochocientos cuarenta..... un caballero como de 40 años de edad, de aspecto sério, pero agradable, pasaba revista a las casas que miran al tajarar situadas una cuadra de la pila hacia el Oriente. Parecía sumamente preocupado y en cada puerta se paraba como para reconocer una señal convenida de antemano. Al llegar a una casa pequeña de puertas y ventanas verdes, empleó doble espacio de tiempo en examinarla: hasta que convencido probablemente de la identidad de la señal, tocó suavemente la puerta que se mantenía cerrada. Al cabo de un rato preguntó *quién era*, una voz áspera de mujer.

—Yo, contestó el caballero.

La voz de éste le era probablemente conocida, pues la puerta se abrió al punto y penetró aquel en la casa bastante inquieto.

—¿Está todo preparado, señora? preguntó a la mujer que se mantenía a su lado y parecía observarlo.

—Sí, señor, está todo, contestó ésta con amabilidad.

—¿Y cuál es la pieza que Vd. ha elegido?

—Está en el segundo patio, señor.

Esta pieza, a la que entraron los dos, no tenía mas muebles que una cama, una mesa, un pedazo de alfombra, tres o cuatro sillas, una tina pequeña y un canasto de ropa blanca. A la parte de afuera del cuarto había un brasero con fuego donde se calentaba agua. El aspecto del cuarto y varias ropas de niño que se encontraban encima de la cama, manifestaban claramente que se esperaba el nacimiento de una criatura.

La mujer que hemos encontrado había dispuesto de este modo el cuarto y parecía mandar en jefe en la desierta casa. Esta mujer era una matrona. Una muchacha de ocho a diez años de edad, era la única que la acompañaba.

El caballero no habló una palabra mas y la matrona salió al patio, llamó a su lado a la muchacha, y empezó a atizar el fuego. Aquel comenzó a pasearse a lo largo de la habitación y en su rostro se manifestaba la profunda inquietud de su espíritu. A cada ruido de carruaje que percibía, su emoción aumentaba y se detenía involuntariamente. Cuando el carruaje pasaba de largo, al mismo tiempo que se tranquilizaba un tanto, manifestaba como sentir tener todavía que esperar.

De repente se acercó a la puerta y dijo a la matrona.

—Esa muchacha no retendrá en su memoria lo que podrá ver y oír?

—Y aun cuando así fuese, señor, contestó la mujer, no podrá ser en ningún tiempo una testigo peligrosa, pues ignora el nombre de las personas que hoy verá en esta casa, y dentro de algunos años olvidará sus facciones.

En este momento se oyó el ruido de un carruaje y un instante después paró a la puerta de la casa. El caballero sintió un golpe en su corazón y se precipitó a abrir la puerta. La matrona se entró a la habitación encargando a la muchacha que estuviese lista a su llamado.

Una mujer como de 28 a 30 años, bastante hermosa, alta, de ojos negros demasiado grandes, pero de mirada siniestra y mal intencionada, se apeó del carruaje muy trabajosamente con ayuda del caballero y se dirigió a la pieza que conocemos y donde la aguardaba la matrona. Sus facciones estaban desencajadas y se quejaba por intervalos, pero con cautela. Se conocía que era una mujer para la cual los sufrimientos no podían tener una fuerza suficiente capaz de abatir su espíritu. Al llegar a la habitación empezó a quejarse mas continuamente y algo desesperada. Volviéndose al caballero que todavía la sostenía:

—Creí que no alcanzaría a llegar, le dijo con voz tenue y fijando en él una mirada profunda.

—¿Y teneis confianza en el cochero que os trae, señora? la preguntó este ¿no habrá conocido vuestro estado ni adivinará el objeto por que habeis venido a esta casa?

—No me conoce, contestó la enferma, ni ha podido verme el rostro; no sabe donde vi-

vo ni tampoco lo sabrá, por que vos me acompañareis a mi vuelta y nos apearemos antes de llegar a casa.

—Mucha confianza teneis en vuestras fuerzas, señora.

—Es que vosotros, por las debilidades morales de la mujer, avaluáis sus fuerzas físicas. Pero yo sabré sobreponerme a mis sufrimientos, no tengais cuidado, y avanzaré en mi cama. ¿Habeis prevenido a algun médico?

—No lo he creído conveniente, señora, por que la matrona, mujer bastante entendida en su oficio, me ha asegurado que está acostumbrada a valerse sola en estos casos. Pero si fuese necesario, lo tendríais en un cuarto de hora.

—Me admira vuestra sangre fría, caballero.

—Y a mi me admira, señora, vuestra fuerza moral.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono sarcástico que impresionaron levemente a la enferma.

—Confesádmelo, caballero, dijo ésta tristemente, que si muriese, no tendríais mucho sentimiento por ello.

—Jamás he tenido ocasión, señora, de probar la ternura de mis sentimientos; pero puedo aseguráros que siempre os recordaría. Os alterais, señora, vuestro rostro se enciende....

—Sí,.... sufro demasiado.

La matrona, que se encontraba sentada en un rincón de la pieza, impasible y muda, creyó que ya era llegado el momento de intervenir y se acercó apresuradamente a la cama donde se había sentado la señora.

Eran las ocho de la noche. A las once en punto se habria la puerta de la pieza y salian de ella, la señora apoyada en el brazo del caballero, trémula, su rostro encendido y su respiracion ardiente y entrecortada; éste estaba tambien bastante agitado y la sostenia cuidadosamente; la matrona con un bulto en sus brazos perfectamente cubierto y la muchacha que habia entrado tambien a la habitacion cuando aquella lo habia tenido por conveniente.

Encontraron al cochero que dormia en el pescante. La señora fué la primera que subió al coche sin necesidad de apoyarse en nadie, y manifestando una entereza que asombró al caballero, pero nó a la matrona que sabia perfectamente hasta donde alcanza el valor de una mujer. Despues subieron los demas.

El cochero recibió la órden de llevar despacio el coche e hizo andar los caballos en la direccion que se le indicó. Durante el camino, ninguno de los personajes rompió el silencio y solo se escuchaba la respiracion violenta de uno de ellos y el débil quejido de otra. Paró el cochero el carruaje en una calle atravesada y en frente de una casa vieja y pequeña. El caballero abrió la puerta del coche, y la matrona con la muchacha se levantaron para bajarse.

A este movimiento estendió los brazos involuntariamente la señora hácia el bulto que llevaba la matrona, y habiéndolo tomado quiso llevarlo a su seno. El llanto de un niño recién nacido se dejó oír en ese instante, y entónces

primera vez de su vida que la vencia un sufrimiento, a ella, acostumbrada a despreciar la miseria y los dolores en los demas y a sofocar en su corazon, todo sentimiento noble. Pero era madre, y por insensible y cruel que fuese, algun estremecimiento habia de ocasionar a su corazon el llanto de su primer hijo, algun dolor agudo le habian de arrancar los jémidos de la criatura que habia alimentado en sus entrañas y que ya parecia quejarse de su horfandad y del triste porvenir que le aguardaba. Esa mujer era de mármol, pero humillándola la naturaleza la ennobleció y la hizo digna por algunos minutos. No hai corazon en el mundo, por corrompido que sea, que no conserve una fibra oculta capaz de estremecerse al golpe de un sentimiento extraño. Esa mujer sintió oprimido su corazon y lloró; mas cuando el arrepentimiento iba a asomarse a su conciencia, se debilitó su espíritu y cayó en una estremada languidez.

Daremos a conocer esta mujer mas detalladamente a nuestros lectores.

Nacida en la buena sociedad, nada omitió su familia por proporcionarle una educacion esmerada y la mayor instruccion posible; pero Ana, que este era su nombre, fué siempre una carga pesada en los colejos, y por su mala indole jamas pudieron quererla sus compañeras. Tenia un talento raro y una malicia bien profunda. Perdió a sus padres muy jóvenes y pasó con alguna fortuna al lado de unas tias a quienes hacia sufrir en extremo. Mujer ya, empezó a intrigar para sobreponerse a las

la señora convulsivamente pegó a sus lábios el embolitorio. El caballero lo volvió a los brazos de la matrona y ésta comenzó a bajarse.

—Antes que os vayais, dijo la enferma a la matrona, decidme vuestro nombre.

—Me llamo Dionisia, una servidora de Vd., señora.

—Cuidad a esa criatura que yo recompensaré bien vuestros servicios: es un inocente que solo sabe llorar: tenedle lástima.

—Ya estoy perfectamente recompensada, señora, y perded cuidado, que yo atenderé a este niño como si fuera un hijo mio.

Acto continuo se cerró la puerta del coche y empezó a andar pausadamente hácia la calle que se le indicó al cochero.

Los personajes que iban dentro del carruaje continuaron guardando un profundo silencio; solo a veces, en los vaivenes que producía el coche, solia quejarse la señora, pero tan débilmente que apenas se alcanzaba a percibir. En una de estas veces le dijo el caballero con un tono mas dulce que el que habia empleado hasta entónces:

—¿Sufrís mucho, señora?

—Me voi sintiendo cada vez mas débil, pero no sufro mayormente, contestó la enferma que hacia esfuerzos por no mostrarse abatida.

Pero cualquiera que hubiera podido ver en ese instante el semblante de esa mujer, hubiera conocido que se encontraba vencida por el dolor, pues su rostro se hallaba bañado de sentimiento y sus ojos de lágrimas. Y este dolor no era físico sino moral; y era esta la

personas de su sexo, y sus deseos y aspiraciones la hicieron mas de una vez probar desengaños que jamas consiguieron contristarla: parecia que habia nacido sin corazon. Hermosa, joven, de talento, con fortuna, libre, si hubiera nacido en una corte de Europa, habria llegado a ser la favorita de un rei; pero nunca una honesta y virtuosa madre de familia. Tenia inclinacion únicamente al vicio, y la crueldad de sus sentimientos, su ambicion y su envidia, formaban su carácter siempre dispuesto a la intriga y al finjimiento.

Como algunos enamorados en los primeros años de su juventud solicitaron su mano, empezó a ensayar una coqueteria de baja lei, y despues tuvo un placer verdadero en la mortificacion de sus diferentes amantes. Este juego era de su particular agrado, y comprendió entónces que una mujer joven, hermosa y rica, tiene mas goces en su estado de soltera cuando es completamente libre, que unida para siempre a un hombre a quien solo se puede amar por quince dias. Así pasó sus veinte años, hasta que al cabo de destrozar el corazon de mas de un amante, de amargar la vida de algunas jóvenes arrebatándoles su amor, vió ella misma a unirse el infortunio a su reprobada existencia. Quiso unirse en matrimonio a un hombre de fortuna y de elevada posicion social y cuando, cediendo a un arranque de su carácter, le habia sacrificado hasta su honor, se vió contrariada en sus deseos por el descomiso: pretendió llevar al matrimonio una entretenicion culpable, criminal, y arrastró a

a un jóven de carácter violento, orgulloso, tambien de fortuna y de invidiable posición: pero que tenia diez años menos que aquel.

Próximo a verificarse su enlace, porque el caballero a quien se habia sacrificado era honrado y la amaba, fué sorprendida en sus amores con el jóven y el matrimonio quedó disuelto. Herido aquel tan violentamente en sus sentimientos, habiendo estado a punto de ser eternamente desgraciado uniéndose a una mujer que burlaba sus amores y manchaba su honor, tuvo en un principio algunos días de amargura, pero recobrando despues su calma y curado de su pasión enteramente, exigió de la mujer culpable que le entregara al hijo que llevaba en sus entrañas, o divulgaria en la sociedad su secreto.

Ana no se hizo repetir dos veces la proposición y prometió hacerlo. Era indudable que desde el momento que fué sorprendida, su honor, su porvenir, toda ella se encontraban en manos de ese hombre, a quien habia destinado para su víctima, y no podia por consiguiente negarse a ninguna de sus exigencias. Así fué que cuando, algunos meses despues, conoció que era llegado el momento de satisfacer al que habia engañado, dióle oportuno aviso y todo se preparó para el efecto. La casa del tajar fué elegida por ella misma, como tambien el cochero que habia de conducirla a ella.

Ese caballero, pues, que la habia acompañado en el trance mas difícil que hasta ahora se encontrara su vida, y que se llama Fernando, es el mismo a quien Ana habia tenido

intenciones de sacrificar. Pero ella ignoraba los demás males que ocasionara a Fernando con su conducta, los que en el curso de su vida habian de proporcionarle mas de una amargura y destruirle todo proyecto de felicidad.

Cualquiera otra mujer, en el estado en que se encontraba Ana en el coche, próxima a caer en una debilidad extrema y ser víctima talvez de su imprudencia o de su fatalidad, habria desviado su pensamiento del mundo y abrazado alguna idea religiosa, al menos mientras recobraba sus fuerzas; pero Ana tenia todavia poder sobre sí misma y solo pensaba en el jóven que habia sido causa del rompimiento de su enlace y a quien hacia algun tiempo que no veia, y combinaba planes de seducción para anarrarlo a su destino y poderse presentar algun dia a los mismos ojos de Fernando rehabilitada y digna; pero no por el remordimiento ni elevándose por buenas acciones, sino por una posición alcanzada por la intriga. A falta de este jóven tenia tambien un comerciante altamente vicioso y corrompido, que solicitaba su mano porque tenia conocimiento de su fortuna.

Dos ideas, pues, se presentaban a su imaginación que era necesario explotar para salvar su porvenir; pero la demasiada languidez en que en ese instante se encontraban su cuerpo y su espíritu, no la dejaba fijarse en ellas con detenimiento.

De repente paró el coche a una voz de Fernando, y éste abrió la portezuela y se apeó el primero.

—Tened la bondad, señora, dijo a Ana, de afirmaros en mi brazo, porque la debilidad en que os debeis de encontrar no os permitirá bajar probablemente.

—Lo probaré, caballero, contestó Ana; pero cuando quiso apenas levantarse estuvo a punto de caer desfallecida. Ah! no puedo! continuó, y tengo todavia que deberos este último servicio.

Fernando sujetó en sus dos brazos el cuerpo de Ana y le ayudó a bajarse.

En seguida dió una onza al cochero, tomó del brazo a Ana y caminaron lentamente a la casa de esta última. El cochero tomó la dirección opuesta y desapareció a la vuelta de la calle.

Al llegar Ana a su casa tuvo un acceso de fiebre que le comunicó fuerzas suficientes para caminar por sí sola; pero antes de separarse de Fernando, fingiendo profundo sentimiento—

—Espero, le dijo, que hayais quedado satisfecho; me habeis exigido que os entregue el tesoro mas grande que puede hacer la felicidad de una mujer, su hijo, y os lo he entregado. No solo teneis en vuestras manos mi honor, sino tambien el fruto de la única pasión que ha atormentado mi vida. Ah! sois bien cruel!

—Señora, es verdad que habeis satisfecho mis deseos y os doi por ello las gracias; pero he creído que no tendríais corazon y que vuestro hijo iba a ser un estorbo en vuestro camino: a mi lado podrá talvez llenar mas felizmente su misión. Sois depositario de vuestra honra, pero esto no puede inquietaros dema-

siado, porque vos sabeis mejor que yo, que no soi el único que ha merecido el alto honor de que se le confie tan inestimable tesoro. Habeis sido bien pródiga, señora!

—Apenas he tenido fuerza para escucháros, dijo Ana, por que vuestras palabras me han hecho recordar, de que vos no sois para mí sino un verdugo. Temo que vuestra vista me ponga mala, caballero.

Y apesar del estado en que se encontraba, abrió con entereza la puerta de su casa y penetró en ella erguida y con paso firme.

Fernando la siguió con la vista, asombrado y meditando en la constitucion privilegiada de Ana y pensó:—Esta mujer hará indudablemente la desgracia de cuantos se le acercan, seria una obra de caridad hacerla conocer del mundo.

Y se dirigió en seguida a casa de la matrona.

CAPÍTULO II.

UNA CARTA DE AMOR.

En una casa de campo, rodeado de su familia y entregado a sus propias ideas, se encontraba momentáneamente establecido César Martín, uno de los héroes de nuestra historia. Tenia apenas treinta años, bien formado, aspecto grave y simpático y considerado siempre de todos por la superioridad de su inteligencia. A pesar de que su carácter era orgulloso y poco sufrido, en sociedad era amable.

tolerante, de seductoras maneras y estremadamente atento. Sus padres le amaban entrañablemente, porque era el único hombre de la familia y el que talvez muy pronto debía hacerse cargo de ella, pues su padre hacia tiempo que habia entrado en los años de vejez. Dos hermanas que tenia, Matilde y Carolina, cuidaban de él con esmero y su madre solo pensaba en verlo rico y feliz.

César, a pesar del cariño de su familia, de la estimación de los extraños, de su fortuna, de su posición social, no gozaba de tranquilidad y de ventura. Algunos acontecimientos sociales habian amargado su existencia, y últimamente una pasión borrascosa le habia tornado melancólico y hasta sombrío. Jamás habia amado con todos sus sentimientos, sino cuando ya era un hombre de veintiocho años, y de carácter violento y fuertes pasiones, ese amor vino a trastornar su vida. Pero era reservado y tanto su familia como sus amigos, ignoraban absolutamente que estuviese sufriendo las consecuencias de una pasión funesta.

Tuvo, sin embargo, como todos los jóvenes que han amado, días venturosos que hermoceaban su vida, y hasta creyó en algunos momentos haber llegado a la felicidad en su pasión, que la consideraba como el elemento indispensable de su existencia. Pero un día que entregado a su amor gozaba de todas sus delicias, que sus mas dulces ilusiones se habian convertido en realidad y que embriagado en los favores de una mujer que amaba y que talvez ama mas aun, sonreía al presente

y miraba lleno de confianza al porvenir, esta misma mujer que con su abnegación y sacrificio le hacia dichoso, le despreció un instante despues, prohibiéndole que se volviese a presentar a su vista.

A un hombre profundamente enamorado, no es la ambición del primero, sino del segundo favor de su querida lo que lo enloquece. Y si sucede que inmediatamente despues del primer favor es repudiado, se entrega primero a la desesperación y luego a la melancolía, la que ya jamas le abandona absolutamente.

César se encontraba en esta situación: habiendo desesperado al principio, habia caído despues en la melancolía y parecia que los placeres del mundo le eran indiferentes. Sin embargo, el volcan que habia alimentado en sus entrañas, calmado momentáneamente en sus erupciones, estaba pronto a estallar y a abrazar su corazón.

Un bellissimo día, en que despues de comer habia ido César a ver morir el sol desde una colina inmediata, a su vuelta le esperaba su familia impaciente. Hacía tiempo que esta se empeñaba fuertemente en que César tomase por esposa a una joven rica y de orgullosa familia que le tenia inclinación y a quien él no habia podido amar. Su madre era la mas empeñada en este enlace, y esto inquietaba a César porque amaba a su madre con toda la ternura de su alma. Ahora esta le esperaba, porque habiendo sabido en ese momento que la niña a quien queria por yerna se aprontaba a pasar en su compañía algunos días de cam-

po, y creyendo que esta era una bella oportunidad, iba a hacer el último esfuerzo por arrancarle a su hijo el sí, que tantas veces habia estado resuelto a conquistárselo.

Luego que sus hermanas le vieron volver, le introdujeron al dormitorio de su madre, que anciana y siempre achacosa jamas salia de las habitaciones interiores, y cuando estuvo en su presencia una de éstas se apresuró a hablar.

—César, le dijo Carolina, nuestra madre tiene que pedirte un favor, y nosotras deseamos que se lo concedas, porque esto haria la felicidad de sus últimos días.

Este lenguaje lo extrañó César y al instante le asaltó un presentimiento fatal. Pero la idea de que ese favor iba a hacer dichosos los últimos momentos de su madre, le hizo en el acto decidirse y contestó:

—No me hables así, Carolina, dime que mi madre necesita ordenarme algo que debo ejecutar en el instante, y esto es suficiente para que yo me apresure a obedecerla.

Y acercándose a su madre que estaba sentada en un sillón al extremo de la pieza:

—Madre mía, le dijo con ternura, ¿quieris mandarme algo? y es cierto que lo que tenéis que ordenarme es para vos demasiado importante?

—Sí, hijo mío, contestó la señora, pero temo que hagas resistencia a obedecerme.

—Ese temor me atormenta, madre mía, porque me hace ver que no conocéis que toda mi felicidad y mi orgullo están cifrados en ve-

ros contenta y satisfecha. Hablad, señora, que vuestras órdenes son sagradas para mí.

—Quizá vas a creer que es un sacrificio, dijo pausadamente la señora, lo que te voy a exigir, pero yo sé que con el tiempo harás tu felicidad.

César se puso pálido, y sus hermanas se acercaron y permanecieron de pie al rededor del sillón donde estaba sentada su madre.

—Sí, hijo mío, continuó la señora, estoy segura que harás tu felicidad.

—¿Y cuál es ese sacrificio, madre mía? dijo a media voz César.

Mañana tendremos aquí a Elena que viene a pasarse algunos días con nosotras, prosiguió la señora con calma y fijando en su hijo sus ojos nublados. Tú sabes que esta niña te ha querido siempre, como lo saben tus hermanas, y que reúne todas las cualidades que pueden hacerla una esposa tal como pudieras desearla. Tu enlace con Elena ha sido mi último y mas feliz sueño, creo que él aliviaria mis achaques y llenaria un vacío que siento en mi vida. César, la ocasión es muy favorable, mañana llega Elena y aquí mismo puede hacerse el matrimonio. ¿Quiéres, hijo mío, ver morir a tu madre contenta, o prefieres que acabe sus días en un profundo desconsuelo? También tu padre está grandemente empeñado en este enlace, y él también sufriria con tu resistencia.

El golpe era terrible y no pudo menos de recibirlo César con intenso dolor. No podia amar a Elena y era evidente que no la amaria jamas: idolatraba a otra mujer, y aunque repudiado, su pasión habia echado hondas raíces

y habia embargado todos sus sentimientos. Si condescendia con su madre, iba a sacrificar talvez para siempre su tranquilidad y a hacerse quizá eternamente desgraciado, a parte que su esposa tendria tambien que sufrir por su indiferencia: si se negaba a satisfacer sus deseos, a realizar su último sueño feliz, iba a anargar su existencia, a hacerla mas penosa su ancianidad y a abreviarle sus mas amados y preciosos días.

César quedó mudo bajo el peso de un sentimiento bien cruel.

¿Por qué se empeñaba tanto su madre en que se uniese en matrimonio a Elena? Porque César era todas las esperanzas de la familia y queria darle una esposa que fuese una garantía mas para su porvenir; porque varias veces habia sabido que su hijo no se consideraba dichoso y que sufría por algo que ella no habia alcanzado a penetrar; porque amaba a Elena como a una hija, puesto que la habia visto crecer y la habia acariciado en la infancia; porque temia que las pasiones estraviasen a su hijo, y juzgaba que el matrimonio morigeraria en todo tiempo su existencia; porque no queria bajar al sepulcro sin ver a su hijo completamente establecido y llevando siempre con orgullo el nombre de sus antepasados. La madre de César tenia todas las preocupaciones de las antiguas matronas, para quienes las leyes de nobleza estaban por encima de todas las leyes de este mundo.

Después de un instante de doloroso silencio, César contestó a su madre.

—Señora, bien sabeis que jamas he podido resistir a una orden vuestra y que siempre he respetado con humildad vuestros mas insignificantes caprichos; pero ahora, no quiero tampoco desobedeceros, solo quiero haceros algunas reflexiones que espero no escuchareis con enfado, madre mia.

—Hábla, César, yo no sé enfadarme contigo.

—Temo, señora, que Elena no sienta por mí ese afecto indispensable que debe sentir la mujer por el hombre que ha de unirla a su destino, porque aunque nos hemos visto a menudo, nuestros corazones no se han hablado jamas; y si ella no me pudiese amar, señora, y solo por conveniencias sociales uniese su suerte a la mia, al cabo de poco tiempo seria una mujer completamente desgraciada, pues tendria que compartir su vida con un hombre a quien talvez miraria con fastidio, y solo haciéndose violencia podria consagrarse al cumplimiento de deberes que le serian odiosos. En este caso, yo no seria mas feliz que ella, madre mia.

—Elena te tiene amor, hijo mio, ella misma me lo ha confesado: una sola palabra que la dijese, te abriria su corazon y depositaria en el tuyo su secreto.

—Y si yo no la amase, madre mia, ¿ereis todavia que podriamos ser dichosos?

—Yo creo, César, que dos almas que se unen arrastradas por una pasión violenta, una vez que esta se calma, como no puede menos de suceder, no son felices; y antes por el contrario, suelen fastidiarse muy pronto y hacerse

mútuanente desgraciadas. Si ahora no amas con violencia a Elena, dentro de poco tiempo, casados ya, la amarias y con ese amor tranquilo, él solo que hace la ventura de los corazones que inflama. La intimidad de las relaciones, las atenciones y cuidados reciprocos, los hijos, son vinculos bastante poderosos que seguran la felicidad en el matrimonio.

Estais muy empeñada, madre mia, en este casamiento, y puesto que me ordenais...

—No, César, le interrumpió la señora, yo nada te ordeno; únicamente te suplico.

—Ah! señora, dijo César sin poder luchar por mas tiempo con la voluntad de su madre, me habeis vencido: a vuestros mandatos puedo oponer reflexiones; pero a vuestras súplicas, solo puedo sentirme humillado y obedecer.

—¿Con que consientes, hijo mio?

—Si este matrimonio va a endulzar vuestros días, no tengo que ver mas, madre mia; toda mi existencia es vuestra.

—Tú lo veras, hijo mio, cuán feliz vas a ser. Eres tan bueno con tu madre, que jamás permitirá Dios que seas desgraciado.

—¿Y decís, madre mia, que mañana estará aquí Elena?

—Sin falta.

—Me permitireis entonces que emplee algunos días para prepararme, porque necesito arreglar algunas cosas.

—Pero para hacer esos arreglos, no hai necesidad de que te ausentes, hijo mio.

No me ausentaré si vos me lo pedís.

Y volviéndose a sus hermanas, les dijo con

un acento lleno de tristeza que no le fué posible disfrazar.

—Ya lo habeis oido, hermanas mías, estoi pronto a cumplir los deseos de nuestra madre. Mañana veré yo a Elena después que vosotras la hayais saludado: asegúrala que siempre ha ocupado mi pensamiento, y que me consideraria feliz si consintiese en unir su suerte a la mia. No olvideis decirle que siempre me he ocupado con vosotras en hablar de ella.

Y sin esperar ninguna contestacion de sus hermanas, salió de la habitacion de su madre con la cabeza abrumada y el corazon lleno de pena. Al encerrarse en su cuarto, se puso a reflexionar sobre el compromiso contraído y su situacion presente.

—Ya me habré olvidado, se dijo como respondiendo a la voz de un recuerdo que lo preocupara, pues tuvo valor para rechazarme. Yo no debo pensar mas en ella: es necesario sofocar esta pasión que me distrae y ver modo de hacer feliz a esa niña y embellecer los últimos días de mi madre.

En este momento tocaron a la puerta de su cuarto. Un instante después recibía de manos de su criado una carta que le era enviada de la ciudad. En el sobre se leía simplemente—*Para César*.—Inmediato que hubo pasado su vista por estas dos palabras, sintió un estremecimiento en su corazon y se le heló la sangre. El sirviente se retiró cerrando tras sí la puerta.

César permanecía con la carta entre sus manos, como dudando si la letra que veía la

habría efectivamente trazado la mano que pensaba. La abrió y leyó pausadamente, para que no pudiera escapársele ni una sola coma. La carta decía así:

«¿Que has pensado, mi querido César, de nuestra última entrevista, de nuestra ausencia tan larga y del silencio que he guardado hasta hoy? Mucho tormento te habrás dado para ver de explicarte mi conducta, y cada vez te habrá parecido mas estraña. Pero yo he tenido la culpa de todo, mi querido César, y debo ahora explicarme y romper un silencio que ya me es imposible soportar. Recuerda, César, que una mujer que ha sacrificado a un hombre hasta su honor, ya no se pertenece, y toda vez que tenga que hablar al corazón de ese hombre, su lenguaje será sencillamente el de sus sentimientos, porque ya no puede emplear el disfraz, el engaño, la mentira.

«Cuando a tu amor sacrifiqué mi dignidad, debiste comprender que quedabas dueño absoluto de mí, y que mientras mi corazón se mantuviese fiel y puros mis sentimientos, tendría yo también algún derecho para exigir tu constancia. Pero yo sola quiero permanecer esclava y te dejo en tu libre albedrío, porque la esclavitud a que me condena el único amor violento que ha agitado mi vida, te aseguro, mi César, que es mas dulce para mí, que cuanto puede ambicionar el corazón de la mujer. Haz tú lo que quieras, pero déjame aprisionada en tu amor.

«Quiero saber lo que has pensado, lo que has hecho, lo que has sufrido en nuestra lar-

estension. César sufría hacia tiempo las consecuencias de una pasión de esta naturaleza.

Cuando concluyó de leer la carta de Ana, cuando quedó convencido de que ella misma lo buscaba, que lo esperaba el siguiente día, que se disculpaba, que le hacía las mas tiernas protestas de amor, sintió que las fuerzas le abandonaban y se dejó caer en un sillón agobiado bajo el peso de sufrimientos bien ingratos.

Hacia un momento que había prometido a su madre tomar a Elena por esposa, porque pensaba no volver a encontrar a Ana en su camino; también le había prometido no ausentarse de su lado, y ahora una fuerza superior a su voluntad, lo arrastraba a desobedecer a su madre y a tener que ausentarse: su pasión, despertada de golpe, lo embargaba absolutamente, y todo el porvenir, las mas tiernas afecciones habría gustoso sacrificado por ser un hombre independiente y por acudir puntual a esa cita que le aseguraba el triunfo de sus amores perdidos. Así, pues, su casamiento acordado con su madre, le parecía un sarcasmo atroz, y la promesa que le había hecho de no moverse de su lado, lo llenaba de profundo sentimiento, porque veía que le era absolutamente imposible cumplirla.

Esa noche César no durmió; se entretuvo en repasar en su imaginación la historia de su vida y en pintarse lo mas embriagadoramente posible la entrevista que le aguardaba. Todos sus pasados placeres fueron llamados por su órden y gustados de nuevo, porque en la víspera de un día que se juzga feliz, se goza

ga y para mi tan dolorosa ausencia; pero lo quiero oír de tus labios, si es que tu corazón me pertenece todavía. En vano querría continuar haciéndome violencia para seguir separada de ti; mi amor, mi fatalidad (perdóname César) mi destino me arrastran a tu lado, y aunque deba ser desgraciada contigo, ya no quiero sufrir por mas tiempo el tormento de la ausencia.

«Mi corazón, César, se ha sentido mas constante en medio de los sufrimientos, y si antes te amaba con entusiasmo, ahora te idolatro con delirio. Necesito verte; tengo que decirte tantas cosas!... Mañana a las doce en punto te espero; no dejes de venir, porque si no vienes, me castigarías sin haber escuchado mi defensa:—Tu Ana.»

La mujer a quien había César amado con todo el fuego de los primeros años, a quien amaba con toda la convicción y fuerza de un hombre formado en medio de sufrimientos y contrariedades, era esa misma Ana a quien Fernando había acompañado en la casa verde del tajarar. Desde el momento en que César se creyó despreciado por Ana, cayó en esa profunda melancolía que no le abandonaba ni aun en presencia de su madre. Ana era su eterno sueño, su recuerdo fatal, la sombra que lo acompañaba en sus paseos y a la que sonreía tristemente en su retiro. Por recobrar a esa mujer, habría dado César su fortuna, su porvenir, muchos años de su vida, lo habría dado todo. Hai pasiones fatales cuya intensidad hasta ahora nadie ha podido medir en toda su

quizá mas que en el mismo día. ¿Por qué raro capricho lo despreció Ana? ¿qué había sido de ella? ¿Qué habría influido en su corazón para conducirla hasta buscarlo, pedirle perdón y desear sacrificarle nuevamente y con tanta abnegación, su tranquilidad, su juventud, su porvenir? Todas estas preguntas se hacía César y la cabeza se le llenaba de sueños felices. Se podía asegurar que esa noche cruzaban por su mente, todas las sombras allagüneas y fantásticas de Ossian.

Al amanecer del siguiente día, se vistió César elegantemente, e inquieto y lleno de sentimiento, luego que apareció el sol, se dirigió en busca de sus hermanas. Pasada la primera impresión que en él produjera la carta de Ana, había vuelto a atormentarle el recuerdo de su madre. Estaba verdaderamente alijido y era indudable que el placer que esperaba, tenía que comprarlo por bien amarga pena.

A la primera que encontró fué a Carolina, la mayor de ellas, que se levantaba siempre mas temprano que Matilde a atender a los quehaceres de la casa.

—Carolina, le dijo César, necesito a toda costa ir hoy a la ciudad: que lo ignore mi madre si es posible, y sinó, dile que un llamado urgente, apremiante me hizo ausentarme, pero hoy mismo estoy de vuelta. Carolina, anoche te encargué que dijeras en mi nombre algunas palabras afectuosas a Elena, y hoy te suplico, hermana mía, que guardes silencio respecto de mí: quiero yo mismo convencerla del cariño que la profeso y pintarle la felicidad

que espero encontrar en su compañía. No digas de esto una sola palabra a mi madre.

—Te extraño, César, dijo Carolina, sospechosa y asustada; esta determinación repentina de ir a la ciudad y el encargo que me haces, parecen indicar una desgracia. ¿Te ha sucedido algo, hermano mío?

—Nada, Carolina, pronto volveré. Tienes el corazón mas bello de este mundo, y cualquiera desgracia que me hubiera ocurrido, ya te lo habría confiado buscando la conformidad en tus consuelos. Pero ahora nada ocurre extraordinario, sino que es preciso que vaya a la ciudad y que mi madre lo ignore. Hasta luego hermana mía.

Carolina silenciosa le miró alejarse, pero la vaga inquietud de su corazón le revelaba que su hermano se encontraba preocupado de algo que debía serle funesto a él y quizás a la familia. Se había levantado esa mañana alegre y llena de pensamientos risueños, y entraba al cuarto de su hermana triste y con ideas desconsoladoras.

—Matilde, dijo a su hermana, que aun no se había levantado, César marcha en este momento a la ciudad.

—Si le prometió a mi madre no ausentarse, replicó Matilde.

—Pero no solo se ausenta, sino que ya no quiere que le hablemos a Elena en su nombre.

—Le hablaremos entonces nosotras Carolina, y la diremos que César la quiere mucho.

—Vámonos al dormitorio de nuestra madre para consolarla por si sabe la marcha de César.

—Tienes razón, hermana mía, dijo Matilde; y al cabo de un rato estaban peinando a su madre que ese día se levantaba contenta y hasta ágil.

—¿Habeis visto a César, hijas mías? les preguntó luego que la acabaron de peinar.

Carolina guardó silencio porque no había jamas engañado a su madre; pero miró a Matilde como para decirle: habla tú que no le has visto. Matilde comprendió la mirada de su hermana.

—Todavía no, mamá, dijo, pero nos apuramos para irle a dar los buenos días.

CAPÍTULO III.

EL TOCADOR DE ANA.

Una mañana del mes de marzo se levantaba Ana sumamente preocupada. El día anterior había escrito a César la carta que nuestros lectores han leído en el precedente capítulo, y en la noche no había podido dormir pensando en la entrevista que al siguiente día le aguardaba. Restablecida de una penosa enfermedad, aun estaba débil y pálida, de manera que ese día se levantaba, mas descolorida que de costumbre a consecuencia de no haber dormido en la noche. Infinitos pensamientos habían atropellado su imaginación, y tan pronto se enaltecía en sus sueños como se abatía en fuerza de las circunstancias que la rodeaban. En su semblante estaban pintados todos esos

pensamientos y esos sueños, y aunque naturalmente la desfiguraban, no dejaba por eso de estar hermosa. La palidez le sentaba bien, y ese aire sentimental que respira una mujer que ha padecido, era en ella un atractivo mas. La melancolía siempre es simpática, y cuando se agrega a la hermosura, tiene una fuerza poderosa en los corazones sensibles. Ana sabía esto y por eso no la inquietaban sus ojos lánguidos y sus mejillas descoloridas.

Desgraciadamente esta mujer tenía un talento penetrante, y conocía tan bien el corazón de César, que aunque en él se hubiera apagado la llama que un tiempo vivificara su existencia, ella sabía hacerla resucitar, pues concentraría chispas en las cenizas del amor pasado.

Después de todo, César le debía estar reconocido, pues había hecho por él cuanto una mujer loca de pasión habría hecho por su amante; ningún motivo tenía ella para dudar de él, sino por el contrario, puesto que había resistido hasta el último punto de separarse de ella, había suplicado, había llorado. Ana confiaba que una pasión tan violenta, no podía haberse extinguido con la ausencia de algunos meses; ni que era posible en tan corto tiempo haber contraído otro amor que hubiese borrado completamente tantos recuerdos y el goce de tantas emociones.

El corazón que ha amado y que con frecuencia recuerda con sentimiento sus amores, no está indiferente, solo se encuentra adormecido.

César, pensaba Ana, debe recordarme siem-

M. DE S.

2

pre con sentimiento, pues me amó con todo su corazón, y aunque se hayan marchitado sus pasiones, me será fácil volverlas a encender.

Después de estas reflexiones que animaban instantáneamente su rostro y volvían por momentos a sus ojos el brillo fascinador que en otro tiempo los caracterizara, caía en una melancolía desesperante, en nada parecida a esa tristeza de la inocencia cuando se sorprende engañada.

Ana estaba sola y se abandonaba a sus impresiones: el finjimiento, el estudio, no la acompañaban esta vez, y sus deseos y ambiciones podían claramente leerse en su rostro descolorido y enfermizo y hasta en sus gestos y movimientos.

Pero César, se decía otras veces, por extraordinario que sea el temple de su alma, debe ser inconstante, debe parecerse a los demás hombres y olvidar pronto aun lo que mas haya amado en su vida: se habrá nuevamente impresionado por cualquiera otra hermosura, y como hacen todos, ya habrá hasta borrado de su memoria sus pasados amores; y si los recuerda, será para vanagloriarse de ellos o para mandar una sonrisa de burla al objeto que un tiempo se los inspiró. Debilitado su amor me mirará con desprecio, porque no será a sus ojos sino una mujer indigna de merecer su nombre un objeto despreciable que ya no puede halagar ni aun con el atractivo de la novedad. Ah! si yo hubiera podido leer en el porvenir! si me hubiera sido dado adivinar ese fatal momento en que se habían de sorprender mis

estravios!... El corazón de la mujer es la obra mas imperfecta de la naturaleza: su candor es necesidad y su inocencia perdición. ¿De qué importan esos sentimientos generosos y puros que brotan de él en los primeros años de la vida, si apenas alcanza a resistir al primer soplo de las pasiones; si el aliento solo del hombre basta para debilitarlos, para destruirlos?

Si César no es ya para mí lo que en un tiempo fué, si quiere despreciarme o no consigo despertar su corazón, ya buscaré una venganza cruel que le haga sentir el peso de mis enojos; sabrá que la mujer que le ha amado y que tuvo valor para sacrificarlo todo por él, tiene también rencores profundos que ocasionan desgracias y tormentos; yo sabré buscarlo en el recinto de sus confidencias; yo desvaneceré sus ilusiones y mataré sus esperanzas. . . . Pero tal vez soy injusta; quien sabe si vuelve ahora mas amante que nunca, quien sabe si me ha llamado en la ausencia, si ha humedecido con lágrimas mi recuerdo. . . . Esperemos.

Y se dirigió al espejo, casi involuntariamente, como lo tenía de costumbre en el momento de levantarse. Pero el espejo, lejos de consolar sus pensamientos, aumentó sus inquietudes, pues luego que divisó su rostro deshecho y avejentado, se creyó un objeto de desprecio aun para sí misma. Llena de impaciencia, tocó la campanilla. Un momento después entró a la habitación una muchacha viva y alegre, perfectamente peinada y vestida con bastante decencia.

—Margarita, la dijo Ana, son las nueve, y quiero estar antes de la hora del almuerzo peinada y vestida. Saca mi vestido de gros celeste con flores blancas: es probable que tenga visita a las doce y no quiero ser sorprendida en un traje poco decente. Despáchate luego para que nos ocupemos del peinado.

Margarita tenía bastante malicia para conocer a su señora, y desde luego comprendió que la visita que se esperaba debía ser muy importante para Ana. Así fué que antes de ir por el vestido se atrevió a preguntar.

—¿Y no traigo también, señorita, algun chal o manteleta?

—No, veo que el día debe ser sumamente caloroso y quiero estar en cuerpo.

Margarita empezó a maliciar que la visita sería algun joven de bella figura y de elevada posición social.

Cuando volvió con el vestido encontró a Ana sentada al frente de su tocador y empezándose a peinar.

—Margarita, la dijo, hoy necesito ponerme a la cabeza algunos adornos de flores: voi a peinar a la Maria Estuard, y este peinado requiere necesariamente adornos. Pero nó, me pondré solo una flor; ¿cuál te parece mejor Margarita?

—Yo preferiría una rosa luere, señorita; me parece que os habia de venir perfectamente.

—Será una rosa, pero no luere, Margarita, sino blanca que es simbolo de pureza. Está decidido; me acomodarás una rosa blanca al lado izquierdo.

Mientras se peinaba no apartaba Ana sus ojos del espejo: queria seguir grado por grado su transformacion, porque era indudable que habia de salir trasformada por el arte. Jamas se habia retirado de su tocador, sino con cierta satisfaccion secreta y perfectamente consolada respecto a su hermosura.

Ana tenía un gusto exquisito para adornarse, y como excelente coqueta conocia todos los secretos del arte y todos los engaños que seducen a los hombres. Confia en su talento y esta confianza le habia venido de sus repetidos triunfos en los estrados. Cuando se finjia sentimental, dañaba a los corazones sensible; cuando se tornaba altiva y orgullosa, la seguia un cortejo de jóvenes rindiéndole homenaje; cuando se hacia humilde y tímida, daba pena engañarla con mentidas esperanzas. Ana tenía todas las edades, pues sabia aparentar lo que le convenia. Ninguna mujer mas necesaria que ella y ninguna mas peligrosa. Era un espíritu malo que aparecia en la sociedad bajo la forma de una paloma.

Dos horas se demoró Ana en su tocador, pues eran las once cuando dió orden a Margarita de que la sirviera un ligero almuerzo. Aunque Ana vivia con sus tías, conservaba un departamento aparte y gozaba de una absoluta libertad. Aquellas las tenían miedo y no osaban jamás contradecir sus órdenes por mantener la paz y tranquilidad en la familia. Varias veces habian querido suplicarla que cambiase de método de vida y aun se atrevieron a hacerla algunas observaciones; pero

Ana habia contestado a ellas tan solo con una mirada desdenosa y volviendo su espalda, dándoles a entender que despreciaba esos miramientos de las personas educadas en una sociedad cuyas costumbres imperaron cincuenta años atras, y caidas en ridiculo en la sociedad presente. Ana, pues, era libre como el aire, pero cuidaba sin embargo de aparecer sujeta a la voluntad de su familia.

Después de haber ligeramente almorzado, se vistió, y cuando estuvo elegantemente adornada dijo a Margarita:

—A las doce debe venir un caballero a visitarme; en el momento que llegue le introducirás a esta misma habitación sin ceremonia alguna. Es un antiguo amigo a quien hace tiempo no tengo el gusto de ver y con el cual no he usado jamás de cumplimientos.

Recibida esta orden se retiró Margarita, y una vez sola Ana en su habitación, tomó una silla y se acomodó lo mejor que pudo frente a su tocador. En el acto de acomodarse y a la primera mirada que dió al espejo, una sonrisa de satisfaccion se asomó a sus labios. Estaba efectivamente hermosa y tenía un aire encantador. Sus ojos habian recobrado su brillo, su tez estaba blanca y rosada, su frente donde se descubria su altivez, estaba tersa y brillante, toda ella en fin aparecia trasformada y mas seductora que nunca. Al sentarse frente a su tocador, queria ensayar la mímica que habia de usar en su entrevista con César.

Ana no tenía esa filosofía de las almas grandes para despreciar el mundo, y preferi-

ría la muerte al desprecio público. Temblaba a la sola idea de que pudiesen murmurarse en sociedad sus extravíos y quería a toda costa volver a aparecer en ella a la sombra de un nombre respetable y protejida por su fortuna y por las influencias de familia. Esta era por ahora su única ambición, su único sueño, el solo pensamiento que angustiosamente la trabajaba.

Sentada a su tocador se le figuraba estar en presencia de César, y lo nombraba y le sonreía. Sus ojos languidecían dulcemente y miraban con una expresión indefinible.

César, murmuraba, yo no he tenido otro amor en mi vida mas que el tuyo; no me ha alimentado otra esperanza que la de poder consagrarme con todos mis sentimientos a embellecer tus años. César, yo he hecho por ti lo que ninguna mujer de mi clase y rango hace por el hombre que ama: tu amor me ha hecho criminal, pero yo he aceptado llena de orgullo y de satisfacción mi destino. La felicidad o la desgracia, yo las acepto con tal que vengan de ti. Nada quiero sin tu amor; nada puedo esperar que no sea nacido de ti; en nada puedo pensar que no me sorprenda a mi misma conversando contigo. ¡Ingrato! tu talvez me has olvidado en la ausencia, talvez te has acercado a otra mujer y te has sentido embriagado en nuevos amores....

... ¡Que yo no lo sepa, César! Jamas he consentido que ningún hombre venga a empañar tu imagen grabada en mi corazón, y ni la ausencia, ni las penas, ni mis remordimientos han podido debilitar mi pasión. Yo no te pido

volcan que solo arrojaba en sus erupciones lavas nauseabundas.

Como comprendiese la necesidad de calmar su imaginación, de tranquilizar su espíritu, comenzó a pasearse y a formar castillos alhagüenos dorados por seductoras ilusiones. Ana había aprendido a vencerse a si misma, y por esto era difícil leer en sus ojos los pensamientos de su alma. Habría sido una comica escéptica, porque sin sentirlos fingía todas las pasiones y pasaba de un estado a otro sin que se descubriese en la transición esfuerzo ni estudio.

Cuando ya se encontraba perfectamente serena, entró a la habitación Margarita con la noticia de que el caballero a quien se le había citado para las doce, venía a ponerse a sus órdenes.

—Entradlo, fué todo lo que contestó a Margarita.

Inmediatamente se volvió a su tocador a contemplar por última vez su rostro en el espejo, y en seguida se paró, con estudiada apostura, al lado de un sillón, en el respaldo del cual apoyó graciosamente su mano. Su vestido de gros celeste con flores blancas formado de vuelos, le sentaba tan bien, que alcanzaba a satisfacer su vanidad: su corpiño perfectamente ajustado, estaba rodeado de flecos del mismo color del fondo del vestido, que caían desde el ajuste superior cubriendo disimuladamente las formas del pecho. Al cuello se le veía una cadenita de oro de la que pendía una pequeña cruz de brillantes. Al lado izquierdo de la cabeza estaba acomodada

César, que te sacrifiques por mí, yo no te exijo que entres en lucha con nadie en este mundo para hacer mi felicidad, pero no me niegues tu amor, no me prives de tu vista, no me dejes espuesta a la maledicencia del mundo, porque yo me perdería ante él si tu me abandonases, lloraría públicamente mi desengaño y procurraría que llegasen hasta ti las quejas de mi amor perdido....

Y al decir esto Ana se acercaba tanto a su espejo que llegaba a empañarlo con su aliento. Su fisonomía tomaba una expresión rara de ternura y parecía que sus ojos iban a brotar lágrimas. Cualquiera que en ese momento la hubiera visto, la habría tenido compasión.

Un minuto despues cambiaba de expresión su rostro y una ligera nube se veía empañar su frente. Algun amargo pensamiento la asaltaba de improviso. Erguía su cabeza con altivez y miraba con orgullo: parecía que quería imponer o atemorizar.

No, decía con energía, tú no serás de otra: un lazo fatal nos une, y para que lo rompas necesitas luchar toda tu vida.... El otro! murmuraba despues de un momento de pausa, el otro!.... ah! mi honor lo exige.... es necesario que no vuelva a encontrarlo jamás en mi camino.... es preciso que desaparezca!

Y se alzaba amenazadora y sombría. Era la Lucrecia Borgia o la Margarita de Borgoña meditando un proyecto de envenenamiento, de atroz asesinato. Sus ojos se inflamaban y lanzaban rayos de luz que daban a conocer el volcan que esa mujer llevaba en su corazón;

una rosa blanca con esquisita coquetería. No se había puesto guantes, y solo en el brazo derecho tenía una pulsera de oro que contenía un guardapelo en el que conservaba un recuerdo de César. El cuerpo ligeramente inclinado hacía el sillón, hacía que el vestido formase ondulaciones voluptuosas.

Ana estaba inquieta, no porque su corazón estuviese conmovido por un sentimiento noble, sino porque dudaba de las felices consecuencias de la entrevista.

Se abrió la puerta y apareció en ella César, conmovido, pálido, vestido completamente de negro y mas interesante que nunca a los ojos de Ana.

CAPÍTULO IV.

LA ENTREVISTA.

El primer movimiento de Ana cuando divisó a César fué como querer irse a sus brazos, pero se contuvo ruborizándose hasta el extremo de pretender ocultar su rostro en el seno. Dió un paso atras y esperó que César se apresurara a sacarla de ese estado angustioso que tambien aparentaba. César, sin perder un punto su gravedad, avanzó algunos pasos y dijo con voz conmovida, pero con dignidad y reposo.

—Ayer me habeis escrito pidiéndome que me presentara hoy a las doce en vuestra casa y aqui me teneis, señora. No me atrevo a recordaros todas las expresiones afectuosas de

nuestra carta, porque dudo todavía que ellas hayan sido la expresión de vuestros sentimientos. Estoy a vuestras órdenes, señora.

Ana comprendió desde luego que la entrevista le había de ser favorable: en las palabras de César había conocido su emoción y veía lo que se esforzaba por aparentar una calma que no estaba en su espíritu. Alzó timidamente sus ojos, y al encontrar la mirada de César pudo leer en ella que se hallaba más enamorado que nunca. Así, pues, conteniendo un movimiento de alegría que estuvo a punto de traicionarla:

—César, dijo en voz baja y con esa timidez de una joven en su primera emoción, ¿por qué no me tuteas? Si has leído mi carta no debías presentarte ante mí de esa manera: parece que te hubiera ofendido. César, por la crueldad con que me tratas. No es así como yo quiero volverte a encontrar.

—Sí, Ana, si he leído toda tu carta y la he vuelto a leer muchas veces, replicó César animándose por grados y con voz notablemente alterada: ella ha ido a consolar mis penas en mi retiro, a volverme otra vez a la vida, porque desde que yo no te veía, vivía fastidiado y todo me era indiferente. No, yo no te trato con crueldad, yo no tengo valor ni aun para quejarme, porque temería que la amargura de mis palabras fuera a turbar un instante siquiera la serenidad de tu espíritu. Aquí estoy, Ana como tú desearas encontrarme; solo estrañarás la palidez de mi frente y la intranquilidad de mi alma.

—Mi querido César, ¿es verdad que has su-

amor me hizo criminal. Bástete con saber que no te he olvidado un solo día desde el instante de nuestra separación; que he invocado siempre tu recuerdo, que he padecido..... He estado algunos meses oculta de la sociedad en el campo, tranquilizando mi corazón y mi conciencia en la soledad y el retiro. Vencida nuevamente por el mismo sentimiento que me precipitó la vez primera, he vuelto al mundo, y ante el primero que he querido presentarme, es ante ti, César, porque tú eres para mí la sociedad, el mundo, tú lo eres todo. Creeme, César, mi corazón no ha sido inconstante; un solo sentimiento lo ha abrasado, como un solo sol ilumina al mundo.

—¿Pero, cómo tuviste entonces valor para destrozar el mío, Ana, no solo con tus palabras, sino también con una separación que había de serme tan dolorosa? Sí, Ana, porque yo he sufrido todos los tormentos de la ausencia, yo he llegado hasta creerte una mujer despreciable.... Ah!... esos eran delirios, mi cerebro estaba enfermo, mi alma cruelmente herida!... Pero, dime, si me amabas tanto, cómo no pudieron vencerte mis súplicas, ni aun mis lágrimas?

—No hablémos mas de esa separación, César; ya te he dicho lo que ha importado para mí; evítame la vergüenza de tener que ocuparme en nuestra conversación, de la primera y última falta de mi vida. No exijas jamás de una mujer que se encare a sus debilidades; yo tengo que pedirte perdón a tí mismo de haberte amado demasiado.

ñido? que mi ausencia ha podido amargarte? Fui cruel, muy cruel, te lo confieso; yo no debí jamás dañar tu corazón; no debí hacer pasar tu amor por una prueba tan terrible. El saber que has sufrido me atormenta, pero repítemelo, César, porque este tormento es muy dulce para mí. Tú has padecido en mi ausencia!... ah! tú no has dejado de amarme, César.

—Si hubiera sido posible haberte dejado de amar, creería que no había habido jamás en el mundo un solo corazón que hubiera tenido fe. ¿Quién puede amarte, Ana, y olvidarte después?

—Perdóname, César, yo tal vez no te conocía, no había relivido todos los tesoros que había en tu alma. Pero bien castigada estoy!

—Déjame, Ana, deja recordar ese último momento que pasé a tu lado. Todavía escucho tus palabras: *es necesario separarnos para siempre; te prohibo que me vuelvas a ver*. Esto me dijiste, Ana; ¿qué pensamiento, qué proyecto pudo obligarte a ser tan cruel? ¿Por qué te separaste de mí? a quién obedecías? qué cambio en tus sentimientos tan extraordinario y tan repentino fué ese? Habla, Ana, convence mi razón; explícame un misterio que tanto me ha hecho sufrir.

—Debias ser conmigo mas compasivo, César, dijo Ana, que meditaba en vano una respuesta capaz de tranquilizar el corazón de su amante, pues todos los pretextos que había hilbanado para engañarlo, le parecían ya necios o ridículos; no debías traerme a la memoria esos momentos en que el delirio de mi

—Señora, replicó César, con un tono grave y alzándose con dignidad, veo que no queréis comprenderme. Tal vez he precipitado nuestra conversación y os he puesto en un trance angustioso: he sido imprudente, disimuládmelo, señora. Vuestra resistencia a satisfacer mis preguntas, me han hecho entender que no tengo ningún derecho para hacéroselas: lo confieso, pero cuento con vuestra indulgencia. Ayer he recibido una carta vuestra, señora, en la que me hacéis el honor de citarme para hoy a las doce: estoy en vuestra presencia y espero que tengáis la bondad de decirme, para qué me necesitáis.

Ana clavó en César una mirada escudriñadora y profunda, y desde luego comprendió, que algunos meses de sufrimiento le habían dado la resignación en la desgracia. Esto ya era un motivo de descosuelo, un verdadero temor para ella; porque era posible que herido por la duda sobrepusiese su razón a su sentimiento y destruyese la única esperanza que en el momento la preocupaba, de la que esperaba su rehabilitación en sociedad, su porvenir. Vió que era necesario explicarse, improvisar alguna mentira capaz de convencer la razón alarínada de su amante, y de dejarlo como antes, erédulo y sumiso. Por algunos momentos guardó Ana silencio, y alzando al fin sus ojos a César, llenos de ternura y llorosos, dijo con un acento que le hubiera envidiado la mas experimentada duna de teatro.

—Si, César, te he mandado llamar porque he tenido necesidad de hablarte; estás en mi

presencia y no quiero hacerte perder un tiempo que puedes emplear en otras cosas mas agradables para ti. Te he llamado para suplicarte que no traigas jamás a la memoria a la mujer a quien pocos meses há hacías tantas protestas de amor y de ternura, a la mujer que alentaba tu vida, que era toda tu felicidad, todo tu porvenir. . . . Como ya otras mujeres deben estar recibiendo de tí esas mismas protestas que en un tiempo me hiciste, olvida, César, que fui crédula, que fui débil, que tuve mucho amor y me perdí. No cuentes jamás a los hombres que ya yo soi indigna de poder levantar mi frente en la sociedad donde tiene su asiento el honor; no entretengas a tus nuevas queridas con los episodios de nuestro amor desgraciado; la deshonra de una pobre mujer no es necesaria a tus atractivos para cautivar el corazón de la que tenga la felicidad de impresionarte. Perdóname César, la única falta de mi vida a que me condujo una pasión loca y arroja siempre mi recuerdo cuando vaya a importunarte. Hé aquí César, lo que tenía necesidad de decirte: no quiero molestarte mas y ya puedes disponer de tu tiempo.

Ana había escogido el mejor camino para destruir la serenidad de César y entregarlo sin compasión a su sentimiento. Efectivamente, despues de este discurso, el amante un día afortunado no podía despedirse sin haber primero protestado que satisfaría los deseos de Ana, sin haber dicho algo en favor de sus sentimientos, de su corazón. Era aquí precisamente donde estaba el peligro para César, por-

se envanece hoy de una gloria conquistada, de un favor arrebatado u obtenido por sacrificios y desvelos, mañana tienen que llevar un desengaño cruel, porque el mundo cambia como la atmósfera, como los campos, como el corazón de la mujer, señora. Juzgad si el que tiene de él semejante idea, puede confiarle jamás, uno solo de sus secretos íntimos, ni puede someter nunca sus causas a sus fallos para esperar de él justicia.

—Pero muchas veces, se atrevió tímidamente a interrumpir Ana, la experiencia misma se abate para dar lugar al desahogo de las pasiones.

—Sí, en los que no tienen nobleza de carácter, señora, pero no en aquellos que no han perdido jamás su dignidad. Me habeis herido, señora, poco hace bien sensiblemente, manifestándome temores que no debíais vos abrigar respecto de mí: os he probado ya cuan infundados son, y réstame ahora hablaros de vuestra carta.

—No me avergüenzes con ella, César, la escribí en un momento de delirio.

—Tanto peor para vos entonces, señora, porque eso me prueba que vuestras promesas no han nacido de una convicción íntima, sino que son hijas de un arrebató del momento.

—Ah! exclamó Ana, como queriendo destruir con esta interjección las palabras de César.

—Aquí está vuestra carta, señora, presiguió César sacando un papel del bolsillo del pecho del levita, y vais a ver que no he sido exigente

que se encontraba profundamente enamorado y había necesariamente de caer en la red que se le tendía.

La mujer siempre lee con mas facilidad en el corazón del hombre que éste en el de la mujer, y Ana comprendía todo lo que en ese momento pasaba en el interior de su amante. Al concluir de hablar hizo un pequeño esfuerzo y brotaron algunas lágrimas de sus ojos. Estas fueron las últimas y mas poderosas armas que vinieron a asegurarle la victoria.

—Habeis empleado un lenguaje, señora, replicó César, que hiere profundamente mi dignidad; que ofende gravemente el carácter de un caballero como yo. No, no es posible que ese haya sido el objeto para el cual me habeis escrito. Vos me conocéis demasiado bien, señora, y sabeis con cuánta verdad os he amado: no habeis, pues, podido presumir jamás que me haya tornado insensato en el tiempo que habeis dejado de verme, para suponer que vaya yo mismo a despedazar mi corazón arrojando al mundo sus secretos. El mundo, señora, segun he podido comprenderlo, siente siempre un verdadero placer en constituirse el verdugo de aquel que tiene el candor de presentarse ante el interesándolo con sus confidencias. El mundo no comprende los dolores de nadie, señora, no tiene corazón ni tiene fé. ¿Dónde está aquel que puede conceder favores del mundo? Ah! cuestan muy caras sus sonrisas, señora! . . . Para colocarse en una altura superior, es necesario principiar por despreciarlo, no por halagarlo. Los que

ni he pretendido de vos un vergoñoso sacrificio, al pedirlo cuenta de aquella separación que tanto habia de influir en mi vida. Me preguntáis que qué he pensado de nuestra última entrevista, de nuestra ausencia tan larga y del silencio que habeis guardado hasta hoy. Os lo diré, señora. He pensado que causas misteriosas que no he podido penetrar, os obligarian a abandonarme y a separarme para siempre de vuestro camino: he pensado tambien que jamás me habeis amado, y que solo cediendo al capricho o a una exaltación momentánea pudisteis ser débil conmigo; y he pensado tanto, en fin, señora, que he concluido por no saber qué pensar. Habeis andado muy atinada, señora, cuando os habeis imaginado que me debo haber dado mucho tormento para ver de esplicarme vuestra conducta, la que ciertamente me ha parecido bien extraña. Os culpais en seguida y me prometeis romper un silencio que ya os es insoportable. Para garantizarme la verdad de vuestras esplicaciones, me traéis a la memoria, que una mujer que le ha sacrificado a un hombre hasta su honor, ya no se pertenece, y toda vez que tenga que hablar al corazón de ese hombre, su lenguaje será sencillamente el de sus sentimientos, porque ya no puede emplear el disfraze, el engaño, la mentira.—Estas son las mismas palabras de vuestra carta, señora. ¿Cómo es, pues, que ahora rehusáis darme esas esplicaciones cuando me citais para escucharlas? ¿Por qué no quereis hablar de aquella separación, cuyos motivos sabeis vos

sola, y cuando me llamáis para romper un silencio que decís os es insuportable? ¿A qué entonces preparar mi espíritu para que os crea halagándolo con la esperanza? Hablad, pues, señora, que me habeis llamado para que os escuche, y puesto que ya os es imposible emplear para conmigo el disfraz, el engaño, la mentira: recurrid a todo vuestro talento, convenceme, señora, porque tengo necesidad de creceros.

—Me tratas, César, como un juez severo trata a una culpable por la cual se interesa. Si yo te he llamado para darte explicaciones sin que tú me las pidieras, debías haber esperado a que yo entrara en ellas bucnamente y no impulsada por tus exigencias. El tono que has tomado en tu conversacion, el cumplimiento con que me tratas y la dureza de tus palabras, oprimen de tal manera mi alma y me desconsuelan tan tristemente, César, que apenas tengo ánimos para volver la vista al pasado y evocar esos recuerdos que hasta ahora habian encerrado para mí algo indefinible y tierno. Pero una vez que es forzoso complacerte, hablaré, porque debo hacerlo, porque te he escrito llamándote para que oigas mis disculpas, porque yo tambien tengo necesidad de que me creas. César, aquella tarde, cuando tú me acompañabas bajo los almendros, el mundo habia desaparecido de mi imaginacion y solo tú existias para mí. Te acuerdas? ya el sol se habia ocultado, pero todavia sus rayos enrojecian el cielo: una brisa tibia, voluptuosa murmuraba entre las hojas y bañaba nuestros

semblantes; las flores se agitaban levemente y aromaban el aire, mientras nosotros las destrozábamos con nuestras plantas antes que recibiesen el rocío de la noche; un silencio triste, el silencio de los campos a la caída del sol, era apenas interrumpido por el canto débil de una ave que ya fatigada buscaba su nido. Yo marchaba apoyado en tu brazo y tú te esforzabas en pintarme los encantos y placeres de la vida: mi imaginacion se iba nublando.... Ese sol, esas brisas, esas flores, esas aves, todo, César, todo me hablaba de amor. Yo habria dado con gusto mi tranquilidad por ese solo momento de mi vida: mi sentimiento exaltado al estremo sofocó en mí a la razon, y delirante, loco, sin oponer resistencia a tus súplicas, me celié en tus brazos.... César, mucho despues he sufrido; pero mi recuerdo cada vez se graba mas en mi imaginacion, y quién sabe si ocupándome de él no vuelvo a ser nuevamente culpable.

César, que al principio habia escuchado a Ana con seriedad llena de tristeza y una emocion mal comprimida, a medida que ésta iba animándose en sus descripciones, iba él tambien perdiendo la calma, y ya al último escuchaba con una inquietud bien visible, con un interes que crecia gradualmente, con fiebre. Jamás le habia parecido Ana mas hermosa que en ese momento, y ya estaba arrepentido del tono que habia empleado y de las palabras de que se habia valido para imponer a su querida. César estaba fatalmente embriagado, no tenia en el corazon sino amor, y aunque hu-

biera conocido que Ana lo engañaba, por ser nuevamente su dueño, lo habria creído todo, o mejor, todo lo habria perdonado. Por instantes queria sublevarse su orgullo, pero el poderoso sentimiento que lo agitaba solo le permitia ser tierno, crédulo, humilde.

Cuando el enamorado quiere castigar, perdona; y cuando pide explicaciones concluye por dadas el mismo.

Ana que observaba los mas pequeños movimientos de César, que estudiaba todos los grados de su transformacion, que leia en sus ojos y hasta en su ajitado aliento los ardorosos pensamientos que lo combatian, continuó alentada por la esperanza de un triunfo seguro.

—Ahora voi a decirte, César, qué pasó por mí un instante despues de ese momento y por qué tomé la resolucion de abandonarte. Cuando se despejó mi razon y la verdad se presentó a mis ojos, sin dejar un segundo de amarte y talvez amándote mas que nunca, sentí mi corazon oprimido por una angustia cruel, desesperante, horrible. Me creí la criatura mas despreciable del mundo y temblaba a la sola idea de tener que encontrar tus ojos.—Ya yo no soi digna de él, me decia a mi misma, es necesario que me oculte de su vista, que me aparte de su camino. Si él me ama, si tiene un corazon noble y generoso, irá a buscarme y mi retiro y pondrá término a mi dolor.—Ah, César, qué pena; qué remordimiento, qué desasosiego!... Resuelta a huir para siempre del mundo, tuve todavia valor para ir en tu

busca, y suplicarte que no pensaras jamás en mí, que no me volvieras a ver!... ¡Qué inmenso sacrificio, César! Yo escuchaba tus súplicas, tus promesas, tus amenazas, pero mi falta exijia la espioncion y estaba resuelta a apurar todos los sinsabores del mundo: así podria algun dia presentarme ante tus ojos y decirte: —César, yo debí haberte parecido una mujer despreciable desde el momento que no supe defender mi honor contra tus mismas exigencias; yo debí haber conservado mi dignidad y mi orgullo a despecho de tus mismos deseos; yo no debí convertirme en una mujer vulgar y permitir que el soplo de tu pasion empuñase mis sentimientos, mi alma. Pues bien, César, ya he espionado mi falta, ya he purificado mi corazon por el sufrimiento, devuélvele tú ahora la tranquilidad a mi conciencia, la paz a mi vida.—Esta idea me arrastró, y ya no pensé sino en lamentar mi desconsuelo en la soledad y el retiro. Algunos meses han trascurrido desde aquella escena, César, y al volver nuevamente al mundo, ántes de aparecer en sociedad, quiero saber si ya no soi para tí la que en otro tiempo era, quiero que me digas que me amas siempre, que soi digna de tu amor, que he podido perderlo todo, menos tu estimacion y tu cariño.—César, ya estoy delante de tí; aquí me tienes: fueron la desesperacion y el remordimiento los que me obligaron a abandonarte; pero vuelvo a tu lado, y mas apasionada que nunca te juro, que jamás he dejado de ser digna de tí.

Aunque César no hubiera sentido por Ana

esa fatal pasión que lo cegaba, siempre la habría creído justificada ante sus ojos y la habría perdonado todas sus amarguras, porque era imposible disfrazar mejor el acento de verdad e impresionarse mas naturalmente que esa mujer, cuyo corazón seco y perdido lo había gobernado siempre a su capricho. Cuando vió a César sumido, crédulo, humilde, pensó rápidamente en Fernando y una ligera sonrisa se pintó en sus labios.

—Hasta, Ana, dijo César no pudiendo por mas tiempo contener su corazón; perdona mis dudas, mis sospechas... yo no te conocía, Ana, ... yo no he sido jamás digno de ti. Si tú has sufrido amarguras en espacion de una falta que te elevaba mas a mis ojos, yo he sufrido tambien mucho en nuestra ausencia, porque ignoraba tu noble, tu heroica resolución. Pero ya vuelvo a encontrarte y es necesario que seas mia para siempre. No recordemos del pasado sino aquellos dias risueños en que el amor nos hacia tan venturosos, y procuremos olvidarnos con los gocees del presente. Orleana, Ana, exige de mí lo que quieras; tu voluntad será la mia: solo tengo resolución para obedecerte, para idolatrarte!

Y llevado de su sentimiento quiso estrechar a Ana contra su pecho; pero ésta, demasiado conocedora del corazón humano, se habia propuesto desempeñar su papel con toda perfección para obtener un éxito completo, y dando un paso atras, llena de rubor y con voz solemne dijo:

—César, esta es mi mano: cuando lleve tu

sexo de tierna edad, mantenerlas y cuidarlas hasta verlas formadas y venderlas en seguida al parroquiano que honrase mas la tarifa.

La casa de doña Romualda era frecuentada por hombres de todas edades a quienes gustaba la vida licenciosa y el abandono en las costumbres; pero para no *desacreditar* sus estrados cuidaba esta mujer que todos los que en ellos iban a gastar la vida, pertenecieran a distinguidas familias o fueran aceptables en la buena sociedad por sus fortunas. Ambiciosa de dinero, solo soñaba con la opulencia y el lujo, y aunque el oficio no siempre le daba para satisfacer sus exigencias, sin embargo, alcanzaba casi siempre a contentar sus deseos. Su casa habitation, si bien de un aspecto exterior ruinoso, se encontraba decentemente amueblada y los parroquianos eran perfectamente atendidos y servidos.

El trato frecuente con personas de buena educacion e instruidas, le habia hecho adquirir a doña Romualda ciertas maneras finas y suaves que le daban alguna importancia en sociedad, y ciertas ideas que solia hacerlas valer con lucimiento, y las que eran suficientes para ilustrar una conversacion. Hablaba con facilidad, y como no conocia el pudor ni aun la vergüenza, jamas dejaba de contestar a una insolencia ni se quedaba atras en los galanteos de baja lei. Estas cualidades eran las prendas mas recomendables que la adornaban a juicio de sus alegres visitantes.

Poco tiempo hacia que se habia deshecho de una criatura de catorce años sumamente

nombre, ya no tendré necesidad de rogar a Dios que sostenga mi virtud en tu presencia. Por ahora no puedo concederte mas.

—Seremos felices, Ana, porque bien pronto lo llevarás, dijo delirante César y estrechó contra sus labios la mano que se le tendia.

CAPÍTULO V.

UNA PROPUESTA VENTAJOSA.

En una calle distante del centro de la poblacion y en una casa de aspecto ruinoso y desagradable, habitaba una mujer llamada Romualda, cuyos antecedentes perdidos en la oscuridad del tiempo, no era fácil desentrañarlos, y tampoco nos tomaremos nosotros ese trabajo, porque segun se nos presenta la tal doña Romualda, de cierto que su pasada vida no ofrecería a nadie un ejemplo digno de imitarse.

Esta mujer de origen oscuro y plebeyo, sin familia y sin fortuna, habia ideado un medio fácil de pasar cómodamente la vida sino con lujo. De cerca de 50 años de edad y de facha odiosa y repugnante, jamás pudo llamar cuando joven la atención de los hombres espectables de Santiago, y mucho menos a la sazón por haber ya perdido completamente el atractivo de la edad: de manera que para poder tener como vivir segun sus aspiraciones, habia adoptado el oficio mas degradante y mas cínicamente inhumano que puede abrazar una mujer: el de recoger o robarse criaturas de su

alegre y maliciosa que era un verdadero ornato en sus estrados y con la que convenia perfectamente. Un europeo le habia dado a doña Romualda cuarenta onzas por ella y se la habia llevado a Valparaíso donde se encontraba establecido. Desde la partida de esta niña, las tertulias en casa de doña Romualda eran menos frecuentes y no tan alegres y bulliciosas, por lo que continuamente se lamentaba esta mujer recordándola con sentimiento.

Pero no habia quedado sola; la acompañaba otra jóven de quince años de edad y que aventajaba con mucho en hermosura a la compañera que hacia poco tiempo la habia abandonado. De un carácter diametralmente opuesto a esta, no habia jamas tomado parte en sus locuras ni participado de su buen humor y locas alegrías. Varias veces doña Romualda habia querido enajenarla, pero la Providencia, que sin duda velaba sobre esta niña, la habia librado de la corrupcion y del infortunio que este trae consigo: mas si habia alcanzado la felicidad de no haber sido hasta entónces vendida, se consideraba enteramente desgraciada al lado de una mujer a la que creia su madre y cuya vida era un ejemplo repugnante y pernicioso. Los parroquianos apenas la conocian, pues en las noches de orjía jamás salía a los estrados a pesar de las amenazas de doña Romualda.

La compañía de esta niña la era, pues, a esta mujer mas bien perjudicial que provechosa, por lo que al fin habia resuelto deshacerse de ella, aun cuando fuese necesario destrozarle cruelmente el corazón obligándola a que se

estableciese por su cuenta y riesgo. Un comerciante que hacia meses se interesaba vivamente por ella, habia sido llamado por doña Romualda para que en vista de la bondad de la especie hiciese una ventajosa propuesta.

Este comerciante era un individuo que solo encontraba satisfaccion en los goees torpes y materiales; entregado desde mui jóven al vicio y favorecido por la fortuna, la erápula, el desorden de las costumbres, la orgia, habian venido a ser una necesidad evidente de su vida. El dinero era el Dios a quien adoraba y solo le merecian consideraciones las personas que contaban gruesos capitales. Sin creencias, sin fé, sin corazon, todo le era indiferente en el mundo y jamás recordaba haber hecho en su vida una obra que mereciese llamarse buena. Sin embargo, era respetado en el comercio y considerado y hasta adulado en sociedad.

Este respetado comerciante recibió un día la siguiente esquela de doña Romualda,

«Mi apreciado Silvestre:—He tomado en consideracion la última propuesta que me hiciste respecto de la chica, y espero que hoy vengas por casa a la hora que te sea mas cómoda para dejar este negocio definitivamente concluido. Se me han hecho otras propuestas, pero yo en todo caso te prefiero porque estás tú mas cerca de mi corazon que los demas. Tu fina amiga Romualda.»

Luego que Silvestre leyó esta esquela, tomó apresuradamente su sombrero y se puso en casa de su fina amiga. Esta le esperaba ya, y habia dado orden a la niña, a quien habia hecho

lento para dejaros perfectamente consolada. Y permitidme que os diga, que os haceis poco favor cuando decís que esa niña es el único atractivo de vuestra casa. Esta criatura solo tiene el aliciente de la edad y un poquillo de melancólica hermosura, que mas bien retrae que entusiasma, y vos... vos sois una pieza de un mérito indecible, mi señora doña Romualda.

—Vienes hoy día de broma, Silvestre, cuando mas he deseado encontrarte sério, porque el asunto de que tenemos que ocuparnos exige mucha circunspeccion y juicio. Vamos luego a él que estamos perdiendo el tiempo en palabras inútiles.

—Teneis razon, señora; os aseguro que el negocio es para mí demasiado importante y que desee concluirlo de una vez. Entro en él, porque comprendo la necesidad de tener una muchacha decentona que me atienda con algun interés, que arregle el servicio doméstico de mi casa y que me sirva de compañera en la vida, porque os protesto, mi amable señora Romualda, que mas de una vez he estado a punto de fastidiarme. ¿Y habeis meditado mi última propuesta? la aceptais al fin?

—Hablemos de ella como buenos amigos. Tu propuesta, Silvestre, la juzgo aceptable; pero, francamente, creo que la niña vale mas. Si fuera una muchacha vulgar, de regular hermosura y que su cualidad mas recomendable fuese la edad, no tendria que observar nada a la propuesta; pero tú sabes que la chica tiene una inteligencia brillante, un talento que asom-

crear que era su madre, que se adornase lo mejor que pudiese diciéndole que tenian que salir juntas a una visita.

Silvestre entró en casa de doña Romualda sumamente alegre y talareando una de sus tonadas favoritas, y luego que se vió en presencia de esta mujer, le dijo con el tono de broma que usaba siempre en sus estrados:

—Mi señora doña Romualda, son mui felices mis ojos que contemplan la mas amable hermosura del pais; despues de admiraros, ya nada se puede desear en este mundo. Y... ¿plónde está la chica? ¿o creia encontrarla mui puesta y mui sentada esperándome: un novio, debe siempre ser recibido con entusiasmo, con estruendo....

Doña Romualda tenia costumbre de tutear a todos sus parroquianos, aunque éstos no usasen con ella de la misma familiaridad; y Silvestre la habia tratado siempre burlonamente dándole en broma títulos de distincion. Antes que concluyese su introduccion, le interrumpió doña Romualda:

—Vamos, déjate ahora de bromas Silvestre, porque el asunto es sério: voi a hacer por tí el mayor sacrificio de este mundo: voi a desahacirme en tu obsequio del único atractivo que hoy día tiene mi casa, y a quedar reducida a la soledad y al aislamiento. Pronto vendrá la chica; debe estarse vistiendo en este instante.

—Pero mi señora Romualda, si la niña se os vá, en cambio vienen a haceros compañía algunas monedas que tendrán el suficiente ta-

bra a cuantos la escuchan, que está perfectamente educada e instruida, que su hermosura es rara, y sobre todo, su carácter, su jénio, tan suave, tan dócil, tan sumiso, que es necesario que un hombre sea mui nécio para que no haga lo que quiera de esa paloma. Ya ves, tantas buenas cualidades reunidas, deben necesariamente hacer subir el valor de la especie.

—No lo dudo, pero estas hermosuras raras y estas inteligencias femeninas tan despejadas, duran poco; y vos sabeis mui bien, mi señora Romualda, que no solo es necesario atender al brillo de la especie, sino tambien a su duracion. Una mujer bonita y habladora es tan peligrosa, como una mujer fea y beata.

—Pero la niña no es habladora y sabe hacer un uso mui moderado de su talento. Si te quieres quedar con ella Silvestre, es preciso que la honres mas.

—Vaya, mi señora, os voi a hacer mi última propuesta, y tan ventajosa como la juzgo, debe merecer vuestra mas completa aprobacion. Os doi por la chica cincuenta onzas al contado y os garantizo por el espacio de seis meses una mesada de seis onzas mensuales. Ya veis, la propuesta es ventajosísima: cincuenta onzas por un lado, y otras treinta y seis al cabo de seis meses por otro; suma total; ochenta y seis onzas, es decir, mil cuatrocientos ochenta y tres pesos cincuenta centavos.

—Ya te he dicho, Silvestre, que cediendo a la simpatia que me arrastra hacia tí, te he preferido con la niña, pues ayer no mas me han hecho una idéntica propuesta a la tuya,

con la diferencia, que en vez de cincuenta, me daban sesenta onzas al contado y la misma mesada que tú me determinas. Mucho sentiría que por una mezquindad fueses a perder la criatura mas bella de este mundo.

—Vamos, mi señora doña Romualda, vos siempre habeis de sacar de mí el partido que quereis, os daré, pues, las sesenta onzas y la mesada ya dicha; y creedme, hago un verdadero sacrificio, porque hoy día andan los fondos muy escasos. Al mi señora doña Romualda, no pasarán muchos meses sin que se desarrolle una lamentable crisis monetaria!

—Pero tú eres uno de los comerciantes mas vivos de esta plaza y sabrás ponerte en guardia para cuando la crisis se pronuncie.

—Me encuentro ahora colectando fondos, pero como nunca le faltan a uno conflictos y atrasos cuando jira en grande escala, esta mañana no mas he tenido un rompimiento con César Martín, por haber tenido la imprudencia de demandarme el pago de una gruesa cantidad que le adeudo. Yo he pagado hasta ahora perfectamente mis deudas, pero en la actualidad me encuentro reuniendo capitales y no estoy para pensar en mis cuentas atrasadas. Le devolví el documento con algunas desverguenzas.

—Hiciste mal, porque segun he oído decir, ese jóven tiene un carácter sumamente violento y orgulloso, y bien puede suceder que te pida esplicaciones.

—No tengáis cuidado por eso, mi señora, pues cualquiera accidente que me ocurriese no os perjudicaria en vuestra mesada.

delirio... La perspectiva de una buena fortuna torna muchas veces a los hombres en filósofos.

—No, señora, yo no me tornaré en filósofo, porque si es cierto que sus amores han concluido con borrasca, no sería yo quien la hiciera el amor para concluir con matrimonio. Es verdad que su fortuna seduce, pero para admitirla sería preciso levantar un sumario indagatorio.

—Oh! y que historias tan lindas probablemente vendrian a entretener la sociedad! Ella estuvo para casarse hace poco tiempo; pero cesaron de repente los murmullos, y como los hombres son tan malos, la pobrecita sufriría un desengaño, y quién sabe cuantas mas amarguras que la habrán obligado a ocultarse... Cuánto mejor es vivir sin careta para no verse una obligada a lamentar esperanzas perdidas. ¿No eres de mi opinion, Silvestre?

—Decididamente sois una mujer de talento, señora Romualda, y si hubierais nacido en la alta aristocracia habriais inmortalizado vuestro nombre.

—Me vas a poner orgullosa.

—Creí que me ibais a decir que os iba a poner colorada.

—No me impresionan tus sátiras; al contrario, me distraen.

—Pero estamos perdiendo el tiempo inútilmente, mi buena amiga, y no puedo dejar de recordaros que ando de prisa. Tened la amabilidad de hacer venir a mi presencia a mi bella futura, para consolarme de la próxima

M. DE S.

3

—Siempre has de ser satírico y mordaz, Silvestre; yo solo he querido hablar de ti.

—Muchas gracias. Reflexionando, mi señora, sobre la compra que os he hecho de la muchacha, veo que puede ser un verdadero estorbo a la prosperidad de mis intereses. Si mis negocios marchan mal, tendré necesariamente que buscar una mujer rica a quien unirme en matrimonio y que me salve de una ruina que me traería inevitablemente el descrédito y la deshonra. En este caso mis relaciones con esta niña bien pueden perjudicarme: habría necesidad de abandonarla, y los sacrificios que hubiese hecho por ella no tendrían compensación.

—¿Te preocupa todavía la elegante, romántica y misteriosa señorita Ana? Sabes que sería curioso verte unido en matrimonio a esta candorosa hermosura?

—Vamos, mi señora, no uséis ese lenguaje: ya sabéis que no pienso en esa mujer y que hace algun tiempo que no la veo. Confieso que su fortuna me enauoró en otro tiempo; pero impresion tibia, fugaz, que han sido suficientes pocos meses de ausencia para desvanecerla del todo. Ella ha tenido otros amores y aunque no sé en lo que hayan venido a parar, se me antoja que deben haber concluido con algun golpe romántico. Oh! ya no pienso en ella.

—Pero su fortuna está intacta y al encontrarla nuevamente en sociedad, no podrán menos de exaltarse tus pasiones, que el amor siempre deja chispas, y en un momento de

crisis que me amenaza. ¿Sabéis que todavía no conozco su metal de voz? y sin embargo sé que canta divinamente: jamás la he visto sino por encima, pues la muchacha parece pundonorosa, y toda vez que me veía entrar a vuestra casa se escondía. ¿Es caprichosa?

—Ya te he dicho que es una paloma adornada de todas las gracias que pueden seducir a un hombre. Voi a hacerla venir en el instante.

Doña Romualda llamó a una sirvienta y la dió orden de advertir a la niña que se la esperaba con urgencia en la sala.

—¿Y cuándo piensas conducirla a tu casa, dijo a Silvestre.

—Esta noche misma, mi señora; a la oración habrá un coche a la puerta de vuestra casa; adornareis a mi desposada con ese gusto que os caracteriza y vos misma la conduciréis a la mía. Yo prepararé algunos fiambres, vinos jenerosos, té esquisito, a fin de hacerla los honores correspondientes. Pero ¡ai! mi señora doña Romualda, se me va a ir en la chispa una fortuna!

—¿Siempre lamentándote! eres el hombre mas feliz del mundo, y quejándote todavía de la suerte.

—No, ya no me quejo, y venga lo que viniere. ¿La niña tiene quince años, eh?

—Cumplidos recientemente.

—Bien educada, de talento, de instrucción y llena de gracias?

—Eso te lo hará ver ella misma.

—¿Y podeis decirme la familia a que pertenece?

—Lo ignoro; solo puedo garantizarte de que por su origen es una gran señora.

—Malo! esto puede traerme compromisos en algun dia; pero, no importa, vos seréis la que responda en todo caso.

—Pierde cuidado que nadie podrá reclamar por ella en ningún tiempo. Sus padres ignoran, desde muchos años atras, cual sea la suerte de su hija, y no podrán reconocerla por sus facciones, pues la perdieron en su infancia.

—Pues, señor, me va interesando la muchacha: a mí me gustan estas vidas envueltas en el misterio y que cuentan algunas notables aventuras. Yo malicio que vos estais perfectamente al corriente de todo lo ocurrido en la infancia de esta niña, de quiénes son sus padres, y de su desaparicion de la casa paterna. Luego me referiréis esa historia cuando veais que soy blando de corazon para satisfacer vuestras necesidades. En otra vez hablaremos sobre esto mas despacio, y estoy seguro que os encontraré mas bondadosa.

—Nunca obtendrás de mí otras esplicaciones que las que te he dado, porque ignoro todos los pormenores de la infancia de esta niña. Cuando tenia seis o siete años vino a mí poder, y no me tomé la molestia de indagar quienes eran sus padres. La persona que la crió, al pasarla a mi lado, me habló sobre ella en términos demasiado vagos, de manera que no pude sacar nada en limpio. Solo si sé de positivo que pertenece a la alta sociedad.

—Está bien, despues volveremos sobre este negocio. Pero creo que ella se acerca: ponde-

radla mi cariño, mi carácter afable y mi decision por hacer su felicidad. Los buenos amadores dicen que todo consiste en la primera impresion: si conseguís que ella se enamore, sería capaz de aumentaros la mesada.

—Me vas a hacer creer en milagros, Silvestre, sin embargo, que debéis aumentarla.

—¿Que no estais bien con mi proposicion?

—No digo tal; es una proposicion ventajosa.

En este momento se oyó detras de una de las puertas de la sala el ruido de un vestido de seda. Doña Romualda llevó en esa direccion sus ojos, y tomó su rostro un aire de gravedad y hasta de amenaza como para prevenir la obediencia de la niña.

Silvestre empezó a la lijera a acomodarse la corbata y el peinado; cambió de asiento buscando un lugar mas oportuno para la conversacion que le aguardaba y comenzó a sonreirse con aire malicioso y conquistador que lo hacia aparecer en estremo repugnante. Sus ojos estaban tambien fijos en la puerta.

Un instante despues apareció la niña, vestida con elegancia y mucha sencillez; como sorprendida de encontrar con su madre a Silvestre, solo avanzó un paso en la sala y se paró involuntariamente. Doña Romualda con sequedad y casi con enojo la mandó tomar asiento; y Silvestre se apresuró a indicárselo.

CAPÍTULO VI.

AURISTELLA.

Esta niña que habia quedado sola acompañando a doña Romualda y que llevaba una vida aislada y melancólica, se llamaba Auristella; precioso nombre que significa *estrella de oro*.

Auristella tenia quince años, esbelta, color blanco rosado muy puro, cabellera rubia y unos ojos grandes y azules, de mirada dulce y bondadosa. Parecia que la naturaleza la habia formado en un momento de magnificencia.

Rara vez se encuentra en el mundo una mujer que reuna tantas perfecciones físicas y morales como Auristella, pues a su hermosura unia la suavidad de su carácter, la bondad de sus sentimientos, una inteligencia clara y sensibilidad exquisita.

Esta niña habia crecido en casa de doña Romualda, pero no habian alcanzado a su corazon los vicios de esa sociedad depravada. Se habia formado en el retiro, pues luego que su inteligencia se abrió al mundo comprendió el peligro que la cercaba y tuvo un horror invencible, profundo a la prostitucion. Apasionada a la lectura, se habia procurado un caudal de conocimientos muy extraño en una criatura de su edad, y por las observaciones que tenia ocasion de hacer en los estrados de su casa, como por las que le suministraban los libros respecto al corazon humano, se podía

decir que Auristella tenia de él un conocimiento mas o menos perfecto.

Creia que doña Romualda era su madre y la respetaba, pero interiormente sentia repugnancia por esta mujer que tan cínicamente atropellaba todas las leyes del pudor y la decencia. Esto habia contribuido a formarle un carácter melancólico y reservado, y continuamente en su soledad lloraba la suerte tan triste que la habia cabido. Pensaba en su porvenir y sentia miedo, porque solo divisaba sombras espesas que oscurecian su vida y la perdian en un torbellino que no se atrevia a profundizar. Pobre niña! entregada al mundo sin amparo alguno y condenada a ver morir sus esperanzas en el mismo instante de sentir las brotar sobre su corazon!

Despues que doña Romualda vendió a la niña que la servia de compañera; despues de haber tenido conocimiento Auristella del contrato infame que habia hecho la que llamaba su madre, no tuvo un solo momento de tranquilidad pensando que mañana, cualquier día podría pretender venderla a ella tambien y esponderla a sucumbir en una lucha amarga y desesperante. Desde ese instante cayó en una postracion moral, en una profunda pena que la hacia derramar abundantes lágrimas diariamente.

El corazon que es bueno y sensible ha nacido indudablemente para el dolor, y llora dos veces sus males: cuando los presente, y cuando se ve atacado por ellos.

Auristella temblaba al pensar en su madre,

o mas bien, al pensar en el porvenir que podía esperar al lado de una mujer que habia hecho un comercio de la prostitucion, y para la que el honor de sus propias hijas valia apenas unas cuantas monedas. Esta niña era, pues, verdaderamente desgraciada.

Pero en medio de sus amargos sinsabores tenia un consuelo que le proporcionaba la credulidad de su espiritu inocente: desde sus mas tiernos años profesaba una devocion sincera y pura a la Virgen Maria, y tenia tanta confianza, tanta fé en su proteccion divina, que alcanzaba por instantes a consolar su situacion. A la cabecera de su cama se veia una imájen de la Reina del cielo, y al rededor del marco algunas flores ya marchitas que remulaba Auristella toda vez que conseguia otras frescas y olorosas. No dudaba que entre las furiosas olas que se levantaban sombrías y terribles amenazando sepultar en un abismo su existencia, brillase alguna vez la Estrella del mar, aplacando las tempestades y permitiéndole divisar las riberas de un puerto de salvacion.

Al pié de la imájen habia escrito Auristella estas palabras:

«Virgen Maria, protege mi destino.»

Pero por mucha que fuera la fé que Auristella tuviera en la proteccion de la Virgen, no alcanzaba a ahuyentar sus temores ni a mitigar siempre su dolor, porque el mundo con sus espantosas realidades le presentaba mui de cerca sus peligros. Pero, sus oraciones eran tan puras y habia en ella tanta fé, que sin

esperar en la que tenga parte este caballero. No le conozco, y me estraña lo que me acabais de decir, madre mia.

—Pero él te conoce demasiado bien, Auristella, y está empeñado tanto como yo en verte contenta y feliz. Es un buen amigo a quien debo servicios de importancia y el que generosamente me ha ofrecido su proteccion. Debes, pues, estarle como yo agradecida y estimarle en lo que se merece.

—No digais eso, señora, dijo Silvestre; tal vez debia haber hecho mas, pero mis circunstancias no me lo han permitido; sin embargo, con el tiempo se mejorarán los negocios; y si Auristella colma mis esperanzas, y no desmintiendo sus bellas cualidades....

—No os entiendo, caballero, interrumpió Auristella con altivez.

—Ya te he dicho niña que se trata de tu porvenir y que este es un caballero que se interesa en tu felicidad; y cuando yo lo escucho y lo acepto, debes tú hacer otro tanto.

Alentado Silvestre por las palabras de doña Romualda, se resolvió a entrar de lleno en la cuestion.

—Dejarémos de estar perdiendo el tiempo, dijo con aquella sangre fría propia de un hombre que nada tiene que perder, y vamos acabando luego un negocio en el que ahora me siento mas interesado que antes. Parece que os encontráis disgustada con mi presencia en vuestra casa, señorita Auristella, y es que todavia no sabeis que desde hoy en adelante vuestro destino va a unirse al mio; sí, vais a

duda llegaban al trono de la Esposa de los cantares envueltos en los perfumes de la inocencia.

Ese día que doña Romualda hizo adornar a Auristella pretestando una visita cualquiera, tuvo esta pobre niña un presentimiento fatal, y cuando se encontró en presencia de Silvestre, quedó sobrecogida de espanto y de miedo porque creyó adivinar el objeto de la presencia de este hombre en su casa. Miró a doña Romualda con aire suplicante y tierno y en seguida a Silvestre con desprecio y altivez.

En el momento comprendió este hombre que la niña no era una mujer vulgar y se incendiaron rápidamente sus deseos. Como no se atreviese a romper el silencio que sucedió a la presencia de Auristella, indicó con los ojos a doña Romualda que diese de una vez principio a la escena. Esta comprendió perfectamente lo que se le queria decir, y con tono blando pero lleno de autoridad le dijo a Auristella:

—Ven, acércate Auristella, toma asiento y asiste a nuestra conferencia porque se va a tratar de tí; sí, hija mia, se va a tratar de tu porvenir y me lleno de contento al pensar en la felicidad que te aguarda.

Auristella sintió despedazársele el corazon; esas pocas palabras de doña Romualda contenian para ella un mundo de desgracias. Llena de zozobra procedió a tomar asiento distante de Silvestre y toda turbada tuvo apenas valor para decir:

—No sé qué clase de felicidad pueda yo

pasar a mi lado para gozar a vuestras anchas de los regalos y comodidades de la vida; para ser una gran señora y tener casa que gobernar, dinero que gastar en vuestros caprichos, tertulias que hermostear con vuestros encantos, y últimamente, un rendido caballero, vuestro servidor, a quien consagrarle vuestra vida en pago de todos sus cariños. Ya veis, no puedo ser mas esplicito y terminante, y espero que meditando bien en la felicidad que os aguarda, os mostreis dócil a la voluntad de doña Romualda y a mis ardientes deseos.

No es posible pintar la impresion que estas palabras hicieron en el corazon de Auristella; se creyó perdida; y a punto de brotar las lágrimas de sus ojos, un sentimiento de indignacion se apoderó de ella, y alzándose con orgullo y majestad:

—Os he escuchado, dijo, con profunda atencion, y todavia me hago violencia para comprender el sentido de vuestras palabras, caballero. Si fuérais un hombre honrado, si fuérais capaz de dar importancia a los sentimientos nobles y jenerosos, si entendiérais siquiera el lenguaje de la decencia, ya que no el de la virtud, procuraria desengañaros respecto de mí, haciéndoos ver el error tan insensato en que estais al pensar que pueda yo aceptar la vida de vergüenza y deshonor que me ofrecéis. Pero sois un hombre que ha formado sus costumbres en las orjias, que se enorgullece en los vicios, que ha hecho profesion de manear la virtud y de seducir la miseria, y solo puedo contestaros, que me inspirais una repugnancia

invencible, que sois un miserable, un infame y que ya os demorais demasiado en abandonar ese asiento y salir de esta casa.

Silvestre se asombró de la entereza y dignidad de la niña, pero no se sintió herido por sus palabras: doña Romualda brinco de cólera en su asiento, y ántes que aquel contestase a Auristella se apresuró a salir en su socorro.

—¿Qué significa ese lenguaje? dijo: ¿cómo te atreves en mi presencia a ultrajar a un caballero?

—No, señora, replicó en el mismo tono Auristella, no es un caballero el que ofrece comodidades en cambio de la deshonra de una jóven, el que se presenta a comprar con placeres de orja el honor de una mujer!

—Vamos poco a poco: entendámonos, dijo Silvestre con una flemma admirable. ¿A qué armar tanta bulla? qué es eso de honra, de orja, y qué sé yo? ¿por qué acalorarse antes de estar al cabo de las cosas? Yo me he soplado sin la menor incomodidad la tropa de insultos que me ha dicho esta niña, porque soy... filósofo, hombre despreocupado y nunca hago caso de las palabras de las mujeres: y al contrario siempre han sido de mi particular gusto estas muchachas buenas mozas, y así, entre cariñosas y peleadoras. Pero esta niña, mi señora doña Romualda, tiene todavía muy poco mundo y no comprende su conveniencia; debíais vos haberla dado algunas saludables lecciones y haberla preparado para esta entrevista. Ya que habeis cometido la torpeza de no haberla advertido, voi a enterarla yo en dos pa-

queza; no comprendéis vuestros intereses, pues cualquiera otra jóven de juicio y que sepa lo que importa una vida satisfecha, lejos de enojarse cuando se le brinda con ella, alza sus ojos al cielo y los brazos hácia la persona que tan bien la quiere.

Auristella quedó abismada con la relacion que acababa de oír; veía que su madre era la empeñada en venderla y se creyó perdida sin remedio: sus ojos se llenaron de lágrimas y estuvo a punto de desfallecer. Al cabo de un corto rato de silencio se volvió hácia doña Romualda y la dijo con un acento que habria conmovido a esta mujer si hubiera tenido corazón.

—¿Es verdad, señora, que me queréis vender? qué os he hecho yo? o soy acaso una carga tan pesada que me arrojaís a la corrupcion para deshaceros de mí? Yo jamás os he molestado, jamás me he quejado de vos, ni he dejado de consolaros cuando os he visto abatida y triste. Por qué queréis entonces castigarme tan cruelmente votándome de vuestra casa y vendiendo mi honor por unas cuantas monedas? Si estais pobre, madre mia, yo trabajaré para manteneros ¿desconfiaís acaso de mis fuerzas? Yo le pediré a Dios todos los días que nos ayude en nuestros trabajos, que nos dé fuerzas para soportar las penalidades de la vida: él nos oirá, madre mia, porque la voz de la virtud sube al cielo y es grata a los oídos de Dios. Oh! vos no queréis que yo sea eternamente desgraciada! no podeis venderme porque sois mi madre, y una madre no permite que le deshonren a su hija.

labras de lo que hai en el negocio.—Habeis de saber, señorita Auristella (y no importa que me mireis tan enojada porque os aseguro que os pongo mas interesante) habeis de saber que hace tiempo que yo me interesaba por vos, y que jamas pude conformarme con el pensamiento de que al fin fuéreis de otro y no mia; porque es indudable que mas tarde o mas temprano comprenderiais la necesidad de estableceros. En estas circunstancias recibo una carta de mi buena amiga la señora Romualda, en la que me dice que venga a hacerle propuestas sobre vos....

—Silvestre, interrumpió doña Romualda, esos son negocios de nosotros dos.

—No tengais cuidado, si ya está cerrado el contrato, y es bueno que las partes queden bien enteradas. Como os iba diciendo, señorita Auristella, recibí una carta que me llamaba a hacer una ventajosa propuesta sobre vuestra persona. Como siempre me habeis gustado, entré con placer en el negocio a pesar del estado nada próspero de mi comercio, y ofrecí por vos tanto; pero atendidas vuestras cualidades y hermosura, se me exigió mas, y mas ofrecí. Cerrado el contrato, convenido perfectamente todo, quise tener el gusto de tratar a mi bella futura antes de instalarla en mi recinto doméstico, y pedí que os hiciesen llamar. Os presentais, y cuando estoi buscando palabras de miel con que haceros la corte, me echais unos ojos que a la vez me incendian y me hielan, y me decis unas palabras que me dejan tamañito. Perdonadme que os lo diga con fran-

—Auristella, contestó doña Romualda, tu exageras mucho las cosas, hija mia, y tu imaginacion se exalta demasiado. ¿Quién te ha dicho que yo voi a arrojarte a la corrupcion? ¿por qué presumes que has de ser eternamente desgraciada? No, Auristella, lo que he querido únicamente, ha sido acomodarte al lado de un hombre de suposicion y de fortuna que te dé respetabilidad y satisfaga todas tus exigencias: lo que yo he querido ha sido verte contenta y feliz, porque tú mereces todos los placeres del mundo. ¿Cuál sería tu porvenir permaneciendo siempre a mi lado? En medio de nuestras pobreza nos fastidiaríamos recíprocamente y estaríamos espuestas a cien contratiempos diarios; y despues la miseria, la absoluta falta de recursos.... Entonces vendria la verdadera corrupcion, porque habria necesidad de mantenerse y de buscar los recursos en el primero que fijase sus ojos en nosotras. ¿Cómo podríais entonces lucir los dotes con que la Providencia te ha favorecido? Las niñas que nacen con tus gracias, Auristella, necesitan un campo, libre de preocupaciones, donde tender el vuelo y poder lucir todo el brillo de sus facultades. El hombre es una necesidad de la vida, y feliz aquella que desde su temprana edad puede ver esta necesidad satisfecha, sin verse obligada a prodigarse y a estar probando los sinsabores de la inconstancia y las vicisitudes de la fortuna. Creemes Auristella, tu suerte al lado de Silvestre, es bajo todos respectos envidiable, y solo una loca podría rehusarla.

Durante el discurso de doña Romualda, Auristella habia podido reflexionar que no le convenia mostrarse altiva y enérgica, sino llorosa y suplicante, puesto que estaba entre sus enemigos y sin que nadie pudiera socorrerla. Así, en vez de replicar a su madre, se volvió hacia Silvestre y le dijo:

—Perdonadme, señor, los insultos que os he dicho; os he calumniado tal vez, pero ya podeis calcular mi desesperacion, mi amargura. . . . Oh! no seais cruel, no insistais en perderme; tened compasion de mí! Decid a mi madre que puesto que yo me juzgo desgraciada a vuestro lado, no podeis haceros de una carga que os seria difícil sobrellevar ni aun por corto tiempo; decidla que no podeis consentir en hacer la desventura de una jóven que jamas os ha ofendido ni os ha deseado mal alguno; que vos no teneis un corazon de piedra para estar diariamente presenciando las lágrimas de una pobre mujer condenada eternamente a llorar su deshonra. . . . Oh! decidla todo esto señor, y seré vuestra esclava!

—¿Qué muchacha tan romántica! exclamó Silvestre: cualquiera que nos viera diria que estábamos representando una comedia. Pero es gracioso! esta chica no quiere ser mi querida y mas bien prefiere ser mi esclava ¡vaya un capricho raro! Señorita Auristella, os protesto que ahora estoy enamorado de vos, y que si algo he de decir a vuestra madre es que os quite esos escrúpulos de inocente y os persuada de lo dichosa que vais a ser conmigo. ¿Por qué os habia yo de hacer desgraciada? Mien-

—Ya nada tengo que deciros, caballero, nada tengo que suplicaros; no sois un vicioso ordinario, sois un criminal que se mete furtivamente en una casa para robar y asesinar; si, me quereis robar la estimacion del mundo y me preparais la muerte en la deshonra. Seguid insultándome, caballero, seguid martirizando mi pudor y gozándoos en mi suplicio; pero tened entendido que jamás consentiré que un infame como vos, me profane siquiera con sus miradas, y antes traeria sobre mí todas las desgracias del mundo, que permitir me tocaseis una mano. Salid de aquí, señor, que en este recinto se alberga la virtud y la inocencia, y vos solo buscais la maldad y el vicio. Por grande que sea el poder del infortunio y la miseria, no alcanzará jamas a corromper mis sentimientos, y así, perded la esperanza de que yo pueda sucumbir por hambre, porque primero pediria limosna o me dejaria morir.

—Ya esto va pasando a drama, dijo Silvestre, y segun marcha el negocio, concluirá probablemente con tragedia.

—Señora, continuó Auristella, dirigiéndose a su madre, si el honor de vuestra hija no es sagrado para vos, en nombre de lo que mas hayais amado, mandad salir a ese hombre de vuestra casa.

—¿Qué locura! dijo doña Romualda; ¿no te he dicho, niña, que este caballero es nuestro protector? ¿qué es el solo apoyo que tenemos en el día? El te ha hablado como filósofo, como hombre de mundo que sabe las necesidades de la vida y comprende el corazon humano; pero

tras me seais fiel y os mostreis cariñosa, nada teneis que temer. ¿Soy yo acaso una fiera? Léjos de esto, soy un sumiso cordero cuando me dedico a distraer la vida con algun grano de oro como vos. Todas esas cosas que decís, son buenas para escusarse un momento, para manifestar pudor, vergüenza, qué sé yo; pero ¡es historia llevarse todo un día dando lástima con exclamaciones tontas y súplicas importunas! Yo creo que vos mereceis todos los sacrificios que se hagan por complaceros, y podeis abrigar la íntima conviccion, que vais a ser la novia mas atendida que ha habido hasta ahora en Santiago.

Auristella se esforzaba por contener sus lágrimas; pero le quedaba un recurso todavia: vencer a su madre con su dolor. Una madre, pensaba, por muy depravados sentimientos que abrigue, al fin es madre, y la misma naturaleza la arrastra a ponerse de parte de su hija cuando la ve luchando con la desgracia o con las corrupciones del mundo. Este pensamiento mantuvo sus fuerzas, pues no dudaba que alcanzaria a interesar en su favor el corazon de su madre. ¿Cuántos esfuerzos no hacia la imaginacion de Auristella para vencer en el primer combate que le presentaba el mundo! Sola, sin apoyo ninguno, sin relaciones, sin recursos, ¿qué partido tomaria si se despreciaban sus súplicas? Esta consideracion era horrible y la llevaba a un estado de desesperacion bien cruel. Viendo que su madre guardaba silencio despues de las íntimas palabras de Silvestre, replicó ella:

no por eso debes mostrarte ofendida, porque si hai alguien quien te estime de veras y te desee toda clase de bienes, es él. Vamos, Auristella, reflexiona y acepta la proteccion de Silvestre, que estoy segura que al cabo de un mes no te causarás de bendecir tu destino.

—Callad, señora, que parece que os inspira el jénio del mal. ¿Esos son los consejos que da una madre a su hija? Hasta ahora he estado humildemente sometida a vuestros caprichos; nunca he tenido mas voluntad que la vuestra y os he obedecido en todo, porque ese era mi deber; pero cuando me mandais que vaya a vivir criminalmente con el hombre al cual me habeis vendido, cuando ahogando todo sentimiento noble me quereis precipitar en el fango de la corrupcion, entonces no creo ofender a Dios negándoos la obediencia, y él me da fuerzas para deciros:—madre, no reconozco vuestra autoridad; no quiero obedeceros!

—Seguramente que han aconsejado a esta muchacha, dijo doña Romualda, dirigiéndose a Silvestre, y será necesario tomar otros expedientes para reducirla a la obediencia, o hacerla conformarse con la suerte que tan neciamente desprecia.

Silvestre comprendió de golpe el pensamiento de doña Romualda y se le allegó a decirla algunas palabras al oído. Acto continuo se levantó esta mujer y echó llave a la puerta por donde habia entrado Auristella, la cual llave puso en manos de Silvestre. La pobre niña, profundamente horrorizada, comprendió tambien el pensamiento que los animaba, y echán-

dose a los pies de doña Romualda, con voz ahogada por la desesperación, le dijo:

—Madre mía! comprendo lo que queréis hacer: vais a dejarme sola con este hombre! En nombre del cielo, salvadme, señora, mirad que soy vuestra hija, y que va a caer sobre vuestra cabeza toda la cólera de Dios!

—Auristella, tú has de pertenecer a Silvestre: él me ha hecho una propuesta ventajosa y la he aceptado: ya era tiempo que me pagáseis lo que he gastado en tu manutención y educación. Auristella, yo no soy tu madre!

Auristella dió un grito de sorpresa.

—¡No sois mi madre! dijo, ah! gracias, Dios mío, que habeis quitado de mi corazón un peso bien horrible. ¡Perdonadme, madre mía, por haberle estado dando por tanto tiempo a una mujer tan criminal el nombre que solo a vos os pertenece!

Irritada con esta exclamación y aprovechando doña Romualda el éxtasis en que había quedado Auristella, se precipitó fuera de la sala por la puerta que permanecía abierta, y con una velocidad extraordinaria la cerró y le corrió el cerrojo.

Al ruido que hizo éste alzó su cabeza Auristella y se vió encerrada en la pieza, sola con Silvestre. Se precipitó apresuradamente hacia la puerta y luchó en vano por abrirla. Silvestre soltó una carcajada.

—Ya lo veis, dijo, estais en mi poder, y os aconsejo que no hagáis resistencia, porque lo único que conseguiríais sería fatigaros y des-

zas? La casa aislada, los dos solos en una pieza cuyas puertas era imposible que la fuerza de una mujer pudiese derribar; la niña desmayada, dos criadas que había, ausentes, acompañando a doña Romualda; todo le favorecía, todo conspiraba en contra de la pobre Auristella. No había remedio, tenía que sucumbir.

Después de haber tomado bien sus precauciones, porque Silvestre era cobarde, se volvió hacia Auristella, la tomó nuevamente en sus brazos y la dejó caer con mucha suavidad en un rincón de la sala. Cuando la contempló tan bella en medio de su desmayo y que nadie podía venirle a disputar una presa que tanto había ambicionado, tuvo una alegría salvaje y exclamó con fuerza y como ébribo de placer.

—Por fin, ya es mía!

—Todavía no, caballero! contestó una voz bien conocida de Silvestre, y en el mismo momento se corrió el cerrojo de la puerta por donde se había marchado doña Romualda y apareció en ella César Martin.

Imposible es describir la sorpresa de Silvestre al encontrarse tan de improviso con el rostro sombrío y amenazador de César; dió un paso atrás y se quedó contemplándolo con asombro.

César se quedó en el umbral de la puerta interpretando el cuadro que se le ofrecía a la vista. Al ver a Auristella por el suelo y desmayada, comprendió que había tenido lugar una lucha en la que había sucumbido el más débil; pero las palabras de Silvestre que había alcanzado a oír, le manifestaban que aun no

componer por algunos momentos vuestras facciones.

—¡Socorro! socorro! gritaba la pobre Auristella, pero nadie la respondía y la puerta permanecía cerrada.

Entonces Silvestre con mucha calma fue acercándose a ella, y al tomarla entre sus brazos, dió Auristella un grito y se desmayó pronunciando estas palabras:—¡Virgen María, ven en mi socorro!

Silvestre la recibió en sus brazos y la acomodó momentáneamente en un sillón. Auristella apenas respiraba y parecía que estaba a punto de morir. Su rostro se puso más hermoso que nunca y conservaba una expresión de indefinible tristeza.

CAPÍTULO VII.

UN ÁNGEL TUTELAR.

Luego que Silvestre se vió solo al lado de Auristella desmayada, trató de asegurarse si estaban bien cerradas las puertas. La por donde salió doña Romualda solo tenía cerrojo por afuera y estaba corrido; de la otra conservaba él mismo la llave. Nada, pues, tenía que temer a este respecto.

Silvestre estaba poseído de una fiebre violenta y brillaba en sus facciones una expresión infernal de gozo. Ya se encontraba Tarquino dueño de Lucrecia, y el triunfo era seguro, infalible. ¿Quién podría defraudar sus esperan-

había consumado su criminal intento, y se felicitaba interiormente de haber llegado a tiempo de hacer una obra buena y santa, de salvar quizá el honor de una mujer.

—Mucho os asombra mi presencia, caballero, dijo César, y sin embargo debíais de presumir, que después de leer la carta que me habeis hecho el honor de enviarme, os habia de buscar en donde hubiera probabilidad de encontraros.

—Pero esta no es mi casa, replicó todo confundido Silvestre, y habeis cometido, no una imprudencia, sino un abuso criminal en entraros furtivamente en una habitación donde nadie os necesita ni os llama.

—Os equivocais, caballero, pues según veo, alguien me necesitaba aquí, y es probable que momentos antes se haya solicitado el auxilio del primero que pasara por la calle.

—¿Entonces habeis adivinado que había aquí alguien en peligro? ¿Sois prodigioso!

—No lo he adivinado, pero la Providencia que vela sobre la inocencia y se complace en frustrar los planes de los malvados, ha guiado mis pasos hasta aquí, y ya juzgareis si he llegado o no a tiempo.

—Ah, ¿con que aquí hai un inocente y un malvado? y vos venis enviado por la Providencia para poner en arreglo las cosas? Me place reconocer en vos a un nuevo Don Quijote; pero debo advertiros, que vuestros inocentes y malvados se han convertido en molinos de viento. Vuestra Providencia no es tan infalible que digamos, caballero.

—Estended, señor, la vista en derredor vuestro, y vereis desmayada aun a la que iba a ser víctima de vuestra brutal concupiscencia; y negad despues que no es la Providencia la que ha guiado mis pasos. Ibais a abusar, caballero, horriblemente de la lamentable situacion de esa jóven; os ibais a aprovechar de su desmayo para robarla su honor y hacerla un objeto de desprecio para el mundo y para ella misma. ¿Qué accion tan noble, y qué digna de vos, caballero!

—¿Y con qué derecho os entrometeis en mis asuntos? ¿Quién sois vos que os arrogais la facultad de espiarme y de avaluar mis acciones?

—Yo soi un hombre al cual habeis ofendido gratuitamente mandándole una eschuela de insultos, porque os requirió el pago de una cantidad que le debeis: y desde el momento que os tomasteis la libertad de ultrajarme, debisteis pensar que me dabais el derecho de usar con vos la misma conducta que vos habeis usado conmigo. Y me felicito de corazon, caballero, por haber andado tan acertado en el primer paso que he tenido a bien dar en el laberinto de vuestros negocios, o mejor dicho, en el teatro de vuestras hazañas.

—Si os creisteis ofendido, caballero, por la carta que os mandé en contestacion a vuestro importuno requerimiento, debisteis haberme buscado en un lugar mas apropósito que éste para pedirme satisfaccion de ella.

—¿Y en dónde se os puede encontrar caballero? Desde que vuestros negocios se han empeorado, y desde que el dinero que podeis re-

cojer lo empleais en satisfacer vuestras necesidades y entretener vuestras costumbres, ya nadie puede adivinar el lugar donde descansais de vuestras fatigas comerciales. No es extraño, pues, que el que tenga, como yo, necesidad de cancelar sus cuentas con vos, os busque por los rincones donde soleis ocultaros para libraros de importunos requerimientos. Sois vos mismo, caballero, el que arrastrais a estos sitios a vuestros acreedores.

—Hoi quereis echarla de adivino, señor César, y tan pronto penetráis en mi alma para clasificar mis sentimientos, como os introducis en mis negocios y fallais sobre ellos con mas aplomo y conviccion que yo mismo. ¿Vos sabéis que mis negocios marchan mal, cuando yo estaba creyendo lo contrario!

—No es así como debiais decir, caballero; sino: cuando yo me empeño en hacer creer lo contrario. Pero es preciso que sepais, que no solo sé que marchan mal vuestros negocios, sino que estais quebrado.

—¿Quebrado!

—Sí, quebrado, y estais reuniendo dinero para ocultarlo y presentaros en seguida a vuestros acreedores pidiendo esperas y la rebaja de un cincuenta por ciento.

—En fin, acabemos de una vez, señor César, porque os aseguro que vuestra presencia como vuestro lenguaje me son demasiado enfadosos. Os habeis introducido furtivamente en esta casa para pedirme explicaciones sobre la carta que os he enviado; pues bien, os diré que esa carta la escribí en un momento de cólera,

sin intencion de heriros. ¿Os creéis satisfecho? Tened ahora la bondad de dejarme, porque mi tiempo me importa demasiado y estoi miserablemente perdiéndolo.

—No esperaba de vos otro lenguaje, caballero, y cierto que si consideraciones de otro jénero no me impudiesen alejarme de aquí, ya me habria retirado mui satisfecho con las explicaciones que me habeis dado.

—¿Y qué consideraciones son esas? ¿Os habeis propuesto incomodarme a todo trance?

—Me he propuesto, señor, librar de vuestro poder a esa jóven a quien quereis hacer desgraciada.

—¿Y a eso habeis venido?

—Vine a pedir satisfaccion de un ultraje; y al ver a una jóven desmayada y a su lado al hombre que quiere perderla, no he podido resistir a la tentacion de salvarla, y os prometo que la salvaré. Esto es todo, caballero.

—¿Y qué pensais hacer?

—Esperar que llegue la madre de esa jóven y advertirla del peligro que ha corrido su hija. Si ella ha sido cómplice en vuestro proyecto, le reprenderé su falta, y en último caso invocaré la lei en favor de esa criatura.

—¿Y si esa criatura no fuese inocente, como vos lo presumis, sino una muchacha que ya no tiene honor que salvar?

—No os lo creo, caballero, pues las palabras que os alcancé a esenchar cuando llegué a esa puerta, y el desmayo en que aun se conserva esa jóven, me prueban que vos teniais en mucho el triunfo que tuvisteis a punto de alcanzar. Y

credme, caballero, ninguna mujer que nada tiene que perder, se desmaya porque se encuentra a solas con un hombre.

—Es peregrino vuestro razonamiento, pero todavia es mas peregrina vuestra conducta, señor César.

—Avaluadla como gustéis, pero ya os he dicho que no me muevo de aquí mientras no ponga en seguridad a esa jóven. Mirad, ya parece que quiere volver; y si es verdad que su honor está perdido y que mis servicios no la serian de importancia, contad con que no os importunaré por mas tiempo y os dejaré libre el campo.

Efectivamente, Auristella fué poco a poco volviendo de su desmayo; se sentó al fin como si hubiera salido de una horrible pesadilla y se tomó con ambas manos la frente. Alzó la cabeza, y al fijar sus ojos en Silvestre y César, se levantó precipitadamente y exclamó como fuera de sí:

—¿Qué es esto! dónde estoi!

—En vuestra casa, pobre niña, le respondió César, y en la que nada teneis que temer por que siempre encontrareis quien vele sobre vos.

Auristella se fijó por un instante en César, pues su voz le parecia dulce y amistosa, y pasando rápidamente su mirada a Silvestre, dijo espantada y llena de desesperacion.

—¡Ese hombre! oh! ese hombre!... soi desgraciada!... Ah! señor! echad a ese hombre de aquí!... Yo no sé... pero él estaba solo conmigo... ah!...

—Tranquilizaos, niña, ese hombre no os ha

hecho ningún mal, pues en el instante que se preparaba a abusar de vos, me he presentado yo en esa puerta y he podido evitar a él un crimen, y a vos una vergüenza eterna.

—Ah! sois mi ángel tutelar! permitid, señor, que bese vuestros pies!

—Alzaos, niña; ninguna criatura debe prosternarse sino delante de Dios. Al evitar que se os ultrajase, no he hecho mas que cumplir con un deber sagrado para un caballero, y que mi misma religion me lo dicta:—socorred al desgraciado.

—Es la Virgen Maria quien os manda, señor, porque cuando ese hombre se acercó a tomarne entre sus brazos, yo la llamé en mi socorro y me desmayé. Al volver en mí os encontreis a mi lado habiéndome socorrido de las criminales intenciones de ese infame. Ah! señor, creedme, es la Virgen quien os envía!

Este lenguaje de Auristella le dió a entender a César, que el corazón de esta niña no solo no estaba corrompido, sino que estaba puro, inocente. Le tomó suavemente las manos y la dijo con acento paternal lleno de dulzura:

—Sois un ángel, pobre niña.

Y volviéndose en seguida a Silvestre, continuó:

—Ya lo veis, caballero, no me habia engañado: esta jóven aun no ha perdido su honor; y aunque no tuviese otras pruebas que vuestra turbacion, vuestro anonadamiento, ya lo creeria con la misma conviccion que me infunden las palabras inocentes y cándidas de esta criatura, a quien ibais a precipitar en un mun-

do de corrupciones y miserias. Atreveos a decir todavía que ya no tiene honra que perder.... Señor Silvestre, sois un miserable y un infame!

Silvestre habia seguido mudo y con estúpida curiosidad, la estraña escena que se le ofrecia a la vista, y se encontraba perplejo sin saber qué partido tomar. Los insultos de Auristella no le habian hecho impresion ninguna, porque los consideraba como desahogos naturales de una niña a quien cruelmente habia ofendido y que se preparaba a deshonorar; pero las injurias de César sublevaron su amor propio, y a pesar de la pequeñez de su espíritu y del temor que abrigaba de que su contrario llevase las cosas a un extremo demasiado desagradable para él, contestó:

—Me llamais infame y miserable, caballero, porque me encontráis empeñado en asegurar la conquista de una mujer: ¿y qué nombre merecéis vos que os introducéis sigilosamente en una casa para conquistaros esa misma mujer, con aires de protector y con la amabilidad de la hipocresia?

—Señor Silvestre, replicó César, desde hoy queda abierta entre los dos la lucha, y aunque el estado de vuestros negocios os impida daros a luz, yo sabré encontraros aun cuando os ocultéis en vuestras mas misteriosas guaridas.

—Como gustéis, señor César; pero no creais un momento que puedan preocuparme vuestras faufurronadas.

Y sin esperar otra contestacion de César,

ni mirar siquiera a Auristella, tomó su sombrero y salió con aire despreciativo de casa de doña Romualda.

Cuando Auristella escuchó las palabras injuriosas que Silvestre decia a César, echándole en cara ocultas intenciones con respecto a ella, tuvo un momento de duda y miró a su protector con asombro. Pero este momento fué rápido y no alcanzó a ser notado por César. Mas al encontrarse sola con él, tuvo recelo, tuvo miedo, pues se encontraba en situacion bien triste, al lado de un hombre jóven, a quien no conocia y al que debia estarle reconocida y sumisa. Llena de vergüenza, alzó los ojos y se encontró con la mirada dulce y compasiva de César. Corrida de su mismo pensamiento, pues en la dignidad de su protector comprendió su honradez, dijo ruborizándose:

—Señor, no sé cómo manifestaros mi reconocimiento por el servicio tan inmenso que con tanta generosidad y tanta nobleza me habeis prestado. Sola, desamparada, bien sé que mi gratitud es estéril; pero ¿qué os sabe, señor, si no lo sean mis oraciones. Tened la bondad de decirme vuestro nombre para mezclarlo en ellas cuando las eleve al cielo, y ojalá que Dios os dé la recompensa que vuestra accion merece.

—¿Y cuál es el vuestro, niña?

—Auristella.

César reflexionó un instante en el nombre de esta niña, y le admiró que una mujer como doña Romualda hubiese tenido la inspiracion

de llamar a su hija *Estrella de oro*, porque conocia perfectamente a esta mujer cuya vida era comentada por los jóvenes, y sus ojías gozaban de cierta celebridad entre los mozos alegres. Auristella por su hermosura, por su inteligencia y sentimientos, era realmente una estrella de oro que se alzaba pura y brillante en medio de ese fango corruptor. El nombre de esta niña acabó de cautivar a César, que ya sentia por ella admiracion y sumo interes.

—Auristella, le dijo, cuando reeais, pedid a la Reina del cielo, que tanta fe teneis en ella, alcance para vuestro nuevo amigo César, la resignacion en los contratiempos de su vida.

—Y ella escuchará mis oraciones, señor César, porque sabe que se las dirige una alma que ha resistido a las tentaciones del mundo, que ama a la virtud, que es digna de conversar con ella. ¿Creis, señor, que los votos que hace una criatura que aun tiene puro el corazón, pueden llegar al cielo?

—Yo creo, Auristella, que la voz de la inocencia siempre es escuchada por aquel que recompensa al bueno y que castiga al malo.

—¿Y no es verdad, señor, que el hombre que seduce a la inocencia porque la encuentra desamparada en la miseria, es un hombre malo?

—Es un infame, Auristella, que merece el desprecio del mundo y su anatema.

—Ah, señor! vos sois un caballero que creéis todo eso porque teneis sentimientos nobles y generosos. Siempre he soñado que alguno parecido a vos me sacaba de esta esfera de cor-

rupeion en que tengo que respirar, y me trasportaba a otra donde el aire no manchaba mi frente. Tened, señor, compasion de mí, ocultadme donde querais; pero sacadme de esta casa cuya sola presencia enferma mi espíritu, y donde las pasiones mas bajas y mas torpes se manifiestan desnudas en toda su deformidad. Oh! sacadme de aquí, os lo suplico.

—Pero, niña, vuestra madre está con vos, y ella no puede permitir, por depravadas que sean sus costumbres, que nadie vaya a empañar el honor de su hija, a serla eternamente desgraciada, a infamarla para siempre.

—Es que vos no sabeis, señor: esa mala mujer que hasta ahora ha vivido conmigo, no es mi madre.

—Doña Romualda?

—Sí, y hoy mismo ha tenido la crueldad de venderme por unas cuantas monedas a ese hombre que habeis encontrado aquí, y ella misma me aconsejaba que cediese, que era un partido ventajoso, brillante, y que solo una loca podia negarse a ser la concubina de un hombre que da algunas comodidades en cambio del honor.

—Ah! esa mujer es mas infame aun que el que dió el dinero. ¡Pobre Auristella! mucho debeis haber sufrido.

—Sí, demasiado, señor; pero como hasta hoy esa mujer me habia respetado, yo sufría sin quejarme confiando siempre en la bondad divina, y porque creia que era mi madre; mas cuando hace pocos momentos me declara que no soy su hija y me dice que le pague lo que

—Vamos, Auristella, salgamos de una vez de esta casa, por que puede llegar esa mujer y dar lugar a una escena que me seria desagradable y en la que vos tendrais que sufrir. Si ella os ha dado todas vuestras ropas, dejádselas, que nada os faltará al lado de mi familia. En casa podeis cultivar sin cuidados vuestros bellos sentimientos y solo escuchareis paternales consejos y vereis rostros amigos.

—¡Qué bueno sois, señor! dijo Auristella con lágrimas en los ojos, y me afije la idea de tener que ir a ser, talvez, una carga molesta en vuestra casa. Pero yo procuraré agradar a vuestra familia, y vos me ocupareis en lo que creais que pueda serla útil.

—Sí, Aristella; pero vamos de una vez.

Auristella fué entónces a su dormitorio: bañada en lágrimas besó repetidas veces la almohada de su cama, sobre la que siempre la sorprendia la mañana llorando, y descolgó de la cabecera la imájen de la Virgen.—Ven conmigo, madre mia, le dijo, porque tú eres la sola que hasta aquí me ha protegido. Estoy huérfana en el mundo, pero si no puedo contar con la proteccion ni las caricias de mis padres, tú no me abandonarás, madre mia!—Envolvió la imájen en un pañuelo y se dirigió zolozando al salon donde César le guardaba.

—No os afijais ni lloreis, Auristella, la dijo éste, porque es desde este momento cuando vais a llevar una vida tranquila y hermoseaada solo por vuestras virtudes.

Y ambos salieron de casa de doña Romualda dejándola silenciosa y desierta.

M. DE S.

4

ha gastado hasta ahora en mí, pasando a vivir criminalmente al lado de un hombre que mancha cuanto toca, ¡ah! os aseguro, señor César, que casi me ha muerto el dolor: mi corazon se ha despedazado.

—Comprendo vuestra amargura, buena niña, y todo lo critico de vuestra situacion. Puesto que esa mujer no es vuestra madre y que no tiene por consiguiente sobre vos ningun derecho, y a mas que ha querido precipitaros al vicio, al crimen, vendiéndoo por dinero, no debeis en manera alguna continuar viviendo a su lado. Habeis hecho bien, Auristella, en confiar en la bondad divina, porque ha sido la Providencia la que ha encaminado mis pasos a esta casa. Me daba el corazon que hoy habia de hacer una obra grande y buena, y mi presentimiento ha quedado todavia atras de la realidad. Desde este momento ya nada teneis que ver con esa mujer; cualquiera que haya sido la solicitud con que os ha cuidado, cualesquiera que sean los sacrificios que haya hecho por vos, todo queda borrado desde el momento en que ha querido tan miserablemente corromperos, haciendo de su pupila una criatura infeliz y despreciable.

—Vuestras consoladoras palabras, señor César, conjuran el involuntario pesar que siento al tener que abandonar a la mujer que cuidó de mi infancia y a cuyo lado he crecido. Si ella no me hubiera vendido, si no me quisiera arrastrar a una vida de reprobacion y de miseria, yo no la habria abandonado y partiria con ella sus pobreza y desgracias.

CAPÍTULO VIII.

UNA ESCENA DE FAMILIA.

Al otro dia de haber tenido César la entrevista con Ana, se apacaba del caballo en el patio de la casa de campo donde permanecia su familia y donde su madre deseaba que se efectuase su casamiento con Elena. Al estender César la vista por los corredores de la casa, divisó al otro lado de los fierros de una ventana, el rostro inocente y alegre de la jóven, que su madre le queria dar por esposa. Esta vista le hizo estremecerse, porque se imaginó los incidentes de la escena que iba a tener lugar en ese instante, y la precision en que se encontraba de herir gratuitamente el amor propio y el corazon de Elena, y de dar a su madre un golpe que talvez iba a traerle amargas consecuencias.

Carolina, la mayor de sus hermanas, fué la primera que le salió al encuentro luego que le vió llegar, y llena de júbilo le dijo:

—Te confieso, hermano mio, que habia pensado mal de tu ausencia; me imaginaba que algo te iba a suceder y aun dudaba que hoy estuvieses de vuelta. ¡Te despediste con tanto misterio! Voi corriendo a avisar a mi madre tu llegada, porque desde que supe que te habias marchado cayó en una tristeza que ha ido aumentándose por horas. Pero ya estas aquí y voi a avisarlo a mi madre y a Elena que desde ayer está con nosotras.

—No, Carolina, la dijo César, no es menester que formes bulla por mi llegada, pues no es un acontecimiento que debe llamar la atención: vamos juntos al dormitorio de nuestra madre y me ayudarás a disipar su tristeza.

—¿Te ha ido mal en el asunto que te llamó a la ciudad, César? Tienes un aire triste; algo hai en ti que me hace extrañar: estás sin duda preocupado por algún pensamiento que te debe ser incómodo, o sufres algún secreto pesar que has tenido temor de confiarlo a tu familia.

—Si algo interiormente me preocupa y me abate, pronto lo sabrás, pues jamás oculto a mi familia mis pesares. Vamos, que no quiero tener por mas tiempo cuidados a mi madre.

Y echó a andar por delante de Carolina, manifestando entereza, pero combatido interiormente por un desgarrador sentimiento.

Ya Elena había ido en busca de Matilde y ámbas se habían dirigido al dormitorio de la madre de César para noticiarle la vuelta del hijo cuya ausencia tanto la había contristado. Al abrirse la puerta del dormitorio y presentarse en ella César, tuvo su madre un movimiento de alegría, pero lo reprimió cuanto pudo, y mas bien miró a su hijo con severidad que con dulzura. César que conoció perfectamente a su madre, se sintió abatido por un profundo desconsuelo, y en ese instante no habría tenido valor para contrariarla en el mas insignificante de sus deseos. ¿Y que valor podía tener un hijo tan amante como César, para destruir de un golpe la mas bella esperanza de

Elena está desde ayer con nosotras y no ha cesado de disculparte; pero un buen hijo, no debe nunca dar lugar a que se le disculpe con sus padres. Ella en union de mis hijas ha venido a distraerme en mi soledad, y a rodearme de atenciones y caricias. Dios es la suprema bondad y bendecirá el porvenir de Elena.

—Si, lo bendecirá, madre mia, por que las virtudes que pasan casi siempre desconocidas en la tierra, son atendidas en el cielo.

Mucho me favoreceis, César, dijo tímidamente Elena: las atenciones que prodigo a vuestra madre me las prescribe un deber sagrado: ella ha sido tambien una madre para mi y me ha acariciado con ternura desde mi infancia. Yo debo, pues, ahora velar sobre ella con la solicitud de una hija.

—Gracias, Elena, hija mia, replicó la señora; yo conozco tu corazon por que lo he visto formarse, y sé que tu hermosura no es la prenda que te hace mas recomendable para el mundo; y el que no conociese la bondad y delicadeza de tus sentimientos, seria un ciego, un insensato.

—Señora.... se atrevió a penas a decir Elena, y bajó sus ojos despues de haber mirado rápidamente y con vergüenza a César.

Este se sintió confundido por las palabras de su madre, y miraba con pesar el jiro que iba tomando la conversacion. Pero como comprendiese que le provocaba a contestar para hacer ver a Elena la estimacion en que él la tenia.

su madre, la que alentaba su vejez, la que todavía era capaz de darla dias risueños y hermoscar su desencantada y achiacosa vida.... Pero César tenía el corazon lleno de otro amor poderoso, irresistible, y temia que en la lucha de sus sentimientos fuese a quedar como un hijo ingrato y rebelde. Su pasion no podía ser mas angustiosa, y mas de una vez estuvo tentado por alejarse de la presencia de su madre y evitar una explicacion que iba a serle a él mil veces mas dolorosa que a aquella. Pero al presentarse, todos los que estaban en el dormitorio guardaron un profundo silencio, de manera que César se vió obligado a hablar él primero. Al reparar en Elena, se volvió hacia ella y la saludó con una expresion llena de dulzura y de tristeza; pero no atinaba a disculparse por que no encontraba palabras apropiadas para desenojar a su madre: en fin, al llegar hasta el sillón donde ésta permanecía sentada, se inclinó ante ella y tomándole cariñosamente la mano, le dijo:

—¿Estais reñida con miigo, madre mia, por haberme ausentado sin vuestro consentimiento?

—Me habías prometido no ausentarte, contestó secamente la señora.

—Pero si no pendió de mi voluntad, madre mia; un llamado urgente, apremiante, me llevó a la ciudad; cuando creí que fuera nada mas que de tres o cuatro horas mi ausencia, ha sido de un dia. Perdonadme, pues, por que no he tenido la intencion de faltar a mi promesa.

—Decis verdad, señora, contestó, nadie se atreveria a negar la luz, sintiendo que herian sus ojos los rayos del sol.

—Exagerais, César, dijo con brevedad Elena, y vuestra pintura me humilla.

—César dice lo que siente, replicó la señora, y hablando de esa manera, hija mia, complace a su corazon que es el que le dicta ese lenguaje.

Cada momento veía César que la conversacion ganaba un terreno en el que no queria llevarla en presencia de Elena, y ya le era difícil sostenerla. La imagen de Ana estaba clavada en su mente, sus palabras bullían todavía en su oído y su recuerdo estaba palpitante en su corazon.

—Y puesto que ya está de vuelta César, prosiguió la señora, y que Elena tambien se encuentra con nosotras, seria bueno que principiásemos a ocuparnos en realizar las esperanzas de todos.

Este era el golpe que temia César: las palabras de su madre eran tan terminantes, que no le dejaban libre ninguna salida. Había llegado pues, el momento de explicarse.

El rostro de Elena se encendió; toda turbada se volvió hacia Matilde, y tomándose de ella la dijo algunas palabras sin concierto para disimular su turbacion. Esta niña amaba a César desde los primeros años de su juventud, pero no habiendo este jamás hablado a sus sentimientos, había tenido que mantener oculto su amor en el santuario nunca profanado de su alma. Mientras mas indiferente se manifes-

taba César, mas novedad tenía su pasión y mas crecía el interés que le inspiraba. Cuando el día anterior se le había hecho saber la resolución de aquel de unirse a ella en matrimonio, sorprendida con una nueva tan feliz, se mostró en toda su ingenuidad y le confesó a Carolina, que ese había sido el día mas dichoso de su vida. Pero al verse en presencia de César y al notar en este la misma indiferencia de siempre, dudó de su porvenir y se sintió avergonzada de haberse manifestado gozosa al pensar en la proximidad de un bien que talvez estaba distante. Mas ella no tenía la culpa de haberse embriagado con ese pensamiento, puesto que la madre de César le había hablado en nombre de su hijo y dándole a conocer su voluntad, en caso que fuese favorecido, de unirse a ella dentro de pocos dias mas.

Elena estaba aprisionada por una duda cruel y hubiera deseado saber en ese instante lo que debía temer o esperar. Estuvo a punto de suplicarle a Matilde que la llevase a otra habitación, pero una fuerza extraña a su voluntad la mantenía enclavada en ese sitio.

César se acercó a su madre hasta tocar al sillón donde estaba sentada, y lleno de sumisión y de respeto le dijo:

—Antes de ocuparnos de esas esperanzas, señora, tan bellas para mí, desearía hablar a solas con vos, pues tengo que comunicaros un asunto de la mayor importancia. y volviéndose hacía sus hermanas, continuó:—Pronto estaré al lado de vosotras, hermanas mías, pues tengo que

reñiros, porque no os unisteis a Elena para disculpar mi ausencia con mi madre.

Carolina y Matilde se tomaron de Elena y salieron de la habitación; las dos primeras mirando a César y mandándole una cariñosa sonrisa, la última con los ojos bajos y levemente inquieta. El asunto de tanta importancia que César tenía que tratar a solas con su madre, no podía ser otro en su concepto que su matrimonio. Este pensamiento contristó el ánimo de Elena, y envalde quería aparentar alegría pues la tristeza se pintó desde ese momento en su semblante.

La madre de César, luego que se vió a solas con él, le dijo un tanto disgustada y sorprendida:

—No comprendo, hijo mío, que otro asunto de mas importancia que tu matrimonio ocurra en estos momentos que llame nuestra atención. Expíciate, César, que me tienes con cuidado.

—Ese es el asunto que quiero tratar a solas con vos, madre mía; mi matrimonio.

—¿Cómo! y has alejado a Elena y a tus hermanas? ¿Qué significa esto, César?

—Esto significa, madre mía, que lo que tengo que deciros, solo debéis oírlo vos, y no Elena y mis hermanas, porque lejos de tener interés para ellas les había de ser mortificante.

—No te comprendo, Cesar, y ya demoras mucho en explicarte.

—Os he dicho, señora, que iba a hablaros sobre mi matrimonio.

—Lo que me ha sorprendido demasiado porque es una cosa completamente concluida y arreglada.

—¿Y no sería posible, madre mía, demorar lo algun tiempo mas?

—Imposible, la niña está aquí, y la palabra de tu madre empeñada.

—Pero se puede pretestar una ausencia, un inconveniente cualquiera: yo os lo suplico, señora, consentid en que se demore algun tiempo mas.

—Ya te he dicho, César, que eso es imposible; no consiento en ello. ¿Por qué demorarlo? ¿qué nueva resolución es esa? Yo no diviso ningún inconveniente y el casamiento se hará dentro de pocos dias.

—Pues bien, señora, mi casamiento no podrá efectuarse. Ah! perdonadme, madre mía, pero si os obedezco voi a ser eternamente desgraciado!

La señora quiso hablar, pero fué tan grande la impresión que le causaron las palabras de César, que su voz no salió de su garganta: su rostro se encendió y sus ojos llenos de indignación se fijaron en su hijo. Al cabo de un momento de silencio, que fué un verdadero suplicio para César, se incorporó en su sillón y empezó a contemplar a su hijo que se mantenía a su lado completamente abatido y con la cabeza inclinada.

Una señora de un carácter tan altivo como la madre de César, que jamas había sido desobedecida ni contrariada por sus hijos, habiéndolos acostumbrado desde sus tiernos años a una obediencia pasiva, no podía menos de pensar que una causa oculta y poderosa obligaría a su hijo a desobedecerla por la primera

vez de su vida. La señora queria alcanzar con su imaginación esta causa, pero no atinaba con ella. No podía pensar que su hijo estuviera enamorado de otra mujer, pues ya iban algunos meses que César no se movía de su lado, ni veía a mujer alguna.

—Apenas he podido comprender lo que me has dicho, César, dijo al fin de un instante de angustioso silencio, y no puedo atinar con la causa que, despues de haber tú mismo convenido en satisfacer mis deseos, haga rebelarte en contra de tu palabra y de la voluntad de tu madre. Un hijo que se rebela de este modo, deja de merecer la estimación de sus padres.

—No me habéis así, madre mía, porque despedazais el corazón del hijo mas amante y mas sumiso que hayais conocido jamas. Pensad, señora, que un matrimonio, en el cual el esposo no puede amar a la esposa, solo es un infierno de pesares y de angustias, y que aunque se pongan blancos los cabellos, la cadena de infortunios no se rompe. ¿Por qué os empeñais en que haga desgraciada a esa joven y en que yo mismo pierda mi felicidad para no volverla a encontrar?

—César, el hombre que se confiesa impotente para cumplir con sus deberes al lado de una mujer a quien no ama con pasión loca y que la amenaza con hacerla infeliz, no es un caballero de nobles sentimientos y está haciendo ver que ya no se abriga en su alma la virtud. Te desconozco, Cesar; tú no eres digno de tus padres.

—Si hubiera dejado de merecer por un solo

momento, madre mia, vuestra estimacion y cariño, me juzgaria el hombre mas infortunado del mundo y me sepultaria lejos de vos y de la familia. Pero os lo juro, señora, no he dejado jamas de ser digno de mis padres.

—Tú sacrificas la felicidad de los últimos dias de tu madre a infundados temores.

—Esa es una inculpacion demasiado cruel, madre mia, porque vos no podeis leer en el porvenir.

—A mi edad, César, el porvenir está a la vista y fácilmente se puede saber lo que encierra. Mas cuesta leer en el pasado, porque perdidos los hechos en el tiempo, se escapan sin dificultad de la memoria; y el porvenir, cuando ya una mide su existencia por horas, solo es el día de mañana. Tu matrimonio ha sido el sueño feliz de mi vejez; su realizacion hermosa la corta estacion que ya yo solo puedo acompañaros en el mundo.

—Pero vos no debeis desconsolaros, señora, no debeis entregaros a la pena, porque vuestros hijos con sus atenciones y caricias ahuyentarán vuestros pensamientos tristes y os harán olvidar hasta vuestros años.

—No, jamás podria consolarme de tu desobediencia, de haber tenido la culpa de la desgracia de esa niña, porque despreciada por tí en los momentos que se prepara a ser tu esposa, sensible como es, se sentirá profundamente herida y se alejarán para siempre de su corazon la alegría y la tranquilidad.

—Ella es joven, es hermosa, es rica, señora, y el sinsabor de pocos dias no puede perjudi-

—Pero si este matrimonio es imposible, madre mia; y ya que es necesario deciroslo todo, debo confesaros, que no es Elena la mujer a quien yo amo y que debo unir a mi suerte; que es otra cuyo amor profundo hace tiempo que tiene una influencia estraña en mi vida, que ha recibido mis promesas y juramentos, que está unida a mi destino y que solo la muerte puede separar de mi corazon.

—Por tu vida, César, ¿es verdad lo que me dices?

—Sí, madre mia, y perdonadme por no haberos revelado antes mi secreto.

—Quitate de mi vista, César, y no me vuelvas a ver jamás.

—Ah! no, señora, vos no podeis ser tan cruel conmigo; no, no podeis castigarme de esa manera porque jamás me prohibisteis que amase ni que dispusiese de mi voluntad!

César se habia arrodillado a los piés de su madre la que lo contemplaba con severidad y con orgullo, y estaba resuelto a no abandonar su puesto hasta no conseguir ablandar su corazon. La señora ya miraba absolutamente perdida su esperanza, pues era verdaderamente imposible su matrimonio con Elena, desde que ya otra mujer habia robado los sentimientos de su hijo. Tuvo un dolor agudo y perdió sus fuerzas por un momento. Pasados algunos segundos dijo a César rechazándolo de en lado.

—Un hijo que engaña por dos veces a su madre y que la compromete miserablemente en un negocio imposible, es un ingrato que

ear al brillante porvenir que le será fácil alcanzar al lado de un joven que la ame y que pueda consagrarse a sus deberes sin remordimiento y sin pena. El contento y la tranquilidad de una mujer, madre mia, no pueden quedar destruidos para siempre por algunos contratiempos de la juventud: el mundo tiene muchas distracciones y fácilmente borra las amarguras de los primeros desengaños.

—¿Y qué consuelo podria alcanzar yo, anciana y próxima a morir? Tu me has prometido sería y solemnemente, César, que cumplirias mi voluntad, y en esta consecuencia ya está todo preparado. ¿Qué se ha hecho tu obediencia, que se ha hecho tu ternura de otros dias y ese respeto con que te has sometido siempre a los deseos de tu madre? Si has sido hasta ahora un buen hijo, amante, respetuoso y obediente, por qué no quieres seguir siéndolo en adelante? ¿Qué ha hecho tu madre para haber desmerecido en tus sentimientos? El otro día no mas me prometiste que realizarias mi pensamiento para satisfacer la última ambicion de tus padres, que estabas pronto a tomar a Elena por esposa, que es la única mujer que puede convenirte, que consentias gustoso en consolar mi vejez y en verme morir tranquila, y hoy, César, impulsado por una causa que todavia no he podido penetrar, te olvidas de tus promesas, ahogas tus jenerosos sentimientos, despeñas mi corazon y no tienes temor de verme bajar al sepulcro precipitada por tu desobediencia, ignorando cual sea tu porvenir y presa de la intranquilidad.

debe severamente castigarse. Vete, te repito, y déjame en paz.

—Oídme, por favor, madre mia. Cuando hablamos el otro día sobre este enlace, me creia olvidado de la persona a quien amo; pero en esos momentos recibí una carta por la que se me llamaba a renovar mis promesas. Un hombre de honor, madre mia, y un hombre que ama profundamente, no podia vacilar: yo quedé nuevamente comprometido pensando poderme disculpar con vos. Si he principiado hoy por deciros que retardéis mi matrimonio con Elena, no ha sido por engañaros, no, señora; he querido preparar vuestro ánimo para disminuir la impresion que habia de producir la revelacion de mi secreto. Castigadme de otra manera, madre mia, por haber cedido a un sentimiento irresistible; pero no me mandéis que me aleje, ni me priveis de consagrarme a vuestro cuidado. Ya sufro mucho, señora, para que sea necesaria esta pena cruel!

—Déjame, César, necesito estar sola. Puedo ir a entregar tu mano a esa otra mujer, cuyo nombre quiero ignorarlo porque temo un nuevo golpe, y yo veré modo de consolarme al lado de mis hijas y de Elena, a quien no sé si tendré valor para mirar. Ojalá que el cielo no maldiga tu enlace. Comunicaré hoy mismo tu resolucion a tu padre y le diré que te entregue una parte de nuestra fortuna para que puedas establecer a tu nueva familia.

—No saldré de aquí, madre mia: vos sabeis que la severidad del carácter de mi padre me impide acercarme a él, y que solo a vos puedo

suplicaros tengais piedad de mí. No, no me marcharé así!

—Yo te mando que salgas.

Y al decir esto, se levantó de su sillón la madre de César, imponente y trémula.

Este la miró asustado, quiso replicar pero se le ahogó la voz en la garganta, sacó su pañuelo para contener sus lágrimas y salió desesperado de la habitación de su madre.

Un momento después montaba en su caballo y se dirigía a la ciudad. Su madre al sentir el ruido que hacia al alejarse, se le oprimió el corazón de pena.

Al verlo partir sus hermanas sin haber ido a donde ellas ni decir una palabra a Elena, se sorprendieron grandemente y corrieron a la habitación de la señora. Al verlas entrar le dijo ésta:

—César ha marchado a la ciudad a ocuparse en un negocio demasiado importante y serio; después tiene que partir a un viaje que es imposible evitar. Elena, hija mía, no te separas de mí, y aunque se demore la felicidad que esperabas, no debe inquietarse tu corazón porque al fin la alcanzarás como la merecen tus virtudes. Carolina, me siento indispuesta, pero antes de atenderme tengo necesidad de hablar con tu padre. Dile que lo espero.

Las jóvenes no se atrevieron a replicar una sola palabra y volvieron a dejar sola a la señora. Elena no podía explicarse la entrevista de César con su madre, y ya el orgullo iba reemplazando en su corazón el abatimiento; pero todavía suspiraba y se distraía.

santuario del corazón, y aquellas matronas se hacían casi siempre violencia para impedir sus tiernas manifestaciones, por no dar lugar a una confianza que pudiera ajar algunos de sus respetos.

Estas señoras no eran del mayor número, pero la madre de César era una de esas pocas que se hacían notables por la rigidez de sus costumbres; mas confiada que otras en la sumisión de sus hijos, se abandonaba muchas veces al sentimiento de su amor, para gozar a su vez de las caricias de aquellos.

César que sabía los principios en los que su madre había sido educada, y cual era la educación que había dado a sus hijos, no se atrevía a ceder a su tentación y exponerse, o a tener que hacer nuevas promesas que sabía le era imposible cumplir, o a afectar todavía mas el ánimo de su madre; lo que al fin podía serle funesto en los años avanzados que se encontraba.

Se vino, pues, derecho a la ciudad angustiado por mil pensamientos tristes, y reflexionando en lo mucho que ya le costaba y que le costaría talvez en adelante, su violenta pasión por Ana. Pero esta era la mujer que iba a unir a su destino y nada existía en el mundo que estuviese mas arriba de su amor.

Llegó a su casa, la que guardaba una señora, que por sus tristes circunstancias hacia de ama de llaves, con su hija; entregó su caballo a un sirviente y se encerró en seguida en su cuarto.

La primera idea que le vino fué escribir a

CAPÍTULO IX.

LOS CONSEJOS DE UN HOMBRE DESENGAÑADO.

Varias veces estuvo tentado César por volver la rienda de su caballo, presentarse nuevamente a su madre y no moverse de su lado hasta no alcanzar una reconciliación que tranquilizase su espíritu y le librase del peso horrible que desde ese momento llevaba en su corazón: haber desobedecido a su madre y ocasionándole un pesar cuyas consecuencias tenía miedo de medir. Pero le contenía la idea de que talvez iba a empeorar su causa irritando porfiadamente a la que le había dado el ser y a quien él tanto amaba. Conocía a fondo el carácter de su madre y sabía que cuando ordenaba una cosa era necesario obedecerla o resignarse a soportar el castigo que su dignidad a veces dictaban.

Era una de aquellas pocas señoras educadas en los usos y costumbres de los antiguos, para las que no había mas ley que su voluntad ni mas voluntad que su ley; ellas solas se creían la familia y tenían a dignidad llevar en todos los asuntos la palabra y ser absolutas en sus juicios. La obediencia pasiva de los hijos era natural e indispensable para mantener ilesa su respetabilidad y guardar esa armonía que debía haber en la sumisión de la familia. El amor maternal, sin ser entonces menos activo que en el día, porque este amor es uno mismo en todos los tiempos, se mantenía oculto en el

Ana lo que le había acontecido en el seno de su familia, para hacerle ver cuan acreedor era a todas sus consideraciones y cuan digno de su amor. Tomó un papel y escribió de esta manera:

«Mi querida Ana:

«Ha sido necesario todo el amor que te profeso, para haber podido hoy despedazar el corazón de mi madre negándome abiertamente a satisfacer sus deseos. Respeto y amo a mi madre como ningún hijo sobre la tierra; pero no he tenido valor para sacrificarle mi porvenir y el tuyo.

«En el último día de nuestra ausencia me comprometió mi madre a unirme en matrimonio con una joven a quien recomendau prendas envidiables: yo estaba desesperado y creyendo haberte perdido para siempre, cedi a sus instancias. Mi madre lo arregló todo y llevó a su lado a la joven. Hoy he tenido necesidad de explicarme, y al conocer mi resolución, me ha tratado con una dureza cruel. Ya en otra ocasión te he hablado del extraño carácter de mi madre, y puedes figurarte cuánto habré sufrido; pero tú estabas presente en mi imaginación y me diste fuerzas para resistir.

«Pronto te hablaré de estos nuevos pesares que han venido a combatirme y del día en que deba verificarse nuestro enlace. Solo el recuerdo de la felicidad que a tu lado me espera, puede mitigar en este momento la amargura de mi corazón.

TU CESAR.

Después de haber cerrado esta carta la entregó a su criado para que la condujese a su destino.

Estaba César paseándose por su habitación y pensando en la manera como había de verificar su matrimonio con Ana sin verse obligado a herir mas profundamente el corazón de su madre, cuando vió volver al sirviente a quien había mandado con la carta.

—¿Qué ocurre, le dijo.

—Señor, un caballero que quiere hablar con Vd.

—¿No ha dicho para lo que me necesita?

—No, señor.

—¿Te ha dado el nombre?

—Tampoco.

—¿Le has dicho que me encontraba en casa?

—Sí, señor.

—Dile entonces que pase adelante.

Un momento después entraba Fernando a la habitación de César.

Cuando Fernando sorprendió a César en sus amores con Ana, tuvo idea de vengarse de él; pero reflexionando después que ninguna culpa tenía César en su desgracia sino la mujer que lo había arrastrado, y por otra parte, que él talvez no saliese el mas fuerte atendida la posición social de su rival, pensó entonces en captarse la voluntad del joven y hacer que él mismo preparase su venganza.

Cuando Fernando visitaba a Ana, había sabido que un comerciante, Silvestre, la pretendía por esposa para hacerse dueño de su fortuna, y últimamente había llegado a su cono-

cimiento, que estando mal parados los negocios de este comerciante, pensaba presentarse nuevamente en los estrados de Ana y porfiar por alcanzar su mano.

Silvestre le había ocasionado algunos males a Fernando cuando fué su rival.

César miraba con cariño a la persona que se le presentaba de visita, por que siempre había sido un buen amigo suyo y de su familia: apesar que lo veía frecuentemente en casa de Ana, ignoraba sus pretensiones y ni aun llegaron a sus oídos los murmullos que sobre su próximo enlace andaban en sociedad en boca de los que se ocupan de indagar la vida ajena.

Luego que Fernando se encontró en presencia de César le dijo con el tono afable que le era habitual:

—Talvez os será importuna mi visita, señor César, pero como soi un buen amigo de vos, he querido venir a advertiros de algunas cosas que os interesan.

—Jamás podrá serme importuna vuestra visita, señor Fernando, y siempre me dareis un placer cuando tengais a bien honrarme con ellas. Tened la bondad de tomar asiento, señor.

—Hacia algun tiempo que no nos veíamos, señor César.

—Sí señor, algunos meses. La última vez que nos vimos, fué en casa de la señorita Ana, nuestra amiga; esa noche nos convidasteis para una tertulia que hubo necesidad de suspender, a consecuencia de no sé qué enfermedad que os atacó repentinamente. ¿Os molestó mucho ese ataque?

—Algo, señor César; pero fué pasajero, dijo Fernando procurando ocultar la viva impresión que le causaron las indiscretas palabras de su amigo; pues aquella tertulia se había suspendido a causa de la traición de Ana.

—Me restablecí completamente, prosiguió, y espero no volver en mi vida a sufrir iguales ataques.

—¿Teneis algun procedimiento médico que os sirve de preservativo?

—Oh! uno magnifico, abonado por la experiencia y cuyos resultados son eficaces.

—Me alegro mucho. No todos son tan felices como vos, señor Fernando, que puedan contar con una medicina tan segura para destruir una enfermedad peligrosa.

—Decis la verdad, señor César, soi feliz en este caso, porque os aseguro que esos ataques repentinos al corazón, como fué el mio, no se curan tan fácilmente y suelen costar la vida. Pero ya estoi perfectamente sano, gracias a Dios, y no me volveré a enfermar.

—Envidio vuestra confianza, señor Fernando, porque ella tambien es un buen preservativo.

—Viuiendo al objeto, señor César, que ha motivado mi visita, debo advertiros que se trata de vuestros intereses.

—Hablad, señor, ya os escucho.

—Jamás debe uno dejar que se pierdan sus intereses sin provecho alguno cuando hai facilidad de poderlos salvar.

—Continuad, señor.

—Varias veces os oi decir que teniais dada

a interes una suma de dinero a un tal Silvestre, comerciante de esta plaza.

—Así es la verdad.

—¿Os ha cubierto esas cantidades?

—No, señor.

—¿Y está vencido el plazo por el cual las tomó?

—Sí, señor, hace un mes.

—¿Y a cuánto ascienden esas cantidades?

—A diez y seis mil pesos repartidos en dos documentos de a ocho mil pesos cada uno.

—Pues si no andais vivo, señor César, perdedis vuestro dinero.

—¿Está arruinado ese comerciante?

—Marcha a su total ruina. Se encuentra en estos momentos realizando secretamente sus facturas y descontando algunas letras: presumo que quiere ocultar dinero y presentarse en seguida por quebrado. Este es un comerciante que jamás ha tenido buena fé en sus negocios y que ya ha sembrado algunas victimas en el comercio. Me admira como ha podido conservar crédito.

—Ciertamente, si tales han sido sus procedimientos, es admirable. ¿Y vos creéis que realmente están malos sus negocios.

—Creo algo mas; creo que está en bancarrota.

—Ya eso es mas sério.

—Pero él quiere ocultarlo por ahora para tener tiempo de esconder fondos. Si quereis salvar vuestros diez y seis mil pesos, escribidle un billete atento, no hai necesidad de alarmarle, diciéndole que necesitais mucho vuestro di-

nero, y que estando cumplido el plazo de los documentos, esperais que tenga la amabilidad de cancelároslos.

—Teneis razon, debo hacerlo así.

—Como desde que este comerciante se encuentra tan ocupado en realizar sus ventas y ocultar el dinero que no le pertenece, no tiene tiempo de dejarse ver de sus acreedores ni de nadie, es indispensable que os deis cierta maña para buscarlo.

—Con que, ¿se esconde he?

—Todavía no, decididamente; pero ya está sufriendo indisposiciones, tomando baños, viajando a las casas corresponsales de provincia, y ocupándose en cien mas negocios que le impiden darse a luz: todo esto se sabe por su sirviente que es el encargado de notificar a los acreedores las ocupaciones y enfermedades de su patron.

—De manera que es necesario buscarlo?.....

—En los lugares donde acostumbra descansar de sus fatigas, a consolarse del mal éxito de sus negocios, en las casas de sus queridas. Donde mas frecuentemente se le encuentra, es en casa de aquella tal Romualda, bastante familiarizada con el público, y cuyas tertulias han alcanzado cierta celebridad entre la parte alegre de nuestra juventud. Es casa mui conocida, y la puede señalar el primero que pasa por la calle.

—Si, he oido varias veces hablar de esa tal Romualda, y creo que vive en una calle atravesada cerca de Yungai....

—La misma; ahí podéis con seguridad en-

contrarlo. Si se escusa, si os pide esperas, decidle la verdad; hacedle ver que estais enterado del estado de sus negocios, y que si no os cubre en el acto vuestros documentos, os vereis en la precision de tomar otras medidas que no podran menos de serle desagradables. Temeroso de que divulgeis su secreto, no dudo que os entregará en el acto vuestro dinero.

—Muchas gracias, señor Fernando, y me complazco en reconocer en vos a un verdadero amigo.

—Vos en mi lugar habriais hecho lo mismo que yo: he cumplido con un deber que impone la amistad a todo caballero.

—¿Y que os habeis hecho este tiempo, señor Fernando, donde teneis vuestra tertulia? Desde la última vez que nos vimos en casa de la señorita Ana, solo ahora he tenido el honor de estar en vuestra compañía.

—Así es, solo que el favorecido soy yo. No he salido a parte alguna, señor César; me he ocupado esclusivamente de mis negocios y no he pensado en fastidiarme en tertulias.

—¿Por qué decís *fastidiarme*? no tendrá ya encantos para vos la vida? no tiene atractivos la sociedad? Seria una desgracia que a la mitad del camino, os encontráseis ya fastidiado del mundo.

—Fernando clavó en César una mirada penetrante, pero quedó profundamente convencido de la inocencia de sus palabras. Esta mirada fué rápida para no dar lugar a que César la interpretase.

—El fastidio siempre es una desgracia, se-

ñor César; pero yo no estoi fastidiado; desengañado cuando mas. Qué quereis: cuando llegamos a cierta edad, ya hemos palpado perfectamente la realidad de las cosas, y nada nos encanta ni tiene novedad para nosotros. Bajo las apariencias de la virtud, encontráis siempre la corrupcion y la miseria; bajo el corazon que juzgais mas bien puesto, hallais la infidelidad y la traicion. Este es el mundo, amigo mio.

—Tengo una idea aproximada a la vuestra, señor Fernando, pero yo creo que puede haber escepciones que tengan el poder suficiente para reconciliarlo a uno con el mundo. El corazon no debe cerrarse completamente a la esperanza, porque cuando menos se piensa se suele encontrar flores en el camino.

—No es uno el que se encarga regularmente de esa operacion, de matar los sentimientos, dijo Fernando con un tono que extrañó a César; hai quien le ahorra a uno ese trabajo: el desengaño. Tantas veces llama a cuentas a la razon, que al cabo se hace preciso tranzar con él.

—Vamos, vos habeis desesperado demasiado pronto, y es necesario que os curéis de vuestra enfermedad. Yo me propongo suavizar vuestras ideas si me haceis la honra de entregarnos a mí.

—Puede que tendriais que arrepentiros, señor César; porque bien podria suceder que en vez de conseguir mi curacion, se os pegara mi mismo mal. Hai enfermedades que son contagiosas.

—Lo veriamos. Aproposito; porque no frequentais nuevamente conmigo la tertulia de la señorita Ana? Hace pocos dias que ha llegado ya del campo donde pasó algunos meses, y os aseguro que está tan encantadora como siempre.

Fernando sintió que se le subia la sangre al rostro y que se ponía colorado; sin embargo, con una calma extraordinaria preguntó a su vez:

—Ha estado en el campo la señorita Ana?

—Si, y ha vuelto hace pocos dias.

—¿Y habeis estado con ella?

—Inmediatamente despues de haber llegado.

—Y la habeis encontrado tan encantadora como siempre?

—De la misma manera la encontrariais vos.

—Ahora comprendo, amigo mio, vuestra aficion al mundo y la creencia en que estais de que jamás faltan flores en el camino de la vida. Y decidme, está ya la señorita Ana completamente restablecida de la grave enfermedad que la hizo cambiar de temperamento?

César se sintió atacado a su vez por un acceso de sangre a la cabeza y estuvo a punto de dejar notar su impresion; pero se serenó y dijo tambien con calma.

—Ignoraba que Ana... que la señorita Ana, hubiera padecido ninguna grave enfermedad.

—¿No os lo ha contado? habrá sido sin duda por no allijiros. Si estuvo a punto de perder la vida. Figuraos que paseaba un dia en coche, y queriendo llegar mas aprisa al punto donde

se dirigia, mandó azotar los caballos: estos que eran altivos y poco acostumbrados a las varas, cuando se sintieron azuzados por el látigo, partieron desaforadamente sin que hubiera forma de poderlos contener. Al cabo de un momento sucedió lo que es de presumirse; se dió vuelta el coche, y Ana... la señorita Ana, pudo escapar milagrosamente; pero no sin haberse magullado miserablemente el pecho. De esto le provino la grave enfermedad por la que los médicos la ordenaron cambiar de temperamento.

—Y ha sido ella, replicó con interés César, la que os ha referido este suceso?

—Ella misma, en los momentos en que se quejaba todavía del golpe.

—Es extraño, no sabía nada de todo esto.

—Es probable, como ya os lo he dicho, que la señorita Ana hubiera tenido el pensamiento de ahorraros un mal rato, refiriendoos una desgracia que estuvo a punto de costarle la vida.

César reflexionó que el tal acontecimiento bien podía haber sido inventado por Ana para disculpar su ausencia con sus amigos; pero no obstante, no dejaba de preocuparlo una relación tan detallada de un peligro tan inminente.

—Pero puesto que ya está buena absolutamente, dijo César y que ha vuelto a abrir su tertulia, ¿porqué no teneis la amabilidad de acompañarnos en ella?

—No hai inconveniente, señor César; pero os aconsejo (soi mayor que vos y puedo aconsejaros) os aconsejo que huyais lo mas posible

—Entregaste la carta? dijo César.

—Sí, señor; y me encargó deciros la señora que os estaba esperando.

Se sentó César a su escritorio y escribió a Silvestre una esquila sumamente política, suplicándole tuviese la bondad de cancelarle sus documentos, vencidos de la fecha hacia un mes. Entregó esta esquila a su criado para que la llevase al comerciante y quedó esperando la contestación.

Al cabo de un rato llegó el criado con la contestación insultante de Silvestre; al leerla se montó César en cólera y salió resuelto a castigar al miserable comerciante que pagaba a sus acreedores con injurias. No encontrándolo en su casa ni en parte alguna del comercio, se dirigió a casa de doña Romualda donde lo encontró y tuvo lugar la escena que ya conocen nuestros lectores.

CAPÍTULO X.

SILVESTRE PRINCIPIA A DESCONSOLARSE.

En el mismo día que César sacaba a Auristella de casa de doña Romualda, Silvestre entraba en la suya sumamente ajitado. No encontrando en la puerta a su sirviente, se paró en medio del patio y empezó a gritar:

—¡Agustín! Agustín!... ¡demonio!...

El sirviente vino corriendo del interior de la casa.

de las tertulias donde algunos indiscretos se complacen en espiar hasta las miradas para formar en seguida comentarios. Procurad siempre estar solo en vuestras visitas.

—No temo a los murmullos de nadie, señor, y siempre he sabido despreciar o contener a los que se han ocupado desfavorablemente de mí.

—También os aconsejo que no os fieis mucho de las mujeres hermosas que declaman cuando juran amor, y lloran cuando no se las cree.

—No tengais cuidado, señor, yo soi poco impresionable.

—¿Y cuándo podemos presentarnos en casa de la señorita Ana?

—El lunes inmediato da un baile, sino teneis en ese día algunas ocupaciones que os impidan presentaros en él, podeis acompañaros conmigo.

—Está bien, tendré ese gusto, señor César. Os dejo, sintiendo haberos ocupado talvez de demasiado tiempo. No olvideis mis advertencias respecto de Silvestre, y hasta la vista, amigo mío.

—¿Iré a buscaros a vuestra casa? dijo César.

—No os tomeis ese trabajo: yo vendré a la vuestra. Y haciendo un saludo demasiado amable y cortés se despidió Fernando.

Cuando se vió solo César pensó: Este es un hombre completamente desengañado del mundo, y debo seguir sus consejos.—Tocó en seguida la campanilla y se presentó el sirviente que ya estaba de vuelta de la casa de Ana.

—¿No te he dicho que no desampares la puerta de calle, bergante?

—Si fué solo por un momento, señor, respondió el criado que tenía ideas muy parecidas a su patron, pero estoi seguro que en este momento no ha venido nadie.

—¿Y cómo puedes saberlo si estabas tu adentro?

—Lo presumo no mas, señor.

—¿Y ha estado alguien a buscarme hoy día?

—Muchos, señor, como seis por lo menos.

—Malo dijo para si Silvestre, todos esos son plazos vencidos y tendré que verme en apuros. —¿Todos han preguntado con interés por mí?

—Sí, señor, con mucha urgencia.

—Y tú, qué les has dicho?

—Que andaba Vd. en los baños de Colina, señor, para restablecer su salud.

—Está bien; y como vuelvas otra vez a dejar vendida la casa, te voi a molar a palos.

El criado de Silvestre era un ciudadano que habia sido mas de una vez miembro de uno de esos clubs políticos que se establecen en Santiago cuando se acerca alguna elección popular, y que se cierran al otro día de efectuada esta; y no solo habia sido un simple miembro, sino tambien secretario de uno de ellos: de manera que cuando su patron le ofreció dar de palos, se le vinieron a Agustín a la imaginación aquellas consideraciones que usaban con él en los clubs, y recordó que se habia oído llamar mas de una vez, *el honorable señor secretario, el ilustrado y católico señor*

secretario, y por otros nombres de honorífica distincion; y como es natural, se sublevó su amor propio y estuvo tentado por decir una desvergüenza al ciudadano Silvestre. Pero la consideracion de ser ahora un simple sirviente y no como en mas felices tiempos un personaje influente en la política militante, lo hizo mostrarse resignado y soportar las amenazas de su patron sin discusion ni réplica; pero en todo caso, no habria jamás soportado que se apalease a quien habia sido todo un honorable secretario de un importante club.

Silvestre, luego que hubo notificado su resolucíon a su sirviente, se entró renegando y pasándose a llevar por delante las puertas de una habitacion donde tenia su escritorio. Cuando se vió solo empezó a pensar en la conducta que habia de seguir para dominar su situacion, aquietar a sus acreedores y vengarse de César. Tambien le pasó lijeramente por la imaginacion la imájen de Ana, pero no se detuvo en ella y se concretó a las impresiones del momento.

—Mis negocios están malos, pensaba, pero no creo que esté quebrado: sin embargo, César Martin habrá ya corrido la voz que estoi en bancarrota, y es necesario parar los golpes de este enemigo que es algo poderoso y que puede serme funesto. Ha estorbado que me haga de esa muchacha Auristella, y bien mirado, no ha hecho mas que ahorrarme algunos gastos que al fin de cada año vendrian a figurar en mis balances por cifras bastantes significativas: pero ha herido horriblemente mi amor propio,

me ha ultrajado y delante de esa muchacha, y es preciso que me vengue de alguna manera.

Despues de meditar algunos planes mas o menos absurdos, se sentó a escribir. Luego que concluyó una carta de pocos renglones tocó la campanilla; pero Agustín no venia; volvió a tocar con mas fuerza, nada; su sirviente estaba sordo; tocó por tercera vez impacientado ya al extremo, tampoco; el honorable secretario reposaba muy cómodamente sentado con dignidad en el zaguán de la puerta de calle. Abrió entonces Silvestre la puerta de su cuarto y comenzó a dar voces.

—¿Agustín! infierno! ¿te se han tapado las orejas?

Agustín dejó su asiento y se presentó delante de su patron con cara seria y aire aristocrático.

—A dónde te habiais marchado otra vez, tunante? le dijo Silvestre.

—Estaba cumpliendo con mi deber sentado a la puerta de calle.

—¡Hola! tu quieres romperme el alma, eh? pues yo te romperé primero las costillas.

—Eso se verá, señor. Podrá Vd. tener derecho para mandarme con buenos modos; pero ningún ciudadano puede tomarse la facultad de maltratar a otro ciudadano, sin hacerse reo de un delito que castigan con severidad las leyes.

Esta frase la habia aprendido Agustín de memoria en uno de los clubs.

—¿Cómo es eso? dijo asombrado Silvestre;

a ver, vuélvelo a decir: repita Vd. señor abogado su discurso.

—No soy abogado, señor, pero he sido secretario de una sociedad política donde he aprendido a conocer mis derechos y los que pueden tener sobre mi mis semejantes.

—Tus semejantes he?... Pues, señor, no sabia que tenia de sirviente a todo un señor secretario de una sociedad política, y que es igual a mí, ni mas ni menos. Pues bien, señor secretario, esa sociedad política no lo entendió a Vd., porque en lugar de ponerlo a Vd. de secretario, debia haber tomado un garrote y haberle enseñado a Vd. las obligaciones de un sirviente, está Vd.? Y si me sigue Vd. calentando la cabeza con la secretaría y con la igualdad y con los derechos y con todo lo que aprendió usted en la tal condenada sociedad, me parece, señor Secretario, que yo tambien tengo el derecho de calentarle a Vd. el cuerpo para que los dos quedemos iguales.

Y mientras hablaba, buscaba con la vista por el cuarto algún baston, el que encontró y lo tomó al parecer con malas intenciones.

Agustín no era un filósofo que soportase con resignacion una paliza por salir triunfante en una cuestion sobre los derechos del hombre, y como en ese momento no era secretario, ni miembro de ninguna sociedad y como tenia evidente necesidad de su salario para vivir, juzgó prudente sacrificar sus teorías a sus obligaciones de sirviente. Guardó, pues, silencio y moderacion a pesar de las palabras duras e insultantes de Silvestre.

M. DEL S.

6

Este tambien reflexionó que no le convenia echar a la calle a Agustín, por cuanto estaba en el secreto de todos los inconvenientes y enfermedades que a la sazón le prohibian presentarse con frecuencia en el comercio, y tambien juzgó prudente sacrificar su orgullo y vanidad a su conveniencia personal. Dejando el baston en vista de la actitud humilde de su sirviente, y presentándole a éste la carta que habia escrito, le dijo:

—No sé si en esa sociedad de la que fuiste secretario, aprendiste tambien de memoria algún artículo que ordenase a los sirvientes desobedecer a los patrones cuando los mandasen dejar cartas: si es así, hazme la gracia de olvidarlo por ahora, pues es urgente que esa carta llegue a manos de la persona a quien va dirigida.

Agustín tomó la carta, leyó el sobre y se retiró humildemente. Mientras llevaba la carta a su destino, se calentó inútilmente la cabeza recordando una frase que habia aprendido de memoria sobre la desproporcion entre el trabajo y el salario y sobre la necesidad de igualar las fortunas para librar al mundo de un desquiciamiento completo.

Silvestre se volvió a encerrar en su cuarto y a entregarse a bien tristes reflexiones. El porvenir comenzaba a oscurecersele, y por todos lados tropezaba su imaginacion con dificultades.

—No conviene, decia entre sí, citar a mis acreedores, porque esto produciria una alarma de los demonios; me creerian en bancarrota y

me formarían concurso; y sin embargo es necesario pedirles esperas. Verlos uno por uno, es lo mismo que reunirlos a todos en la plaza y confesarse de voz en cuello quebrado. Sacar dinero a interés, no es tan fácil, porque hoy en día no está mi crédito bien parado. ¡Maldito negocio!... el comercio no sirve sino para engañarse unos a otros, perjudicarse recíprocamente y en último resultado arruinarse.— Ah! no me arruinaré yo! ya tengo aquí entallegados algunos miles; pediré esperas y la rebaja de un setenta y cinco por ciento, y seré un hombre de gruesa fortuna. Si se niegan mis acreedores a concederme estas ventajas, me mando cambiar y que se repartan cuatro fardos como puedan, que será lo mas que les deje.

Llevaba despues rápidamente su pensamiento a otros asuntos distintos, y continuaba hablando para sí: Yo no puedo quedarme con los ultrajes de César, pero es mi acreedor y puedo hacerme un mal horrible: podría pagarle sus diez y seis mil pesos desde luego, y despues tratar de vengarme; pero no debo desprenderme de esta cantidad y el éxito de la venganza es mui problemático. Sin embargo, arreglaré mis cuentas con él bajo condiciones ventajosas para mí, y luego... no faltará un medio seguro de que echar mano para escarmentarlo: lo haré perseguir hasta en los infiernos. Auristella vendrá al fin y al cabo a mi lado, por que esta muchacha me hace falta, y debo ademas reparar mi honor que ha echado César por tierra, pues me ha vencido en su

presencia, y yo no he sido capaz de arrancársela de sus manos. ¡Tengo este corazón tan chico!... Ya la habrá aconsejado que continúe resistiendo y la habrá ofrecido su protección. No importa, la Romualda hará todos los esfuerzos posibles por ponerla en mi poder: mi proposición es buena, y ella es capaz de vender a Cristo. Caro me va a costar esa muchacha y casi me había alegrado de los contratiempos habidos; pero mi honor está comprometido y es necesario salvarlo.

Apesar de estas reflexiones con que procuraba Silvestre darse ánimos, se descubría que empezaba a desconsolarse y por momentos caía en una tristeza algo desesperada. Orgullosa y vano desde que pudo contar con alguna fortuna, no se conformaría jamás, si la suerte lo redujese a la miseria, a tener que humillarse ante aquellos a quienes talvez había ofendido o mirado con desprecio. Huiría a cualquiera otro rincón de la tierra o pasaría por cualquier partido, menos por quemarse los sesos de un balazo, porque la vista solo de una pistola producía en él un efecto extraordinario.

Derepente oyó ruido en el patio, alzó la cortina de su ventana y reconoció al individuo a quien pocos momentos antes había escrito.

—Venid acá, señor Tránsito, dijo abriendo la puerta, entrad que tenemos que hablar de asuntos de mucha gravedad.

Este Tránsito a quien había mandado llamar Silvestre, era su agente secreto en todos sus negocios, poseía toda su confianza y le sacaba al año una regular cantidad de pesos con que

pasaba la vida, así, así, como él decía: tenía como 35 años de edad y apesar de su exterior apocado y de su rostro poco inteligente, era bastante vivo para desempeñar las comisiones que le confiara Silvestre, dejándolo siempre satisfecho de sus afanes. Conocía a todo Santiago y todavía no sucedía una desgracia o un escándalo, cuando ya Tránsito estaba dando una noticia circunstanciada de cómo sucedió el hecho y de quienes fueron los actores. Habría sido excelente para cronista de un periódico, porque también, según convenia, sabía desfigurar los sucesos y no tenía empacho de cebarse en la reputación del mas pintado. Tenía maneras afeminadas y continuamente se hacia el leso, cuando veía que de este modo podía conseguir mas fácilmente lo que deseaba.

Una vez que hubo entrado al cuarto de Silvestre, echó este llave a la puerta, y dijo a Tránsito con señaladas muestras de inquietud.

—Tenemos que coordinar un plan de ataque, pues es preciso, absolutamente necesario, que yo me vengue de un individuo que hoy ha querido atropellarme.

—Yo creo, señor Silvestre, dijo Tránsito con inteligencia, que sería mas conveniente que os ocupáseis desde luego en desvanecer el murmullo que corre ya en esta plaza, de que os ocultaís porque no andan bien vuestros negocios: esto me parece mas importante; que por lo que hace al que ha querido atropellaros, hai tiempo para vengarse de él.

—¿Con que se habla de mí? conqué se me calumnia? pues me presentaré criminalmente

contra los que andan corriendo esas especies tan perjudiciales a mi crédito. Tened la bondad de hacerme una lista de esas personas

—Está bien, señor.

—¿Conocéis a César Martín?

—Mucho.

—Pues bien, esa es la persona de quien quiero vengarme.

—Pero ese joven, señor, cuenta con muchos recursos para burlar cualquier venganza, y a mas es valiente y esforzado.

—Yo tambien tengo recursos, señor Tránsito, y vuestra sagacidad triunfará de su valor.

—Procuraremos buscarle beneficio.

—Sabed que hoy mismo debía traer a mi lado a esa muchacha Auristella que tiene la Romualda; en circunstancias que ya había cerrado un contrato con esta mujer y que todo estaba preparado, se presenta sijilosamente en la casa César Martín y dá al diablo con mi proyecto; se puso de parte de la muchacha y yo tuve que retirarme burlado.

—Ciertó, dijo Tránsito, es un caso de honor que debe repararse.

—Ireis, pues, ahora mismo donde la Romualda y le direis que vos sois el encargado de conducir a casa a Auristella, haga o no resistencia.

—Está bien.

—En seguida, será necesario indagar a dónde visita César, si tiene amores, qué vida lleva, etc., y procurar herirlo en el corazón, desbaratando sus proyectos, creándole obstáculos y suponiéndole oportunamente algo que

haga efecto; para esto os valdreis de anónimos, de sirvientes que os pertenezcan y que introduciéis en su casa, o de los suyos propios que sabreis ganarlos con dinero. Sobre todo, os recomiendo los anónimos que han solido producir magníficos resultados. Vos sabeis esto mejor que yo.

—El plan, dijo Tránsito, haciéndose el candoroso, es bonito; pero mui arriesgado. Respecto de ese jóven lo único que sé, es que se lleva todo el año metido en su casa de campo sin dar la cara a nadie; de manera que si tiene amores deben ser mui ocultos porque jamás he oido hablar de ellos; pero yo exploraré el terreno y hoy mismo pienso practicar ciertas diligencias que me han de dar resultados mui satisfactorios.

—Perfectamente; nadie comprende vuestra importancia como yo, señor Tránsito, y por eso os estimo en tan alto grado.

—Mas estimo yo tu dinero, dijo para sí Tránsito y agregó en voz alta.—Yo he hecho siempre lo que he podido por agradaros, señor; pero no creo que hayan tenido mis servicios importancia ninguna.

—Conqué, quedais enterado de vuestra nueva comision: no hai mas que hablar.

—Falta sin embargo, señor, lo mas importante.

—¿Qué?

—Dinero.

—Ah, es verdad ¿Cuanto necesitareis de pronto?

Tránsito quedó un momento callado, como

—Deben estar reñidos, no hai duda. Cuando yo visitaba a esta mujer, la que mas me ha gustado de todas las que hasta ahora he conocido, fui rival de ese Fernando y tuve ocasion de molestarlo varias veces: queria desbancarlo y le hice la guerra en regla. Pero como a las mujeres no las comprende el diablo, amigo mio, y jamas se sabe a punto fijo adonde van a parar, tuve que dejarle el campo por algunos caprichos de Ana y no volví mas a la casa. Lo seguí por algun tiempo despues incomodando, lo tuve a las puertas de la cárcel y aun le ocurrieron varias desgracias domésticas: quedé bien vengado.

—Vos sois mal enemigo, señor, y habeis votado una fortuna en mujeres y en hacer mal a los que han querido perjudicaros.

—Es el modo de pasarlo bien en la vida; así se hace uno temible en sociedad y disfruta con provecho los años verdes. Pero no perdamos el tiempo ocupándonos de mí, y dad principio de una vez a vuestros trabajos. Apuntad en vuestra cartera: *casa de doña Romualda, Auristella y César Martin*. Despues me hablareis mas despacio sobre esa jóven cuya casa habeis descubierto, y veremos lo que hemos de hacer respecto a la que está en la cárcel.

—Teneis razon, me retiro, señor Silvestre, y espero que si no quedais satisfecho de mí, habeis de confesar al menos que obré con todo el tino y sagacidad posibles. Vos me habeis enseñado a manejarne, señor, Adios.

Y haciendo la mas amable cortesia que pue-

sacando interiormente cuentas y haciendo cálculos. Al cabo de un rato dijo con aire despreciativo:

—Por de pronto serian suficientes..., doce onzas: hai que contratar algunos agentes, que comprar otros, efectuar viajes a menudo al lugar donde habitualmente se encuentra ese jóven, y varias otras menudencias que siempre se ofrecen y que suelen ser indispensables.

—Está bien, tomad las doce onzas, y procurad economizar todo lo posible porque el dinero anda escaso. ¡Mucha precaucion, Tránsito! y herid siempre donde mas duela.

—Dejadlo a mi cuidado.

—Y qué me decís de nuevo.

—Algo que puede interesaros. La jovencita aquella de la otra tarde, ya sé donde vive, cuales son sus recursos y a cargo de quienes está: la madre de la jóven que iba a presentarse contra vos, ya está en la cárcel; reconoció la cuenta y se dió cumplimiento a la lei: tambien se dice que aquella señorita Ana que visitas teis hace meses y que debia haberse casado con aquel tal Fernando, ha vuelto a abrir su tertulia y da baile el lunes inmediato. Hé aqui todo lo que tengo de nuevo hasta la fecha y que puede interesaros.

—Mui bien; pero, ¿cómo diablos lo sabeis todo?

—Es que tengo *amigos*, señor, que me lo cuentan.

—Y sabeis si aquel Fernando ha vuelto a casa de Ana?

—No ha vuelto.

de hacer un agradecido, se despidió de Silvestre dejándolo un tanto consolado.

Pero apenas quedó este solo cuando se le vino nuevamente encima todo el peso de su amarga situacion y las desgracias que podian sobrevenirle de un momento a otro.

—Ya sabe todo el mundo, pensaba, que estoy próximo a una ruina, ¿quién habrá indagado mi posicion y se ocupará en perjudicarme? es extraño; uno solo de mis dependientes está en el secreto... lo habran talvez comprado... pero es imposible que haya podido dar una razon cierta del estado de mis negocios desde que ya no lleva los libros. Aquí hai una mano oculta que me persigue, que quiere mi ruina, que se venga. César Martin? no; hasta hoy ha sido conmigo jeneroso; pudiéndome ejecutar por documentos vencidos, no lo ha hecho, y nunca nos hemos dañado en sociedad. Ahora es mi enemigo, pero el descrédito me viene de dias atras.

Entonces pensó en arreglar sus cuentas, pues él mismo no sabia si estaba o no quebrado. Empezó a sacar sus libros y una cartera con letras de cambio y documentos.

Hacia ya un largo rato que estaba en esta operacion, cuando Agustín se presenta ante él con una carta. La toma con alguna zozobra Silvestre, y al reconocer la letra de su secretario íntimo, Tránsito, no pudo menos que sorprenderse, pues no comprendia a qué viniese esa carta cuando tenia la facilidad de verlo a todas horas y apenas hacia algunos cuartos de hora que habia salido de su cuarto a cumplir la comision que le confiara.

Agustín se retiró con la misma circunspección con que había entrado, y Silvestre abrió la carta y leyó:

«Señor de todo mi aprecio y consideración:

«Hace pocos momentos que al despedirme de vos os dije; que si no quedábais satisfecho de mí, habíais al menos de confesar que había obrado con tino y sagacidad: vais, pues, a avaluar mi conducta imparcialmente. Hasta ahora os he servido con una honradez ejemplar, y vos me habeis hecho siempre el honor de confesarme, que jamás dejé de colmar vuestros deseos. Yo también mas de una vez os manifesté mi reconocimiento por la puntualidad con que me pagabais mis servicios. Hasta aquí estábamos iguales; buena paga por buenos servicios.

«No hace mucho, señor, que os admirábais de que yo lo supiese todo, y ahora con mas razón debeis admiraros cuando os diga, que sé que estais arruinado. Ahora bien, mi apreciado señor Silvestre, yendo vos a la cárcel, como es muy probable, yo quedaria sin ocupación, y por consiguiente sin tener de qué vivir. Esto no era posible, bien lo veis, y he tomado las precauciones que vos siempre me aconsejasteis para salir de apuros. Me alejo de vos con anticipación y por lo que pudiera suceder, y como es muy justo que al retirarse un buen soldado del servicio se le premie, vos habeis querido hacer conmigo otro tanto y me habeis agraciado con doce onzas de oro, las que unidas a la cuentecilla que me disteis ayer para cobrar y cuyo importe está ya en mi poder,

componen la cantidad de setecientos cincuenta y siete pesos; los que os agradezco en el alma, mi apreciado señor Silvestre.

«Un hombre como vos cuando principia a arruinarse, baja aprisa los escalones para no volverlos a subir jamás, de suerte que nunca tendrá motivo para arrepentirse de haberos dejado.

«No trateis de buscarme, porque os poneis en peligro de que os encuentren a vos.

«Abandonad vuestros proyectos de venganza en contra de ese joven, y procurad salvar vuestra persona de los enemigos que os rodean y que pueden mas que vos.

Las últimas noticias que os di son ciertas, pues yo jamás os he engañado. Podeis aprovecharos de ellas, aunque yo os aconsejo que renunciéis por ahora a gastar vuestro dinero en mujeres y en hacer mal a nadie, porque lo habeis menester para emplearlo en vos mismo.

«Si yo no tengo la suerte de encontrar un patron tan bueno como vos, renuncio al mundo y me entro de fraile, para lo que he tenido vocación desde niño. Os aconsejo que si vos escapais vuestra persona de los lazos que le tienden, sigais mi ejemplo. Es el único camino que tenemos para enseñorearnos nuevamente en sociedad.

«Adios, mi apreciado señor Silvestre, y creed que quedo vuestro de corazón,

TRÁNSITO.»

Este golpe era terrible para Silvestre, pues en los renglones de esta carta leía él su desgracia.

Apoyó sus codos en el escritorio, descansó su frente entre sus manos y se entregó al desconsuelo.

CAPÍTULO XI.

PATRONA Y PARROQUIANO.

Por largo rato se llevó Silvestre meditando en la carta de su secretario intimo y apenas podia creer lo que leía. La frase aquella de la carta que decia, que cuando un hombre como él principia a arruinarse marcha precipitadamente a su perdición, le parecia una verdad incontestable, y aunque se esforzaba en desvirtuarla por el desconsuelo que envolvía, se rendia a ella y se sentia anonadado bajo su peso. Pero lo que mas lo hacia sufrir, lo que mas dolorosamente lo atormentaba, era ese sarcasmo atroz, esa burla descarada con que Tránsito pagaba sus favores. Tanta ingratitud le era incomprensible, porque Silvestre censuraba con amargura las faltas de sus semejantes sin tener jamas en cuenta las suyas.

De repente se paró y quiso ir en su busca; pero reflexionó que en el momento de mandarle su fiel servidor esa carta, en la que con tanto descao le confesaba el robo que le hacia, debia haber puesto pies en polvorosa.

Silvestre pensaba con juicio.

Esperó que se refrescase un poco su cabeza paseándose a lo largo de la habitación, para entrar nuevamente a meditar sobre ese amar-

go sarcasmo del que por largos años habia sido el confidente secreto de su vida.

Tránsito entendia bien a los hombres y hacia su negocio como tantos otros, que medran por la bajeza, por las intrigas, por las pasiones mas mezquinas y torpes. Perfectamente corrompido, Tránsito no rendia culto a ningun sentimiento noble; sabia que el dinero iguala a todos los hombres, hermana a las virtudes con los vicios, y compra las distinciones y los méritos; y por esto solo se cuidaba de adquirirlo de cualquier modo que fuera. Pero era franco y confesaba públicamente la poca estimación en que él mismo se tenia; sin embargo que cuando era necesario empleaba la táctica mas refinada del jesuitismo; eso sí, por ser exacto, por ser fiel, por cumplir con honradez, como él decia, las comisiones que se le confiaran.

Silvestre lo conocia, aunque no profundamente, y como lo juzgaba el mas apropiado para entenderle en sus negocios secretos, no solo tenia que lamentar la pérdida de su dinero y las burlas de esa carta cruel, sino la pérdida de un hombre que era todo su alivio y su mejor consejero. Mucho hubiera dado Silvestre por recobrar a Tránsito y estaba dispuesto a perdonárselo todo con tal de que volviera a su lado. Sin su apoyo, sin sus auxilios, en las circunstancias presentes, se consideraba aislado, débil, vendido, porque era indudable que iba a principiar para él una vida llena de dificultades y trabajos.

Esa carta! ah! la sorpresa mayor que hasta

ahora hubiera recibido; esa carta que le revelaba toda la maldad y la importancia de un hombre que poseía sus mas escondidos secretos; esa carta que le vaticinaba para el siguiente dia amarguras y ruina, era un verdadero castigo, atroz, de sus actos pasados y de sus criminales proyectos para el porvenir. ¡Herido por la misma mano de su secretario intimo, del confidente de sus maldades, del cómplice de sus vergonzosas aventuras!

Silvestre principiaba a preocuparse.

Indignado a veces por la estraña conducta de Tránsito, lo llamaba hipócrita, ladrón, bandido, y se enfurecía y pateaba. En ese momento habria sido Silvestre capaz de encararse a cualquier hombre.

Pero luego considerando a su ex-secretario, no como un calavera vulgar y despreciable, sino como un hombre de talento y de mundo, se aumentaban sus cuidados y trataba de vaticinar la futura conducta de Tránsito con respecto a él. Por varias veces leyó la carta con detencion e interpretando cada uno de sus periodos, y toda vez encontraba mas motivos para justificar su miedo.

Estaba, pues, a la merced de su antiguo confidente, y a pesar de ser él el robado y el burlado, con todas ganas se habria sometido a los caprichos de aquel con tal que le volviese la tranquilidad.

Jamás habia tenido Silvestre momentos mas amargos. Su cabeza se perdía en meditaciones, que en último resultado solo le traian la incertidumbre y la ansiedad cruel.

—¿Qué te has enfermado, Silvestre? dijo con la mas sana intencion de este mundo; ¡qué desgracia!

—Acabemos de una vez, señora ¡qué teniais que decirme!

—Pero si estas enfermo, hijo mio, antes de pensar en otra cosa será necesario llamar a un médico.

—No tengo nada, mujer de los demonios! y sois vos la que me quereis hacer perder el juicio.

Ya esto era demasiado para doña Romualda que jamas le habia soportado un mal humor a nadie; y convencida de que su parroquiano estaba en su entero juicio, se alzó irritada y temible, como una víbora a quien se ha aplastado con el pié.

—Hombre ordinario y miserable! exclamó montada en ira, no es así como se recibe a una mujer como yo! si no pertenezco a esa aristocracia estúpida y soberbia donde has aprendido todas tus mañas, tengo al menos tan buen origen como tú, y arrastro coche y recibo consideraciones de personas que valen mas que toda tu parentela. ¡No faltaba mas! a mi recibirme de este modo!... La culpa tengo yo que pongo mi confianza en hombres tan bajos y tan ridiculos!

Y se movía de un lado a otro, y batía con fuerza y llena de cólera su abanico.

Silvestre vino a reparar demasiado tarde su torpeza, pues necesitando a esta mujer para que le diese noticias de Auristella y consiguiese por fin de esta niña que viniese a ha-

Un suave golpe dado a la puerta de su cuarto, lo sobresaltó ocasionándole un estremecimiento nervioso.

No estaba su espíritu en ese instante para combatir sensaciones. El hombre de mundo habia desaparecido, y solo se veía al pusilánime temeroso de comparecer ante sus abusos y extravíos.

Se repitió el golpe a la puerta, y pensando que seria Agustín le mandó entrar. Se abrió aquella y entró a la pieza doña Romualda, alegre y contorneándose.

Al notar el aspecto con que se presentaba esta mujer, se le antojó a Silvestre que venia tambien a burlarse de su situacion.

—¿Por qué os presentais de esa manera en mi casa, señora? la dijo incómodo y con envidia, ¡qué se os ofrece!

—¡Jesus! amigo mio! contestó asombrada doña Romualda ¡qué prosa! ¿estas en tu juicio, Silvestre? ¿Cómo que qué se me ofrece! Vengo a felicitarte, querido, y a algo mas que no debias tú olvidar.

—¿Venis a burlaros de mí, señora? ¿tambien vos os conjurais hoy en mi contra? Pues sabed que no estoy en disposicion de soportar vuestros sarcasmos, y que os haré arrojar miserablemente por mi criado a la primera frase insultante que salga de vuestros labios. Ya no quiero aguantar bulas de nadie, señora. La experiencia enseña a los hombres.

Doña Romualda creyó de buena fé que Silvestre habia perdido la razon y empezó a mirarlo con ojos espantados.

cerle compañía, no debia haberla recibido con tanta acritud.

—No me hieren vuestros insultos, señora, dijo con tono blando, porque vos no podeis herir a nadie. Confieso que me he escedido y que debí ser mas amable con vos. Pero, ¡qué quereis? hai momentos en que uno no puede responder ni de sus palabras; suceden tantas cosas en la vida que solo el diablo las puede comprender... Serenaos, mi señora doña Romualda; y conversemos como buenos amigos.

—No quiero permanecer mas en tu casa, dijo doña Romualda siempre con mal modo, y en valde tratas de contentarme porque ya no has de volver a recobrar mi estimacion. Me has injuriado groseramente y desde hoy en adelante nos haremos la guerra. Mientras tanto canceleemos nuestras cuentas.

Otro enemigo mas, conquistado en ese dia. Sin duda, hai horas fatales para los hombres del temple de Silvestre, en las que se desencadenan contra ellos las desgracias de toda una vida.

—¡Esta otra tambien! pensaba; ya no falta sino que vengan todos los condenados del infierno y me lleven de una vez. ¡No es suficiente, señora, dijo en voz alta, la satisfaccion que os he dado para templar vuestros enojos! Abismado como me encuentro bajo el peso de desgracias imprevistas, no pude reflexionar en lo que os dijo ni en el recibimiento que os hice. No os declareis mi enemiga, porque perdeis un buen parroquiano, mi señora Romualda.

—Es verdad, dijo algo desenojada doña Romualda, que siempre has sido exacto en el cumplimiento de tus deberes, es decir, que siempre has satisfecho con puntualidad tus compromisos; pero no menos exacta he sido yo, y en este caso, no tengo por qué estarle agradecida. Mas el tiempo se pasa, y si te parece, podemos venir a nuestro asunto.

—No entraré en él, mi señora, mientras no me asegureis que ya no me guardais rencor,

—Sea, que el asunto es importante.

—Bien, hablemos ahora.

—No he dejado de estar algo incómoda contigo, principié doña Romualda, pues me habeis dicho que no te traieras a Auristella hasta la noche; y cuando he llegado a casa la he encontrado desamparada, todas las puertas abiertas y en disposicion de ser robada por el primero que se le hubiera antojado. Esto no lo hace un caballero, Silvestre.

—¿Qué es lo que estais diciendo, señora? Con que Auristella no está en vuestra casa? Ah! el protector de la inocencia no es mas que un ladron ordinario de muchachas!

—¿Cómo es eso, Silvestre? Dónde está Auristella?

—Os lo voi a contar todo, señora. Al poco rato de haberos marchado, entré sigilosamente en vuestra casa César Martin; descorrió el cerrojo que vos habiais echado a la puerta de la sala y se introdujo a ella con pretexto de que iba a pedirme satisfaccion de la carta descomendada que yo le habia enviado. Probablemente estaba ya en inteligencia con la mucha-

no pagarme el valor en que la habiamos estimado. No! te engañas! o me das lo estipulado, o no me muevo de aquí mientras no me vaya con la niña.

—Esto solo me faltaba, señora! replicó Silvestre con una especie de aplomo y de indignacion a la vez ¡qué otro se lleve la muchacha y que yo tenga que pagarla! Jamas, señora! registrad toda la casa si queréis.

—La habrás escondido en otra parte; tú no eres tan tonto para no tomar bien las precauciones. Me presentaré ahora mismo contra ti, y si tienes valor de negármela ante los tribunales, se lo contaré a todo el mundo, pondré avisos en los periódicos y no te dejaré dormir hasta que no haya encontrado a Auristella.

La amenaza era terrible, y Silvestre sabia muy bien, que doña Romualda era mujer muy capaz de hacerlo que lo mismo que lo decia.

Ya estaba confundido con tantos contratiempos el desconsolado comerciante, y de buena gana le hubiera dado una paliza a su patrona y fina amiga doña Romualda; pero esto seria empeorar su situacion, de manera que no habia temor que pasase de un simple deseo.

—Vamos por parte, señora, dijo con calma aparente, pensemos las cosas con madurez y con juicio, y hacedme la gracia de convenceros, porque ya estoi completamente fastidiado.

—Y yo estoi defraudada! qué ignominia!

—Vais a ver que yo no os he engañado. Cuando os marchasteis, ¿no me dejasteis encerrado?

cha, porque así que ésta volvió de su finjido desmayo, (se habia desmayado porque se le antojó que habia de representar dramas conmigo) se fué a sus brazos y lo llamó *ánjel tutelar*. Ya vos sabeis, señora, lo que significa este *ánjel* y este *tutelar*: no quiere decir otra cosa sino: *ya soi tuya, arranquémonos de una vez*. El mozo, se me habia olvidado decirlo, iba armado, y yo no tenia ni un cortaplumas siquiera; tuve, pues, a bien el retirarme dejándolos a los dos acariciándose como unos pichones. Podia haberle desarmado y quitádole a la niña; pero por no hacer de vuestra casa el teatro de escenas escandalosas y trágicas, preferí dejarlo dueño del campo. Hé aquí lo que ha habido, señora.

—Pero Auristella, gritaba doña Romualda, ¿qué es de Auristella?

—Yo los dejé a los dos solos; cuando vos llegásteis no los habeis encontrado: la cosa es clara, señora: huyó con César.

—Mentira! exclamó doña Romualda, con las facciones descompuestas y declamando, Auristella no conocia, no habia visto en su vida a César, y hasta yo ignoraba que éste supiese mi casa: no ha podido, pues, estar de acuerdo con él. Esta es una farsa con la que me quieres burlar! Te equivocas, hombre sin delicadeza y sin honor, si has pensado hacerte creer en apariciones y en duendes. Tú te has traído a Auristella, y como quieres hacer conmigo lo que haces probablemente en el comercio, que engañas a quien puedes, has guardado a la niña, y me dices ahora que se la ha llevado otro para

—Si.

—¿No tenia la puerta el cerrojo por afuera?

—Si.

—¿Cómo podia entonces haberme traído a la muchacha sino podia salir? Luego ha sido necesario que alguien entrase a la sala: este alguien ha sido César: estoi dispuesto a jurároslo en la forma que os parezca mas solemne.

—Y tambien podia ser cualquiera.

—Pero si la casa estaba desierta, señora; si vos os habeis llevado a todas las sirvientes.

Doña Romualda se quedó un momento callada como vencida por los argumentos de Silvestre; pero despues prosiguió con la misma entonacion:

—Esos no son argumentos que pueden justificarte; jamás les faltan a los hombres medios para abrir una puerta. César no sabia mi casa, ignoraba que existiese a mi lado tal niña y ya no se ven milagros en el mundo. Tú me tienes que devolver a Auristella,

—Si no me creis a mí, id a preguntárselo a él mismo, señora. Vos sabeis que es medio Quijote y por echarla de caballero estoi seguro que os dirá la verdad.

—Si, lo que tu quieres es ganar tiempo. Me iré primero donde un juez para que asegure tu persona, y despues haré las indagaciones convenientes.

—Teneis una cabeza de risco, señora, y seria preciso fusilaros para introducir en ella las razones.

—Y a ti será necesario presentarte a un juzgado para arracarte la verdad.

Silvestre vió que el negocio tomaba mal aspecto: esa mujer seria capaz de irlo a demandar, y lo perdía, pues este paso le traería fatales consecuencias.

—Veamos modo de arreglarnos amigablemente, señora, dijo ya fastidiado, mientras recobrais a vuestra muchacha. Os daré algun dinero para satisfacer los gastos que os demanden las diligencias que hagais, y cuando vuelva a vuestro poder la niña, la traeréis a mi lado y os completaré la cantidad ofrecida. Ya veis, no puedo hacer mas; y esto solo va a pesarme en el corazon como el sacrificio mas grande que me he visto obligado a hacer en mi vida.

—Está bien, dame la mitad de lo que me ofreciste; pero sino recojo a Auristella, sino puedo saber su paradero, me tienes que entregar el todo porque ya yo la habia puesto en tus manos.

—Pero no puedo daros ahora la mitad; es imposible!

—Vaya, que sean solo veinte onzas, y lo demas despues que haga las diligencias.

—Será solo la mitad de esa suma, señora; porque despues de todo, yo no puedo pagar porque otro se quede con la niña.

—¿La mitad? de ningun modo. Me das las veinte onzas de una vez, o voi a alarmar al mundo entero.

Todavía insistió Silvestre, pero fué inútil, y cuando ya vió que era irrevocable la resolucion de doña Romualda, aflojó las veinte onzas, siendo cada una de ellas un pedazo de sus entrañas.

¡Qué sarcasmo tan cruel! despues de haber soportado los insultos de César, de haberse retirado como un cobarde y burlado en sus esperanzas, tener que dar su dinero?

Silvestre iba creyendo que todas estas eran lecciones que le daba el mundo, y se proponia cuando estuviere a solas, meditar seriamente sobre la filosofia que envolvian.

Un comerciante que le dá por estudiar la filosofia de los hechos, es porque ya no encuentra consuelo en la lógica de los números.

El parroquiano de doña Romualda iba gradualmente desencantándose de su libro de caja y pensaba votarse a filósofo.

Cuando doña Romualda tomó el dinero se sintió algo consolada, y creyendo siempre que Auristella estuviere en poder de Silvestre, dijo con intencion.

—Es probable que sean inútiles todas las diligencias que haga por encontrar a la muchacha, sin embargo que no dejaré paso que sea conducente que no dé; y así puedes tener pronto el resto de la cantidad convenida, porque yo no puedo, no quiero salir perjudicada: a mi no me hace lesa nadie.

Esta vez sí que estuvo Silvestre en peligro de apretarle el pescuezo a su patrona, pero se contentó solo con decir:

—Id a casa de César, señora, y si no podeis recobrar la muchacha, porque bien puede ser que invoque la lei en contra de vuestro despotismo, no os olvideis de traerme mi dinero.

Doña Romualda dejó ver en sus lábios una sonrisa desdeñosamente incrédula, miró con

cierta malicia a Silvestre y salió pavoneándose y haciendo crujir su rico vestido.

Cuando Silvestre la vió marcharse, dijo meneando la cabeza.

—Anda, mujer infame, ve a buscar a tu niña, que puede ser que en el camino te hiera la vara de la lei: apresúrate a gastar las pocas monedas que me has arrancado, mientras se desocupa para tí una celda en el hospital.

Era indudable que ya Silvestre se habia convertido en un verdadero filósofo.

Cuando se vió solo reflexionó de esta manera.

—Recapitulemos: Despreciado por Auristella, ultrajado por César, humillado por mi sirviente, robado y escarnecido por el depositario de mis mas íntimos secretos, salteado miserablemente por una asquerosa meretriz, a la hora esta talvez denunciado ante la sociedad como quebrado fraudulento. Bien! la suerte me proteje! pero ya que voi a dar tan fuerte caída, es necesario que los aplaste a todos!

Se dirigió a su bufete, y sentándose con despecho:

—Arreglemos ahora las cuentas, dijo, y abrió una cartera que contenia documentos, vales y los apuntes de todas sus deudas.

CAPÍTULO XII.

DEUDOR Y ACREEDOR.

Mientras Silvestre ponía en arreglo sus papeles para formar sus cuentas y tener un conocimiento exacto del estado de sus negocios, se

presentaba en la puerta de su casa César Martin. El sirviente de aquel estaba sentado en una poltrona de paja con toda la dignidad de un secretario de club que tiene la conciencia de su valor personal, y con un aspecto que revelaba el mal humor de su espíritu. Luego que se le presentó César le dijo:

—¿A quién buscáis, caballero?

—Al señor Silvestre, contestó César un tanto disgustado por la entonacion del sirviente.

—No está en casa, dijo secamente Agustín.

—¿Cómo que no está? pues él mismo me ha mandado citar para su casa.

—¿Él mismo? eso ya es otra cosa. Os iré a anunciar entonces.

—Corque teneis órden, segun parece, preguntó César con intencion, de engañar a las personas que vienen a buscar al señor Silvestre?

Agustín reflexionó, y como estaba mal con su patron y habia sentido simpatía por César en el momento de verlo, lejos de darse por enojado por las palabras de éste, le contestó con aire de confianza:

—Cierto, tengo esa órden, la que hasta ahora he cumplido con repugnancia.

Esta contestacion de Agustín tentó a César y al instante tomó su partido.

—Pareceis un buen muchacho, dijo con amabilidad, y no debia vuestro patron ponerme en una situacion tan violenta ¿Cómo os llamais?

—Agustín, señor.

—¿Quienes acompañan a vuestro patron en la casa?

—Por ahora yo solo, señor.
 —¿Y cuánto es el salario que os paga?
 —Ocho pesos al mes.
 —Bien poca cosa, porque se me antoja que sois inteligente y debiais ganar el doble.
 —Yo no he sido jamas sirviente, dijo Agustín dándose importancia, he recibido una regular educacion y he desempeñado destinos de importancia.
 —¿Habeis andado entonces con mala suerte? le preguntó César con interes.
 —Así es, señor, y Dios sabe que no pasa un dia sin que reniegue cien veces por encontrarme desempeñando un destino tan miserable y tan humillante.
 —Talvez vuestro patron os tratará mal.
 —Ya que os he hablado desde el principio con franqueza, os lo confesaré tambien: mal y mui mal.
 —¿Y por qué continuais en su servicio? ningún patron tiene derecho para tratar mal sin motivo al ciudadano que le sirve por que al cabo es su semejante.
 Este lenguaje acabó de seducir a Agustín, y dijo con entusiasmo.
 —Vos sois, señor, un excelente caballero y mui pocos se os parecen; pero el señor Silvestre... Mañana voi a buscar cualquiera ocupacion y dejo su servicio.
 —Si es así, ahora mismo podeis dejarlo y yo os auxiliaré.
 —¿Como, señor?
 —Os daré algun dinero para que os sirva mientras buskais en que ocuparos; pero seria

volvió a su cuarto en seguida y un momento despues marchaba por la calle con sus trastos, Como estuviere un poco entreabierto la puerta de la habitacion en la que se hallaba Silvestre, César podia fácilmente observar todas sus operaciones. Se encontraba aquel con todos sus papeles a la vista y formaba sus cuentas del modo siguiente:

A la casa W. y Ca. de Valparaiso...	\$40,000
A la casa S. y Ca. de Santiago.....	\$25,000
Efectos recibidos por la casa consignacion de M. valor de.....	\$19,000
Suma.....	\$84,000
Veamos ahora el valor de las letras.	
Recibido a interes.—Documentos de la señora N. H.....	\$14,000
Documento de la señora C. V.....	\$5,000
Recojido del concurso de A. P.....	\$8,700
Documentos de César Martin.....	\$16,000
Suma.....	\$43,700
	\$84,000
Deuda.—Suma total.....	\$127,700
Vamos al haber	
En caja.....	\$22,000
Letras pagaderas a la vista.	
Contra la casa de M. y Ca.....	\$8,000
Contra la casa de B. y Ca.....	\$8,000
Documento de B. G.....	\$15,000
Documento de L. y Ca.....	\$10,000
Existencia en efectos.....	\$21,550
Suma total.....	\$84,550

menester que os fuéreis sin que supiese nada vuestro patron:

—Eso seria lo de menos, señor.
 —Pues bien, me introducis hasta la puerta de la habitacion en que se encuentra el señor Silvestre; tomais en seguida vuestros trastos y os mandais cambiar. Aqui teneis tres onzas de oro que son mas de seis meses de salario. ¿Qué os parece?
 Agustín se quedó pensativo por un instante, y vió que no era mui digno de un ciudadano que habia sido secretario de un club politico, el venderse y vender a su patron. Así fué que replicó algo temeroso:

—¿Y si el señor Silvestre quiere seguirme despues algun perjuicio?
 —Yo os respondo de que nada os sucederá.
 —¿Y quien sois vos, señor?
 —Un caballero que quiere favorecceros.

Todavía tuvo Agustín un momento mas de vacilacion; pero como se le viniese de un pronto a la imaginacion la escena que habia tenido con Silvestre y en la que por poco sale apaleado, despertó su resentimiento, y contestó resuelto.

—Pues señor, haré lo que me aconsejais.
 —Aqui teneis las tres onzas.
 Agustín tomó el dinero, y despues de juntar sus pocos trastos a la lijera, le dijo a César que estaba pronto a conducirlo a la habitacion de Silvestre.

Con mucha precaucion y silencio lo condujo hasta la puerta de la pieza donde se encontraba su patron poniendo en arreglo sus cuentas; so

Cuando Silvestre sacó esta suma perdió el color, despues tuvo sofocacion y empezó a sudarle el rostro.

—Pues señor, dijo botando la pluma y levantándose maquinalmente, estoi quebrado.

—Ya yo lo sabia caballero, y habia tenido el honor de deciroslo, dijo César entrando a la habitacion con mucha calma y cerrando tras sí la puerta.

Ya el lector puede calcular cuál seria la impresion que produjera en el ánimo abatido de Silvestre la inesperada presencia de César. De pronto se manifestó sobrecojido de miedo y miró con ojos espantados a su acreedor; pero cuando se serenó un poco, se precipitó sobre la campanilla y al mismo tiempo que la hizo sonar con fuerza llamó a voces a Agustín.

—Es inútil, caballero, dijo César con la misma sangre fria, que llameis a vuestro sirviente; yo le he dado una comision fuera de vuestra casa. Estamos pues, solos, absolutamente solos, señor Silvestre,

El pobre comerciante apenas podia creer lo que oia, y dió algunos pasos hacia la puerta como queriendo salir de la habitacion.

—No saldreis, señor, prosiguió César, pues yo os lo impediré.

Desesperado Silvestre, y viendo que no tenia otro partido que tomar que entrar en esplicaciones con César, cobró alientos y le dijo:

—¿Cómo os habeis entrado en mi casa, caballero, y habeis penetrado hasta mi habitacion sin haberos hecho anunciar?

—Esa fué en un principio mi intencion, se-

ñor Silvestre, pero como a vuestro criado le estaba prohibido anunciaros a vuestros acreedores, he querido presentarme a vos sin formalidad ni ceremonia alguna. Hai circunstancias, caballero, que nos obligan a atropellar todas las reglas de la etiqueta.

—¿Pero qué venis a hacer en mi casa y por qué os introducis en ella de una manera fraudulenta?

—¿Qué he venido a hacer en vuestra casa? recordad que tengo cuentas pendientes con vos y hallareis la respuesta. ¿Por que me introduzco de esta manera? por tener el honor de ser recibido.

—Pareceis un espíritu malo, caballero, que se introduce furtivamente en todas partes para insultar la desgracia o la tranquilidad del prójimo.

—Soi efectivamente un mal espíritu, señor Silvestre, para aquellos que se ocupan de deshonrar y de robar al prójimo. O mas bien, soi un instrumento de castigo que sale oportunamente al encuentro de aquel que solo medita males para sus semejantes.

—Pero vos os habeis propuesto incomodarme hasta el último extremo, caballero: no hace mucho que con el mismo misterio os introdujisteis a una casa para tomar parte en un negocio puramente doméstico, y atropellásteis mis derechos y me ultrajásteis: ahora os introducis en mi propia habitacion, os ganais a mi criado y lo alejais de mí, talvez con la intencion de volver a repetir vuestros ultrajes. Vuestros derechos de acreedor no os autorizan para tanto, caballero.

—Teneis mala memoria, señor Silvestre, pues solo recordais lo que hacen con vos cuando os desagrada, y no lo que vos haceis con los demas por desagradable que sea. Aquel negocio doméstico que tan felizmente interrumpí, se puede decir que fuisteis vos mismo quien lo desbarató, porque sino me hubiésteis escrito la grosera esquila que me enviásteis, no os habria ido a buscar en la única parte donde habia probabilidad de encontraros. El corazon humano suele distinguirse a veces por acciones nobles y jenerosas, y en ese momento senti arrastrado el mio a ponerse de parte de la virtud y de la inocencia cuando ya iban a recibir de vos un golpe mortal. Entonces me echasteis en cara mi imprudencia, y me citasteis para vuestra casa, lo que ya habeis olvidado, a fin de concluir un negocio sobre intereses, que mucho temo hayais tambien echado en olvido. Bien veis, pues, que no hai en todo esto ningun misterio, y que si estoi en vuestra presencia, es porque vos lo habeis querido así.

—Sí, pero habeis dispuesto de mi criado, porque abrigais talvez siniestras intenciones.

—Confieso, señor Silvestre, que tengo un interes especial en estar a solas con vos; pero no he sido yo la principal causa por la cual os ha abandonado vuestro sirviente, sino el mal trato que le dabais.

—Ah! exclamó Silvestre como olvidándose que estaba en presencia de César, todos me traicionan! todos procuran mi ruina! Yo me vengaré de todos!

—No teneis ningun derecho para quejarnos, caballero, desde el momento que vuestra conducta ha dado márgen a la conducta de los demas. Por lo que hace a vuestra venganza, creedme, nadio puede temerla, porque ya no podeis hacer mal sin dañaros a vos mismo. El que necesita de la compasion de los hombres, apenas puede hacer otra cosa que humillarse.

—Arreglemos de una vez nuestro asunto, caballero, porque descaria estar solo, y vuestra presencia me hace mal.

—Decis bien, porque yo tambien, os lo confieso, solo haciéndome violencia es que puedo permanecer en vuestra casa. Primeramente, señor Silvestre, tened la bondad de enbriarme estos documentos, cuyo plazo es vencido hace un mes.

—No tengo ahora dinero, señor, pero dentro de pocos dias ya labré recojido esas letras.

—Cada vez me confirmo mas en que vuestra memoria es fatalísima, señor Silvestre, pues ya habeis olvidado que teneis en caja una cantidad mayor que el valor de estos documentos. Sois un comerciante demasiado despierto, y aunque os encontráis quebrado, no faltan en vuestra caja gruesas cantidades. Hai comerciantes que no saben hacer bancarrota, pero vos caballero, teneis un talento especial para manejar vuestros negocios, y sabeis cómodamente arruinaros.

—Os he dicho que no tengo dinero, señor, pero que cancelaré esos documentos. ¿Dudais de mi palabra?

M. DE S.

c

—No puedo dudar, puesto que me los vais a cancelar ahora mismo.

—Os he hecho ver que en este momento es imposible.

—Pero vais a convencerme de lo contrario. Tened la bondad de abrir vuestra caja, caballero.

—¿Quereis imponerme?

—Sí.

—¿Y con qué derecho?

—Con el derecho que tiene todo acreedor sobre un deudor de mala fé.

—Pues no os abriré mi caja, señor.

—La abrireis, o de lo contrario os haré conducir preso como a un ladrón, e impartiré una circular a vuestros acreedores denunciándoles vuestros fraudulentos manejos.

—Pero me calumniarais horriblemente.

—A nadio se calumnia con la verdad, caballero.

—Yo siempre he pensado cancelar esos documentos, señor César, y para que os convenzais que no soi un hombre de mala fé, voi a hacer en este momento un inmenso sacrificio, os voi a dar una letra de una casa respetable, pagadera a la vista por la mitad de la suma que os debo, quedando comprometido a recojer el otro documento de la fecha en quince dias.

Sea, señor Silvestre, ya veis que soi un acreedor demasiado indulgente, pues sabiendo que podeis cubrirme ambos documentos, me conformo por ahora con que me canceleis uno solamente.

César sacó uno de sus documentos y lo puso sobre la mesa. Silvestre que estaba temblando de miedo desde el principio de la entrevista y que ya le parecía verse denunciado por César ántes que él diese los pasos convenientes para cubrir su honra, se apresuró a sacar de su cartera una de las letras de 8,000 pesos que contenía y la presentó a su acreedor.

—Aquí tenéis, caballero, dijo, una letra de 8,000 pesos, y me quedo sin un centavo con que poder atender a las urgencias del momento. Los intereses los tomaremos en cuenta a la cancelación del segundo documento.

—No os aflijáis, señor Silvestre, al pensar en las urgencias del momento, pues no os faltará dinero de que echar mano para satisfacerlas. Un comerciante como vos, nunca está desprevénido. Con que, dentro de pocos días mas me cubriéis el segundo documento al que agregaremos los intereses del primero ¿no es así?

—Exactamente, señor.

—Pues bien, ahora que ya hemos concluido este asunto, vamos a otro que es también bastante importante.

Silvestre frunció el ceño con expresión de dolor, y César impasible, como había estado desde un principio, imponente pero sin perder su cortesía, prosiguió:

—Tened la bondad, caballero, de sentaros a vuestro escritorio y escribir la carta que voi a tener el honor de dictaros.

—¿Para quien es esa carta, y porque me la queréis dictar vos? dijo Silvestre con asombro.

vita y sacó del bolsillo del pecho una pistola.

—Yo sé, caballero, dijo con una sangre fría que heló a Silvestre, que sois mas amable de lo que aparentáis, y que me vais a hacer la gracia de complacerme. Tened la bondad de volver a tomar la pluma.

Silvestre había reflexionado que se encontraba a merced de su acreedor, pues no había en la casa una sola persona a quien pedir auxilio. Aterrado y siguiendo los movimientos de César, dijo:

—Venís armado! y me sorprendeis..... esto no lo hace un caballero..... Ya escribo; señor.

César, sin hacer alto en las palabras de su deudor, continuó la carta:

«Señorita Auristella.

«Os debo una reparación y quiero dárosela. Cuando yo os he abrumado con mis torpes exigencias, no podía presumir que lastimaba cruelmente el alma de una joven llena de inocencia y de pudor; yo no podía creer en la pureza de vuestros sentimientos, hasta que me he visto repudiado por vos y he podido contemplar vuestra indignación y amargura. Os pido, pues, perdon por mi conducta....

Silvestre quiso nuevamente botar la pluma y dijo lleno de sofocación y luchando consigo mismo:

—Ya esto es abusar horriblemente; yo no debo ni puedo escribir esto.

César preparó la pistola y replicó con calma:

—Serenaos, señor Silvestre, y proseguí; que esa pobre niña os va a quedar eternamen-

—Ya lo sabéis, señor Silvestre; y hacedme la gracia de acomodaros de una vez porque ya he perdido demasiado tiempo con vos.

—Oh! ya esto es demasiado, caballero; os queréis burlar de mí.

—Nada de eso, señor Silvestre, quiero que hagáis una obra buena y santa, y quiero que me alcance a mí también el mérito de esa obra; por eso me empeño en que la compartáis conmigo.

—¿Pero a quién tengo yo que escribirle cartas?

—Luego lo sabéis; tomad la pluma porque se hace tarde.

—Si esa carta no me trajera ningún compromiso, ni me pusiera en ridículo....

—Os he dicho que es una obra buena y santa, señor Silvestre.

—Está bien, señor. dictad.

Silvestre se acomodó en su escritorio y César se colocó a su frente y empezó a dictar la siguiente carta:

«Señorita Auristella.

—Jamás! exclamó Silvestre arrojando la pluma; yo no tengo porque escribirle cartas a esa muchacha, y no le escribiré.

—Si escribieris, señor Silvestre, porque a esa niña honrada y virtuosa le debéis una reparación, y es necesario que se la deis.

—Queréis jugar conmigo, caballero, pero os equivocáis: yo no debo ninguna reparación a esa niña, y aunque agoteis vuestras amenazas, no alcanzareis de mí que escriba esa carta.

César desabotonó con mucha calma su le-

te agradecida por la justicia que le hacéis con tanta jenerosidad y cortesía.

Silvestre se preparó para seguir y César, continuó dictando.

«Os pido, pues perdon por mi conducta que ha sido indigna de un caballero, y os ruego que no me guardéis rencor, como yo no os lo guardo por los merecidos ultrajes con que me despedisteis de vuestra casa.»

—Ahora, vuestra firma, caballero, y me habéis complacido, dijo César.

Silvestre firmó la carta y un momento después estaba en poder de su acreedor.

—Os quedo agradecido, señor Silvestre, dijo Cesar, por la buena voluntad con que me habéis servido. Este documento va a tranquilizar a esa joven que ya se cree por vos públicamente deshonrada. Que queréis! ella no conocía la hidalguía de vuestros sentimientos. Ahora, si os ocupáis en deshonrarla, publicaría esta carta y todo el mundo, a pesar vuestro, se vería obligado a confesar, que obrásteis como un caballero noble y jeneroso. Quedad con Dios, señor Silvestre, y ojalá que prosperen vuestros negocios.

Y se despidió con afable sonrisa dejando a Silvestre abismado en un mar de incertidumbres y amarguras.

CAPÍTULO XIII.

UNA REUNION DE CONFIANZA.

Los jóvenes parroquianos de doña Romualda, entre los que se contaban todos los dependientes del comerciante Silvestre, se les había antojado, como periódicamente les sucedía, tener una reunion de confianza en casa de aquella, para entregarse por algunos momentos, como decían, a la *vida alegre* y dar rienda suelta al corazón y a la cabeza para sentir y pensar sin miramientos ni escrúpulos. En esas orjías, donde los jóvenes jugaban hasta arruinarse y bebían hasta quedar beodos en sus asientos, se podía contemplar al vicio desnudo combatiendo los nobles instintos del corazón humano. ¡Fatal aliciente el de las orjías que arrastra a la juventud a un abismo, del que no puede escapar sin llevar eternamente las huellas de vicios peligrosos y repugnantes!

Habían elegido los jóvenes la noche de un día sábado para su reunion de confianza, a fin de poder al siguiente día, sin cuidados descansar de las fatigas y mal estar consiguientes a una noche de agitacion y de excesos.

Desde la oracion los esperaba doña Romualda prendida de cincuenta alfileres, y ya tenía listos todos los preparativos de la reunion y una mesa bien provista de fiambres y licores.

Comenzaron a llegar los jóvenes y empezó la algazara y el bullicio.

Antes de las nueve de la noche ya se encon-

bargo, con una sonrisa tan forzada como repugnante: las jóvenes que iban a costear la diversion, anduvieron menos complacientes que aquella, pues lejos de sonreirse, lo hicieron a Jacinto un torcido y le pusieron un jesto... que hizo comprender a este joven que había dicho en su discurso alguna verdad.

—No te comprometas, Jacinto, dijo otro joven a quien llamaban *Vista-larga*, pues estas flores tienen espinas que clavan al desendiado. Tampoco te empeñes en consolar a la patrona; ella tiene mas filosofía que nosotros, y antes que le venga la enfermedad, ya tiene pronto el remedio.

—Tu has hablado mejor que Jacinto, dijo doña Romualda, por que tú sabes decirlo todo sin decir mas de lo necesario. Yo no me afano ya por el robo de Auristella; cuando ella no me la buscado, es seguramente porque está mejor en otra parte. Cierito que es una alhaja la chica: lástima que no figure en el gran mundo, pues es propósito para las grandes aventuras. Pero dejemos estas cosas que no vienen al caso, y no turbemos la diversion.

—Cierito, dijo Jacinto, una tonada y despues una zamacueca para *Vista-larga*.

—No me opongo, dijo este.

La vihuela se puso en manos de una de las jóvenes que tenía fama de buena cantora, la que empezó a puntearla llena de desconfianza y de modestia, lo que advertido por *Vista-larga*, trató de sacarla de la situacion vacilante en que se hallaba.

—¡Cómo! dijo, ¿va esta preciosa a cantar a

traban reunidos todos los convidados, y las jóvenes de vida entretenida y gastada que desde temprano había tenido cuidado doña Romualda de juntarlas en su casa. La alegría prendió fácilmente entre esos jóvenes que solo vivían en el presente, y entre esas mujeres que olvidadas del mundo marchitaban su existencia rodando en bacanales.

Al principio observaron toda compostura y modales de buena sociedad, pero luego que el licor fué alegrando los ánimos y desataando las lenguas para travarlas despues, cada uno quería sobresalir de los demas, en audacia, en elocuencia, en donaire... y hablaban a la vez y disputaban y amenazaban y bailaban en confusion, porque las horas se pasaban brevemente y era necesario gastar el tiempo mientras duraran las fuerzas y el entusiasmo.

—Mi señora Romualda, dijo un joven que se llamaba Jacinto, es preciso echar en olvido las penas y reirnos del mundo, para no darle a nadie el gracioso espectáculo de un corazón triste. Si os robaron la niña; qué demonios! aquí teneis todas estas flores que matizan vuestra sala, y que son a prueba de huracanes, pues las veis tan esbeltas y brillantes, y cada una de ellas ha sufrido, por lo menos, mil quinientas tempestades. ¡Esto es noble, señora, esto es digno! porque son los únicos seres que se sacrifican a la humanidad por ver de sacrificar al prójimo, lo que es muy cristiano en estos tiempos.

Doña Romualda no se manifestó muy complacida de este discurso, y lo celebró, sin em-

secas? oh! no es posible! íbamos a deshonorar el arte, señores. ¡Venga un vaso de ponche! Tomad, que este licor tiene la virtud de templar a las cantoras, es decir, de afinarlas, y no hai tonada que no salga buena cuando él las anima. Eso es! hasta que espire, alma mia; ¡bien!

Despues, volviéndose a la concurrencia con el vaso vacío, prosiguió:

—Si esta preciosa canta como bebe, de seguro que no hai soprano en el universo que la aventaje: Esta se sopla los vasos con la misma desenvoltura con que tuerce las clavijas y lo modesta que es!

Con largas risas fueron celebradas las palabras de *Vista-larga*, mientras la niña que afinaba la vihuela, incorporada ya y cobrando aliento, se aprontaba a dar principio a la tonada.

Reinó un momento de silencio, y la cantora alzó una voz chillona y tan desafinada, que hasta esos oídos, que no eran los mas delicados que digamos, se sintieron heridos de tal manera, que la graciosa y esperada tonada venia a ser para ellos una verdadera mortificación. Pero era necesario conformarse, puesto que no había en la sala otra cantatriz de mas fuerza, y era evidente que la tal joven era el instrumento mas indispensable de la diversion.

Luego que se concluyó la tonada todos la rieron y aplaudieron; alegró los ánimos y puso en movimiento a la concurrencia, que desconfiada de manifestar su complacencia formaba una algazara en la que nadie se entendía.

Signió el baile, es decir, la zamacueca, que todos a la vez querían ejecutar, resultando de esto el desorden y los atropellamientos, en los que la dueña de casa no era la mejor parada.

—Vamos con orden, decía Vista-larga, que aquí no hai ningun gobierno a quien aturdir. Yo soi el bastonero, y ordeno como tal, que la primer zamacueca la baile mi individuo con la que mejor le cuadre de todas estas preciosas; la segunda, la tercera y todas las demas las arreglaremos por su orden.

—Tiene razon Vista-larga, dijeron todos, que se le toque zamacueca, que éste es capaz de bailar en la cuerda en caso necesario.

Vista-larga sacó una muchacha que se hacia la modesta y dió principio al baile. Como el licor ya habia puesto livianos todos los cuerpos y entusiasmado todas las cabezas, la zamacueca vino a aumentar el buen humor de los circunstantes. Difícilmente se puede bailar con mas desenvoltura y desparpajo, y a cada vuelta, a cada movimiento desca-radamente voluptuoso, prorrumplia la concurrencia en gritos de animacion y de entusiasmo: La modesta jóven se deshacia en cabriolas repugnantes, y el alegre Vista-larga parecia que no habia tenido otra ocupacion en su vida que bailar la zamacueca.

Despues que éste concluyó su baile, signieron los demas y aquel que daba mas escándalo, era el mas aplaudido y celebrado. Doña Romualda era la que repartía a los parroquianos las letras de atrevido, de galante y de gracioso, pagaderas a la vista.

Fatigados de bailar manifestaron todos a la dueña de casa que ya era la hora de instalarse en la mesa. Doña Romualda acomodó las parejas y las introdujo en una habitacion donde habia una mesa regularmente servida de varios comestibles, en cuyos extremos humecaban dos grandes poncheras.

Luego que se acomodaron y despues de algunos cumplimientos que hacian honor a la reunion, perdieron los miramientos y cada uno parecia que trataba no de comer, sino de llenarse. Las alegres convidadas se distinguian de los hombres en la estraordinaria disposicion con que se sentian para acabar con todos los comestibles; parecia que tenian vientre de goma elástica, y mientras mas comian, mas se les pronunciaba el apetito. Atendiendo a esto, es que solia decir por lo bajo Vista-larga—Estas son las mujeres mas comedoras que he conocido en mi vida.

—Ya iba a principiar la algarazara de los brindis, cuando de repente se alzó un grito unánime en la mesa proclamando la llegada de un nuevo parroquiano. Era Tránsito que llegaba en ese instante.

—Que se le cuelgue, dijo uno, porque tiene la desfachatez de presentarse a esta hora, cuando ya han acabado de cantar los gallos.

—Si, decía otro, que se le fusile, pues ha tenido en desconsuelo a todas estas encantadoras criaturas, que ausentes de su vista, hasta las ganas de comer habian perdido.

Las mismas jóvenes fueron las que mas celebraron esta ocurrencia, pues aun se encon-

traban atareadas dando fin a las últimas golosinas.

—Pues entonces, señores, dijo Vista-larga, ya que es necesario dar algun castigo a nuestro amigo Tránsito, que se le tienda sobre la mesa y que sirva de postre a estas preciosas.

—¡A la mesa! a la mesa! gritaron todos, menos las mujeres, que ya se iban avergonzando aunque no dejaban de comer.

¡Atencion que quiere hablar Tránsito! señores, Tránsito tiene la palabra! va a improvisar un discurso que lo ha estado estudiando desde ayer. En verso y prosa. Silencio! cuando un pollino habla, los demas, eecótera.

Hubo un momento de silencio, fenómeno por cierto bien raro en las orjias, y Tránsito tomó la palabra y dijo:

—Siento mucho haberme vuelto filósofo, y no poderme, por consiguiente, aturdir como vosotros en medio de la alegría y los placeres. Ahora me da por moralizar sobre la vida, y al veros entregados al desorden y a los vicios, me siento arrastrado a meditar sobre los destinos de la presente jeneracion; y estas jóvenes, infelices mujeres, que marchan a un abismo de miserias con los ojos vendados, me enternecen de tal manera, que no suelto las lágrimas porque no sé dónde se ocultan. Quiera la Providencia echar su bendicion sobre este retazo de la especie humana, y alargar la vida a todos los incautos y viciosos, para que disfrutándola por todos lados, vengán al fin a arrepentirse y sean honrados usureros, sindicatos devotos y canónicos ejemplares. Venga

un vaso de ponche, que desde que me he vuelto filósofo, se me seca con mucha frecuencia la garganta.

Este discurso de Tránsito hizo furor en la mesa, y hombres y mujeres vaciaron sus copas en honor del orador filósofo.

—¡Otro! decía alguno, que ya me iba enterneciendo! que viva la filosofía!

—Que hable sobre la sancion moral; sobre las penas y recompensas que debemos esperar despues que hayamos roto la última botella en este mundo y engañado a la última mujer! que siga filosofando, que todavia las poncheras aguantan una docena de discursos.

—Amigo Tránsito, decía Vista-larga, yo tengo pocos vicios, y apesar de lo que me pesa no los dejo, porque ya estoi mui acostumbrado con ellos.

—Hijo mio, contestaba Tránsito con gravedad, no te pese tener todos los vicios de éste mundo, porque cada uno de ellos importa un placer; pésete, sí, el no tener conque mantenerlos a todos.

—¡Que viva la filosofía de Tránsito!.... ¡hurra!....

—Brindo, saltó doña Romualda alzándose arrogante con un vaso en la mano; los que deshejan la vida en los placeres son los únicos que la comprenden: la vida debe gozarse hasta que salte la última cuerda del corazon! ¡Viva el amor y el vino!

Todos aplaudieron con frenesí.

—¡Consoladora filosofía! dijo Tránsito, ella tiene la virtud de hacer desaparecer de sus

casas a las niñas buenas mozas, y de hacer quebrar a algunos comerciantes; Que viva el amor y el vino!

Estas palabras de Tránsito inquietaron a doña Romualda y picaron la curiosidad de los concurrentes.

—Que se explique! que se explique! gritaron todos; esa parece sátira.

—Es la espresion pura de la verdad, caballeros, replicó Tránsito; nuestra amable patrona tuvo la desgracia, o mas bien la felicidad de perder su *estrella de oro* en un dia de borrasca, y mi ex-patron Silvestre, que marchaba a su vislumbre, como los reyes magos, se encuentra todo apurado sacando cuentas alegres para reunir a sus acreedores. Nada mas sencillo ni mas lógico. ¡Qué viva el amor!

—Este Tránsito, dijo Vista-larga, debia ser ministro o estar en la penitenciaría, porque es un hombre positivamente funesto.

—Perdí la estrella, dijo con intencion doña Romualda, pero no el oro; pues antes de desatarse la tempestad, ya yo estaba asegurada.

—Sois una mujer de talento, prosiguió Tránsito, y vivireis en la posteridad.

—Hai otras que me aventajan, y que no tienen tanta fama como yo.

—Tambien se les hará justicia. A propósito señores, estoi convidado para el espléndido baile que da la señorita Ana: dicen que es para celebrar una magnífica conquista ¿a qué no has alcanzado a divisarla, Vista-larga?

—Ya la sé; la de mi patron Silvestre; que hace dias solo habla de las conveniencias del

—De casa de la persona a quien la habian dado a criar.

—Y es decente?

—Oh! de las primeras familias.

—¿Y cuál es su verdadero apellido?

—Ese es mi secreto, y no esperes que te lo revele porque no se lo he revelado a nadie todavía.

—¿Y qué haceis con él adentro? ya la chica no está con vos, y nada os puede importar ese secreto.

—Pero no es mi voluntad el que lo sepa nadie.

—¿Y sus padres viven?

—La madre murió: el padre vive y permanece soltero.

—¿Y sabe que vive su hija?

—Se le dijo que habia muerto.

—¿Y la niña no conserva ningun recuerdo de sus padres?

—Ella no; pero yo conservo algunas cartas que hablan sobre el nacimiento de Auristella, y las que puso en mis manos la señora que la crió. Pero dejemos esta conversacion Tránsito, que las horas se pasan y con ellas los placeres.

Tránsito tuvo que contentarse con lo poco que pudo sonsacarle a doña Romualda, y volviéndose a la concurrencia, empezó de nuevo a atizar los ánimos y a alborotar el cotarro.

Las voces estaban ya sumamente roncadas, y la casa se les daba vuelta a todos. Vista-larga tomó a su compañera de baile y se despidió el primero: despues siguieron los demas, y el

matrimonio y de lo que morijera las costumbres.

—No es esa; el patron Silvestre se ha vuelto tambien filósofo, pero es porque quiere conquistar, no porque lo hayan conquistado. Al que va a celebrar la señorita Ana, es a César Martín.

—¿Que vivan las conquistas del amor! dijeron algunos.

—¿Que vivan los bien-aventurados! dijo doña Romualda.

—Venga ponche, dijo Tránsito, que yo tambien quiero beber a la salud de los que creen en las mujeres.

—Vamos niñas, interrumpió doña Romualda dirijiéndose a sus convidadas, bebamos tambien nosotras a la salud de las que saben engañar a los hombres.

Todos celebraron con algazara el brándis de doña Romualda, y Tránsito la hizo todavia beber algunos vasos mas para honrarlo en debida forma.

Cuando Tránsito vió que ya doña Romualda, a pesar de su privilegiada cabeza, no se podia tener en pié y hablaba palabras sin concierto, aprovechando la bulla que armaban los convidados, trató de entablar separadamente conversacion con ella.

—¿Con que ya os deshiciesteis de Auristella? le dijo.

—Pobre muchacha! se huyó de mi lado y cnasi me perjudica. Aun no sé con quien está establecida.

—¿Y de adónde recojisteis a esa niña?

último de todos fué Tránsito, que se le antojó curiosar en el dormitorio de doña Romualda.

Su pensamiento era escudriñar donde tendria esta mujer las cartas de que le habia hablado; pero le fué imposible a consecuencia de no haber podido quedar solo un instante. Sin embargo, se fué algo satisfecho con la noticia que habia podido obtener.

La casa de doña Romualda quedó como un campo de batalla, en un completo desorden y sembrada toda de ruinas. Su dueña ajada, fatigada y ébria por el licor, luego que quedó sola se tiró sobre un sofá y se durmió profundamente.

CAPÍTULO XIV.

EL BAILE.

Llegó el dia en que debia tener lugar el baile conque Ana iba a celebrar su reconciliacion con César, y desde las ocho de la noche se veía la casa de aquella completamente iluminada. Habia hecho adornar sus salones con brillantez y elegancia y no se habia onfittido nada para satisfacer a todas las exigencias.

Ana era fantástica y por deslumbrar a César habria con gusto arruinado toda su fortuna. Necesitaba en sociedad un apoyo y un nombre, y ya estaba en visperas de alcanzarlos.

Cerca de las diez empezaron a llegar las personas convidadas y la orquesta desde eso

momento comenzó a alegrar los salones con piezas escogidas de las óperas en voga. Las tías de Ana recibían a la concurrencia y hacían como podían los honores de la casa, pero de mala voluntad.

El segundo patio de la casa se había hecho empavesar para que saliesen las parejas a pasearse y a mitigar las sofocaciones del baile. Un pequeño y bonito jardín que en él había, estaba todo iluminado y cubierto de flores fragantes y vistosas. El buen gusto reinaba en todo.

A las diez en punto se presentó Ana en el salón; estaba mas hermosa que nunca, y tenía una expresión tan suave y tan dulce, que era imposible dejarle de confesar los mas bellos sentimientos. Esta mujer, tan hábil en el arte de componerse, había apurado esa noche todo su ingenio, y había conseguido hacer desaparecer una buena parte de sus años, y hacer venir en su ayuda a todos los encantos del sexo. Su frente era altiva y noble, su mirada tranquila y llena de bondadosa expresión, su sonrisa inocente y llena de gracia seductora. Ana iba a ser indudablemente la reina del baile.

Llevaba un vestido blanco de vuelos que la abultaba considerablemente, pero que la hacía aun mas interesante por la voluptuosa majestad con que lo traía: el corpiño bastante descotado, dejaba admirar la blancura de sus espaldas y el suave corte de su garganta. Por delante, prendida al vestido, se veía una guirnalda de flores lacres con hojas de un verde

siempre medio misteriosa para la sociedad y sin duda que tiene actos impenetrables. Muy poco le favorecen los murmullos que se corren respecto de sus últimos amores; pero tiene fortuna, y puede hacer lo que quiera y reírse de todo el mundo; que como no se sepan sus cosas de oficio, siempre ha de ser adulada y ha de ver sus estrados tan aristocráticamente favorecidos como esta noche.

—Pero ya debe de estar curada de su pasión cuando vuelve a ostentarse tan lozana y seductora en sociedad.

—Estas mujeres no comprometen jamás su corazón en sus amores: aman por conveniencia, por novedad, por corrupción; de manera que al otro día de un desengaño, pueden levantar la frente tan impávida como antes y sus ojos mas brillantes que nunca.

—Y ahora ¿quién la hace el amor?

—Veo que se mantiene a su lado Silvestre y que la habla con interés: hace poco tiempo que esta mujer lo preocupaba, pero entiendo que no era a él a quien ella prefería. Ahora vuelve a la carga nuevamente, pero parece que ella se manifiesta desdenosa.

—Es natural; sabrá que ha pedido esperas a sus acreedores, y que está por consiguiente imposibilitado para el matrimonio. Pero algún objeto debe tener este espléndido baile; sería curioso indagarlo.

—Para mí no puede tener otro que buscar marido. Ya ha visto lucir algunas primaveras y debe estar impaciente por cambiar de estado. Su fortuna le asegura el triunfo.

claro; al pecho llevaba una flor también lacre. Otra guirnalda de diamelas blancas perfectamente figuradas, adornaba coquetamente su peinado. Toda la majía del arte había ido en socorro de su marchita hermosura, que resplandecía esa noche como en los años primeros de su juventud.

Al presentarse en el salón, sin hacer alto en el efecto que producía su presencia, paseó su vista rápidamente por la concurrencia como buscando a alguien, y no encontrando lo que buscaba, avanzó pausadamente saludando con amable sonrisa. Los jóvenes la miraban con curiosidad y las señoras le afearon el tono que se daba.

Cuando iba avanzando sintió que alguien se le acercaba, volvió graciosamente el rostro y vió a Silvestre que ya estaba junto a ella. Tuvo un pequeño movimiento de disgusto que lo reprimió en el acto, y a pesar de la repugnancia que interiormente sentía por él, le alargó la mano y cambió algunas palabras con amabilidad y cortesía. Silvestre le ofreció el brazo y la condujo a la testera del salón donde la acomodó entre unas amigas a quienes trataba Ana con particular confianza.

Los hombres se aprovecharon de este incidente del baile para ocuparse de Ana y de Silvestre.

—¿Será cierto, decía uno, que esta mujer ha tenido últimamente amores desgraciados, que estuvo para casarse y que se declaró el proyecto sin que nadie haya adivinado la causa?

—Cierto, decía otro; esta mujer ha sido

—¿Lo creis así? Ya se vé; no faltan filósofos en el mundo, y mas, si se encuentran en la posición de Silvestre. Estas mujeres que han tenido amores misteriosos, son como los billetes de un banco desacreditado; no pueden negociarse sino con una considerable pérdida.

En este momento se oyeron algunas voces que convidaban a bailar cuadrilla y la orquesta comenzó a tocarla. Silvestre que esperaba con impaciencia este baile, se inclinó hacia Ana, y en el instante en que iba a ofrecérsele por compañero, se levantó ésta de su asiento y se dirigió a una puerta que se mantenía entreabierta y que comunicaba con las habitaciones interiores. Se paró en el umbral y un momento despues se dirigía a otro estremo del salón de bracerío con una jóven que había salido a encontrarla de la habitación en cuya puerta se había parado Ana.

Como ya estaban todos en movimiento, no fué tan notable la presencia de esta nueva persona; mas algunos sin embargo se sorprendieron grandemente al verla, y entre estos Silvestre que se quedó estupefacto.

Esta jóven era Auristella.

Obligada por Ana a asistir al baile, no pudo excusarse, pues vivía con ella y la obedecía en todo. Llevaba un vestido blanco sencillo, una flor lacre al pecho y un ligero adorno del color del vestido a la cabeza. Su aire era triste, su mirada inquieta; pero era anjelical su hermosura.

Despues del primer movimiento de sorpresa, se dispuso Silvestre a ir a interrogar a

Ana sobre la presencia de Auristella en el salón, y a darle a conocer algunos pormenores de la vida de esta niña; pero tan luego como dió el primer paso, una voz que no le era extraña le dijo a su espalda:

—Patron, tengo encargo de vijilaros esta noche y de impedir que os acerqueis a esa niña.

Dió vuelta el rostro Silvestre, y se quedó atónito en presencia de Tránsito.

—Os asombra, prosiguió éste, encontrarme tan de improviso en vuestro camino cuando me supondriais talvez ausente de Santiago; pero estoi aquí por encargo especial de mi nuevo patron, y vos sabeis cuanto me esfuerzo y me desvelo por cumplir fielmente con mis deberes.

Silvestre no podia comprender todavia lo que veia y no acertaba a decir una palabra. Auristella, que la hacia en poder de Cesar, ante la cual habia quedado en ridiculo y como un cobarde, a la que últimamente habia sido obligado a escribirle una carta en la que se humillaba hasta pedir perdon, la que lo habia ultrajado y tristemente burlado; en el baile, al lado de Ana y dueña probablemente de su confianza; y Tránsito, su secretario íntimo que le habia robado burlando su confianza, y que le habia escrito una carta tan amargamente sarcástica; saliéndole al encuentro y dirigiéndole la palabra en el mismo baile, e imponiéndole con arrogante descaro.

El pobre comerciante arruinado buscaba en vano como esplicarse acontecimientos tan ra-

—Preguntádselo a vuestra conciencia, señor.

—Y bien, de nada me acusa ella con respecto a vos.

—¿Os acordais de la última noche que estuvisteis en mi casa?

—Y qué?

—¿Con quién os encontrasteis?

—Con una jóven, contestó todo turbado Silvestre.

—Pues bien, señor Silvestre, esa jóven era mi hermana.

Y diciendo esto dió Tránsito vuelta la espalda dejando confundido a Silvestre, y fué a colocarse detras de la silla donde estaba sentada Auristella.

El pobre comerciante que ya se habia vuelto filósofo a consecuencia de sus últimas desgracias, juzgó prudente no entrar en lucha con Tránsito, y fué a tomar una colocacion desde donde pudiera observarlo sin hacerse notar, hasta que se le presentase una oportunidad de hablar a Ana en confianza para prevenirla respecto a sus enemigos.

Ana estaba bastante inquieta por la ausencia de Cesar, pues ya eran las once y no se presentaba. Los jóvenes la encontraban distraida, porque contestaba con notable indiferencia a sus vulgares galanterías. No habia querido bailar esa cuadrilla, ni contraia tampoco compromiso para ningun otro baile.

Cesaron las cuadrillas y luego que tomaron asiento las parejas, reinó silencio en el salón y principiaron los temores de Auristella. Todas las jóvenes la miraban con marcada curio-

ros y la cabeza se le perdía en un laberinto de ideas mas o menos absurdas. Sin embargo hizo un esfuerzo y pudo decir a Tránsito:

—¿Habeis venido a esta casa para burlar la confianza de sus dueños y robarlos como ami? ¿No temeis que os denuncie como un ladrón, que así venis a importunarme?

—Yo creia, contestó con flema Tránsito, que mi carta os habia convencido, señor Silvestre, de la necesidad evidente que teneis de guardaros consideraciones y marchar siempre en armonia conmigo. Pero ya os habeis olvidado probablemente que he sido vuestro secretario íntimo, que os he servido siempre con puntualidad y sin reparar en peligros, y me amenazais; cuando ese dinero que decís os he robado, fué apenas una débil recompensa de mis últimos servicios. Me parece que vuestra cabeza no anda bien, señor Silvestre.

—No quiero ocuparme de vos ni de los asuntos que con vos he tenido, dijo con ira Silvestre, y me admiro que os atreais a dirigirme la palabra.

—No ha sido por mi voluntad, señor Silvestre, y ya he tenido el honor de deciros, que al estorvaros que habeis con esa niña a la cual os dirigiais en este momento, no hago sino cumplir con mi deber.

—¿Y quién os ha ordenado que me fastidieis esta noche?

—Yo no tengo encargo de fastidiaros, señor, solo el de evitar que fastidieis a alguién.

—Pero decidme ¿por qué os habeis vuelto mi enemigo? qué os he hecho yo?

dad y preguntaban que cómo se llamaba, y de qué familia era. Auristella, comprendiendo el efecto que producía, le suplicaba a Ana que le permitiese retirarse; pero ésta le hacia ver que tenia encargo especial de Cesar de presentarla en el baile y de hacerla lucir su hermosura. Auristella se avergonzaba de estas observaciones de Ana, bajaba la vista y guardaba silencio.

El salón presentaba un golpe de vista magnífico: todas las jóvenes estaban en sus asientos y los hombres en las habitaciones adyacentes esperando que se mitigasen las agitaciones de las cuadrillas. Silvestre seguia afirmado a una puerta en observacion, Tránsito cerca de Auristella y Ana daba conversacion a las jóvenes que tenia a ámbos lados.

De pronto se vió hacer a Ana un movimiento brusco de sorpresa y tomarse involuntariamente de un brazo de Auristella; perdió el color, sus lábios se entreabrieron y sus ojos bañados de indignacion lanzaron chispas hirientes.

Cesar y Fernando tomados del brazo se dirigian a Ana por medio del salón con paso calmado y aire elegante.

Tránsito abandonó inmediatamente su puesto y Silvestre fué a buscar su sombrero para retirarse.

Ana se creyó perdida; se imaginó que Fernando la habia denunciado a Cesar y que ahora venian ámbos a burlarla, a escarnecerla, a martirizarla.

¿Quién habia convidado a Fernando? cómo

se atrevía a presentarse en su casa? y por qué se presentaba acompañado de César?

Todas estas reflexiones se agolpaban a la imaginación de Ana y trastornaban su espíritu: en ese instante su ríra un infierno de tormentos.

Luego que estuvieron a su frente César y Fernando, aquel se apresuró a tomar la palabra y la dijo:

—Señorita Ana, aunque nuestro antiguo amigo, el señor Fernando, no tiene necesidad de que nadie lo presente en vuestra casa para entrar en ella, sin embargo, me ha pedido que lo presente esta noche, solo a vos, y tengo el gusto de satisfacer su capricho.

El corazón de Ana latía con fuerza y estuvo a punto de sofocarla un golpe de sangre a la cabeza. Ya había compuesto su rostro y ocultado su sentimiento, de manera que los colores que asomaron a sus mejillas, podían tomarse como el rubor de una joven candorosa.

César se fijó en este incidente y miró con intención a Fernando. Ana clavó una mirada profunda en César y contestó con desembarazo:

—Ciertamente que el señor Fernando no tenía necesidad de que nadie le presentase en mi casa para honrarla con su presencia, y es un capricho bien raro el haberse hecho esta vez presentar por vos, señor César.

—Existimos personas demasiado escrupulosas, señorita Ana, contestó Fernando con mucha amabilidad, y cuando queremos volver a una tertulia de la cual momentáneamente nos hemos retirado, buscamos algún amigo de in-

—Pero os lo habrá referido puntualmente vuestro amigo: una desgracia casual, como puede sucederle a cualquiera.

Ana había comprendido que Fernando principiaba a ocuparse de ella, pero que aun no la había denunciado.

—Teneis gusto para adornar vuestros salones, señorita Ana, dijo Fernando cambiando sensiblemente de conversacion; estan brillantes; y mas resplandecen aun por la sociedad escogida que los adorna.

—En este momento, señor Fernando, tienen tambien para mi atractivos, pues os encontráis en ellos vos y algunas otras personas que aprecio de corazón.

Esta mujer, dijo para sí Fernando, solo tiene cabeza, pues ya su corazón lo han secado las malas pasiones.

Y continuó en voz alta:

—Me permitireis que los recorra un instante: quiero conocer a todas vuestras relaciones.

Hizo una pequeña inclinación y se confundió entre la concurrencia.

—¿Con que realmente has estado enferma, Ana? la dijo César luego que se alejó Fernando.

—Es falso; me ví obligada a inventar ese accidente para disculpar mi ausencia. Tengo luego que hablarte sobre tu amigo, César, y dártelo a conocer.

César cada vez se ponía mas pensativo, y empezaba a maliciar que había misterio en las relaciones de Ana y Fernando. Luego volviéndose a Auristella, de la que todavía no se

fluencia y nos hacemos nuevamente presentar. Yo creo que el señor César posee toda vuestra estimación y confianza y que he andado muy acertado al suplicarle me preste este servicio.

Ana sabía perfectamente a donde iba a parar Fernando, pero a pesar de la presencia de César que la oprimía, no se manifestaba turbada y recibía las palabras de su enemigo con maliciosa sonrisa.

—Siempre os habéis distinguido, señor Fernando, dijo Ana, por vuestra cortesania y miramientos en sociedad: sois una de las pocas personas cuyo trato hace agradable la vida.

—¿Y ya estais, señorita, completamente restablecida de vuestra ingrata y penosa enfermedad?

Este era el golpe que aguardaba Ana y lo tenía en presencia de César. Vaciló un momento para responder, pero tomando velozmente su partido, contestó con la misma serenidad con que se había manifestado hasta entonces:

—Sí, señor Fernando, completamente restablecida y os doi las gracias por el interés que os tomáis por mí. Sois un excelente amigo.

—Mucho debisteis de sufrir.

—Pero nunca me venció el dolor: yo sé imponer a mis enfermedades y aguardo llena de resignación la mejoría.

—¿Pero como fué, señorita Ana, ese accidente del coche? preguntó César que hasta entonces había seguido con sumo interés la conversación: nunca me habéis dicho nada de esto.

había ocupado, le dirigió un cumplimiento lleno de bondad y de ternura:

—Sois una de las flores mas bellas del salón, la dijo, y siento no ver brillar en vuestros ojos la alegría.

—Yo estoy contenta, respondió Auristella, pero como es la primera vez que me encuentro en estas reuniones, y como aun no sé mantenerme en ellas, desearia mas bien sustraerme a las miradas curiosas de tantos.

—Auristella es muy tímida, dijo Ana, y le tiene miedo al mundo: ya le haré ver lo que es la sociedad y entonces sabrá manejarse en ella. Me vais a dar permiso, César, para reunir la toda vez que desatienda mis lecciones.

—Está bien; pero ahora, puesto que ella lo quiere, podéis dispensarla el que se recoja.— Ya habéis recibido la primera lección, señorita Auristella; fijadla bien en vuestra imaginación y mirad siempre con confianza al porvenir.

—Gracias, señor César, replicó Auristella, por las atenciones paternales que me dispensáis: yo no desprecio jamás las lecciones que me dá el mundo.

Y tomándose del brazo de Ana, se dirigieron a las habitaciones interiores.

César recorrió con la vista todo el salón, y habiendo divisado a Tránsito, se fué derecho a él, y retirándose a una pieza inmediata, se pusieron a conversar en secreto.

Tránsito daba cuenta a César, su nuevo patron, de la manera cómo había cumplido sus órdenes respecto a Silvestre, y ponía en su co-

nocimiento todas las observaciones que le habia tenido ocasion de hacer.

Las danzas, mientras tanto, se sucedian, y la alegría y la animación reinaban en la concurrencia, sin que nadie se cuidase sino de atender a la persona de sus simpatías.

Tan pronto como Ana dejó a Auristella en su habitación, se volvió presurosa a encontrar a Fernando. Al atravesar el jardín, lo divisó que estaba reclinado sobre un sofá que ocultaban casi algunos árboles con sus ramas de abanico, y se fué derecho a él.

Fernando sintió ruido y se incorporó, y cuando conoció a Ana se levantó para alejarse. Pero ésta conociendo su intención, se apresuró a llegar y le dijo:

—Permitidme algunas palabras, caballero.

Fernando quedó parado y guardó silencio.

—Mucho me ha extrañado, prosiguió Ana, el haberos visto entrar esta noche en mi casa ¿qué objeto os trae a ella, caballero?

—El daros noticias de vuestro hijo, contestó secamente Fernando.

—Ah! os habeis presentado con César, continuó Ana sin conmoverse siquiera por las palabras que acaba de oír, y ya he adivinado vuestro pensamiento. Habeis querido ofrecerle el espectáculo de una mujer deshonrada denunciando sus faltas en presencia de su cómplice; pero tengo bastante fuerza de espíritu para resistiros y para vencerlos!

—Ya sé, señora, que no sois como las demás mujeres, pero dudo que salgáis victoriosa.

—¿Habeis quedado preocupado despues de la entrevista que habeis tenido con Ana?

—Yo no me preocupo jamas, amigo mio, contestó Fernando con indiferencia, de cosas que no merecen la pena. La señorita Ana vino a pedirme algunas noticias sobre asuntos que la conciernen particularmente, y se las di. Esto es todo.

—¿Y qué noticias eran esas, amigo mio?

—Despues os las diré. Ya ha avanzado mucho la noche y me retiro.

—Pues yo tambien hago lo mismo, señor Fernando; nos retiraremos juntos.

—Como gustéis.

Ambos tomados del brazo fueron a despedirse de Ana. Esta los miró acercarse sin manifestar inquietud, pero con el corazón aprensado por la incertidumbre. En vano porfió por detener a César; este tenía interes en marcharse con Fernando y fué sordo a sus súplicas. Ana permaneció en el salón hasta que quedó desierto, y apenas recordaba que habia estado en medio de una concurrencia llena de animación y de vida, y que habian herido sus oidos los acordes de la música.

Se retiró despues a su habitación, llamó a Margarita, y empezó pausadamente y como distraída a desnudarse.

Ana comenzaba a creer que hai destinos fatales en la vida y que por una lei secreta tienen necesariamente que cumplirse.

—¿Y por qué me perseguís todavía? ¿Ana no estais satisfecho?

—No, señora.

—¿Ha! teneis un corazón de piedra!

—Vos lo habeis petrificado desde el momento de vuestra traición.

—Habeis venido a mi casa a insultarme caballero?

—He venido a recrearme en la credulidad de vuestro joven amante.

Ana iba a replicar, pero divisó a César que los observaba por entre unas matas de rosas, y toda confundida pudo a penas decir:

—Mucho abusáis de la debilidad de una mujer: proseguí, pues, vuestra venganza.

Y con paso firme se dirigió al salón.

A propósito pasó por el lado donde se encontraba César, y como si reparase en él en ese momento le dijo con la mas perfecta sencillez.

—Te andaba buscando César; tengo que hablar mucho contigo.

—Pero parece, le replicó César bastante agitado, que mas te interesaba hablar con Fernando, pues has tenido con él una conversacion demasialo animada.

—Hablabamos sobre cosas indiferentes y no habia objeto para animarse. Eres injusto, César, cuando crees que yo pueda mirar a otro con mas interes que a ti.

César condujo a Ana al salón, y a pesar de las instancias de esta fué inmediatamente a encontrar a Fernando.

Luego que llegó a él le dijo:

CAPÍTULO XV.

DOS QUE SE ENTIENDEN.

Ana se acostó con las luces de la aurora, y en imaginación encendida y alarmado su espíritu por el extraño acontecimiento del baile, permaneció despierta meditando en el golpe mortal que podia darle Fernando. Se sentia oprimida, anonadada, vencida, pues si su enemigo revelaba a César su secreto ya podia considerarse perdida para siempre.

¿Cuál habia sido la intención de Fernando al presentarse con César en el baile? y cuál su objeto al hacerla en presencia de su amante con tan amargos sarcasmos?

El ánimo tan atrevido de esta mujer, tan altanero, que no se alarmaba por los mas abultados acontecimientos, ni se conmovia por la desgracia; languidecia ahora sensiblemente y no podia coordinar proyectos de venganza ni planes de seducción.

Las almas perdidas suelen tambien tener sus horas de espincion.

Pero ese abatimiento y esa languidez no duraron sino pocos momentos, pues de repente se iluminó su espíritu y afluyeron a su imaginación ideas y proyectos tentadores que empezó a meditarlos con filosofía calma.

El jénio del mal siempre inspira a sus criaturas y les manifiesta una senda fácil e infalible cuando quieren precipitarse al crimen.

A las nueve de la mañana se levantaba Ana sin haber dormido un solo minuto. Medio peinada y envuelto su cuerpo en una bata de cachemira, se sentó a su escritorio y tocó la campanilla.

Al cabo de un instante entró a la pieza Margarita.

—¿Se ha levantado ya Auristela? le dijo.

—Sí, señorita, respondió la criada: desde muy temprano anda atendiendo a los quehaceres de la casa.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Ha querido entrar a saludaros; pero se ha detenido pensando que talvez dormirais.

—La dirás ahora que puede entrar.

Y volviendo al pensamiento que la preocupaba, continuó:

—Tienes que ir inmediatamente a casa de aquel comerciante llamado Silvestre, que hace poco tiempo verías diariamente en mis estrados, a dejarle una carta.

Margarita le hizo presente a su señora que no sabía donde vivía Silvestre, y Ana le dio las señas de su casa.

Cuando esta ya iba a principiar a escribir la carta, sintió que golpeaban a la puerta de la antesala.

—Margarita, le dijo Ana, ve a ver quien es: si alguien me necesita, di que estoy indispuesta.

Margarita fué y al cabo de un momento volvió con una carta.

—Señorita, le dijo, que coincidencia! una carta del señor Silvestre.

—A ver, dijo Ana llena de impaciencia, y

podeis desde luego presentaros en mi casa, pues os quedo esperando.

«Vuestra buena amiga.

ANA.»

Después de cerrada esta esquila se la dió a Margarita para que se la entregase al criado de Silvestre.

Ana había pensado escribirle a Silvestre pidiéndole se presentase en su casa para tratar sobre un asunto cualquiera pretestado, y este se había apresurado a pedirle la entrevista. Ambos habían tenido un mismo pensamiento. Ana buscaba a Silvestre para vengarse aunque fuese sacrificando su porvenir; y Silvestre buscaba a Ana para librarse del deshonra de una quiebra vergonzosa y de las consecuencias que trae consigo, aunque fuera sacrificando su tranquilidad doméstica.

Ana pensaba, que si bien César no estaba todavía iniciado en su secreto, lo estaría bien pronto, pues no se le había escapado la intención de Fernando: en este caso tenía necesidad de salvar su nombre uniéndose en matrimonio a alguna persona de posición social, y, lo que aun le era mas importante y mas dulce, vengarse.

Luego que estuvo vestida Ana, con alguna elegancia, llamó a Margarita y la ordenó dijese a Auristella que pasase a su habitación.

Ya se encontraba Auristella en presencia de Ana, cuando entró a la pieza Margarita para anunciar a ésta la visita de Silvestre.

Ana se apresuró a salir a recibirle, y turbada al estrecho Auristella con una visita seme-

rompiendo con precipitación el sobre, leyó para sí.

La carta decía del modo siguiente:

«Señorita Ana:—No sé si sea demasiado atrevimiento escribirlos esta carta, pero atendido su objeto espero me la disculpeis.

«Cuando después de algun tiempo de ausencia me he presentado en vuestra casa, es porque quería anudar unas relaciones que eran para mí demasiado caras y afectuosas. En medio de las tareas fatigosas que abruman mi vida, deseaba que se interpusiesen los encantos de vuestra sociedad.

«Este deseo, que era para mí una bella esperanza, anoche en vuestro baile lo he visto casi desvanecerse. Creí que me mirabais con marcada indiferencia y aun puedo decir que me tratásteis mal. Como he visto cerca de vos a varios implacables enemigos míos, he pensado que me hayan talvez arrebatado vuestras consideraciones, por lo que quisiera que tuviérais la bondad de honrarme con una entrevista hoy mismo, mandándome decir a la hora en que puedo presentarme en vuestra casa.

«Soy vuestro apasionado servidor

SILVESTRE.»

Luego que leyó Ana esta carta, se apresuró a contestarla en los siguientes términos.

«Amigo mío:—Son bien injustas las quejas de vuestra carta; yo no he podido anoche miraros con indiferencia ni mucho menos trataros mal. Pero como quiero que quedeis absolutamente convencido de mi afecto hacia vos,

jante, quiso huir para librarse de la presencia de un hombre que había querido infamarla. Pero cortada enteramente, en vez de una puerta tomó otra y se introdujo al dormitorio de Ana el cual no tenía otra salida. Advertida de su horror quiso repararlo, pero ya era tarde, pues se encontraban en la pieza Ana y Silvestre. De manera que esa pobre niña se veía obligada a asistir a la conferencia de aquellos y a iniciarse en secretos que talvez podían comprometerla. Ana no podía pensar que Auristella se encontraba en su dormitorio y que iba a esnchar, aunque contra su voluntad, toda su conversación.

—Venid acá, señor Silvestre, dijo Ana con amable jovialidad, tengo que reprimiros por vuestra carta. ¿Con que anoche me notásteis indiferente? con que os traté mal?... Que acusación es esta, amigo mío?

—Perdonadme señorita Ana, talvez he sido demasiado susceptible, talvez me he engañado; pero tengo en tanto precio vuestras atenciones, que hubiera querido merecerlas todas. ¿Es mucho egoísmo? que queréis: vos sois capaz de volver egoísta a cualquiera.

—Muchas gracias, señor Silvestre; veo con placer que siempre estais dispuesto a favorecerme con vuestras galanterías. Pero ¿porque os retirásteis tan temprano del baile? ¿no estábais a gusto?

—Os lo confieso francamente. No.

—Y porqué, amigo mío?

—Ya os lo he dicho; me engañé creyéndome desairado; pero tenía mis motivos al pen-

— ¿Y qué motivos eran esos?

— Os encontrábais anoche rodeada de todos mis enemigos: esto bastaba para que yo presumiese que se ocupasen con vos de calumniarme; y como los tratábais con tanta confianza, y como no os separábais de ellos, creí firmemente que me habrían hecho perder en vuestro concepto.

— ¿Y quienes son esos enemigos? nombradlos.

— He venido para dároslos a conocer. — Esa muchacha Auristella que introdujisteis al salón, un mozo que se llama Tránsito, que estuvo, hasta que yo me retiré, colocado detrás de vuestro asiento, César y Fernando, de los cuales, parece, que exclusivamente os ocupasteis. He aquí cuatro de mis mas encarnizados enemigos, cuya presencia en el baile, os lo prometo, me molestaba grandemente.

Auristella al escuchar esto se sintió movida de la curiosidad y puso atento oído. Ya le iba pareciendo incomprensible la conducta de Ana, pues sabia cuanto la amaba César, y la ciega confianza que este tenía en el amor de Ana.

— Explicaos, Silvestre, dijo Ana, y decidme porque esas cuatro personas se han convertido en vuestros enemigos.

— Auristella, prosiguió Silvestre, pertenece a la clase mas infeliz de la sociedad, y os confieso que me quedé anoche profundamente admirado al verla en vuestro baile; me restregaba los ojos y apenas podia dar crédito a lo que veía. Figuraos que es hija de una tal Romual-

da, mujer de fama entre las mujeres perdidas, y que por consiguiente tiene todos los instintos e inclinaciones de la madre: se ha educado en medio de todas las corrupciones de esa sociedad y ya podreis figuraros cual habrá sido su conducta. Esta muchacha la encontré una vez en mi camino (vos sabéis que un hombre entra a todas partes) y su madre me la propuso en venta. Yo rechacé con indignacion una infamia semejante, pero quise hacer una obra de caridad; encerrar a esa muchacha en un convento o en alguna casa donde no pudiera tentarla el mundo y corrijiere sus hábitos, y di algunos pasos al efecto. De aquí resultó que la madre y la hija se me vinieron encima y me colmaron de insultos. Despues supe que la muchacha contrajo relaciones con César Martin, en la casa del cual pasó a establecerse.

El suplicio de Auristella, al escuchar tan bárbaras calumnias, era horrible, y mas de una vez estuvo tentada por precipitarse en la pieza donde estaba Silvestre y anonadarlo con la verdad. Pero calculando las consecuencias de semejante paso, se contuvo y solo murmuró para sí: — ¿Qué infame!

— El tal Tránsito, continuó Silvestre, fué mi dependiente, y lo despedí de mi servicio por varios robos que me hizo abusando de mi confianza. Es un ratero inteligente y el hombre mas perverso que he conocido en mi vida. Ya juzgareis que no me puede tener buena voluntad.

César es el querido de Auristella y me

guarda rencor por los pasos que di para poner en seguridad a esa muchacha.

Fernando... no necesito deciros los resentimientos que dan pábulo a nuestra enemistad. Hace poco tiempo que fuimos rivales, cuando él y yo queríamos conquistar vuestro corazón: juzgándolo mas feliz, procuré hacerle mal, os lo confieso, y tuvimos un fuerte choque en el ajuste de unas cuentas. Hé aquí Ana, porque estas cuatro personas, bien despreciables por cierto, se han declarado mis enemigos y se han unido para combatirme en todas partes. Pero no les creais, Ana, me calumnian, porque quisieran verme en desgracia y humillado.

Auristella seguía escuchando con avidez y apenas podia comprender que pudiese encerrarse en el corazón humano tanta maldad.

Ana reflexionaba que habia encontrado un hombre que podia serle muy útil: conocia perfectamente a Silvestre y sabia que estaba mintiendo. Sin embargo, aparentó que todo lo creia, y con no menos perfeccion que el comerciante, representó su papel con sencillez y naturalidad.

— No os inquieteis por vuestros enemigos, Silvestre, porque por muchos que sean sus esfuerzos, no alcanzarán a destruir vuestra reputacion. Solo uno de ellos se ha ocupado en abatirlos a mis ojos: Fernando. Pero como yo lo conozco tan bien como vos, desprecié sus calumnias; mas aun, le argüí en vuestro favor. Siempre he creído que ese hombre es funesto para todos, altamente perjudicial a la socie-

dad. En otro tiempo vivia engañada con respecto a él y confieso que no recibia mal sus halagos; pero hoy día solo me inspira el mas profundo desprecio; me inspira odio. Le recibí en mis estrados, porque aun no ha llegado el día en que deba chocar abiertamente con él.

Auristella asombrada empezaba a comprender a Ana; y Silvestre decía para sí. Esta mujer quiere vengar sus desengaños y tiene mas facilidad que yo para inventar.

— Ignoraba, prosiguió Ana, los antecedentes de esa niña Auristella; son bien tristes por cierto. César Martin la ha presentado en mi casa como una pobre jóven desgraciada y me movió a compasion. No creo que su presencia tan momentánea en mis salones, los haya ensuciado: apenas se fijaron en ella.

Ese tal Tránsito que fué dependiente vuestro, no le conozco y me admira que haya tenido el atrevimiento de presentarse en mi casa.

César ha sido hasta hoy un amigo mio, pero temo mucho que la junta de Fernando le sea funesta, es decir, corrompa sus sentimientos y lo precipite en los vicios anulándolo para siempre. Tal vez no tarde en ser tambien mi enemigo. Ah! no sé qué estrella tan fatal me persigue! Por ser sincera, por ser franca, por ser despreocupada, me veo yo tambien rodeada de enemigos. A mi tambien se me ha calumniado, Silvestre, tambien me han hecho sufrir en mi retiro, en mi soledad los murmullos de aquellos a quienes he despreciado o no he podido corresponder a la pasion que me juraban. Una jóven que goza de alguna indepen-

lencia, tiene en peligro su reputacion, en honor. ¡Siempre el mundo está en disposicion de calumniarla!

Auristella se asombraba cada vez mas, y Silvestre se decia:—Esta quiere hacerme el ánimo, quiero prepararme de antemano; pero ya su fortuna la ha santificado a mis ojos.

—Ya veis, Silvestre, continuó Ana, cual es el aprecio en que tengo a vuestros enemigos, para que podais temer que os hagan perder en mi concepto.

—Sí, Ana, ya se ha disipado ese temor y han cesado todas mis inquietudes.

—¿Con que me conservais siempre el mismo aprecio que antes? conque la ausencia no la podido debilitar vuestros sentimientos?

—Jamás! herido por los celos me retiré de vuestra casa, pero no he apartado nunca mi vista de vos. Como se hablaba de vuestro matrimonio con Fernando, he tenido que resignarme a apurar en mi soledad toda la amargura de vuestra ausencia. Cuando despues he quedado convencido que no pensabais entregar vuestros destinos a ese hombre, mi esperanza ha vuelto a renacer al fuego del sentimiento que la hizo brotar por la vez primera. Ana, ahora puedo contemplaros sin aquel suplicio de otros dias, sin aquellos tormentos que tanto amargaron mi vida: ¡ya no tengo celos!

—¿Cuán insensata fui entonces! Vosotros los hombres jugais con el corazon de las mujeres y burlais a cada momento su credulidad. La pobre mujer cree, porque una fatalidad la arrastra a beber la vida en los engaños; por

Silvestre, y si en otra ocasion pude manifestarme desdeñosa con vos, no era porque me fueseis indiferente, sino porque creí fatalmente que mi destino no debía cumplirse a vuestro lado. Pero ya os vuelvo a encontrar y yo haré que me perdoneis mis pasados desdenes.

—Ya estais perdonada: esas solas palabras borran todos mis resentimientos: me haceis feliz, Ana. Mas ¿no comprendéis? aun no habeis unido al mio vuestro destino, y puesto que me amais debeis abrigar mi mismo deseo, debeis de tener mi misma ambicion.

—Aun es necesario esperar, amigo mio; perdonadme, pero algunos dias mas de prueba, me harán ver que me amais con conviccion. Mi debilidad os hará ser indulgente y esperareis; porque tendreis la certidumbre de que sois correspondido.

—Pero no dejéis, Ana, que mueran muchos de estos preciosos dias: cada uno de ellos importa cien goces que debiamos recojer avaros. El tiempo, Ana, se marcha muy veloz, y no es posible decirle: «espera, que yo espero.»

—Tengo algunas consideraciones a que atender antes de decidir sobre mi suerte; pero confiad en mi constancia y no desesperéis jamás.

—Está bien, Ana, esperaré sin importunaros a que vos determinéis el dia de mi ventura. Ya soi vuestro esclavo.

—Me enorgullecen vuestras palabras, Silvestre, porque me elevan a mis mismos ojos.

—No quiero sustraeros a vuestros quehaceres por mas tiempo, y lleno de contento y de esperanza, me retiro—Adios, amor mio.

que es necesario que siempre tenga ilusiones y esperanza. Esclava desde que nace, no puede correr libremente la sociedad y está espuesta a caer en la red del primer fementido amante que se presenta. ¡Y aun hai quien acrimine a la mujer! ¡quien la burle por sus esperanzas perdidas!... Pero tambien vosotros teneis desengaños que lamentar.

—Oh! y bien amargos, Ana; desengaños crudes que llevan hasta el fastidio. Pero nadie debe creerse eternamente desconsalado, porque así como suele estar el desengaño un poco mas allá de la esperanza, suele tambien encontrarse la felicidad. No todas son decepciones en la vida: hai almas que se comprenden y que han nacido para amarse. Cuando estas almas se ponen en contacto, ya no deben separarse jamas, porque la existencia de la una es la vida de la otra.

—Decis bien, Silvestre, solo en la identidad de los sentimientos está la reciprocidad del amor.

—Cuando yo os conocí, Ana, no habia sentido todavia mi alma profundamente impresionada, pero desde ese momento ya no me pertenezco: yo vivia en vos y para vos. Quiero que me digais, pues, ahora, con la misma franqueza con que yo os hablo, si en vuestro corazon hai algun sentimiento dulce para mí: si despues de haberse desvanecido esas mentidas esperanzas de la niñez, habeis pensado en aquel que tanto os amó y cuya pasion se mantiene todavia palpitante, porque sin ella no podría vivir.

—Siempre habeis ocupado mi pensamiento,

—Adios, querido Silvestre.

Y le pasó la mano que éste besó con entusiasmo.

—Anda necio, dijo Ana para sí, que quieres reparar tu fortuna con la mia: yo te haré instrumento de mi venganza.

—Queda con Dios, se fué murmurando Silvestre, mujer mañosa y coqueta, que quieres cubrir tus amores desgraciados con mi nombre: yo tomaré tu fortuna y sabré cubrirla con ella.

CAPÍTULO XVI.

SUSPECHAS Y CELOS.

En el momento en que salia Silvestre de la habitacion de Ana, se presentaba a la puerta Cesar Martin. Asombrado éste con la presencia de aquel, se paró involuntariamente y siguió con su vista al comerciante hasta que lo vió desaparecer. Silvestre se manifestó turbado a la vista de Cesar; pero marchó con serenidad sin volver siquiera los ojos.

Auristella sufría horribles angustias: aun no podia salir del dormitorio de Ana, y temia, esperaba ser sorprendida y sufrir las consecuencias de los enojos de la mujer que la habia hospedado en su casa. Depositaria de una parte de los secretos de esa mala mujer, debia ésta necesariamente temer que los divulgase a Cesar, su bienhechor y su único apoyo en el mundo.

Era, pues, bien amarga la situación de Auristella, y ya estaba por presentarse a Ana y hacerle ver la manera tan estrana como se había visto obligada a escuchar su conversacion con Silvestre, cuando vino a sorprenderla y a sumirla en nuevas inquietudes la presencia de César. Al oír su voz hizo un movimiento de placer; pero reflexionando en el lugar donde se hallaba, quedó impasible y conteniendo la respiración.

César avanzó a la habitación de Ana erguido y con ceño airado: su semblante estaba pálido y en sus ojos se descubría que, como Ana, había velado la noche anterior.

Ana, al verlo, se sorprendió en un principio; pero en el acto compuso su rostro y manifestó una alegre sorpresa.

—¿Qué ha venido a hacer ese hombre en tu casa, Ana? dijo César con seriedad. ¿Qué negocios tiene contigo?

—¡Ha querido, sin duda, hacerme una visita, contestó Ana con la mayor indiferencia de este mundo, porque el objeto que me ha manifestado, no es para mí sino un pretexto. Me ha dicho que está escaso de fondos, y que tiene que satisfacer estos días varios compromisos; y que habiéndosele asegurado que mis tías deseaban dar a interés cierta cantidad de dinero, se presentaba él a tomarla ofreciendo no se qué garantías. Pero esto debe ser una farsa, porque durante su visita ha mostrado mucho empeño en convencerme, que anoche en el baile, lo he mirado con notable indiferencia, y hasta que le traté mal.

César aparentó creer lo que Ana le decía; pero dudaba en su interior.

—Ese hombre, Ana, es un miserable que has hecho mal en recibir. Conozco su vida y sé todo el desprecio que merece.

Observando Ana que César no perdía la seriedad en su presencia y que su aspecto era grave y hasta amenazador, le dijo con mucha amabilidad y dulzura.

—¿Qué tienes, César, estás enfermo? Noto descompuesto tu semblante; tu mirada me parece inquieta y la palidez de tu rostro me dice que algo sufres.

—Anoche no he dormido, Ana, porque me han preocupado pensamientos bien extraños. Diviso en mi vida una cadena de desgracias, cuyos primeros eslabones yo mismo he anudado.

—No te entiendo, César: ¿qué me quieres decir?

—He venido para que me expliques algunas cosas que no entiendo, Ana, y procures aliviar mi corazón calmando mis inquietudes.

—Habla, César, que ya demoras en explicarte.

—Cuando yo te conocí, Ana, te visitaba Fernando.

Ana se sintió como mordida por una vibora; pero en el acto que se pintaba su emoción en su semblante, se sobrepuso a sí misma y mató esa emoción.

—Después me retiré de tu casa y él continuó probablemente visitándote. Él supo la desgracia que puso en peligro tu vida cuando se desbocaron los caballos de tu coche y aun-

que tu me has dicho que inventaste esta fábula para disculpar tu ausencia, refiere él el hecho de cierta manera, hai en su tono y en sus expresiones, tanto sarcasmo y un no sé qué de misterioso, que yo creo que se esconde en este forjado acontecimiento alguna terrible verdad. Luego se empeña en venir al baile cuando ya se había retirado de tu casa, y en que sea yo precisamente el que lo presente a ti. Lo presento, y la conversacion que sostiene contigo no es natural. Después le vas a buscar al jardín y le hablas notablemente alterada. En seguida se despide, yo lo acompaño, y a todas las preguntas que le hago, me contesta con una sonrisa infernal que hiela mi sangre. Por último, anoche al tiempo de despedirse, me dice estas palabras. «Vos queréis casaros con Ana, y ella tiene la esperanza de ser pronto vuestra esposa; pero ¡mi amigo, las esperanzas duran poco! Vuestro matrimonio va a meter bulla, y espero que no dejéis de convidarme a él. En otra ocasion os explicaré el sentido de mis palabras—He aquí Ana lo que me sucede con Fernando; explicame todo esto, porque yo no lo entiendo y me desgarrá el corazón.

—Es decir, César, que sufres un verdadero tormento? qué tienes dudas?

—Sí, Ana, tengo sospechas y celos,

Auristella, que amaba a César como a un padre, sentía un verdadero dolor al verlo preso de una pasión funesta, pues no le cabía duda de que Ana lo engañaba y quería hacerlo eternamente desgraciado. Pero ella no consen-

tiría jamás que su protector y su único amigo en el mundo, fuese víctima de una mujer cuyos depravados sentimientos empezaba a conocer apenas.

Ana después de un instante de silencio, con el que quiso dar a entender a César la amargura que le había ocasionado la relación que le acababa de hacer, le dijo con cierta dignidad:

—Ese Fernando, es el hombre mas infame que existe en el mundo; pues ha llevado su despecho hasta querer vengarse de una mujer hirniéndola en su honor: sí, porque esas sonrisas sarcásticas, esas palabras ambiguas, esa promesa de hablarte después mas estensamente sobre mí, no tienen otro objeto que llenarte de dudas respecto a mi conducta: ¡oh! me quiere horriblemente calumniar; me quiere quitar tu amor con un golpe bien alevoso.

Ana hablaba desconsolada, pues pensaba que si Fernando no había instruido todavía a César en su secreto, lo haría mas tarde y no solo frustraría su matrimonio, sino que la espondría a la venganza de un amante cruelmente engañado. No tenía, pues, ya en su alma ese entusiasmo por convencer a César de que Fernando la calumniaba, y a la luz de una esperanza próxima a desvanecerse, sentía debilitado su espíritu y resfriada su mente.

—Pero lo que me dices, Ana, dijo César, no basta a desvanecer mis dudas, no puede volverme la tranquilidad que he perdido. Ya te he dicho que tengo sospechas, que tengo celos. Bien sé que con esto ultrajo tu delicadeza, tu honor: pero enséñame a no sentir y

haz que deje de amarte, para que pueda ser indiferente a los hechos que se presentan a mi vista y que me combaten tan amargamente.

—¿Y qué quieres que haga yo, César, para desvanecer tus dudas? Ese hombre que ha tenido la maldad de infundirte sospechas, quiere destruir a toda costa mi felicidad, y esto es todo. Cuando en otro tiempo solicitó mi mano de esposo, después de haberle hecho concebir esperanzas, en lo que hice mal, lo confieso, lo repudié. ¿Y sabes por qué, César? por seguir tu amor, porque yo estaba enamorada de ti, y ya nada me importaba el cariño o el desprecio de ese hombre. Por ti me he hecho de ese enemigo que he despreciado, porque lo he creído impotente para herirme, pero que ahora veo que tiene poder para amargarme. El me lo dijo, que puesto que había dañado su corazón matando su esperanza, procuraría por su parte hacer todos los esfuerzos posibles por deshojar las mías, y que no solo yo sería el objeto de su venganza, sino tu también, César, ya que eras el amante afortunado, que así era como te llamaba. Todas esas frases, pues, ambigüas de Fernando, ese misterio en que envuelve sus palabras, esa malicia infernal que ha descubierto cuando te ha hablado de mí, solo tienen por objeto destruir mi felicidad y amargar tu existencia. ¿Y que puedo hacer yo, César, para contener a ese hombre, yo una pobre mujer sola, que no tiene hermanos que la hagan respetar ni a quien poder ocurrir para vengar sus agravios? Dí, César, que puedo hacer yo?

—Es necesario entonces castigar a ese hombre, dijo César con aire sombrío y expresión terrible, que alegró a Ana hasta el fondo de su alma.

—Oh! César, exclamó Ana un tanto mas animada, si yo hasta ahora te habia ocultado la enemistad de ese hombre, lo que meditaba respecto de los dos, habia sido por no comprometer tu vida, pues conozco tu carácter y se que jamas dejarás impune al que se atreve a herirte en tus mas tiernas afecciones, procurando quitarle el honor a la mujer a quien amas y la que ha de llevar tu nombre. Y ahora mismo, César, que por desvanecer tus sospechas y tus celos me he visto obligada a descubrirte ese enemigo, te suplico que no te espongas, que lo desprecies, que te acuerdes de mí y sofiques tu indignacion. Ese miserable no merece César tu enojo, y lejos de retarlo debes hacerlo a un lado hasta de tu memoria.

—No, Ana, si es verdad que ese hombre ha meditado esa venganza de los dos, yo debo abocarme con él y pedirle explicaciones. Es necesario que sea muy malo para que se ocupe en realizar un proyecto tan infame. ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué persigue a una mujer abusando de su debilidad tan solo porque no quiso sacrificarse a su lado? No, Ana, si es cierto que tal es el pensamiento de ese hombre, yo debo librarme de él y separarlo de una vez de mi camino.

—¿Y si vas a tener que sufrir, César? y si te va a suceder alguna desgracia? No sería mejor que no pensases mas en ese hombre y lo

abandonases a su desprecio? Nada pueden en tí mis súplicas, César?

—Ana, ¿crees que podría tener algun sufrimiento que se igualase al tormento que sufro desde anoche? crees que puede importar mi muerte lo que importa este pesar amargo que me devora? Tu eres para mí, Ana, en el mundo mi única esperanza, mi única felicidad, mi único porvenir; si tú me faltases, habrían acabado para mí todos los atractivos de la vida, y el desaliento, el eterno desconsuelo, el fastidio, acabarían tambien con mi existencia. Tú has sido el sueño de mi juventud, y ya hombre de reflexion he sorprendido a mi corazón lleno de la pasión que te tengo. Se puede, Ana, renunciar a todo lo agradable y bello de este mundo, pero jamás a la mujer que se ama como yo te amo a ti. Será la mía una pasión fatal, pero mientras ella sea mi vida, yo le de rendirle culto y por necesidad le de abrasarme en ella.

Ana iba sintiendo miedo a medida que César iba animándose: todavia esta mujer no comprendia bien a su amante y no sabia hasta qué grado se esponia engañándolo tan miserablemente.

Anrística se sentia cada vez mas conmovida y compadecia la inmensa desgracia de su protector.

—Cuando hace poco, Ana, prosiguió César me creia olvidado por ti, ya en nada me estimaba y estuve a punto de sacrificar mi porvenir uniéndome a una mujer que no amaba. La tranquilidad la habia perdido y con ella

todas las esperanzas y dulces engaños de la vida: yo vivia desesperado. En esta amarga situación en que me hallaba, te acuerdas de mí, me llamas a tu lado, me renuevas tus protestas de amor, me juras amarme entonces mas que nunca, y me haces ver que tu única ambicion es llamarme tu dueño, porque la felicidad yo solo puedo dártela.

—Si, es verdad, le interrumpió, y ahora vuelvo a repetírtelo: pero ¿a qué truces a la memoria todos esos incidentes de nuestro amor?

—Dígame, Ana, no me interrumpas, déjame repetirte mi historia; es necesario que se grave bien en tu mente. Desde ese instante un nuevo espíritu penetró en mí, y ya en nada pensé sino en verte mía. Pero tenia que deshacer unos lazos que habia comenzado a formar, aunque fuera necesario hacer los mas horribles sacrificios. Así, pues, herí el amor propio y el corazón de una jóven que no tenia otra culpa, que haberme amado desde su niñez con la ternura y la pureza de un ángel, y que a despecho de su dignidad me ama todavía: herí tambien, y esto ha sido mas cruel, el orgullo y el corazón de mi madre, y quién sabe si el acervo de sentimiento que la he dado no le cuesta la vida. ¿Ana, yo me he expuesto por ti a matar a mi madre!... Pero ella sabe que es sagrada para su hijo, y que con gusto le sacrificaría mi existencia; pero mi amor... ¡ah! no he tenido valor para tanto!... El amor no ha empujado mis sentimientos, al contrario, los ha purificado mas, porque el amor es una chispa del cielo, un re-

dejo de la divinidad sobre la tierra. He cedido a su influjo irresistible, y he hecho talvez involuntariamente la desgracia de mi madre.

Ana iba perdiendo sus fuerzas pues media la estension de su crimen.

Auristella llena de asombro se enteraba de la vida de César y tomaba esperiencia de lo que es el mundo.

—Despues de todo esto, Ana, continuó César, ya puedes imaginarte que efecto harán en mí las sospechas y los celos. No creo, no puedo creer que tu fueras capaz de burlarme, porque ya no es posible; pero nadie puede decirle a su corazon que no sienta ni se afecte. Yo seria capaz de todo, Ana, y te confieso que cuando ese hombre me ha dado a sospechar algo respecto de tí, he sentido mala mi cabeza y he meditado resoluciones terribles. Pero una vez que todo ha sido una comedia infame, que solo tiene por objeto martirizarme y arrebatarme el porvenir, es necesario a mi tranquilidad y a la tuya, que no volvamos a encontrar jamas a ese hombre en nuestro camino y que me dé esplicaciones sobre su conducta en el baile.

Cada vez miraba Ana que se complicaban mas las cosas y que estaba mas espuesta. Era indudable que pronto, mui pronto talvez, iba a quedar convencido César hasta la evidencia de su indigna conducta y de sus engaños; y entonces debía de esperar una terrible venganza de su amante, una desgracia irreparable quizá. Su espiritu fuerte vacilaba y el miedo brillaba en sus ojos y en su frente. Así,

luego que acabó de hablar César, le dijo con toda la naturalidad que le fué posible fingir, pero que no fué tanta que no se alcanzase a percibir su turbacion.

—Ya te he suplicado César que no espongas tu vida, y te lo pido nuevamente con empeño. Si yo te doí toda la seguridad de mi amor, si ves que por tí lo desprecio todo en el mundo, si hasta mi honor te he entregado, tú no debes ya abrigar sospechas de mí, tú no debes tener celos de nadie. ¿Cómo había yo de ser perjura en el instante en que voi a realizar mis sueños venturosos, en que voi a entregar mi mano al único hombre que he amado con una pasión loca y cuya estimacion es mi mas precioso tesoro? Disipa, César, esas nubes que oscurecen tu frente y cargan tu espíritu, y prométeme que no verás a ese hombre, que no le verás jamas en tu vida.

—¿Te empeñas, pues, decididamente, Ana, porque yo no vea a ese hombre?

—Sí, César, sí.

—¿Quiéres que haya de él si me busca?

—No.

—¿Que si por casualidad se encuentra conmigo y me dirige la palabra, le salude yo silencioso y cortosamente y me retire?

—Sí, César, y procures no volverte a encontrar con él.

—Decididamente, Ana, dijo César con una sonrisa de atroz sarcasmo que débilmente se bosquejó en sus labios, decididamente quieres no volver ni en contacto con Fernando. Ahora ve que me tienes un amor profundo, extraño,

pues tiembas a la sola idea de que pueda yo verme con ese hombre, porque talvez te imaginas que en el acaloramiento de las esplicaciones pudiese correr peligro mi vida. ¿Qué corazon tan tierno y tan sensible es el tuyo, Ana! Procuraré complacerte.

No se le escapó a Ana la sonrisa de César ni la amargura de sus palabras. Conoció que habia hecho mal en mostrarse tan exigente, y comprendió que no seria obedeida. Sin embargo, siguió echándola de inocente, y haciéndose que creia en la sinceridad de las palabras de César.

—Tengo temores, dijo, demasiado fundados para creer que habia de traer consecuencias fatales tu entrevista con Fernando y por eso me he empeñado en que no le busques: tu carácter poco sufrido y ardiente, y el otro hombre resuelto y desalmado, debía necesariamente de haber choque en las primeras esplicaciones. Lo confieso, mi amor me ha hecho exigente y só cuanto tendria que sufrir si algo desagradable te sucediese.

—Pagas con usura mi amor con el interes que por mí tomas, dijo César clavando en Ana una mirada profunda que la hizo casi estremecerse; no tengas cuidado, yo procederé siempre como el mas fino de los amantes. Tienes que perdonarme, Ana, una ausencia de algunos dias. Es necesario preparar nuestro matrimonio y tengo precisamente que arreglar algunos asuntos de familia; he sabido que mi madre sigue enferma y tal vez de gravedad; esta circunstancia me hace acercarme a ella,

aunque creo que no tendré valor para ponerme en su presencia. Mi padre demasiado anciano, espera de un momento a otro bajar al sepulcro; hace algun tiempo que no habla con sus hijos y solo despliega sus labios cuando está a solas con mi madre; pero tengo que dirigirme a él, pues soy el único hombre que hai en la familia, recibir sus órdenes, si se digna favorecerme con ellas, y sus últimos consejos. Quizá me trate mal o no quiera verme, pues debe estar instruido por mi madre de mi casamiento, y entonces se ammentará mi desconsuelo. Ana, todo lo he perdido por tí; ten presente que no he tenido mas voluntad que la tuya, y que jamas me contuvo ningun sacrificio.

En este instante se alzó de su asiento, tomó su sombrero y se despidió con seriedad y aire sombrío.

Todavía no salia de la casa César, cuando Ana mandó a Margarita que trajese su basquina y su manto. Se vistió a toda prisa, le dijo a Margarita—sigueme—y se puso en la calle.

Auristella salió entonces del dormitorio de Ana con mucha precaucion: en las pocas horas que estuvo sujeta allí, habia experimentado un año de sufrimientos. Esa pobre criatura habia principiado a conocer el gran mundo y su tierna imaginacion se aturdia al profundizar en él.

Una vez que se vió libre, corrió a su cuarto, se echó llave por dentro y se sentó a escribir.

CAPÍTULO XVII.

DOS ANTIGUOS AMANTES.

Un cuarto de hora después de haber salido Ana con Margarita de su casa se paraban a la puerta de la casa de Fernando. El patio estaba silencioso y todas las puertas cerradas. Ana mandó a Margarita que preguntase si estaba el señor Fernando. Después de haber tocado repetidas veces a la puerta de la antesala, salió un sirviente. Ana se apresuró entonces a hablar con él.

—¿Está en casa el señor Fernando? le dijo.

—Sí, señorita, contestó el criado.

—Decidle que una señora solicita encarecidamente hablar con él.

El criado sin decir una palabra fué a llevar el recado a su patron. Al cabo de un instante volvió y dijo a Ana que podía entrar. Margarita se quedó a la puerta, y Ana, cubierta con su manto, penetró al salón algo turbada y con paso mal seguro. Como no encontrase a nadie en él, se bajó el manto y esperó sentada. De repente oyó ruido por una de las puertas laterales, volvió la cabeza y se encontró cara a cara con Fernando.

Hizo un movimiento extraño, bajó los ojos y el miedo se pintó en su semblante. Parecía un criminal que comparece delante de su juez.

Fernando se sorprendió en un principio, pero con semblante sereno y paso firme avanzó en el salón.

—Hacia mucho tiempo, señora, dijo con una perfecta calma, que no tenía el honor de teneros en mi estrado. Probablemente alguna causa demasiado grave motiva tan raro acontecimiento.

Y sin fijar los ojos en Ana tomó asiento guardando alguna distancia de ella.

—Sí, dijo Ana, una causa demasiado grave me arrastra hoy día a vuestra presencia; y a mas, habiendoois presentado vos anoche en mi casa, me habeis dado el derecho para poderme presentar en la vuestra.

—Venís acaso, señora, dijo Fernando con leve sonrisa, a pagarme la visita?

—Cierto que eso sería, señor Fernando, un acontecimiento bien extraño; pero no vengo a devolveros vuestra visita.

—Ah! vendreis entonces a tomar noticias de vuestro hijo?

Ana se fújó turbada al extremo y quiso ocultar su rostro con el manto. Como iba decidiendo a humillarse, se dejaba decir, sofocando los arranques de su espíritu altanero.

—Esa pobre criatura, dijo al cabo de un rato de silencio, al parecer angustioso, que habeis tenido la crueldad de arrancar al amor de su madre, corre de vuestra cuenta y solo vos sabeis donde y cómo existe. Sería, pues, inútil, señor, que me avergonzara hasta el extremo de pedir noticias de ese niño, cuando no las había de obtener.

—Habeis tomado, señora, un tono demasiado sentimental en vuestra conversacion, al que yo no estoy acostumbrado. Si tuvierais la bon-

dad de decirme el objeto de vuestra visita...

—Voi a él, señor Fernando, le interrumpió Ana, y os pido me perdoneis el que me haya tomado la libertad de importunaros un momento. Anoche, señor, os presentásteis en el baile con César Martín.

—Como hacia algun tiempo que me habia retirado de vuestra casa y deseando vivamente asistir a vuestro baile, busqué una persona que mereciese todas vuestras simpatías y consideraciones para hacerme nuevamente presentar por ella. Nada mas natural, señora.

—Pero ya anteriormente habiais tenido una conversacion con César, relativa a mí.

—La conversacion, señora, no fué precisamente sobre vos; salisteis en ella no sé a qué.

—Me habeis dicho que deseabais vivamente asistir a mi baile, y me permitiéreis que me extrañe de esto, pues ignoro qué clase de interes puede despertar en vos una tertulia en mi casa.

—La habida anoche, mucho señora.

—Descarta que tuviéreis la bondad de explicaros.

—Sabia que dábaís ese baile a César Martín, para principiar las celebraciones del plausible suceso que esperais.

—¿Qué suceso, señor?

—Vuestro casamiento.

—¿Y por qué mi casamiento os llama tanto la atencion y despierta en vos tanto interes?

—Veo, señora, que por interpelarme olvidais el objeto de vuestra visita.

—Fernando, dijo Ana con espresion rara y

acento conmovido, vos queréis instruir a César de vuestras relaciones conmigo.

Fernando miró a Ana con desprecio y en seguida se sonrió. Esta sonrisa llena de sarcasmo heló la sangre en las venas de Ana.

—Sí, continuó ésta, no pueden tener otro objeto vuestra ida al baile, y la conversacion que tuvisteis con él esa noche; «yo os explicaré después el sentido de mis palabras» le dijisteis, y esto significa que os preparais a revelar un secreto que un caballero no revelaria jamas.

Fernando continuaba guardando silencio.

—Queréis ahora, prosiguió Ana, arrancarme la felicidad como me arrancasteis el honor, y arrebatarme un esposo como me arrebatásteis a mi hijo. Queréis vengaros de una mujer porque no tiene quien la defienda; la perseguís porque es débil y no puede luchar con vos. Vuestra empresa, es digna, es noble, señor Fernando, y debe enorgulleceros demasiado.

Fernando seguia impasible.

—Pero ¿quó os he hecho yo para que ejerzáis en mí una venganza tan cruel? ¿El haberos destruido un sentimiento? Hice mal, yo lo confieso, pero vos conocéis la flaqueza de la mujer, y debiais haber despreciado y no combatido. ¿Y no os habeis vengado ya lo bastante? No me habeis aprisionado por el espacio de algunos meses? Y después de haberme hecho probar tantas amarguras ¿no habeis tenido la inhumanidad de quitarme a mi hijo y de esponerme a la deshonra y a la muerte? Ah! cualquiera alma, por feroz que fuera, se daría

ya por satisfecha: pero vos no, aun os echáis en la pobre mujer que un día os amó y puso en vuestras manos su honor, brindándoos sus favores!

Fernando no contestaba una palabra.

—Próximo a verificarse mi casamiento y sabiendo que os empeñáis en destruirlo, he venido a suplicaros, sí, Fernando, he venido a humillaros suplicándoos que no lo destruyáis, que no deshojéis esta última flor de mi última esperanza, porque sería mas cruel para mí que si me dierais la muerte! Ah! Fernando, esto era lo que queríais, verme humillada y suplicante; pues bien, ya lo estoy! No levanteis el velo que cubre mi deshonra, no desbarateis mi enlace! Fernando, tened compasión de mí!

Fernando se levantó entonces y miró a Ana con rostro sombrío y amenazador.

—Compasión de vos, señora! dijo pausadamente y con tono solemne, jamás! La tuvisteis vos a caso de mí! la tenéis acaso de nadie? Vuestro corazón, señora, es una masa indecifrable en cuya confección no ha entrado un solo sentimiento generoso y noble: habeis venido al mundo para hacer la desgracia de cuantos se os acercan, y es necesario, señora, que cese ya vuestra misión, que aparezcáis en sociedad sin careta alguna y sepan todos lo que sois y lo que habeis sido. Una mujer como vos, señora, no debe demandar compasión de los hombres, debe encerrarse en un convento e implorar solo la piedad de Dios.

Ana se juzgó perdida pues conocía el carácter de Fernando y veía que este la conocía

Ana se finjía oprimida por las palabras de Fernando y hacia inauditos esfuerzos por hacer brotar lágrimas a sus ojos: ajitaba su respiración y ocultaba el rostro por momentos.

—Ya podreis imaginaros, señora, prosiguió Fernando, lo que importaría para mí el horrible desengaño que me disteis. Fué necesario que mis ojos presenciasen vuestra traición para creer en ella. He probado todos los tormentos morales que pueden acabar con la vida de un hombre; he perdido la tranquilidad y he visto destruidos de un solo golpe todos los proyectos halagüeños del porvenir. He sufrido mucho, señora: yo no he merecido jamas un desengaño tan cruel: yo no tenía otro crimen que haberos amado con toda la ternura de mis sentimientos. Sabedlo, señora, he llorado mi desgracia, pero me he librado de llevar eternamente un nombre deshonrado.

Ana continuaba con la cabeza caída al pecho y ya se iba fuyendo del triste papel que representaba.

—Pero esto no es todo, señora, continuó Fernando, aun hai mas que es necesario que sepais. Yo debía haberme unido a otra mujer que me amaba; vos lo sabiais, señora, y endurcisteis mi corazón. Al saber mi matrimonio con vos tuvo una entrevista conmigo; suplicó, lloró... pero yo permanecí impassible. Vuestra imájen siempre presente a mis ojos me daba fuerzas para despreciar a esa pobre mujer que bañaba mis rodillas con sus lágrimas. Me hiciste criminal, señora!... Arrastrada por su desesperación, viéndose despreciada por el

M. D. S.

8

a ella demasiado bien. Desde estas primeras palabras de Fernando abandonó la idea de mover su corazón y empezó a coordinar en su mente muy diferentes proyectos.

—Escuchadme, señora, continuó Fernando, que os voy a hacer ver cuanto habeis hecho por mí, para que juzguéis hasta que punto habeis interesado mis sentimientos. Cuando yo os conocí, señora, os creí una mujer honrada y virtuosa: cualquiera otro hubiera creído lo mismo que yo: lo aparentábais tan bien!...

Vuestra hermosura y la facilidad de vuestro trato, me hicieron fijarme en vos con interes. Conocisteis mi afición, poco despues mi amor y me fingisteis pasión. Yo creía encontrar la felicidad a vuestro lado y pensó unir al vuestro mi destino. Desde ese instante di pábulo a la llama encendida en mi pecho, y en nada pensaba sino en vos, nada me preocupaba sino la ventura que aguardaba a vuestro lado. ¿Sabéis, señora, lo que es el último amor de un hombre? ese amor profundo, ese amor de convicción que solo se siente una sola vez en la vida? Es la última esperanza, la tranquilidad, la dicha, la gloria, es la existencia misma; es el porvenir, señora. Y cuando amamos por la última vez somos bien egoístas y toda contrariedad nos desespera y nos da tormento. Vos habíais seguido grado por grado el crecimiento de mi pasión y os esforzábais en avivarla; os habíais propuesto hacer estallar mi corazón y derramábais en él a manos llenas el veneno. Solo fermentaba en vuestra alma la hiel de los mas perversos sentimientos.

hombre que amaba y al que desde tantos años atras se lo había sacrificado todo, resolvió morir. Una noche, demasiado horrible para mí, recibí una carta de esa mujer en la que me llamaba que fuese a presenciar su agonía: esa mujer, señora, se había envenenado!

Ana tembló: era cobarde; y se cubrió el rostro con las manos.

—Sí, señora, esa mujer habia tomado veneno por que me amaba mucho y vos me habíais hecho despreciarla. Llegué a su lecho demasiado tarde; solo le quedaba un resplandor de vida y era imposible salvarla. Al conocerme fijó en mi sus ojos moribundos y aun tuvo fuerzas para decirme algunas palabras. Esa mujer perdonó mi ingratitud y os maldijo! Su voz sin duda subió a los cielos, señora, por que ya la principiado para vos la espriación!

—Basta! dijo Ana con voz ahogada, yo no pude preparar esa desgracia.

—Oh! si la preparasteis, señora, por que si vos no me hubierais mentido, yo no habria repudiado a esa infeliz mujer. Pero aun hai mas; esa desgraciada o no pudo o no quiso decirme en que poder se encontraba una hija mia, a quien solo habia acariciado en su infancia y a la que hacia algun tiempo que ella habia alejado de su lado por temor a la sociedad y a su familia. Yo idolatro a esta criatura, señora, y me veo privado de sus caricias, ignorando cual sea su suerte y atormentado por la idea de que puede haber sido envuelta en las corrupciones del mundo, pues ya ha cumplido quince años. Esta es ahora la mayor de mis an-

¡guastias, y a vos tambien os la debo, señora, porque vos me habeis herido en todas mis afecciones. Atreveos ahora a demandarme piedad cuando habeis rodeado mi vida de remordimientos y de fastidio. Nó, cada uno tiene que cumplir en la tierra su destino; pues bien, señora, cúmplase el vuestro!

Ana, pocos momentos antes abatida y tan humilde, se incorporó de repente y miró a Fernando con orgullo y altivez. Perdida completamente su esperanza de que este ocultase su secreto, ya no tenia porque mostrase abatida y suplicante. Su rostro se animó, sus ojos chispearon y sus labios se entreabrieron para dar paso a su respiración ardiente y entrecortada.

—Me desafiáis, dijo, porque soi débil y contais segura la victoria. Está bien, señor Fernando, acepto vuestro desafío. No habeis querido amparar la debilidad de una mujer, y lejos de disculparla la calumniais horriblemente. Nada he tenido yo que ver con vuestras desgracias, pues ellas han sido hijas tan solo de vuestros vicios y no del mentido amor que me jurásteis. Un caballero lamenta y olvida sus amores desgraciados, pero jamas se venga de la mujer que se los inspiró. Pero vos no conocéis esos nobles procederres porque no habeis sido nunca caballero. Podeis vengaros, señor, que no ocultaré mi frente a vuestros golpes; mas herid con destreza que bien puede ser que el arma se torne contra vos.

—Ya sé señora, replicó con calma Fernando, que sois rica y que bien podeis valeros de

vuestra fortuna para ocasionarme males; pero ya me pondré en guardia, señora.

—El enemigo mas pequeño, señor Fernando, suele herirnos de muerte, y ya que me habeis obligado a admitir vuestro desafío, procuraré incomodaros mientras os ocupais en deshonorarme.

—Sí, señora, procuradlo, y ojalá que la suerte os ayude.

—Sois el hombre mas miserable y mas infame que he conocido.

—Parece que os poneis mala, señora, dijo con glacial indiferencia Fernando; si quereis tomar algun refresco....

—Vuestra presencia me pone mala caballero, y aunque desprecio vuestros sarcasmos, si permaneciese mas tiempo en vuestra casa, me creeria envenenada.

Y con paso arrogante y aire insolente salió de la sala.

Fernando la vió marcharse con una sonrisa infernal, y al abrir la puerta de la antesala para salir al patio, le dijo con una amabilidad que casi hizo reventar en sangre a Ana.

—Os queda todavia Silvestre, señora, ese honrado comerciante: amparaos de él, porque César, se me antoja que ha empezado a conoceros.

Ana no contestó una palabra y salió de la casa seguida de Margarita. Por el camino no desplegó sus labios, lo que hizo maliciar a esta que a su patrona no le habia ido nada bien en su visita.

Cuando llegó a su casa se encerró en sus

habitaciones y botando el manto, exclamó:

—¡Ilé ahí lo que son los hombres; hé ahí a los amantes! pagan los favores de una mujer con la deshonra, y a la misma que deshonran la hunden! Ah! Fernando, Fernando! yo te haré ver que la mujer es el enemigo mas terrible del mundo, y que sabe encontrarse camino por entre el laberinto de la sociedad hasta llegar al corazon que busca! Medita tus proyectos que yo sabré cegarlos en flor!

Y se dirigió a su bufete ardiendo en ira y ofuscada por criminales pensamientos.

Al sentarse en él, sus ojos se fijaron con asombro en una carta abierta, que habia encima de los papeles, dirigida a ella. Esta carta estaba firmada por Auristella y decia así:

«Señora:

Habeis sido bondadosa conmigo pues me habeis hospedado en vuestra casa. Os doi, señora, de corazon las gracias por vuestra bondad. Pero como permaneciendo por mas tiempo a vuestro lado puedo verme espuesta a *empañar vuestros salones*, he resuelto abandonar vuestra casa y entregarme a la caridad del cielo. Un protector me dió éste al que ya no puedo recurrir porque la calumnia no seguiria a su lado y él no podria salvar mi honor. ¡Quiera Dios que él pueda salvar el sayo amenazado por la infidelidad y la traicion! Si hasta ahora no he perdido mi honradez ni mi pureza (sí señora, porque soi honrada y jamas me han alcanzado las corrupciones del mundo) la Virgen Maria me seguirá prestando su apoyo

para luchar contra los malvados y ella velará sobre mi. Sin recursos, sin familia, sin hogar, no sé adonde encaminar mis pasos ni de quien implorar la compasion; pero preferiria morir en un hospital llena de privaciones y miserias, que vivir en la opulencia de una sociedad pronta a arrebatarme lo único que no me puede dar: la honra.

Adios, señora, y sed feliz.

AURISTELLA.»

Ana se quedó abismada con la lectura de esta carta. ¿Qué significaba el lenguaje de esa niña? por qué juzgaba en peligro su honor viviendo al lado de ella? de dónde podria haberle venido la determinacion de huir de su casa? Tomó Ana nuevamente la carta y empezó a meditar sobre ella.

—Ah! está informada de mi conversacion con Silvestre, dijo: aqui están mis palabras: *empañar vuestros salones*. Esto es bien extraño! Su protector es César y cree que su honor está amenazado por la infidelidad y la traicion. Es indudable ¡estoi vendida! me encuentro rodeada de traidores! Esa muchacha es un nuevo peligro en mi vida: está en comunicacion con mis enemigos!....

En este instante entró a la habitacion Margarita azorada y con aire misterioso.

—Señorita, dijo, la señorita Auristella no está en su habitacion ni en ninguna parte de la casa. La ropa que trajo tampoco se encuentra pero si toda la que vos le disteis. Debe ha-

berse ido, señorita, no hai duda. ¡Pobre señorita Auristella! tan buena como era!

—Sí, dijo Ana, se ha ido, pero te engañas al creer que esa muchacha tenga buenos sentimientos. Era un espía que teníamos en la casa.

E hizo un jesto a Margarita para que se retirase. Esta se marchó, pero apesadumbrada por las palabras de Ana, pues quería a Auristella y no podía pensar que una señorita tan sencilla y tan buena se resolviese a hacer de espía en la misma casa donde recibía favores.

Ana se quedó entregada a dolorosas reflexiones pero sin apartar su imaginación de Fernando.

—El es, exclamaba, el que me ha rodeado de espías; él es el que viene preparando desde tiempo atrás mi ruina!... Ah! ese Silvestre es un miserable y un cobarde; pero es ambicioso y quiere salvarse con mi dinero. Que ejecute mis planes y todo es suyo.... César! yo quería vivir honrada a tu lado; pero la fatalidad nos ha hecho ya enemigos para siempre!

Y fatigada, desconsolada se dejó caer sobre un sofá y empezó a meditar sus planes.

CAPÍTULO XVIII.

COMO ENTIENDEN ALGUNOS LA CARIDAD.

Cuando Auristella, despues de haber salido Ana a casa de Fernando, se vió sola encerrada en su habitacion, se puso a reflexionar sobre la conducta que habia de seguir en su situa-

ción presente. Quedarse en casa de Ana era imposible, pues no demoraria mucho tiempo en ser teatro de acontecimientos estraños, porque era indudable que habia de verse esta mujer muy pronto en evidencia. La clara inteligencia de Auristella media con exactitud los procedimientos de Ana y preveia las consecuencias que estos habian de traer.

Calumniada ya por Silvestre, sin haber inspirado ningun interes a Ana, su vida en casa de esta seria en adelante un tormento, y este era otro motivo poderoso para abandonarla.

Tampoco podia seguir viviendo al lado de una mujer que estaba engañando tan miserablemente a su único protector en el mundo, al que le habia salvado el honor y con él la vida, a César, a quien ya amaba como un padre y cuya ventura y tranquilidad eran su sueño de todos los dias.

Resolvió, pues, huir de una casa donde habia misterios peligrosos y donde la habia injuriado tan gratuitamente un hombre que pretendió infamarla, y cuya influencia dominaria probablemente en ella.

Antes de prepararse para marchar, escribió una carta a César comunicándole el paso que daba y justificándose. Le escribía, porque ya no le era posible pasar a vivir a su lado, puesto que la sociedad habia principiado a murmurar de ese cariño tan puro que la profesaba, de ese afecto paternal con que la habia amparado en su desgracia y aliviado su miseria. Ni una palabra le decia del lugar donde pensaba irse, pues ella misma no lo sabia aun.

Despues de escrita esta carta, pensando que no tenia un asilo seguro a donde dirigirse, ni a quien suplicarle que se interesase por ella, sintió una pena profunda en su corazón y se echó a llorar.

Lloraba, porque se iba a ver mas desamparada que nunca, sin recursos, sin familia, sin hogar, huérfana y espuesta a la maledicencia del mundo. ¡Tan jóven y ya con tantas amarguras!

En seguida empezó a desuendarse la ropa que le habia dado Ana, y a vestirse la suya mas modesta. Toda la habitacion la acomodó cuidadosamente y todo lo dejó a la vista. La pobre niña tenia miedo que se formase, por un instante siquiera, algun juicio desfavorable de ella.

Cuando se vió con sus humildes vestidos, anarró en un paño todo lo que la pertenecia, descolgó su imájen de la Virgen que besó con lágrimas y la acomodó en su ropa, tomó nuevamente la pluma y escribió a Ana los renglones que han leído nuestros lectores en el precedente capítulo.

Luego de haberlos dejado sobre el bufete de Ana, con su atado en el brazo salió de la casa donde habia entrado con la paz en el corazón y la alegría en el semblante.

Una vez en la calle se dirigió a casa de César para dejarle la carta que le habia escrito, la que hizo entregar por un transeunte a quien le suplicó que la hiciera este servicio. César no estaba en casa; pero la carta quedó en poder de su sirviente.

Ya no tenia la pobre Auristella en nada que

pensar sino en ella misma; se encontraba abandonada a la suerte y con un porvenir tan oscuro como su pasado.

¿A dónde encaminaria sus pasos? Ignoraba que hubiese casas de asilo para niñas pobres y desamparadas y a nadie conocia en Santiago. Temblaba que la policia la tomase por vaga y la sometiesen a un interrogatorio el cual no podria soportar jamas.

Lloraba, pues, su suerte Auristella, pobre ave sin nido que cortaba por primera vez los aires en una atmósfera desconocida.

En medio de su dolor oprimia contra su pecho la imájen de la Virgen, e invocaba su proteccion con toda la ternura de su fé.

—Señora, la decia, cuando una vez llena de desesperacion y de amargura te llamé en mi socorro, viniste y me salvaste del abismo. Yo jamas he desconfiado de tu proteccion divina, porque las pobres y las desconsoladas son tus hijas mas queridas. Ahora vuelvo a implorarte: ya ves que huyendo de la corrupcion caigo en la horfandad: no me abandones; encamina mis pasos en la noche de mi desgracia, y aunque la miseria y el infortunio me opriman, dame fuerzas para defender mi pureza, para que no sea nunca indigna de elevar a tus altares mi oracion.

Y besaba la imájen y la humedecia con sus lágrimas.

Esta creencia tan dulce de Auristella alcanzaba a mitigar un tanto los rigores de su suerte. Creencia feliz que le proporcionaba una religion consoladora.

Después de un momento de vacilación, se acordó que había un colegio de monjas estranjeras donde había oído decir que recibían niñas pobres, a las que se les designaba algunas ocupaciones para que con ellas devengasen el precio del hospedaje. Sabía donde estaba situado este colegio y se encaminó llena de esperanza a él.

Una vez que hubo llegado, preguntó a una persona que encontró en la portería, que de qué manera se procuraría hablar con las monjas. Esta le dijo que tirase del cordón de una campana, que le mostró, y que pronto se le presentaría con quien hablar.

Así lo hizo Auristella, y al cabo de un momento se abrió un postigo en un tubique de tablas que se hallaba colocado en el zaguán, y apareció en él la cabeza de una de las monjas del establecimiento que hacía de portera.

Auristella se acercó tímidamente al postigo, y al ver el rostro severo de la monja, se ruborizó en estremo y no acertó a decir una sola palabra.

La portera miró a Auristella con curiosidad y enojo.

—¿A quién buscáis? le dijo con severidad.

—A las directoras del establecimiento, señora, contestó Auristella con tono humilde.

—Hablaís con una de ellas: ¿qué es lo que queréis?

—Si no lo tenéis a mal, señora, descaria hablar con vos en un lugar mas reservado que este.

La monja fijó en Auristella sus ojos vivos y

milde, tan hermosa y con tan pocos años. De repente le asaltó la idea de que sería tal vez una espía que se quería introducir al establecimiento con fines particulares. Pero cediendo luego a la gracia y sencillez de Auristella, abandonaba esa idea para confundirse nuevamente en diversos pensamientos.

—O esta niña, pensaba, es un ángel, o es el demonio encubierto bajo atractivos seductores. Luego agregó en voz alta.—¿Y por qué os habeis dirigido a este establecimiento, y no a otro cualquiera, pobre niña?

—Porque era el único que conocía, señora, y por que siendo dirigido por monjas, he creído que se practicaría en él la caridad con mas voluntad y celo que en otra parte cualquiera.

—Pero nosotras no podemos recibir en el establecimiento graciosamente niñas que se presentan como vos, sin una persona respetable que hable por ellas. Esto sería contrariar nuestra regla de conducta.

—Y quién queréis que hable por mí, señora, cuando soi huérfana, sin nadie en el mundo que me conozca, sino son aquellas personas que descarian verme sumida en la corrupción, y para quienes mi desgracia eterna sería ahora una satisfacción bien dulce? ¿A quién queréis que vaya a suplicar que hable por mí?

—Pero me habeis dicho que os salvó de la deshonra, en una situación bien angustiada para vos, una alma jenerosa y noble, ¿se habrá olvidado de vos, o no le inspirais ya interes?

—Ah! no puede haberse olvidado, señora, ni creo que jamas dejaré de inspirarle interes.

pequeños, y se aumentó su curiosidad por conocer el objeto que llevaba allí a esa niña tan joven, tan hermosa y en la apariencia tan humilde.

—Esperad, pues, entonces, le dijo, y fué a abrir una puerta que caía al zaguán y que daba entrada a una sala de recibo.

—Venid, entrad aquí, dijo la monja a Auristella: nadie puede aquí importunarnos. Venidnos, qué se os ofrece?

—Señora, tengo temores de no encontraros bastante indulgente, porque no me conocéis.

—¿Y quién sois? cómo os llamaís?

—Me llamo Auristella, señora, y soi huérfana en el mundo. La mujer a cuyo lado he crecido y me he educado, no era mi madre, y Dios sabe que al saberlo, en vez de tener pena, le dado gracias a la Providencia. Mi madre no podía ser esa mujer a cuyo lado vivía.

Y Auristella refirió entonces a la monja la manera como salió de su casa, la protección que le había prestado la Virgen en el momento en que iba a sucumbir su honor y tal vez su vida, los dias de mortificación que había pasado en el torbellino de la sociedad y la resolución que había tomado de implorar primero la caridad de las personas piadosas y cristianas, que permanecer espuesta a la calumnia y a ser victima tal vez en acontecimientos deshonrosos.

La monja escuchaba cada vez con mas atención a Auristella, y no hallaba qué pensar de esta niña, con tan buen juicio, con una inteligencia tan despejada, tan suave y tan lu-

Me ama como un padre ama a su hija, y esto es seguro que sentirá pena no sabiendo donde me encuentro. Pero si yo me presentase a él, me recogería en su casa y se aumentarían los rumores que ya empezaban a correr, bien crueles para mí, y diariamente se me injuriaría y calumniaría.

—Es bien extraño ciertamente lo que me decís, y mas extraño aun me parece vuestro carácter. La abnegación del mundo que manifestais a vuestra edad, no puede menos de admirar a cualquiera, y es casi imposible que se encierre en vos tanta virtud.

—Vuestra duda, señora no puede ofenderme, porque esta es la primera vez que me conocéis, y porque yo misma dudo que pueda tener esa virtud que os revelan mis palabras.

—El admitiros en el establecimiento, pobre niña, es un negocio de conciencia, y nada podemos determinar per nosotras mismas: pero se encuentra aquí actualmente nuestro director espiritual; voi a hacerlo venir y consultarlo delante de vos. Esperadme un momento.

Y salió de la sala dejando a Auristella con el alma oprimida entre el temor y la esperanza.

La monja había descubierto talento en Auristella y otras bellas cualidades, que en sentir, la hacian propósito para ser una poderosa auxiliar de la institución. Como manifestaba esta niña un carácter tan sencillo y tan sumiso, pensó que se la podría educar segun mejor conviniese, y que con el tiempo daría bien preciosos frutos esta planta ahora mellosa marchita y tierna.

Al cabo de un momento volvió la portera con su director espiritual. Este era un sacerdote chico, delgado, rostro moreno, aspecto descuidado, ojos de almendra, penetrantes y llenos de luz, frente chata y despejada y una manera de sonreírse que indicaba desconfianza. Parecía tener de cuarenta y cinco a cincuenta años, y era francesa.

La primera impresión que hizo en el ánimo de Auristella la presencia del director espiritual de las monjas, fué bien desagradable. Este echó también una mirada a la joven bastante significativa y se sonrió al ver el efecto que en ella había producido.

—Es esta la niña? preguntó.

—Sí, señor, respondió la monja con marcado respeto; y espero que vos nos aconsejéis sobre si debemos o no recibirla gratuitamente en el establecimiento. Escuchad sus antecedentes.

Aquí hizo una relación circunstanciada al director espiritual de todo lo que le había dicho Auristella, agregando que no podía menos de condolerse de la suerte de una mujer tan joven, tan bella, de tan cristianos sentimientos y que parecía dotada de una inteligencia superior.

Auristella se ruborizó al extremo al escuchar los elogios de la portera y casi se creyó ofendida, pues la pobre niña dudaba de que se encontrase adornada de tantas buenas cualidades y virtudes como se lo aseguraba en su propia cara la monja. Ya estas recomendaciones le parecieron de mal agüero a Auristella.

y empezó a pesarle haber ido a implorar la caridad de las directoras de ese establecimiento sin haberse antes informado de otros.

—Está bien dijo el director espiritual, veo que esta niña es digna de compasión. Mi ministerio de caridad y mansedumbre, solo me dicta consejos favorables a esta niña, porque es desvalida y quiere amparar sus virtudes a la sombra protectora de un establecimiento donde se elevan las almas por la religión y las ciencias. Creo que no hai inconveniente en admitirla y que Dios mirará con complacencia esta nueva obra de caridad de unas monjas que han consagrado su vida a instruir y preparar para la salvación eterna la parte mas bella del género humano.

—Entonces, hija mía, dijo la monja a Auristella, vamos a recibiros en nuestro establecimiento y a compartir con vos una vida llena de consuelos y de paz.

—Pero como en una casa de esta naturaleza, continuó el director espiritual, cada una debe de tener sus ocupaciones determinadas y precisas, para compartir la vida entre las labores y la meditación, sería bueno desde luego dar a conocer a esta niña las livianas tareas a que tiene que contraerse mientras dure su permanencia en el establecimiento. Las ocupaciones honestas y provechosas son las que apartan las almas del pecado y ahuyentan el fastidio.

—Que decís, hija mía, agregó la monja los someteréis con gusto a esas livianas tareas que se os determinarian, según los acuerdos que el nuestro sabio director?

—Como no, señora, contestó Auristella, siempre que esas tareas no sean superiores a mis fuerzas.

—Aquí nadie hace mas, dijo el director, que lo que buenamente puede desempeñar, y todo lo que se hace es siempre en provecho del alma y para mayor honra y gloria de Dios.

Auristella empezó a comprender este lenguaje, pues en algunas obras que había leído recordaba haber encontrado estas mismas palabras que se empleaban siempre con hipocresía o por sarcasmo. Comenzaba a leer en el alma del director espiritual y descubría en ella algo que la tornaba recelosa y la hacia desconfiar.

—Lo primero que hai que hacer, hija mía, dijo la monja, es confesarse y comulgar.

—Yo siempre he deseado hacerlo, señora, pero las circunstancias me lo han impedido. Haré, pues, con gusto en el establecimiento mi primera confesión.

—¡Cómo! dijeron a un tiempo el director y la monja; jamas os habeis confesado!

—¡Y sabéis el rezo y las oraciones, pobre niña! agregó la monja.

—Sí, señora, pues jamas he dejado de rezar y orar para alcanzar del cielo la conformidad en mis penas.

—Dios, sin duda, dijo el director espiritual, es el que os pone en el buen camino, hija mía, encaminando vuestros pasos hácia esta santa casa.

—Hareis, pues, continuó la monja, vuestra primera confesión preparándoos convenientemente.

mente. Os vamos a instalar desde luego en una habitación cómoda, al lado de una joven que ha venido a buscar entre nosotras la tranquilidad y el consuelo. Aquí, según las reglas de nuestros estatutos, debemos dar cuenta a nuestras superiores de cuanto oigamos y veamos que repugna a nuestra conciencia, para que, con el síjilo y la moderación debidas, se reparen los males y se eviten las consecuencias. La compañera que os va a tocar, es un ejemplo de virtud y de resignación cristiana, que ha despreciado el mundo porque ha comprendido sus peligros; pero el demonio nunca se duerme, hija mía, y mientras mas austera es la vida del penitente, mas se empeña en redoblar sus tentaciones. Vos debéis vigilar sobre estas y denunciarlas para que sean conjuradas. Despues os instruiremos mas minuciosamente sobre vuestra misión y sobre algunas otras cosas a que tendreis que atender.

Auristella iba meditando las palabras de la monja, y presentía que tenía que comprar por bien ingrata tarea la caridad de las buenas madres directoras. Lo que se le exijía era un espionaje, pero ella estaba muy lejos de calcular el objeto que tenían en vista las madres al querer expiar con tanto interés a la joven esa que había ido a buscar entre ellas la tranquilidad y el consuelo.

Pero en el desamparo en que se encontraba Auristella, sin recursos, sin familia y sin hogar, se veía arrastrada a admitir la hospitalidad que se le ofrecía, pero sin la intención de constituirse una espía criminal de la per-

sona a cuyo lado se pensaba colocarla. Los sentimientos de Auristella eran demasiado bellos y nobles para que nadie pudiera corromperlos, y tenía bastante talento para conocer todos los vicios de una institución alimentada en las sombras y el misterio, y reflejados en sus mismas reglas y estatutos.

—Ya conocéis, hija mía, continuó la portera, una parte de vuestras obligaciones, pues movidas a compasión por vuestro estado y atendiendo a los consejos de nuestro director espiritual, os hacemos la caridad de recogeros en nuestra casa; y según la conducta que en ella observeis serán las recompensas que obtengáis y el tiempo que dureis a nuestro lado.

—Conozco, señora, replicó Auristella, que es bien delicada la misión que tengo que desempeñar en vuestro establecimiento; pero yo procuraré en cuanto me sea posible recompensaros con mis servicios el favor que me dispensáis.

—Yo espero, dijo el director espiritual con mucha amabilidad y dulzura, que esta niña vivirá con vosotras en la más perfecta armonía, por que me parece que tiene un carácter suave y dócil y revela dotes intelectuales que la elevan sobre la vulgaridad de las jóvenes.

Y fijó sus ojitos de almendra en el rostro de Auristella, por ver si en él se reflejaba la vanidad de la mujer. Pero esta bajó su vista ruborizada sintiendo más bien repugnancia que satisfacción por los calculados elogios del raquítico director espiritual. Le extrañaba grandemente a la pobre niña esta amabilidad con que se le trataba y el interés que tan re-

Pero ya había dicho que aceptaba, y el acto de caridad estaba consumado.

La monja portera cedió a andar adelante y detras siguieron Auristella y el director espiritual.

CAPÍTULO XIX.

QUE CLASE DE EDUCACION SE DA EN ESOS ESTABLECIMIENTOS DE MONJAS.

Ya tenemos a Auristella encerrada en uno de esos colejos dirigidos por monjas mandadas ex-profeso de ultramar, para que entrañándose en el corazón de las sociedades sud-americanas, se apoderen del bello sexo desde sus más tiernos años, lo eduquen en sus principios y formen sus costumbres y sentimientos.

En toda parte del mundo la mujer es la sociedad; de manera que ganándose a aquella se puede dominar en ésta.

Desterrado el jesuitismo del mundo entero, se revistió de formas extrañas para volver a reconquistar el terreno que la justicia universal le había arrebatado. Cambiaron sus corifeos accidentalmente de nombre y se desparmaron por los pueblos planteando establecimientos de educación a fin de formar el corazón de la juventud y contar con defensores y poderosos auxiliares en el porvenir.

De aquí el origen de esos establecimientos de educación para jóvenes de ambos sexos dirigidos por monjas y frailes importados de ultramar.

pentinamente les había inspirado a personas que la veían y trataban por la primera vez.

—Ya no hai más que hablar, dijo la monja, y podéis seguirme, hija mía, que os voy a presentar a las demás hermanas, pues desde hoy en adelante hacéis parte de nuestra congregación y debéis manifestaros tan empeñada como nosotras en la prosperidad del colegio. Os presentaré también a la joven con la cual vais a compartir vuestros cristianos ejercicios.

—Venid, hija mía, agregó el director espiritual, venid a mis brazos, que quiero estrecharos en nombre de la verdadera religión en cuyo seno entráis desde hoy. Pobre oveja descarriada que habeis andado probando las amarguras del mundo, y que al fin disteis con las puertas del asilo de los agraciados y venturosos; Dios bendiga vuestra existencia y prepare vuestra alma para una confesión sana y perfecta.

Y la estrechó lijeraente contra su pecho, lo que consintió Auristella movida por un sentimiento religioso.

Cuando la monja cerró la puerta de la sala que caía al zaguán, sintió Auristella oprimirse el corazón y una lágrima se asomó a sus ojos. La idea de una esclavitud perpetua le asaltó la mente, y aunque odiaba el mundo, amaba la libertad y no podía conformarse con pasar su existencia en un encierro, viendo siempre los mismos objetos, respirando la misma atmósfera y obligada a desempeñar un papel en contradicción con su carácter, con sus principios y sentimientos.

Como hemos introducido a una de nuestras heroínas en uno de esos establecimientos, no está demás que digamos algo sobre la educación e instrucción que en ellos van a recibir las tiernas jóvenes que han de venir a ser más tarde el ornato y orgullo de nuestra sociedad. Materia tan importante merece siempre detener a cualquier escritor aunque tropieze casualmente con ella.

En un cuadro de costumbres que hace tiempo publicamos sobre la *Educación e instrucción de la mujer*, apuntamos algunas reflexiones que vamos a trascribir, para librarnos de redactar unos mismos pensamientos sobre la misma materia.

• Encerrada una joven desde sus más tiernos años en esos monasterios [sí, porque esos establecimientos de monjas no merecen el nombre de colejos sino de monasterios] va acostumbrándose a una soledad que muy pronto enjendra la melancolía, la profunda tristeza, la consunción. El régimen estricto a que se la sujeta, los hábitos que la hacen observar, las prácticas que la hacen observar, van gradualmente debilitando el espíritu y enfermando el corazón. Esa ausencia de meses en que la mantienen del lado de su familia, va insensiblemente debilitando sus afectos y en muchas conclusiones por tornarlas indiferentes.

En otras, ese mismo régimen solo sirve para despertar más pronto sus pasiones y precipitarlas.

Ninguna niña debe educarse en claustro, porque si esa niña se educa para la sociedad,

debe estar en contacto con ella, y sin participar de su bullicio, estudiar su objeto y sus tendencias.

La criatura que pasa en reclusion los primeros años de la niñez, que se forma mujer en el claustro sin tener una idea ni remota de lo que es la sociedad, cuyas pasiones se han desarrollado en el silencio y el retiro, corre riesgo al entrar de un repente en el torbellino del mundo, de que pueda estraviarse su corazón sorprendido por el lenguaje mentiroso de la sociedad. Fascinada por halagos que no conoce, ávida de gozar de los encantos que el calor de sus tiernos años la hace creer inocentes y durables, se entrega a ellas y dócil se deja adormecer en esas primeras ilusiones que vienen a sorprender la vida y a dibujarnos prismas seductores donde miramos reflejarse el porvenir venturoso que soñamos.

Para estos engaños de la existencia es para los que debe cuidadosamente prevenirse a la mujer. Es la parte mas difícil de su educación y por eso debe emplearse un tino y una circunspección que, sin herir las tiernas afecciones de su alma, sepan encaminarla por el sendero que marca la virtud.

Encerrada la niña en esos conventos, puede indudablemente aprovechar con rapidez en todos los ramos que se la enseñan, pero en su corazón se va formando un vacío que a medida que avanza la juventud, va convirtiéndose en deseo y pasa a formarse en seguida su primera esperanza, es decir, su primer engaño en la vida.

El eco lejano que percibe de un mundo que no comprende, se confunde fácilmente en su espíritu con esas ideas de goce que la locura de la juventud alimenta en la inteligencia de la mujer. Vienen en seguida esas predicaciones severas de las preceptoras, en las que se empeñan apasionadamente por presentar ante los ojos de la niña el mundo, que ellas personifican en los hombres, con los colores mas tristemente fúnebres que pueden concebir. La niña se impresiona y empieza a hacerse desconfiada y tímida. La preceptora cree que ha conseguido su objeto, pero ¡ah! se engaña. Las predicaciones no han servido sino para despertar mas vivamente los deseos en el corazón de la niña.

La tímida pupila busca la soledad y empieza con delirio a formar sus castillos fabulosos al calor de sus mentidas esperanzas. Ansia la hora de verse rodeada de las pompas de la sociedad y de regalar su oído con las armonías del mundo. Su alma no tiene ni un recuerdo. Hasta entonces en su jardín no brilla mas que una flor: la flor de la inocencia.

Si ella comprendiese cuánto es el mérito de esa flor, se apresuraria a cultivarla sin dejar jamas que el soplo emponzoñado de una pasión fuese a empalidecer sus hojas, a arrebatar el jago de su cáliz y a marchitarla.

Pero qué idea puede tener de su mérito si desconoce el mundo? Qué sabe ella si existen desasociados mundanos, ni esa ansiedad amarga que se apodera del corazón de una mujer luego que pierde la inocencia?

Mas se forma mujer y es preciso que pase a hacer parte de la sociedad. Aquí principia la lucha peligrosa, pues que tiene que hacer frente a las seducciones de un mundo mentiroso. La imaginación puede resistir, pero el corazón va cediendo poco a poco, y la pasión que dulcemente lo domina, conduce muchas veces a la joven insensiblemente a la desgracia, de la cual una buena educación la hubiera preservado.

En otras criaturas la misma educación austera y jesuítica produce efectos contrarios. Las predicaciones se gravan tanto en el alma, que esta va cediendo gradualmente a una languidez, que hace desaparecer el brillo de la juventud, enferma el espíritu y una fatal consunción viene en último caso a hacer pagar a la inocente joven bien cara su creulidad.

No es un solo ejemplo el que se presenta a confirmar lo que asentamos. Entre nosotros hemos visto mas de una vez bajar al sepulcro en la flor de la vida, en los preciosos años de la inocencia, criaturas que una distinta educación hubiera salvado de la muerte y sido excelentes esposas y buenas madres de familia.

Nada mas peligroso que comprimir el corazón de una mujer cuando recién empieza a formarse y encerrarlo, por decirlo así, en un círculo estrecho donde apenas pueda respirar el aire místico de inportunas meditaciones. Ese horror con que se acostumbra a mirar el mundo, viendo en cada hombre un poderoso enemigo que es necesario evitarlo a toda costa, huyendo del contacto de la sociedad por no cor-

responder los sentimientos; la melancolía que empieza a embargar el alma, el fastidio, los fantasmas formados por la imaginación, todo contribuye a crear la enfermedad que un poco mas tarde vendrá a producir una prematura desgracia.

No puede ser, pues, en manera alguna conveniente al bello sexo una educación como ésta y que ya, por desgracia, se va generalizando entre nosotros. La amabilidad de las monjas, los materiales progresos de las alumnas que se exhiben a la espectación pública, fascinan a las madres que, sin comprender la misión que están llamadas a desempeñar en el mundo sus hijas, las entregan en brazos del jesuitismo, para deplorar cuando *ya es tarde*, las amargas consecuencias de una perversa educación.

.....
Obsérvese en los estrados a una de esas niñas educadas en clausura cuando es recientemente presentada en sociedad. Desde que se sienta se manifiesta inquieta y recelosa, como si temiera que por momentos fuera a robársela alguno. Su cara se torna afligida, lleva el pañuelo a cada instante a la nariz, mira al hombre con tímida ansiedad y con cierta envidia a sus demas compañeras; busca a cada instante con los ojos a la mamá; está temerosa de cometer algun disparate que la ponga en ridículo y todo la turba y la abochorna. Si alguno se llega a conversar con ella, tiene muy pronto que renunciar a ese placer, porque ni entiende ni es entendido.

Y al hacer esta justa critica de esa mala

educacion, somos todavia indulgentes, pues bien pudiéramos estendernos mas respecto a ciertos conocimientos que adquieren algunas alumnas de jenio alegre y exaltadas pasiones, pues no todos los caracteres y las inclinaciones son iguales, y jamas faltan en los establecimientos de esta naturaleza quienes sean entendidas en los secretos del mundo, las que aprovechando la exaltacion de las jóvenes, las instruyen en cosas que debian de ignorar en los años tiernos de la vida.

El espionaje está perfectamente sistemado en esos establecimientos, porque está prescrito por reglas terminantes y de rigurosa observancia. Sin tener conocimiento de ello se espian las alumnas unas a otras, y muchas veces con la mayor inocencia del mundo, sirven de instrumentos a planes misteriosos y ocultos: son verdaderas espías sin saberlo.

Este es el peor, el mas pernicioso de todos los males que ocasionan a la juventud esos colejos. Habitadas a servir de espías, tienen un placer las jóvenes en entregarse a la chismografía, y en inventar y hasta calumniar para entretener la costumbre.

El espionaje corrompe el corazon, porque destierra las virtudes nobles y jenerosas y hace brotar los vicios mas detestables: la baja emulacion, la envidia, el odio, vienen a ser el pasto de una alma entregada al espionaje desde los años de la niñez.

Estos vicios hacen la desgracia de la mujer en sociedad porque son bien repugnantes y odiosos, y atraen sobre ella los anatemas de

CAPÍTULO XX.

AURISTELLA EN EL COLEJO.

La monja portera en union del director espiritual, presentaron a Auristella a las demas madres directoras, que se hallaban en conferencia en una sala privada. Todas se fijaron en la pobre niña con una curiosidad bien visible, y despues que escucharon las recomendaciones de la portera y del director de conciencia, se dieron por satisfechas y abrazaron a la presentada.

Cada una de estas ceremonias oprinia mas a Auristella, porque la anegaba en pensamientos tristes y la hacia desconfiar de los beneficios que pudiera obtener en una casa donde le parecia que no se albergaban la simplicidad y la franqueza. Pero todas estas reflexiones, eran inútiles, porque ya estaba encerrada en ella y no era posible que manifestase desconfianza ni temor cuando habia sido bien recibida en circunstancias que se presentara implorando la caridad y haciendo una confesion sincera de su penosa situacion.

Una de las monjas que parecia mandar en jefe entre ellas, se acercó a Auristella con aire de gravedad y le dijo:

—¿En qué colejo os habeis educado niña?

—En ninguno señora: la poca instruccion que tengo la he adquirido en casa.

—Os educaban como a gran señora; iban los profesores a daros lecciones en vuestra ca-

todos. Rara es la joven sensible e impresionable que puede libertar su espíritu de esas costumbres adquiridas y sin interrupcion ejecutadas en estos aislados colejos de que nos ocupamos, porque dejan huellas profundas que ni la instruccion ni el tiempo pueden extinguir.

Todos esos establecimientos que prosperan en el misterio y cuyos manejos son impenetrables a la sociedad, deben proseribirlos los pueblos civilizados retirándoles su confianza.

La educacion del bello sexo es la tarea mas importante de las sociedades modernas, y para llevarla a cabo con feliz éxito, es necesario que desaparezcan esos obstáculos levantados en los tiempos de preocupacion y de ignorancia.

Auristella, que siguiendo su buen juicio y en noble ambicion, a pesar de haber crecido en el fango de la sociedad, se habia procurado en su retiro bellos conocimientos, que tenia una idea exacta de la educacion que puede recibir una joven, que la adornaban esas virtudes timidas de la mujer, que son en ella, como en las flores el aroma y el color, desde la primera mirada que dió al establecimiento, comprendió que tendria que pagar bien cara la caridad de las buenas monjas.

sa: está bien. ¿Y cuáles son vuestros conocimientos?

—He estudiado, señora, los ramos que se enseñan a todas las jóvenes en los colejos, y he leído cuanta obra instructiva o de amena literatura he podido procurarme.

—¿Y qué obras han sido esas, niña?

—Las de algunos autores antiguos españoles y muchas de los principales autores modernos de Francia.

—Hum, hizo la monja meneando la cabeza y mirando a sus compañeras. Y no os ha gustado conocer vuestra religion? no habeis leído obras religiosas?

—Sí señora, si he leído, y ellas me han proporcionado el consuelo y la conformidad en las situaciones amargas de mi vida.

—¿Con que habeis sido desgraciada?

—Jamás he conocido la felicidad, señora: cuando he tenido necesidad del apoyo de alguién, me he encontrado huérfana y desamparada.

—¿Os abandonaron vuestros padres?

—Yo no lo sé, señora; pero he crecido al lado de una mujer que creia era mi madre: hasta que por un extraño acontecimiento, ella misma me desengañó.

—Sois, pues, verdaderamente digna de lástima, pobre niña, y si os comportais en nuestro establecimiento con la dignidad y circunspeccion que de vos esperamos, no tendreis en ningun tiempo que arrepentiros de haber venido a implorar nuestra caridad.

—Ya yo le he determinado brevemente,

dijo la hermana portera, la tarea a que por ahora tiene que contraerse. La he dicho que va a vivir al lado de esa jóven que ha venido a buscar entre nosotros la conformidad de su espíritu; y como esta es una jóven enferma, la he encargado a su cuidado, como también que dé parte de cuanto observe y que choque a su conciencia. Auristella no ha hecho aun su primera comunión, y sería conveniente que desde hoy mismo se fuera preparando para hacerla.

—Sí, dijo el director espiritual, desde hoy mismo, y yo me encargo de dirigir la conciencia de esta niña y de ilustrarla en todos los preceptos de nuestra santa religión para que pueda alcanzar la salvación eterna.

—Me admira, pobre niña, dijo la superiora, el desvío en que os han criado. Aquí reparareis todas esas faltas de vuestra educación y darcis gracias al cielo por haberos separado a tiempo del camino de perdición que llevábais. La persona que os va a tocar por compañera, es demasiado austera en sus costumbres, y desengañada como está del mundo, no piensa volver a él y quiere acabar su vida en el retiro entregada a una santa penitencia. No la perturbéis jamás en sus prácticas; antes por el contrario exortadla a ellas para que nunca pierda su fervor. Ya hace tiempo que esa jóven nos pide una compañera que la acompañe en sus vigilijs, y os elegimos a vos ya que tan oportunamente os presentais. Hace pocos meses que han dado en escribirla ciertos parientes que tiene, aconsejándola que abandone el

linda alguna, tiene el carácter mas dócil y sumiso de este mundo. Ya sabéis que yo tengo buen golpe de vista y que nunca me he engañado; pues bien, esta niña será un magnífico y poderoso auxiliar.

—Ojalá que así sea, y que no tengamos en ningún tiempo que arrepentirnos de haber sido demasiado confiadas.

—Espero que no habrá lugar al arrepentimiento. Vos sabéis, hermana, con cuánta instancia la jóven penitente pedía una compañera que la ayudase a conjurar esas visiones y fantasmas que crece que por todas partes la rodean. En el establecimiento no había una jóven que mereciese vuestra confianza y no era conveniente que ninguna de vosotras se consagrara a velar continuamente a su lado: en este conflicto se presenta esa jóven, y huérfana, desamparada, en la mendicidad, no tendrá valor para hacer objeciones sobre lo que se le mande, porque la miseria es una fuerza poderosa que triunfa siempre de los caracteres mas altivos y orgullosos.

—Está bien, hermano, pero vos habeis oído que esa niña se ha empapado en la lectura de esas obras criminales de los enemigos de nuestra orden, y que puede tener conferencias peligrosas con nuestra detenida.

—Esa niña no será peligrosa, hermana, pues a primera vista se comprende que tiene una alma inocente y pura, y que seguirá al pie de la letra los saludables consejos que se la den. Con todo, es prudente velar sobre ella y estar siempre en guardia.

M. I. E. S.

9

retiro y la vida de santidad que lleva, y que vuelva nuevamente al mundo a confraternizar con el pecado y a esponer su alma a las reiteradas tentaciones del demonio. El mal espíritu se introduce en todas partes, hija mía, y bien puede ser que ponga en sus manos una de esas cartas, abortos de Satanás. Procurad estar siempre alerta para que podáis darnos oportuno aviso. Id, pues, hija mía, a abrazar a vuestra compañera y Dios sea con vosotras.

La hermana portera hizo señas a Auristella que la siguiese, y ambas se dirigieron a la celda de la jóven penitente de austeras costumbres.

Tentada estuvo Auristella, luego que concluyó de hablarle la superiora, de hacerle ver cuán en oposición con su carácter era la misión que le confiara. Se la constituía desde luego en espía de una mujer a quien por la vez primera iba a conocer. Esto la repugnaba horriblemente. No servía la pobre Auristella para desempeñar un oficio semejante y evidentemente se habían engañado las monjas respecto a su carácter. La superiora fué la única que no se dió por satisfecha, y así que hubo salido Auristella de la sala, les dijo a sus compañeras:

—Mucho me temo que nuestra hermana portera se haya engañado respecto a esa jóven, y que hayamos introducido en el establecimiento un obstáculo en vez de un auxiliar.

—Pues yo creo, hermana, dijo el director de conciencia, que la jóven se amoldará sin replicar a cuanto se la ordene, porque, sin

—Ya yo he escrito, hermano, a Roma que contamos con toda seguridad con esta herencia, y es necesario no quedar burlados.

—Yo también he escrito, hermana, y estoy tan interesado como vos en el buen éxito de esta empresa. Sobre todo cuando la tal herencia solo ha de invertirse para la mayor honra y gloria de Dios.

El director espiritual hizo una cortesía ceremoniosa y desapareció de la sala.

Auristella mientras tanto era conducida por la hermana portera a la celda de la jóven penitente, como la llamaban las monjas y como la llamaremos también nosotros.

Había creído hasta entonces Auristella que solo había misterios en esas sociedades profanas donde reciprocamente procuran perjudicarse todos y donde estan en ebullición todas las malas pasiones que puede abrigar el corazón humano; pero ya se iba convenciendo que los hai también en esas otras sociedades que aparecen en el mundo con un velo de santidad y encaminadas en la apariencia a mejorar la especie humana por medio de la predicación de las eternas verdades y de las virtudes sólidas y cristianas.

Cuando llegaron a la puerta de la celda de la jóven penitente, que estaba situada en el último patio del establecimiento, quiso Auristella manifestarle a la monja que no se sentía con fuerzas para cumplir la misión que se le había significado, pero esta no le dió tiempo abriendo la puerta y entrando a la celda con prontitud.

—Dios os guarde, hermana mia, dijo la portera, y os ayude en vuestras penitencias. Perdonadme que os haya interrumpido en vuestras oraciones, pero vengo a satisfacer el deseo que nos habeis manifestado tantas veces, de que os demos una compañera para que viva a vuestro lado. Aquí os la traigo, hermana mia; es una jóven con la que simpatizareis sin duda por las bellas cualidades que la adornan, que os cuidará y orará con vos, pidiendo a Aquel que todo lo puede por la felicidad de los que habitan en la tierra.

Y tomó de la mano a Auristella y la condujo hasta la presencia de la jóven penitente, que sobresaltada en un principio escuchó después con calma y la cabeza inclinada las palabras de la monja.

Se encontraba aquella haciendo oración hincada ante un crucifijo. Era una mujer como de treinta y cinco años de edad y en su rostro se descubrían las huellas de un sufrimiento atroz. Sus mejillas eran flacas y pálidas; sus ojos undielos brillaban a travez de negras y espesas ojeras; su cuerpo sumamente delgado por la carencia de carnes habia perdido sus formas y vestía una túnica negra; su respiración era ardiente y trabajosa; un sudor frío que continuamente le mantenía húmedas las manos y una toz seca y frecuente, manifestaban que esta mujer habia llegado al último grado de una tisis que amenazaba por momentos su existencia.

Víctima de un amargo desencanto, esta mujer se habia entregado de lleno a la beatitud,

y queriendo alejar de sí las tentaciones del mundo, habiendo perdido a sus padres, buscó la soledad y el retiro en ese establecimiento. No perturbada jamas en sus prácticas y conducida gradualmente a un espantoso ascetismo, su espíritu y su cuerpo habian ido perdiendo sus fuerzas hasta el extremo de figurarse fantasmas a su alrededor y de andar muy trabajosamente. Todo el año ayunaba y se daba tormentos con bien crueles penitencias.

Esta mujer era poseedora de una gruesa fortuna, y como podía disponer de ella, habia testado a favor del establecimiento.

Varios parientes por líneas trasversales que tenia, comprendiendo su situación, hacian inauditos esfuerzos por ponerse en comunicacion con ella, a fin de persuadirla que debia dejar ese retiro y esas prácticas exageradas que la conducian a pasos acelerados a una muerte prematura. Pero el principal objeto que los habia redoblado sus esfuerzos, era la esperanza de que viviendo entre ellos les dejase sus bienes.

Cuando concluyó de hablar la hermana portera, se levantó con algun trabajo la jóven penitente y dijo con una sonrisa llena de mansedumbre y de tristeza.

—¿Qué buena sois, madre, pues, no dejais un solo día de pensar en mí. Dios recompensará vuestras virtudes y vuestras atenciones para con una humilde pecadora reservandoos un lugar al lado de los justos. Os doi gracias por la compañera a quien recibo como a una hermana, y espero que a mi lado, sirviendo a Dios todo poderoso, olvide un mundo lleno

de tentaciones y de miserias, para anegarse en la contemplacion de ese otro mundo mejor que nos aguarda.

—Dios no olvida jamas a sus criaturas, hermana mia, dijo la portera, y así como os ha inspirado a vos y os ha llenado de su gracia, inspirará tambien a esta jóven y robustecerá sus virtudes para que sostengan la pureza de su alma. Os dejo, pues, bien acompañada, y no olvideis de encomendarnos siempre en vuestras oraciones.

Y salió de la celda dejando a Auristella en una situación sumamente difícil y angustiosa.

La jóven penitente, luego que se vió sola con Auristella, se fijó en ella con atencion y entónces vino a reparar en su hermosura y en ese aire encantador que la hacia querer de todo el mundo. Auristella tambien, sumamente impresionada, aflijida del estado de esa pobre mujer que parecia morir por instantes, alzó sus ojos y los fijó en ella tímidamente.

El aspecto de la jóven penitente le causaba lástima y horror a un mismo tiempo, y pensaba que esa mujer no podia tener bueno su cerebro, cuando se empeñaba en suicidarse por grados y tan lastimosamente.

La celda presentaba un aspecto tristísimo: ni una estera siquiera cubria sus ladrillos; habia dos sillas de palo, una mesa humilde en la que se encontraba colocado un crucifijo de madera, otra mesa pequeña con algunos libros místicos de aquellos que no dan cuartel a las almas sensibles y preocupadas, una tarima con una estera y un jergon que la servia de cama,

y algunos otros trastos tan insignificantes y humildes como estos.

La jóven penitente indicó una de las sillas a Auristella para que se sentase, mientras ella tomó la otra y se sentó a su lado.

—Os vais talvez a mortificar conmigo, hermosa jóven, dijo débilmente, porque a vuestra edad y con vuestra hermosura se encuentran encantos en la vida y muchos dulces engaños en el mundo.

—Es verdad, señora, dijo Auristella.

—No me digais señora, la interrumpió la penitente; llamaíme hermana: ¿no os parece bien este nombre?

—Oh; sí, pero. . . .

—Yo os suplico que me deis este dulce nombre, porque todas somos hermanas y debemos tratarnos como tales.

—Pues bien, hermana mia, es verdad que soi jóven y que la naturaleza no me ha hecho defectuosa; pero yo he tenido ocasion de conocer el mundo donde se manifiesta sin careta, y donde las pasiones arrojan el velo hipócrita con que ordinariamente se encubren para ostentarse en toda su deformidad, y he comprendido que no podria gozar de felicidad en él. Yo no tengo nombre, no tengo fortuna, no puedo aparecer en la sociedad porque me calumniarian y ultrajarian y no podria defenderme. Ya veis, hermana mia, que a pesar de mi juventud y de mi hermosura, si es que la tengo, no puedo prometerme otra cosa en la vida que persecuciones y amarguras.

Esta injenuidad y franqueza con que se es-

presaba Auristella, cautivaron a la joven penitente, y la llenaron de curiosidad por conocer los antecedentes de una mujer tan joven y que ya tenía tan triste idea de la vida.

—Dios habrá permitido, dijo, que broten tantas espinas en vuestro camino, hermosa niña, para probar vuestras virtudes. Todo lo que acá abajo sucede, está de autemano escrito en el cielo: respetemos, pues, la voluntad de Dios. ¿Y cómo es, pobre joven, que habeis venido a parar a este establecimiento?

—Vine a implorar la caridad de sus directoras; me tuvieron compasion y me recogieron.

La penitente quedó profundamente admirada de que una mujer tan joven y tan bella, con las cualidades que revelaba Auristella, estuviese reducida a la mendicidad. Pero esta niña podía decir como la Tremielga de Balzac: «la virtud me ha hecho tan pobre, que no tengo otro tesoro que mis lágrimas.»

Instada Auristella para que refiriese los antecedentes de su vida, quiso en un principio excusarse, pero alentada por la confianza que la penitente le brindaba, y creyendo que ésta la comprendiese porque la creía mas desgraciada que ella misma, le refirió cuanto le había sucedido desde el momento en que se creyó salvada por la Virgen. Al concluir su relacion, agregó:

—Bien veo, hermana mia, que hai tambien en el mundo seres compasivos y nobles que respetan la virtud y alivian el infortunio de sus hermanos. Oh! yo no me he olvidado jamas de mi protector, y toda vez que elevó a

—La muerte! dijo pausadamente y con gravedad la penitente; los mundanos son los que temen la muerte, hija mia, porque viven en el pecado; pero aquellos que estan arrepentidos y en gracia de Dios, no la temen, porque ella es un bien: el término de los males pasajeros del mundo. ¡Felices de nosotros si pudiésemos ya gozar de la presençia de Dios!

Auristella se acordó de la recomendacion de la superiora y tuvo miedo, pues lejos de exortar a la joven penitente para avivar su fervor, estaba haciendo todo lo contrario, combatiendo la crueldad con que se trataba.

Guardó, pues, repentinamente silencio, aunque con dolor de su alma, pues hubiera querido persuadir a esa pobre mujer de que no ejecutaba una obra cristiana suicidándose pausadamente; pues había leido en obras religiosas, que el suicidio es condenado por Dios.

—¿Qué valen, hija mia, continuó la penitente, los placeres del mundo? ¿qué importan sus esperanzas y sus halagos? únicamente la pérdida de la salud del alma, el cansancio; y en la otra vida, la pérdida de la salvacion eterna, sino se arrepintió con tiempo el pecador. Todo pasa, hija mia, y la muerte es inevitable. Preparémonos, pues, para morir.

Sin embargo del encargo especial de la superiora, no creyendo cometer una accion reprehensible, se aventuró a replicar Auristella.

—Entonces, hermana mia, Dios nos ha echado al mundo únicamente para que muramos en él?

La penitente no encontró de pronto una

respuesta satisfactoria, le pidió a la Virgen que proteja su vida y aleje las penas de su razon.

Al cabo de un rato de silencio en el que la joven penitente se quedó meditando sobre la relacion que le acababa de hacer Auristella, le dijo con cierta solemnidad:

—Vos no podeis, joven, ser desgraciada; hai en vuestra alma mucha virtud y mucha fuerza, para que permitiera el cielo que el soplo corrompido del mundo fuera a empañar su obra mas bella. Por eso os ha dotado de una inteligencia tan superior que se descubre a vuestras primeras palabras, para que conociendo con anticipacion los peligros que os pueden cercar, los eviteis oportunamente. Confíad en Dios, niña virtuosa, y nada temais del mundo.

—Veo que teneis una alma muy buena, hermana mia, dijo Auristella con sencillez, y que no mereceis ser desgraciada.

—Yo no soy desgraciada, pobre niña, dijo la penitente con una débil sonrisa; al contrario, ninguna en el mundo mas feliz que yo, por que vivo solo en Dios y para Dios.

—Y entonces ¿por qué haceis tanta penitencia? replicó Auristella con la misma naturalidad.

—Por purificar mi alma para que sea digna de ser recibida en el cielo.

—Pero vuestras penitencias os conducen a la muerte, hermana mia, porque ya el estado de vuestra salud no puede por mucho tiempo soportar los sufrimientos que os dais.

respuesta satisfactoria que dar y se sintió corrida: su razon estaba tan débil, que apenas podía pensar lo que le habian predicado y lo que había leido. Al cabo de un instante de silencio contestó la penitente:

—No para que muramos nos ha echado Dios al mundo, hija mia, pero nos manda que estemos siempre preparadas para la hora de la muerte, que nadie puede preveer. Es por esto que yo he querido con tiempo prepararme. Ya nada me importa el mundo, nada me importan los bienes de fortuna que dan placeres fatigosos y mentidos, y solo pienso en la salvacion de mi alma.

—Tambien son buenas obras, hermana mia, segun me han enseñado algunos libros religiosos, dijo Auristella, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, enseñar al que no sabe; y yo os prometo que si tuviera fortuna había de hacer todo esto, y creería que había complacido mucho a Dios y a la Virgen.

La penitente volvió a guardar silencio y fijó en Auristella sus ojos lánguidos.

—Lo primero que haria, hermana mia, si tuviera fortuna, continuó Auristella, seria plantear un establecimiento de educacion gratuita para jóvenes de mi sexo. Hai tantas infelices que se pierden por falta de una buena educacion y de recursos. El que salvase a todas esas jóvenes desgraciadas, aunque dispensase a su cuerpo de las crueles penitencias, Dios la había de recompensar. ¿No pensais como yo hermana mia?

—Jóven, dijo la penitente, vuestras palabras me distraen y ya es hora que vuelva a mis oraciones. Dejadme sola por algunos momentos; id a ver que prepararen vuestra cama para que la acomodeis en mi celda.

Auristella salió del cuarto afligida, pensando que hubiera molestado tal vez a una mujer tan buena que la permitía la llamase su hermana. Pero tenía la conciencia de que haría una buena obra si pudiese evitar su muerte.

Fué en seguida a buscar a la madre portera para comunicarle lo bien que había sido recibida por la jóven penitente.

CAPÍTULO XXI.

UNA IDEA FELIZ.

La conversacion de Auristella con la jóven penitente había dejado en el ánimo de ésta una impresion profunda. El lenguaje de aquella niña era indudablemente el de la inocencia, el de la pureza, el de la virtud. Sus consejos no podian ser sino inspirados por Dios.

La penitente, que había simpatizado hasta el fondo de su alma con Auristella, empezaba a creer que la Providencia le había mandado este ángel para que iluminase su espíritu y la inspirase en la repartición que debía hacer de sus bienes antes de salir del mundo y que fuese mas grata a Dios.

Esta mujer había ya testado a favor del establecimiento de las monjas, pero las reflexio-

sus penitencias y la había prometido que tomaría algunos remedios para combatir su enfermedad.

Las monjas nada sabian de todo esto, pero estaban recelosas por el silencio de Auristella, pues siempre contestaba del mismo modo a las preguntas que le hacian sobre aquella penitente.

Era por esto porque las buenas madres apresuraban a Auristella para que hiciese su primera confesion.

Un día que Auristella pasaba por el primer patio cerca de la puerta de la calle, fué llamada por una persona que estaba asomada al postigo de la mampara que había en el zaguan. Sin pensar Auristella que infringia una de las reglas del establecimiento, se acercó al postigo y le preguntó a esa persona que a quién buscaba.

—A vos, hermosa niña o a cualquiera que quiera hacerme un servicio, contestó una señora bien parecida y con aire de inquietud.

—Estoi, señora, a vuestras órdenes, dijo Auristella.

—¿No conocéis a una señora que ha venido a pasar su vida en este establecimiento, que jamas sale y que solo se ocupa en prácticas religiosas?

—¿Esa señora se llama Guadalupe? preguntó a su vez Auristella.

—Sí, respondió la señora con viveza.

—La conozco, señora, pues yo soi la que la acompaño en su celda.

—Vos! dijo la señora sin poder reprimir un

movimiento de alegría. Ah! entonces me vais a hacer la gracia, buena niña, de entregarle a esa señora esta carta, porque es demasiado importante para ella y urge mucho que se entere de su contenido.

El testamento se podía rehacer, y por eso meditaba sobre las palabras de Auristella.

Esta niña no dio cuenta a las monjas de la conversacion que había tenido con la penitente, porque comprendía que no había cumplido con exactitud los encargos que se le habían hecho; pero tenía la profunda conviccion de no haber obrado mal, sino por el contrario, bien y muy cristianamente.

Auristella era sensible y sentía una cruel congoja en el corazon al ver morir a esa mujer tan solo porque creía que matando su vida a pausas agredaba mas a la Divinidad y ganaba mas fácilmente la salvacion eterna.

Esto repugnaba a su conciencia y pensaba que había sido estraviado el juicio de esa mujer. Pero ignoraba el interes que pudieran tener las monjas para animarla en sus penitencias, y su alma naturalmente religiosa y buena, no podía sospechar nada malo de unas personas que investian un carácter respetable y augusto.

Ya hacía algunos días que Auristella estaba en el colegio, y había tenido ocasion de estudiar su régimen y calcular sus tendencias, por que Auristella tenía instruccion y una inteligencia clara y penetrante.

En estos días se había ganado de tal modo el corazon de la jóven penitente, que nada hacía ni pensaba esta sin consultarla. Atendiendo a sus consejos había suavizado un tanto

movimiento de alegría. Ah! entonces me vais a hacer la gracia, buena niña, de entregarle a esa señora esta carta, porque es demasiado importante para ella y urge mucho que se entere de su contenido.

—Pero yo no sé, señora, si deba recibirla....

—Por Dios, hermosa niña, no me hagais objeciones; mirad que Guadalupe os va a agradecer eternamente este servicio del mismo modo que yo.

—Pero las madres me han encargado muy especialmente que cuide de que no llegue a manos de esa señora penitente ningun papel que venga de afuera, y ya veis, si yo misma lo voi a entregar, me hago doblemente culpable.

—Os haceis doblemente meritoria, hermosa niña, a los ojos de Dios y del mundo, pues esta carta solo contiene consejos de familia conducentes a mejorar la situacion de la pobre Guadalupe. Ya sé que se la vijila y que no le permiten comunicacion con nadie; pero esto es atroz, y vos niña que pareceis tan buena, no podeis segundar un pensamiento tan odioso y criminal.

—Si es así, señora, dijo timidamente Auristella, entregaré entonces la carta.

—Ah! sois un ángel, bella niña, y mientras yo puedo manifestaros mi gratitud, Dios recompensará vuestra noble accion.

Y dió la carta a Auristella que la tomó con mano trémula y hasta con miedo.

—Ahora, antes de despedirnos, buena niña, dijo la señora, decidme como os llamais.

—Auristella, señora.

—¿Y vuestro apellido?

—Lo ignoro, dijo la niña bajando avergonzada sus ojos.

La señora manifestó sorpresa y sintió haber obligado a la niña a divulgarle su secreto. Luego se dijo para sí: ésta será otra víctima de las buenas directoras.

En seguida se despidió de Auristella, con el pensamiento fijo en esta niña, al parecer de tan bellos sentimientos, tan hermosa y sin familia, y a la que le iba a deber un triunfo inmenso, el de que la joven penitente recibiese una de las muchas cartas que le había dirigido, las que hasta entonces no habían sido admitidas.

Auristella se guardó la carta y cuando la llevaba a su destino, se sintió atacada por escrúpulos de conciencia, y empezó a dudar. ¿Qué contendría la carta? Cuáles serían las consecuencias que traería consigo su lectura? Debía entregarla a las monjas o a la joven penitente?

Pero entregarla a las monjas, sería traicionar miserablemente a una persona que había hecho confianza en ella, comprometerla tal vez y comprometer a la joven penitente. Toda su culpa estaba en haber recibido la carta.

Interesada como se encontraba Auristella en mejorar la situación de esa pobre mujer que había ido a martirizarse al establecimiento, pensó que tal vez en la carta la hiciese su familia algunas advertencias saludables, la diese consejos capaces de obligarla a adoptar otro método de vida que pusiese fuera de pe-

hija mía, por el sacrificio que hacéis permaneciendo a mi lado, pues veo que despreciáis vuestros días mas bellos y que atormentáis vuestra hermosa juventud por velar junto a mí. Pero jamás queda sin recompensa una buena acción, hija mía.

—Si algun mérito hai en esta consagración mia hacia vos, dijo confundida Auristella, ya estoy suficientemente recompensada con vuestro cariño.

—Olvidada del mundo, continuó la joven penitente, al que yo tambien he querido olvidar, no tengo ni deseo tener otra sociedad que la vuestra. Luego que me he enterrado en este claustro ya nadie se ha acordado de mí y hasta algunos parientes que tengo me han echado en olvido. Pero yo no me quejo porque acaso han adivinado mi resolución de no volver a pensar en las cosas del mundo y la han respetado.

—Os engañais, hermana mía, si creéis que vuestros parientes no se acuerdan de vos, dijo Auristella animada por las palabras de la joven penitente; yo sé que piensan en vos con frecuencia y que tal vez lamentan vuestro retiro y soledad.

—Pero cómo podeis saber vos eso, hija mía? ¿quién os lo ha confiado?

—He aquí una carta que os envía vuestra familia y que me acaba de entregar una señora suplicándome que la ponga en vuestras manos, dijo Auristella sacando del seno la carta. En seguida refirió la manera cómo se había visto obligada a cumplir con esta comisión.

hizo su existencia. Y por otra parte, ¿no era su familia quien la escribía? ¿qué de prohibido podía entonces contener la carta? Y si era verdad lo que esa señora le había dicho, que las monjas vigilaban a la joven penitente impulsadas por un pensamiento odioso y criminal, ella no debía jamás hacerse cómplice en el porque sería igualmente hacerse culpable. De que esa mujer era escrupulosamente vigilada por las directoras, mejor que nadie lo sabía Auristella, puesto que se le habían hecho encargos especiales a este respecto.

Sin vacilar mas se dirigió esta niña a su celda resuelta a entregar la carta a la persona a quien iba dirigida.

La joven penitente acababa en esos momentos de hacer oración y en ella le había pedido a Dios que iluminase su espíritu para que todos sus pasos en la tierra fuesen conformes a su divina lei. Al ver entrar a Auristella, le dijo con su amabilidad acostumbrada:

—Ya os echaba de menos, hija mía, venid, conversemos; vos sabéis con cuánto placer os escucho siempre y cuánto consuelo envuelven para mí vuestras palabras.

—Me favorecéis demasiado, hermana mía, replicó Auristella, pues ningún encanto pueden tener para nadie mis palabras. Vuestra bondad, tal vez vuestro cariño....

—No, hai algo en vos de indefinible y tierno que halaga y seduce: vuestra alma sencilla y para encontrará siempre ese lenguaje encantador que necesitan las almas tristes para suavizar sus penas. Yo os estoy muy agradecida,

La joven penitente miró asombrada a Auristella, y tomó maquinalmente la carta. Sus facciones se alteraron visiblemente, y silenciosamente rompió el sello y leyó para sí. He aquí lo que decía la carta.

«Guadalupe:

Ya no es posible tener en cuenta el número de cartas que te hemos escrito, tanto yo como los de mi familia, y no sabemos si alguna de ellas ha llegado a tus manos. Se nos ha dicho que tú no quieres que se acuerden de ti, porque tampoco tú te acuerdas de nadie. Esto no lo podemos creer, Guadalupe, porque siempre has sido amante de tu familia y no es posible suponer que la soledad haya endurecido tu alma y trastornado tus sentimientos.

Parece que las directoras del establecimiento en que te encuentras, tienen algun secreto pensamiento respecto de ti y que ellas se han encargado de hacerte renunciar el mundo. En todas partes se puede servir a Dios, Guadalupe, y talvez mejor en el centro de la sociedad, donde hai ocasion a cada paso de hacer obras buenas y santas. Si un sentimiento religioso es el que te encadena en esa casa, piensa que una buena cristiana, siempre que tenga como hacerlo y pueda, debe consagrarse al alivio de la humanidad doliente. Si la religion se ha apoderado de lleno de tu alma, debes aspirar a ser un ejemplo de caridad sobre la tierra.

¿Quién puede allí cuidarte si te enfermas? ¿quién se interesa en esa casa por ti? Talvez, Guadalupe, si el rigor de tus penitencias debilita tu vida, siempre que tengan asegurado los

tus bienes no aliviarán tus dolencias, sino por el contrario, apresurarán el término de tus días aconsejándote las privaciones y el martirio.

No te fascines, Guadalupe; estudia tu religion y convéncete que no puede ser grata a Dios una vida amarga y solitaria cuando se puede emplear en beneficio de la humanidad. Ven al seno de tu familia, y nos volverás a todos la alegría y la calma.»

Esta carta la firmaba una de sus parientes.

Cuando concluyó de leerla Guadalupe cayó en una honda meditacion. Auristella estaba temerosa de haber cometido una imprudencia al entregarle esa carta, pues veia el efecto que su lectura habia producido. Reflexionando despues que Guadalupe podia contar a la monja que diariamente la visitaba, que habia recibido una carta de su familia, se atrevió a sacarla de su meditacion diciéndote:

—Quiero encargaros una cosa, hermana mia; que no digais a nadie que yo os he entregado esa carta.

La jóven penitente abandonó entonces su pensamiento para escuchar a Auristella, y con abatimiento y estrañeza replicó:

—¿Por qué me haceis este encargo, hija mia?

—Porque se me ha prohibido entregaros ningún papel que venga dirigido a vos.

—¿Y quién os ha hecho esta prohibicion?

—Las madres directoras.

—¿Y por qué no las habeis obedecido? le preguntó Guadalupe con mucha amabilidad y

—Aquella idea que me manifestásteis, sobre establecer un colegio de educacion gratuita para mujeres, me pareció bella y hace honor a los sentimientos de una cristiana. ¿No os parece bien, Auristella, el sistema que se observa en este establecimiento? no aprobais el plan de sus directoras?

—No, hermana mia, y os lo digo con franqueza, segura de que vos me guardareis el secreto. Este es un establecimiento de especulacion, hermana mia, en el que no se atiende a la educacion e instruccion de las jóvenes, sino a formarles el corazon para fines particulares.

—Talvez estais engañada, Auristella, pues yo creo que esta es una institucion santa.

—Bien puede ser, hermana mia, pero ni sus principios ni sus fines están en armonia con sus apariencias.

—¿Y cómo habeis podido indagar tanto?

—Porque he descubierto que sus directoras manifiestan una cosa y tienen otra muy distinta guardada en el corazon.

—Ese es un cargo muy grave, Auristella, y debeis estar muy profundamente convencida de lo que decís, porque de lo contrario, pecaríais mortalmente al hablar de este modo de una institucion que respetan y protejen personas buenas y religiosas.

—Es porque esas personas buenas y religiosas no están al cabo de sus secretos.

—¿Con que creis firmemente, hija mia, que aqui se guardan secretos perjudiciales y se condenen innobles ambiciones?

—Sí, hermana mia.

añadida, para que Auristella no fuera a creer que reprendia su accion.

—Porque creí, respondió Auristella con sencillez, que en nada podia ofender a Dios ni a mi conciencia entregándoos esa carta que os enviaba vuestra familia.

—Habeis hecho bien, hija mia, dijo con tristeza Guadalupe, pues siempre es un consuelo recibir noticias de los suyos.

Y volvió a caer en esa profunda meditacion en que frecuentemente se sumergen las almas debilitadas por el ascetismo cuando viene a perturbarlas en sus creencias algun extraño pensamiento.

Auristella juzgó conveniente no perturbarla y se retiró a un rincon de la celda; tomó un libro y se puso a leer.

Así permanecieron un largo rato: Guadalupe pensativa y triste, y Auristella leyendo para sí en un libro de oraciones.

De repente Guadalupe dejó escapar un suspiro de lo mas profundo de su alma, levantó pausadamente su cabeza que la tenia reclinada en su mano, y dirigiéndose a Auristella le dijo:

—Auristella, acereaos; tengo necesidad de distraer mi espíritu. En otra ocasion, hija mia, me habeis hablado sobre una idea feliz que se os habia ocurrido. Hablemos de ella. Me habeis dicho que si tuviérais fortuna sabríais emplearla de manera que resultase en bien y provecho de la humanidad.

—Ciertamente, hermana mia, porque Dios manda a los ricos que atiendan a las necesidades de los pobres.

—Segun eso, vos debeis saber algo: ¿por qué no me lo revelais?

—Yo creo, hermana mia, que en vuestra permanencia en el establecimiento y en el método de vida que os hacen observar, tienen las directoras en mira algo que les es muy importante y que tratan de ocultar a toda costa. El encargo que me han hecho de que os vijile y les dé parte de todas vuestras acciones, me ha parecido extraño, y mas extraño todavia el que no deje llegar a vuestras manos ninguna carta que os venga dirigida de afuera. Con esta condicion, de que os espíe, se han prestado gustosas a admitirme en el establecimiento; y ya veis, hermana mia, cuánto dista esta caridad de la que predicó Jesucristo y que empuja tanto las almas!

La jóven penitente se quedó pensativa: las palabras de Auristella coincidían con las de la carta que habia recibido, en cuanto al empeño que manifestaban las directoras de mantenerla en una incomunicacion absoluta con todo el mundo y en avivar sus penitencias: mas esta niña ignoraba cuál era el objeto que podian tener en mira las buenas madres para aconsejarle semejante regla de conducta; pero Guadalupe empezaba ya a alarmarse y preocupaba su espíritu aquella rara coincidencia.

—Talvez sean injustas vuestras sospechas, Auristella, dijo al cabo de un rato Guadalupe, pues todo lo que yo hago es porque así lo quiero, porque creo que ha de redundar en provecho de mi alma y en mejor servicio de Dios.

—Respeto vuestras creencias, hermana mia,

dijo Auristella con humildad, pero no he podido menos de hablaros con mi corazon, pues os amo de veras y desearia que nadie perturbase vuestros sentimientos ni os destruyérais tan tristemente.

En este momento entró a la celda la madre portera, y aunque hacia un rato que estaba escuchando a la puerta, no alcanzó a percibir nada de la conversacion.

Tanto Guadalupe como Auristella se manifestaron sorprendidas, pero al instante se serenaron sin que la portera alcanzase a notar su turbacion.

—Cuánto me alegro, dijo, de que os aven-gais tan bien y de que converseis tan amigablemente.

Y en seguida agregó dirigiéndose a Guadalupe:

—¿Estais contenta con vuestra compañera? hemos colmado vuestro deseo, hija mia?

—Sí, madre, contestó tristemente Guadalupe; yo necesitaba de la compañía de una jóven como Auristella, y os doi las gracias por habérmela proporcionado.

—Nuestra mayor felicidad, hija mia, seria adivinar siempre vuestros deseos para satisfacerlos al instante, continuó la portera; vuestras virtudes, la santidad de vuestra vida, tienen embargada nuestra admiracion y tememos no contemplaros como lo mereceis.

—Me honrais demasiado, madre; solo soi una humilde pecadora, indigna de la admiracion de nadie, que no tiene otra ambicion al abandonar el mundo que se diga de ella: cum-

—Es muy justo, madre, dijo Guadalupe.

—Auristella, prosiguió la monja, ¿os habeis preparado, hija mia, para hacer hoy vuestra confesion?

—Sí, madre, dijo Auristella, que nada le inquietaba la confesion, porque su alma estaba pura, sino los consejos que padieran darsela.

—Entonces, hija mia, seguidme, porque ya hace algun tiempo que espera nuestro director espiritual.—Y volviéndose a Guadalupe le tomó las manos y le dijo:

—Luego vendrá a buscaros vuestra compañera purificada por la santa penitencia; haced oracion, hija mia, para que Dios la inspire.

Y salió de la celda seguida de Auristella.

Quando se marchó la monja, se levantó trabajosamente Guadalupe y se dirigió a la mesa donde tenia sus libros de oraciones; tomó una pluma y escribió:

Establecimiento de educacion gratuita para niñas pobres. Casa de asilo para mujeres vergonzantes.

En seguida dijo, como meditando sobre lo que acababa de escribir:—Seguramente es una idea feliz.

Dobló el papel y lo guardó. En ese momento estaba muy débil: las estrañas impresiones que habia recibido la habian afectado sensiblemente; pero pasada la fuerza de éstas, habia caído en un abatimiento estremo. Sin embargo, se arrodilló delante del erucifijo y empezó a hacer oracion. Esa noche tenia que recibir a su director de conciencia, y era necesario preparar su espíritu.

plió con la lei de Dios e hizo cuanto pudo en favor de sus semejantes.

—Auristella, dijo la portera fingiendo entusiasmo; miraos en este espejo: aquí teneis reunidas todas las virtudes ensalzadas por nuestra religion: imitad a esta cristiana.

Auristella bajó los ojos y Guadalupe miró a la monja como para descubrir en su semblante la sinceridad de sus palabras.

—Esta noche, hija mia, continuó la portera dirigiéndose a Guadalupe, os vendrá a visitar vuestro director de conciencia: si por él fuese, estaria siempre a vuestro lado, porque se embriaga en el aroma de vuestra santidad. El ha estendido la fama de vuestra vida, de manera que sois, hija mia, la admiracion de todos.

—Eso me hace sufrir, madre, porque quisiera vivir y morir olvidada del mundo entero.

—Ya lo sabemos, hija mia, y respetamos vuestra sublime abnegacion. La que martiriza su cuerpo, purifica su alma; la que vive lejos del mundo, está mas cerca de Dios, y la que muere en el seno de la verdadera religion, olvidada de los hombres, sube al cielo acompañada por los ángeles.

Auristella miró a Guadalupe: en esta mirada queria decirle: ya lo veis, os predicán el martirio cuando os estais muriendo.

La jóven penitente recordó la carta de su familia y suspiró.

—Os voi a quitar por algunas horas a vuestra compañera, continuó la monja, porque, como sabéis, no ha hecho aun su primera confesion y hoy debe hacerla.

CAPÍTULO XXII.

AMARGURA Y DESESPERACION.

Dejemos a Auristella y Guadalupe entregadas a su director de conciencia, y salgamos al encuentro de los demas personajes de nuestra historia.

Quando César salió de casa de Ana despues de su última entrevista, en la que le habia manifestado sus sospechas y sus celos, llevaba la resolucion irrevocable de buscar a Fernando y de interrogarlo seriamente sobre su estraña conducta para con la mujer a quien amaba y para con él mismo. César sufría horriblemente, porque su corazon se resistia a creer a Ana desde que habia descubierto misterios en su vida. Su cabeza era un volcan y se perdia en mil variados y contradictorios pensamientos.

Tenia miedo de descubrir engaño o perfidia en la mujer por la cual lo habia arriesgado todo, porque se conocia y calculaba hasta qué punto podia arrastrarlo su desesperacion. Pero era preciso que él supiese de una vez a qué atenerse, y ese mismo empeño de Ana para que no se viese con Fernando, le parecia la acusacion mas elocuente de su conducta. ¡Pobre de ella! murmuraba, si ha querido jugar con mi corazon despedazándolo!

Al llegar a su casa se encerró en sus habitaciones y empezó a prepararse para la entrevista.

Estaba sombrío y sus ojos vagaban con una expresión siniestra.

Se dirigió a un armario y sacó un par de pistolas. Cuando estaba registrando los gatillos, sonó un golpe a la puerta. César no lo oyó o no hizo caso, y siguió registrando las pistolas. Sonó un segundo golpe.

César se paró de repente, fué a la puerta y sin decir una palabra la abrió.

Era un mozo que en ese momento llegaba de la quinta donde estaba su familia y que le traía una carta. César involuntariamente se fijó en el caballo del mozo, y por el estado deplorable en que se encontraba comprendió que la misión era urgente. Miró entonces el sobre de la carta y se le estreñecieron hasta los cabellos. Un sudor frío le bañó todo su cuerpo.

El mozo tan pronto como entregó la carta se retiró en silencio y fué a acomodar su cabalgadura.

César cerró por dentro su puerta, y su mano temblorosa no atinaba a romper el cierre de la carta. En el sobre de ésta había visto unas rayas negras que le indicaban infaliblemente alguna irreparable desgracia. Abrió al fin la carta y leyó:

«Hermano mío:

En medio del desorden del mas espantoso dolor e interrumpiendo el ruido de mis lágrimas, te escribo para darte la noticia mas funesta que pudieras recibir. César, prepara tu corazón para escucharla. Hace algunas horas

gru se le subió al rostro y lanzaron chispas sus ojos.

Pronto se presentó el criado a decir que el carruaje estaba listo. César tomó su sombrero, se envolvió en un paletot y sin decir una palabra se metió al carruaje. El cochero preguntó que si se dirigía a la casa de campo, y César hizo un signo afirmativo.

Luego que hubo llegado abrió precipitadamente la puerta del coche y se bajó de un salto. Su corazón palpitaba con tal violencia que parecía salirse del pecho. Tenía miedo de ir en busca de su familia, porque no se sentía con fuerzas para presenciar su dolor.

Parecía que nadie habitaba la casa: reinaba en toda ella un silencio sepulcral.

César se cubrió el rostro con su pañuelo y se dirigió a la habitación de sus hermanas. El ruido de sus pasos era lo único que perturbaba la soledad de aquella casa.

De repente al entrar en un salon, lo alió al encuentro, Carolina: quiso huiarla y lo faltó la voz. Se precipitó entonces en sus brazos y bañó su hombro de lágrimas.

—Cálmate, hermano mío, le dijo Carolina; ha sido una desgracia inmensa, pero Dios lo ha querido así.

Y lloraba y se manifestaba mas inconsolable que su hermano.

—Carolina, pudo decir al fin César, dime, hermana mía, mi madre al tiempo de morir, me maldijo?

—Ah! no, César, te llamaba y le pedía al cielo que te hiciera feliz.

que ya no tenemos madre! Un ataque repentino ha concluido con su vida! Nuestro padre te llama.

CAROLINA.»

Mientras César iba leyendo se iban descomponiendo sus facciones, y cuando concluyó sintió tal estremecimiento en su cuerpo y una opresión tan grande en el corazón, que no pudo tenerse en pié y cayó sobre un sofá.

Así se mantuvo un largo rato.

Después se levantó livido y apretándose con fuerza el corazón: no podía llorar y se ahogaba....

Sus sufrimientos eran atroces: César amaba a su madre con delirio, y cuando pensaba reconciliarse con ella y pedirle perdón, le llegaba la noticia de su muerte. La idea de que él había tal vez contribuido a sellar tan gran desgracia, le hacia perder el juicio y esclamaba:

—Yo! yo la he muerto!... padre mío!....

De pronto sintió que su corazón se ensanchaba, pudo sollozar y se anegó su rostro de lágrimas.

Lloraba César oprimido por tan honda margura, que sollozaba como un niño.

Una hora, poco mas o menos, permaneció encerrado. Esta hora habia sido para él una estación de tormento.

Al cabo de este tiempo abrió su puerta y tocó la campanilla. Al criado que se presentó le mandó poner su carruaje.

Al mirar César las pistolas que pocos momentos antes habia estado preparando, la san-

—Oh! esclamó César, pobre madre mía! yo no podía adivinar que nos ibas a abandonar tan pronto! Perdona mi inobediencia y pídele a Dios que temple el rigor de mi destino!—¿Y Matilde, dónde está? preguntó en seguida.

—En su cuarto, contestó su hermana.

—¿Elena?

—Está con ella.

—¿Y mi padre, Carolina?

—No ha salido de su dormitorio: antes de encerrarse en él, nos encargó que te mandásemos llamar, y te dijéramos que te vieses con él luego que llegases.

—Bien, pero primero condúceme a donde está el cadáver de mi madre.

—Ah! no, César, no!

—Yo lo quiero, Carolina, oh! quiero contemplarla por la última vez! llévame allá, hermana mía!

—No puedo, César, no tengo valor!

—Pues bien, iré solo!

Y echo a andar hacia las habitaciones de su madre.

Por cada pieza que pasaba, encontraba algun objeto que habia sido del uso particular de su madre, y se echaba sobre él y lo estrechaba a su rostro. Al abrir el dormitorio se encontró frente con el féretro. Esa fué la impresión mas grande que recibiera en su vida. Sintió que las fuerzas le faltaban, y a punto de caer alcanzó a afirmarse en la puerta. Con el corazón oprimido, los ojos arrasados de lágrimas y atacado de convulsiones, quiso acer-

carse al féretro, pero de repente le faltó el valor y huyó como perseguido por un fantasma.

Pero no alcanzó a alejarse muchos pasos cuando volvió en sí, y por un movimiento espontáneo se encará nuevamente al féretro y llegó con paso firme hasta él. Al estender la mano para apartar el paño mortuario, sintió que una fuerza poderosa detenía su brazo; pero hizo un supremo esfuerzo y descubrió el rostro de su madre.

Parecía que había tenido una muerte dolorosa; sus facciones estaban contraidas y sus ojos entreabiertos. Sin embargo, en ese rostro donde se había apagado la vida, se descubría todavía un jesto de desden. El orgullo y la altivez de esa mujer, apenas habían sido vencidos por la muerte.

César con la cabeza descubierta se inclinó sobre el rostro de su madre, y dos gruesas lágrimas saltaron de sus ojos y fueron a perderse en las arrugas de esa frente que jamás se doblegó ante nadie. Se inclinó mas y estampó un beso en el mismo lugar donde habían caído sus lágrimas.

Por un momento se quedó contemplando esa cabeza que se acordaba había besado tantas veces cuando niño; tomó después el paño, y dando una última y mas intensa mirada a la que ya no debía volver a ver jamás, lo estendió sobre la muerta y salió de la pieza cerrando tras sí la puerta con tal cuidado, como si hubiera temido perturbar el último sueño de su madre.

En ese momento se había obrado una reac-

—El llanto alivia el corazón, hermanas mías, continuó éste; no detengáis vuestras lágrimas ya que teneis la felicidad de poder llorar. Carolina, vamos al cuarto de mi padre; tú me anunciarás. Ojalá que su presencia no agote mis fuerzas! Ha sido siempre tan severo con nosotros!

—Vamos, pues, dijo Carolina; debe haberte sentido llegar y estará esperando.

El padre de César era de un carácter muy extraño; jamás se había acercado a sus hijos y los había mirado siempre con seriedad y hasta con severidad. Nadie en la casa se acordaba de haberlo visto sonreírse, pero nadie tampoco refería que hubiese reprendido ni a un sirviente por mucho que hubiese hecho para apurar su paciencia.

Rijido en sus costumbres, por nada de este mundo quebrantaba el método de vida que se había impuesto desde muchos años. Aislado siempre y entregado a sus propios pensamientos, no le gustaba la sociedad de nadie y con nadie hablaba. Su esposa era la única persona que en sus años de vejez le daba conversacion una o dos horas al día, y solo trataban de sus intereses y de la familia.

Pero no porque se mostrase tan severo con sus hijos, dejaba de amarlos; a César sobre todo lo amaba con toda la ternura que puede abrigar el corazón de un padre. Toda vez que lo veía, sentía un secreto orgullo al pensar que se había reproducido en su hijo tal cual él lo deseaba, pues esta había sido siempre la esperanza mas bella de su vida; y si no hubiera sido

M. D. R.

10

cion en el ánimo de César: su espíritu se había calmado y su rostro se ostentaba impasible y severo. No es que se hubiese mitigado su sufrimiento, sino que había alcanzado la calma en el dolor.

Se dirigió directamente al cuarto de sus hermanas y allí encontró a Carolina, Matilde y Elena que lloraban todavía. César miró a Elena con una expresion indefinible de ternura y le dijo acercándose a ella.

—Vos también tomáis parte en las amarguras de mi familia, Elena; también lloráis a la que ya no nos puede llamar sus hijos! Cuán buena sois!

—Acaso, replicó Elena, no era ella tambien para mí una madre?

—Decís bien, Elena; os amaba con la misma ternura que a nosotros, porque había comprendido vuestros bellos sentimientos.

Elena alzó sus ojos llorosos hasta encontrar los de César y los fijó en ellos un instante. En esta mirada leyó César una reconvencion.

—Sí, Elena, prosiguió, porque mi madre os amaba, y todo aquel que pueda leer en vuestro corazón os amará. Vos no teneis engaños para nadie, vuestros labios no han dicho jamás una mentira y no habeis sembrado nunca una amargura en la existencia de los que han tenido la dicha de conoceros.

Este lenguaje de César extraño a sus hermanas: parecía la expresion de un hombre desengañado. Elena no contestó nada, y en su imaginacion procuraba hallar el sentido de las palabras de César.

por no quebrantar sus costumbres y contradecir su carácter, mil veces lo habría estrechado entre sus brazos. César, sin embargo, interpretaba mal esa frialdad y aspereza de su padre; creía que en el corazón de este no había amor para él.

Era este caballero, en una palabra, un tipo calculado sobre los antiguos, cuyas patriarcales costumbres admiraba y echaba de menos.

De sus tres hijos, Carolina era la que particularmente lo atendía y a quien él solía dirigirse para significar su voluntad. Todos en la casa le tenían un profundo respeto y nadie osaba dirigirse a él sino por la intervencion de Carolina.

Era por esto que César le había pedido a su hermana que lo anunciase a su padre.

Carolina abrió con precaucion la puerta de la pieza donde se había encerrado su padre y penetró a ella: lo encontró paseándose de una esquina a otra de la habitación y su rostro ni mas ni menos alterado que de costumbre. Se desentendía en sus ojos que no había derramado lágrimas por la muerte de su esposa: verdad es que jamás dolor moral alguno se las había hecho derramar; pero el sentimiento apoderándose de lleno de su corazón, animaba sus debilitadas pulsaciones.

Cuando sintió a Carolina, se paró y ésta se apresuró a decir:

—Papá, César espera que le ordeneis entrar.

Como Carolina le hablase llorando, se le acercó su padre y le dijo con un tono que casi podía llamarse cariñoso:

—Dios manda los sufrimientos, hija mía, al corazón de sus hijos para probar su resignación. Y por otra parte, la desgracia que acabamos de experimentar, era inevitable. Di a César que entre.

Luego que salió Carolina entró César al cuarto de su padre cerrando tras sí la puerta; y con el sombrero en la mano y lleno de respeto avanzó hasta colocarse en la mitad de la pieza; el caballero se paró un instante y siguió luego paseándose. Al ver a su hijo que se acercaba a él tan lleno de sumisión y de temor, según en su aspecto revelaba, sintió pena, pues él sabía que guardaba en el fondo de su corazón un amor tierno y profundo para su hijo. Un instante después volvió a pararse, y dijo a César fijando en él sus ojos:

—Acabo de perder a la que me ha acompañado treinta y dos años en la vida, y este acontecimiento abreviará probablemente los escasos días que me quedan. Desde hoy, César, cuidarás particularmente de la familia y gobernarás todos sus intereses. Ya ves, va a gravitar sobre tus hombros una gran responsabilidad. Yo no pienso abandonar mi soledad ni mi aislamiento, y en este mismo retiro esperaré la muerte. El golpe que mató a tu madre ha resonado en el fondo de mi corazón, y él me hace ser severo con el hijo cuya desobediencia precipitó los días de la que le dió el ser. Cualquiera que sea la mujer que tomes por compañera, yo no la alejaré de la familia siempre que no traiga ella el deshonor o la intranquilidad. Ué aquí, César, todo lo que tenía que decirte.

César, que tenía presente a sus ojos el cadáver de su madre, que desde el momento en que supo su muerte le asaltó en su imaginación su desobediencia, al escuchar las palabras de su padre, su pecho se sintió oprimido por la aflicción y tuvo que ocultar el rostro en su pañuelo para recoger sus lágrimas. Después de serenado un tanto pudo contestar.

—La Providencia, señor, velará sobre vuestros días y tratará de templar la inmensa amargura que hoy hace verter lágrimas a vuestros hijos, concediéndolos largos años de vida. Conozco la responsabilidad que desde hoy en adelante va a pesar sobre mí, pero la acepto gustoso para que nunca os veáis obligado a abandonar vuestra soledad y aislamiento, puesto que son necesarios a vuestra existencia. Si es verdad, señor, que yo pude con mi conducta precipitar el fin de mi madre, bien habeis en tratarme con tan amarga severidad, pues soy el mas indigno de los hombres; pero también soy, señor, el mas desgraciado! Ah! Dios sabe, señor, cuánto sufro y cuánto idolatraba a aquella cuya pérdida lloramos! En este instante, al despedirme de ella, le he pedido perdón; y aunque hubiera muerto con el corazón endurecido para su hijo, mis lágrimas lo habrían ablandado; como espero, señor, que ablandarán el vuestro, porque la dureza con que me tratáis aumenta mi amargura y mi desesperación. Jamás mancharé el nombre de vuestra casa, señor; antes preferiría darme la muerte.

El padre de César se sintió impresionado, pe-

ro ni miró siquiera a su hijo mientras este hablaba. Siguió paseándose todavía, y doliéndole mantener a César en la desesperación, le dijo con un tono menos severo:

—Tu madre, César, comprendía perfectamente la fuerza de las pasiones en la edad de las esperanzas y de los sueños, y en su interior disculpaba tu resistencia a satisfacer sus deseos. Pero el corazón de una madre está siempre sobre su cabeza, y nada vale el raciocinio cuando se encuentra impresionado. Yo, que no concedo ningún valor a las cosas del mundo, no me paro siquiera a meditar en ellas. César, la severidad con que siempre te he tratado, ha nacido exclusivamente de mi carácter, pero no de mis sentimientos. No pierdas jamás tu dignidad y habrás sido siempre digno de mí.

—Gracias, señor, replicó César, porque consolais mi espíritu cuando me encuentro agobiado por el dolor. Habría sido terrible para mí, padre mío, después de perder a mi madre seguir dudando de la ternura de vuestros sentimientos.

—¿Con que has dudado, César, de que te amase tu padre?

—Perdonadme, señor, pero habeis vivido siempre tan retirado de vuestros hijos....

—Sí, tienes razón: he sido un juez severo y no un padre... yo no he debido ser así... pero....

El padre de César se interrumpió y empezó a pasearse con agitación. Su corazón se revelaba, y estaba a punto de perder esa gravedad que era el distintivo característico de su carácter, cuando dijo a César:

—En nada quiero pensar por ahora sino en la irreparable pérdida que he sufrido; quiero entregarme a mi dolor. Que nadie me interrumpa, que nadie me vea. Ve, César, a ocuparte del entierro de tu madre que debe tener lugar mañana: que se haga con la dignidad y pompa correspondiente al rango de la familia.

Esta sangre fría con que hablaba a su hijo del entierro de su esposa sin olvidar la forma en que debía hacerse, hizo conocer a César el temple extraordinario del alma de su padre.

Se inclinó respetuosamente y sin decir palabra salió de la habitación.

Sus hermanas le aguardaban, y después de comunicarles la voluntad de su padre, ordenó a los sirvientes de la casa que trasladasen a la ciudad el cadáver de su madre para conducirle al panteón en la mañana del siguiente día. Montó en seguida en su carruaje y se vino a la ciudad a preparar, con el corazón ulcerado, la triste ceremonia.

Cuando llegó a su casa encontró a Tránsito que le esperaba, el que ya sabía la desgracia de su nuevo patron y venia a ponerse a sus órdenes. César le encomendó todas las diligencias del caso, y sin pedirle noticias de nada ni entrar en mas explicaciones con él, se encerró en sus habitaciones.

En la primera pieza en la misma mesa donde estaban las pistolas, halló una carta que le era dirigida. Esta carta había sido puesta allí por su sirviente. La tomó con desagrado y la

abrió. No bien hubo visto que era de Auristella, cuando se apoderó de él una vaga inquietud y comenzó a leerla con interés.

La carta decía así:

«Señor César:

A vos os debo todo en el mundo, pues os debo el honor, y me intereso tanto por vuestra felicidad, como pudiera interesarme por la de mi padre. En esta virtud, señor César, escuchad lo que mi gratitud me manda revelaros.

Yo he asistido hoy a vuestra conferencia con la señora Ana, por una de aquellas casualidades que Dios permite cuando se propone salvar a los buenos y castigar a los malos: yo estaba en la pieza que seguía a la en que fuisteis recibido, de la que no podía moverme sin ser descubierta, de manera que contra mi voluntad tuve que oírlo todo.

Antes que vos llegáseis había tenido la señora Ana una larga conferencia con ese comerciante Silvestre, a quien me cuesta tanto nombrar, y en ella trataron entre otras personas de vos y de mí. Ah! señor César, yo no me hubiera quejado por mí, porque he nacido desgraciada y me he resignado ya a soportar sin quejarme la pesadumbre de la vida; pero que se os engañe a vos tan cruelmente, que esa señora admita los amores de un hombre tan despreciable y tan infame como ese comerciante, haciéndos creer que vos sois el preferido, no puedo tolerarlo, porque vos sois mi protector y mi único amigo en el mundo.

Ese hombre infame me ha calumniado con

vos, porque me amparásteis en mi desgracia, dice que la sociedad murmura de nosotros.

En vuestra conferencia la señora Ana os ha mentido con mucha crueldad, y algún secreto terrible hai entre ella y ese señor Fernando de quien os ocupasteis, pues manifiesta deseos de vengarse de él.

Mi corazón se ha partido, señor César, al veros sufrir víctima de una pasión tan fatal, y os ruego que no volváis a ver mas a esta señora, que no penseis jamas en ella, porque es indigna de ocupar por un instante siquiera vuestro pensamiento y mucho menos vuestro generoso y noble corazón.

«Yo me marché en este instante de su casa, y como ya no puedo ir a la vuestra porque vuestro nombre y mi honor padecerían, me voy a entregar a la piedad de Dios. Buscaré un establecimiento donde pueda vivir, y en el que me mantengan por mi trabajo, y en todo caso preferiré antes morir que manchar mi pureza y mi honradez. Si un día la Virgen os trajo a mi lado para salvarme, no me abandonará tampoco ahora que voy a quedar espuesta en mi desamparo a los ultrajes del mundo.

«No os aflijáis, señor César; yo le pediré a la Virgen en mis oraciones que salve vuestro corazón y os haga feliz.

AURISTELLA.»

César maquinalmente volvió a leer esta carta: sus facciones se descompusieron notablemente; gruesas gotas de sudor cayeron de su rostro y quedó como clavado en el suelo.

Su corazón demasiado herido ya, había estallado lo trastornándole el cerebro. Dió en fin algunos pasos y fué a caer en un sofá.

Un pensamiento le asaltó de improviso: se nubló su frente y sus ojos tomaron una expresión extraña. Cruzó sus brazos en un estremo del sofá y dejó caer en ellos su cabeza.

CAPÍTULO XXIII.

COMO VIENEN A SOCORRERSE
EN LA DESGRACIA DOS ANTIGUOS RIVALES.

Al siguiente día, en las primeras horas de la mañana, fué conducido al panteón el cadáver de la madre de César. El acompañamiento fué lucido y numeroso, y figuraban en él las personas mas notables de Santiago. Como pertenecía la difunta a una familia rica y de alta clase, todos se apresuraban a enrolarse en las filas de la aristocracia para ir a perturbar con sus homenajes la gravedad de la muerte. Esa pompa y ese ruido, sino pueden tener ningun eco entre las tumbas, satisfacen al menos la vanidad mundana. Varios parientes cercanos de la familia, y Tránsito, como dependiente de la casa, lo habían arreglado todo y ordenado la marcha del acompañamiento.

En el panteón empezaron los concurrentes a notar que César no se encontraba entre ellos; lo buscaban y preguntaban por él, pero nadie daba una razón; hasta que Tránsito hizo saber que su patron se encontraba enfermo y

había sido detenido en su casa por los médicos que juzgaron sumamente peligroso a su salud y talvez de funestas consecuencias, el que presenciara la triste ceremonia del entierro.

Tambien Fernando lo buscaba con particular empeño, hasta que notificado de esto mismo se aisló de la concurrencia y esperó a que todo terminase para ir a buscar a César en su casa.

Durante la misa, varios acompañantes que no asistian a ella, se entretenian en hacer comentarios sobre la vida y la muerte de la que iban a enterrar, abrazando naturalmente a todos los miembros de su familia y haciendo relacion de supuestos o verdaderos incidentes.

—He leído en los periódicos, decía uno, que la muerte de esta señora ha sido repentina, ocasionada por una fuerte impresion.

—Así es la verdad, decía otro; era una señora sumamente altiva y orgullosa y acostumbrada a imponer su voluntad a la familia: como se afectase grandemente por no só qué desavenencia doméstica, cayó gravemente enferma y a los pocos dias murió.

—¿Y no se ha sabido qué desavenencia fuera esa?

Aseguran que fué un rompimiento con su hijo César, agregó un tercero, que tuvo lugar en la misma noche que esa nombrada señorita Ana dió el espléndido baile, al cual concurrimos, en celebridad de haber reanudado sus rotas relaciones con César. Como han empezado a correrse respecto a esta jóven especies tan sinicras, rumores tan deshonorosos, y co-

mo estos habian llegado a oídos de la difunta creyendo esta como todos que el casamiento de César con Ana estaba próximo, interpelló a su hijo y de aquí el origen del rompimiento.

—Pero si se dice que es el comerciante Silvestre el que se casa con ella.

—Unos aseguran que él, y otros que César; hace poco tiempo que debía casarse con otro. Yo no creo que se case con nadie. Es indudable que hai misterios en la vida de esta jóven; y las mujeres que llevan vida misteriosa, suelen casarse con varios a la vez, pero jamas con uno solo.

A pesar de las circunstancias y del lugar en que se hallaban, los que formaban coro celebraron con risas esta frase.

—Pero Silvestre, dijo uno, ha dicho en confianza a algunos amigos, que muy pronto será el esposo de la señorita Ana. Lo cierto es que diariamente se le ve entrar cuatro y seis veces a la casa de esta jóven.

—Silvestre está quebrado, y como este enlace lo haria rico, es probable que se haya empeñado en correr que luego mejorará de fortuna. De esta manera sus acreedores no lo perseguirán con la esperanza de reembolsar sus capitales. Y por otra parte, a nadie asombraría este matrimonio.

—Pero César ha hecho muy mal en no asistir al entierro de su madre, pues dá lugar a que se murmure de él.

—Yo creo que su enfermedad es una fábula, y que solo ha querido sustraerse a las preguntas de los curiosos. Como desde la noche del

Habia escrito toda la noche diferentes cartas a los miembros de su familia y a varias otras personas, y aun se ocupaba en ordenar sus papeles. No habia querido acompañar al panteon el cadáver de su madre, porque estaba de prisa y el tiempo lo alcanzaba.

Cuando entró Fernando a casa de éste, se dirigió en derechura a sus habitaciones sin preguntar por él a ninguno de los sirvientes. Como por nadie fuese notado, pudo introducirse hasta una sala interior que comunicaba con la pieza en la que César se encontraba. Habitando éste solo la casa, no podia abrigar temor de que por las piezas interiores fuese nadie a interrumpirlo; así es que la puerta que comunicaba a la sala en la que habia entrado Fernando, estaba cerrada pero sin llave. Este la entreabrió tan suavemente, que la puerta no hizo el menor ruido.

Fernando se quedó asombrado cuando vió que César tenia todavia sus bujias encendidas y que se encontraba escribiendo. El habia pensado que César se ocultaba seducido por alguna nueva intriga de Ana, y por eso habia empleado precauciones para sorprenderlo, porque le era muy importante esta entrevista con su afortunado rival; pero al notar el desorden de la persona de César, la espresion de su semblante y la circunstancia de encontrarse todavia escribiendo y con bujias encendidas, creyó firmemente que César habia ya palpado la amarga realidad, que le habia llegado tambien la hora del desengaño y sorprendiendo a su corazon oprimido por la desgracia, lo habia hecho desesperar.

baile acá se dicen tantas cosas, ha querido ocultarse para no dejar traslucir la verdad.

Continuaron despues conversando, y haciendo broma sobre la pasion de César, los negocios de Silvestre y los misterios de Ana.

Cómpeluyó la misa y todos fueron a reunirse al cortejo que salia de la capilla en direccion a la sepultura de la familia de la difunta. Los parientes de ésta llevaban el cajon, que estaba forrado en terciopelo y ricamente engalonado. Todos afectaron en sus semblantes sentimiento y hasta algunos tomaron una espresion de dolor muy pronunciada: solo Fernando permanecia impassible; su rostro nada revelaba, y al fijarse en él con detencion, se podria conocer que su pensamiento estaba distante de la ceremonia: se le observaba distraido pero no sentimental.

Cuando ya hubo descendido el atahud al sepulcro, Fernando fué el que primero vino a buscar su carruaje y se dirigió con alguna inquietud a la casa de César.

Este se habia pasado toda la noche encerrado en sus habitaciones escribiendo: su semblante estaba enteramente desfigurado y en él se descubria el dolor profundo de su alma. Lo sombrío de su frente, las grandes ojeras que circundaban sus ojos de mirada inquieta y asustada, la suma palidez de sus mejillas, su cabello desgredado, denotaban claramente que César se encontraba bajo la influencia de uno de aquellos pensamientos terribles que llevan a un hombre al sepulcro o imprimen un sello indeleble en sus costumbres y carácter.

Fernando se figuró ver a César al borde de un abismo, e interesándole grandemente en estos momentos su existencia, abrió de golpe la puerta y entró a la habitacion con paso firme y ánimo sereno.

Al ruido que este hizo, César abandonó su asiento como movido por un resorte, y se encará a la persona que entraba sin saber quién era. Cuando conoció a Fernando, retrocedió algunos pasos y se pintó en sus facciones el asombro.

—¿Qué significa esto, caballero, dijo con tono amenazante y montado en cólera.

—Esto significa, señor César, respondió Fernando sin inmutarse siquiera, que he preferido arrostrar todo vuestro enojo a renunciar el honor de esta entrevista.

—Pero os habeis entrado en mi habitacion, caballero, continuó César en el mismo tono, sin haberos hecho anunciar, y por una puerta que da a un departamento interior de la casa.

—Es una falta grave de urbanidad, lo confieso, replicó Fernando sin abandonar su calma, una insolencia, si gustais; pero no habiendolos visto en el entierro de vuestra madre, a vos, tan buen hijo y tan cumplido caballero, creí que razones muy poderosas os obligasen a ocultaros del mundo.

—Y presumiendo que tuviese esas razones, señor, no habeis querido respetarlas, y os introducis en mi casa como se introduce un asesino!

—La palabra es dura, señor César, pero no os pido satisfaccion de ella porque comprendo vuestra situacion.

—Puesto que es tan importante lo que tenéis que decirme, señor, que os ha llevado hasta violar mi recinto doméstico, quiero tener la indulgencia de escucharos si habeis de ser breve y terminante.

—Notificado de vuestro casamiento, señor César, he venido simplemente a daros a conocer a vuestra futura esposa.

—¿Y qué persona os ha hecho semejante notificación?

—Ella misma.

—¿Quién?

—Ana; cuando ha ido a suplicarme que no, descorra a vuestros ojos el velo que oculta su pasada vida.

—Segun eso, caballero, vos estais bien enterado de la vida de esa mujer?

—Un poco mas de lo que vos mismo podéis estarlo, señor César.

Las respuestas terminantes y decididas de Fernando como el tono que empleaba en ellas, convencieron a César que este hombre no calumniaba a esa mujer, sino que queria vengarse de ella revelando al mundo los hechos infames que deshonoraban su vida. Pero sin embargo, por matar toda duda, o mas bien, por irritar mas su corazon, dijo a Fernando:

—Esa mujer me ha asegurado que os empeñais en calumniarla, en perseguirla, en perderla, y que no solamente ella es el objeto de vuestro odio, sino tambien yo, a quien igualmente os habeis propuesto incomodar.

—Ya presumia, señor César, que os hubiese hecho creer todo eso la mujer a quien tan

—La situacion en que os encuentro y esas pistolas que veo sobre vuestra mesa.

César enmudeció; Fernando habia desahogado su pensamiento; vencido completamente por el dolor y la desesperacion, habia resuelto poner término a sus dias, y esperaba concluir de arreglar sus negocios para emprender el viaje.

Pero vos reflexionais como yo, señor César, prosiguió Fernando en el mismo tono, que nada existe en el mundo que merezca la pena de hacerle el sacrificio de nuestra razon, por que el que se mata es sin duda un insensato. Yo reflexioné, y despues de que me convencí de esta verdad, alejé de mí el fatal pensamiento y confié en la justicia de Dios.

—No! dijo César, sufrí mucho... Despues del desengaño que ha venido a coronar mis amarguras, ya yo no puedo esperar tranquilidad sobre la tierra.

—Asi pensamos todos, señor César, a la vista de nuestras esperanzas que se desvanecen; pero luego nos tranquilizamos, porque necesitamos vivir para vengar esas esperanzas. Nada debe admiraros en el mundo, amigo mio, sino el que haya hombres que tomen a lo sério sus pantomimas. Acordaos, señor César, de la conversacion que tuve con vos en nuestra última entrevista.—Os dije entonces:—Bajo las apariencias de la virtud, encontramos siempre la corrupcion y la miseria; bajo el corazon que juzgamos mas bien puesto, hallamos la infidelidad y la traicion. Esto es lo que os ha sucedido últimamente; esta es la realidad

insensatamente le habeis entregado vuestro corazon. Pero yo os puedo asegurar, y os lo probaré, señor César, que si bien he sido y soy una sombra fatal para esa mujer, no he dejado de ser vuestro amigo.

Distraído César un tanto por las palabras de Fernando del pensamiento que lo trabajara cuando fué sorprendido por este, sintió haber recibido de una manera tan insultante, a una persona que le prometia probarle que habia sido siempre su amigo. Pero su situacion era tan solemne, que no hubiera podido menos de hacer igual recibimiento a la persona mas querida de él. Despues de un instante de silencio dijo con un acento de profunda tristeza:

—Combatido en todas mis afeciones, despozáelo miserablemente mi corazon, miro ya la vida con desprecio, y todo me incomoda y me fastidia.

—Es verdad, amigo mio, dijo Fernando con amabilidad y procurando ganar terreno en el corazon de César, es verdad que solemos tener épocas en la vida en las que desesperamos completamente porque sentimos romperse todas las enerdas de nuestro corazon. Yo tambien me he encontrado en vuestra situacion, señor César, tambien he desesperado, y vencida mi razon por la fuerza de mi sentimiento, he querido como vos volarme la tapa de los sesos.

César hizo un movimiento de sorpresa y replicó con inquietud.

—¿Quién os ha dicho que yo quiera suicidarme?

de que habeis quedado hace poco amargamente convencido.

César cedía a la influencia de las palabras de Fernando, y a medida que se iba alejando de su fatal pensamiento, su corazon se abria a la pena, porque despues de la desesperacion que produce el desengaño, viene la amargura de la esperanza perdida.

—Yo he estado siendo el juguete de esa mujer, dijo Cesar fijando una mirada siniestra en Fernando, se ha burlado de mí como de un niño, y mientras explotaba mi credulidad me traicionaba infamemente.

—Es preciso ser siempre justos, señor César; cuando vos enamorábais a esa mujer, ya pertenecía a otro hombre.

—Y ese hombre sois vos, caballero.

—Lo habeis dicho, señor César.

—Ah! cuánta infamia! exclamó César, dejándose caer sobre un sillón y cubriéndose el rostro con las manos.

—Recordad, amigo mio, dijo Fernando, que en aquella misma conversacion que tuve con vos, os hice saber que esa mujer a consecuencia de un acontecimiento que habia puesto en peligro su vida, se vió obligada a cambiar de temperamento; que esto mismo se lo repetí a ella en la noche del baile y en vuestra misma presencia. Pues bien, señor César, ese acontecimiento del coche no es mas que una invencion, y la ausencia de Ana de la sociedad, fué para dar a luz una criatura que llevaba en su vientre cuando se declaró vuestra amante.

—¿Y tenéis pruebas claras y terminantes de lo que decís, caballero?

—Os puedo presentar sus mismas cartas, la casa donde tuvo lugar el alumbramiento, la matrona que la asistió, y si lo exijis, la criatura que permanece en mi poder.

—Esa mujer, señor, es altamente criminal; me ha hecho cometer cosas horribles y destruido la paz de una familia. Oh! yo la creía porque juraba y la veía llorar!

—Era por esto porque os aconsejaba, señor César, que no os fiaseis mucho de las mujeres hermosas que declaman cuando juran amor y lloran cuando no se las cree.

—Pero es necesario, señor, que esa mujer sufra algún castigo, cruel y horrible como los padecimientos que ha sembrado.

—Y sin embargo, señor César, vos que erais la víctima ibais a purgar la infamia del verdugo: queriais sacrificar el inocente dejando impune a la culpable.

—Oh! estaba loco, amigo mío!

—Esa mujer no merece el mas débil de vuestros sacrificios, señor César, y ha sido una fatalidad para vos el haberos entregado a la desesperacion por haber descubierto en tiempo su perfidia. Yo tambien fui burlado y traicionado por esa misma mujer; sufrí mucho señor César, mucho, y aun no puedo cicatrizar mis heridas. Pero ya me veis, marchó la vida resignado, mi rostro siempre altivo y nadie puede burlarse de mi dolor porque nadie escucha mis quejas.

—Pero vos, señor Fernando, no le habreis

los hombres! Pero nada sé de positivo, amigo mío, y la idea de que una hija mia a quien amaba con toda mi alma, se encuentra huérfana en el mundo y espuesta a sus corrupciones y miserias, cuando podía yo haberla dado un brillante porvenir, me hace mirar a esa mujer con indignacion y con horror.

—Pero talvez el cielo, señor Fernando, se haya apiadado de la inocencia de vuestra hija y haya velado sobre ella para salvar su pureza.

—Ya lo veis, amigo mío, yo soi mas des-

graciado que vos para desesperar, y sin embargo, contemplais la resignacion y la calma en mi semblante. Imitadme. Preparad si gustais, un castigo para esa abominable mujer, y hacedla entender que donde no alcanza la justicia de los hombres, alza siempre su vara la justicia del cielo.

—Procuraré imitaros, señor Fernando, dijo César sintiendo su corazon menos oprimido, y procuraré ahogar mi sentimiento antes de dejar que él me ahogue.

—Adios, amigo mío, y permitidme que me felicite de haberos dado a conocer tan a tiempo la mujer por la cual habeis estado a punto de cometer una gran imprudencia.

—Hai situaciones bien tristes en la vida, señor; dijo César conduciendo hasta la puerta a Fernando,

Cuando aquel se encontró solo, empezó a pensar que realmente iba a cometer un horrible disparate en quitarse la vida, pues este nuevo golpe acabaria de anonadar a su familia ya harto angustiada por la muerte de su

sacrificado a esa mujer mas que un sentimiento de vuestro corazon y algun poco de tiempo; y yo ¡ah! yo se lo he sacrificado todo; mis mas dulces y tiernos sentimientos; todas mis esperanzas, mis ambiciones, mi tranquilidad, mi vida. Esa mujer ha hecho que yo con mi desobediencia le abra el sepulcro a mi madre! y que despedace el corazon de toda mi familia. Yo no soi un niño, caballero, y este amor profundo que me ha vencido y arrastrado, **no puede terminarse en la resignacion. porque todo el poder de mis mas fundadas reflexiones son impotentes para combatir su influencia.**

—Aun es falta que probar algunos sufrimientos en el mundo, señor César, dijo Fernando con emoci6n mal disimulada, para que comprendais la necesidad de resignarse. No está el valor en destrozarse asimismo para vencer las miserias y penalidades de la vida, sino en destrozarse estos enemigos de la tranquilidad sin llegar a desesperar del todo. Yo no quiero recordar cómo amé a esa mujer, ni cuáles fueron las necesidades que me hizo cometer mi necio sentimiento; pero vos me trais a la memoria, señor César, que he perdido en la fatal jornada, aquello que un hombre no puede recordar jamas sin un profundo desconsuelo: esa mujer es la causa de que me haya el mundo arrebatado una hija!

—Sois entonces verdaderamente desgraciado, caballero.

—Ah! si al menos hubiera muerto! prosiguió Fernando fijo solo en su pensamiento, si tuviera la certidumbre que ya no existe entre

madre. Ana era una mujer indigna y criminal, y matarse por ella seria dar el triunfo a sus traiciones.

Comenzó César a traer a la memoria los asuntos a los que tenia que consagrarse y que habia querido abandonar para siempre, y lo primero que se le vino a la imaginacion fué Auristella. Tomó su carta y volvió a leerla.

—Pobre criatura! pensó, te habia arrancado de los brazos de una mujer perdida para depositarte en el recinto de otra mujer criminal. ¿Qué destino tan triste!

Tocó en seguida la campanilla y un momento despues entró a la habitacion Tránsito.

—Os iba a hacer llamar señor Tránsito, dijo César, porque tenemos que ocuparnos de algunos asuntos de importancia.

—Estoi a vuestras órdenes, señor, contestó Tránsito respetuosamente y fijándose en la inquietud de su patron.

—El entierro de mi madre se ha hecho con toda solemnidad!

—Sí, señor, y el acompañamiento ha sido escogido y numeroso.

—¿Se echó menos mi presencia en el panteón?

—Algunos se ocuparon de vuestra ausencia, pero se dijo que estabais enfermo y que el médico os habia prohibido asistir a la fúnebre ceremonia.

—Asi es la verdad. No, jamas habria tenido valor para asistir a ella. Está bien, señor Tránsito, os agradezco vuestros buenos servicios. Pasemos ahora a otra cosa. ¿Cómo habéis

desempeñado la comision que os di últimamente?

—La casualidad ha querido, señor, que obtenga un éxito feliz. Para no dar que sospechar a la Komualda ni a su jente, me he visto obligado a hablar de vos con poco respeto. Como ya sabia donde se encontraban las cartas que hablaban del nacimiento de la señorita Auristella y de quienes son sus padres, he podido con algun trabajo apoderarme de ellas y aqui las teneis, señor.

Y diciendo esto presentó a César un pequeño rollo de papeles que contenia solo dos cartas. Este las abrió precipitadamente y cuando las hubo leído no pudo contener una exclamacion que llamó en gran manera la atencion de Tránsito. Esas cartas tenian para César una importancia extraordinaria, por que despues que las volvió a leer las guardó perfectamente en su cartera.

—Señor Tránsito, dijo con emocion bien visible; Auristella se ha visto obligada a huir de casa de Ana por el ejemplo pernicioso que en ella recibia. En la carta que me ha escrito, no me dice una palabra del lugar a donde ha ido a esconderse del mundo: es preciso a toda costa saber el paradero de esa pobre criatura. Poned en juego todos vuestros recursos, señor Tránsito, revolved a todo Santiago, hasta que obtengais noticias de la casa donde ha ido a favorecerse esa desgraciada jóven, No omitais sacrificios por costosos que os parezcan.

—Está bien, señor, dijo Tránsito, y voi desde luego a ocuparme en ello.

Se inclinó con respeto y salió de la habitacion.

—Ah! nó! exclamó César luego que se vió solo: seria un golpe demasiado terrible para un padre que acaba de estar lamentando la pérdida de su hija, hacerle saber que existe sin determinarle el lugar donde se encuentra. Seria atroz! Fernando, tu hija vive, y he sido yo quien la ha sacado del fango de corrupcion donde estuvo a punto de perecer! está pura, está inocente, porque tiene una alma donde se albergan todas las virtudes. Si tú me has dado la vida en este instante sorprendiendo mi fatal proyecto, yo te devolveré la dicha y la tranquilidad, porque te devolveré a tu hija.

Esto pensaba César, mientras Tránsito salia de la casa resuelto a no volver a ella inter no trajese la noticia del lugar donde se ocultaba Auristella.

Abrumado de cansancio y de fatiga, se tendió César sobre un sofá, y con su pensamiento va lijo en su madre, ya en Ana, consiguió entregarse a un doloroso sueño.

CAPÍTULO XXIV.

LOS SECRETOS DEL CRIMEN.

Hacia dias que Ana no se dejaba ver de nadie y solo entraban a sus habitaciones Margarita y Silvestre. Desde que Fernando se habia mostrado inflexible a sus súplicas, habia perdido completamente la esperanza de poder seguir

engañando a César y hacerlo un día su esposo. Este amargo desengaño en el momento mismo de ir a tocar una realidad reparadora y feliz, habia irritado en tal manera a esta mujer, que ya solo la inspiraban sus naturales perversos sentimientos. Sus últimas ilusiones estaban desvanecidas, su último sueño de felicidad habia terminado por una pesadilla cruel que hacia saltar a su marchito corazon, oprimido por el dolor y la rabia. Ya sabia que se hablaba de ella en sociedad, que Fernando habia comenzado a divulgar sus secretos, de manera que si no andaba mas lista que su enemigo, iba a quedar perdida para siempre. Por mucha presencia de ánimo que tuviera esta mujer, no podia pensar sin miedo, sin terror, en las consecuencias que podia traerle la revelacion de sus secretos a César, pues sabia todo lo que éste habia hecho por ella, la fuerza de su passion, la enerjia de su carácter y su orgullosa altivez. Su situacion, pues, era sumamente critica y juzgaba que no habia tiempo que perder.

Encerrada en sus habitaciones solo se ocupaba en sus proyectos de venganza, y meditaba en el golpe que habia de dar a Fernando, que fuera seguro y no pudiera ser descubierto por la justicia. Solo contaba con Silvestre para llevarlo a cabo, pero esto no la desanimaba, porque ella lo único que necesitaba era un ejecutor. El comerciante era un cobarde, pero era tambien un sublime ambicioso, un miserable, estaba quebrado y solo le esperaba la deshonor y la penitenciaría: él sabria buscar enerjia y poner en ejecucion los proyectos de Ana.

Diariamente conversaban sobre la necesidad de deshacerse de sus enemigos, pues mientras ellos se cruzasen por su camino, no podrian gozar de paz ni de tranquilidad. Silvestre importunaba con frecuencia a Ana para que la concediese de una vez su mano, y esta que solo queria servirse de él para vengarse, y que conocia perfectamente las intenciones del comerciante, le decia que hasta que no le diese una prueba elocuente de su amor, no podia entregarle su mano y su fortuna. Silvestre esperaba que llegase el día de la prueba para manifestarse el hombre mas apasionado de este mundo.

Este día se acercaba, porque Ana no podia sin impaciencia mirar que inútilmente se pasaba el tiempo. Ya no la preocupaba su hermosura y poco se cuidaba de aparecer delante de Silvestre descolorida y sin adornos: sabia que la rara passion del comerciante no se habia de entivar por una arruga mas o menos ni por que no observase con estrietez las reglas de la elegancia. Odio, odio implacable era la única passion de Ana, y nada habia en el mundo que estuviese mas arriba del sentimiento que la dominaba. El desprecio público lo contemplaba a un paso, y preferiria antes los mas crueles tormentos a consentir que se la señalase por la calle.

Sus sueños no eran mas que delirios porque continuamente la sobresaltaba el remordimiento del crimen. Ya no fuja aquella suavidad y blandura con que en un principio trataba a Silvestre, sino que le hablaba muchas

veces con enfado y solia despedirlo con aspereza.

La union y la amistad de los cómplices, no puede ser otra cosa que la hipocresia de la maldad.

Un dia notó Silvestre que el semblante de Ana estaba mas descompuesto que de costumbre, su aspecto mas sombrío, su mirada mas fija y siniestra.

—¿Estais hoy indispueta, querida mia? se atrevió a preguntarla Silvestre.

—He pasado mala noche, contestó Ana, y aun no estoy repuesta de las impresiones desagradables que me desvelaron.

—Ya os he aconsejado otras veces, amiga mia, que procureis imponer a vuestro espíritu: la filosofia es una medicina como cualquiera otra, y talvez la mas necesaria de todas.

—Suele ser a veces tambien un veneno, dijo Ana, y el mas ágrío y seguro de todos.

—Segun, dijo Silvestre vacilando porque jamas contradecía a Ana, hai ocasiones que suaviza los rigores de la suerte, y otras que desconsuela. Pero vos no debeis de temerla, porque vuestra vida siempre ha de ser risueña y sembrada de encantos.

—Ya os habeis olvidado, amigo mio, dijo Ana con intencion, que tenemos enemigos implacables y rencorosos, que se han propuesto incomodarnos bajo todos respectos y que han jurado nuestro descrédito y nuestra ruina.

—Teneis razon, esos infames enemigos parece que no se ocupan de otra cosa, que de andar sembrando calumnias por la sociedad.

—Primero quiero arreglar todos mis negocios, amigo mio, reducir a dinero mi fortuna para entregárosela en seguida, a fin de que vos hagais de ella lo que juzgueis mas conveniente.

—No hablemos de intereses, querida mia, cuando tratamos de nuestro amor: sois vos la que yo ambiciono y nada me importan todas las fortunas de este mundo.

—Tambien quedaré así convencida que vuestras palabras no son una dulce mentira, sino una consoladora verdad.

—Ya podiais haberos convencido de ello, pues en todo este tiempo no he tenido otra luz que me guie sino la que vos habeis querido comunicarme, ni mas voluntad que la vuestra.

—Está bien, amigo mio, voi a preparar el dia de nuestra ventura.

—Oh! concededme vuestra mano, querida Ana; y sin esperar que ésta se la estirase, se precipitó sobre ella y la cubrió de besos.

Ana insensible, fria, dejaba que el pobre comerciante desempeñase como podia ese paso de comedia, y decia interiormente: —Finje, imbécil, una pasion que no sientes ni has sentido jamas: ya llegará el momento de la prueba y entónces me pagarás tus besos.

—Pero es imposible, amigo mio, dijo con sentimiento, que podamos gozar con tranquilidad de la dicha que nos prometemos, mientras uno al menos de esos enemigos que tan alevosamente nos hieren, no haya desaparecido de la sociedad en la que nosotros vivimos.

—¿Y cuál es ese, Ana?

—¿Cuál otro puede ser sino Fernando?

316 Ya se hace necesario de que tomemos tambien nosotros la ofensiva.

—En eso he estado meditando, amigo mio, y puesto que ellos lo han querido, que sientan de una vez el peso de nuestra venganza.

—Yo me encargaré de hacérsela sentir, dijo Silvestre obligado por las palabras de Ana, pero dispuesto mas bien a huirles el cuerpo que a salirles al camino.

Ana compuso de repente su semblante y dijo con amabilidad y cariño.

—Vos sois el único amigo que tengo y el único a quien yo he podido amar. Nuestros destinos deben unirse porque nuestros caracteres se hermanan; y cuando yo pueda tener la conviccion que vuestro amor se iguala al mio, que nada existe para vos en el mundo sino yo, ya en ese instante nada tendré que pensar, sino bendecir mi suerte y compartir mi vida con vos.

—¿Qué debo hacer, querida Ana, para que tengais esa conviccion? cómo puedo apresurar ese instante feliz en que he de ver realizado el sueño mas bello de mi vida? Haced, ya lo veis, no soi mas que un esclavo vuestro.

—En mi aislamiento, vuestras palabras, Silvestre, son un verdadero consuelo para mí; si otros se empeñan en amargar mi vida por que desprecié sus amores, vos la hermoscáis presentándome a la vista un bello porvenir. Seremos al fin felices, amigo mio.

—Pero por qué sois tan cruel, Ana, que conociendo la fuerza de mi amor, dilatais ese momento en el que yo deba llamarme mia para siempre?

—¿Y de qué manera podemos alejarlo de la sociedad?

—Eso debiais resolverlo vos y no yo. ¿Qué se hace con un reptil que se pone bajo la planta de nuestro pié?

—Se le aplasta.

—Pues bien, es necesario hacer con Fernando lo que se haria con el venenoso reptil que intentara mordernos.

Silvestre comprendió el pensamiento de Ana y la miró con algun asombro. Su espíritu melancólico no le permitia entregarse a planes tan elevados, pero veia que era preciso seguir las inspiraciones de la mujer que podia salvarlo de un horroroso porvenir que no distaba mucho del presente.

—Si, dijo al cabo de un instante, es conveniente, es indispensable que Fernando desaparezca para que quede nuestra dicha asegurada. ¿De qué medio nos valdremos, Ana, para conseguir nuestro objeto?

—Vos no teneis una idea, amigo mio, y esto no hace honor a vuestro talento; debiais de meditar y buscar ese medio.

Silvestre se quedó pensativo y sintió que le sudaba la frente.

—No se me ocurre ninguno en este momento bastante seguro, dijo despues de un rato de meditacion, vos como de imaginacion mas viva y penetrante, acertareis talvez con él.

—Mirad, dijo Ana, yo creo que podemos perfectamente conseguir nuestro objeto, sin dar siquiera que sospechar a nadie. Fernando vive solo en su casa, y a las diez de la noche

ya está recojido: las piezas que habita, están en el primer patio a la derecha, cuyas puertas permanecen abiertas hasta tarde de la noche. La puerta de calle solo la junta, pero jamas le echa llave. Os vais cualquiera noche de estas, a las once que es la hora mas oportuna; os introducis a la casa sin hacer el menor ruido, abris suavemente la puerta del cuarto donde regularmente se encuentra, y como la silla que está a su escritorio y en la que se sienta a escribir todas las noches, tiene la espalda para la puerta, podeis perfectamente llegar hasta él sin ser sentido y concluir el negocio antes que tenga tiempo ni de volver la cabeza.

La sangre fria de Ana al manifestarle el espediente que debia de seguir para asesinar a Fernando, impuso de tal modo a Silvestre, que por un instante miró a su futura con horror. Pero ya no era tiempo de que se volviese a tras, y aunque el negocio atacase a sus nervios, tenia que sacar energia de su misma debilidad.

—No me parece tan sencillo el sorprenderlo en su misma casa, dijo Silvestre que buscaba en su imaginacion dificultades que oponer al proyecto, porque tendrá algun sirviente y bien puede este salirme al encuentro o ir en su socorro.

—Su sirviente es casado y duerme en el interior de la casa, y desde luego os puedo asegurar que nadie irá en su socorro porque no tendrá lugar de pedirlo.

—Si emplease la pistola, la detonacion me denunciaria; si el puñal, seria bien rara casual-

Silvestre se quedó pensativo. Recien empezaba a conocer a Ana y se asustaba de su carácter y del temple raro de su alma. Veia que esta no era una mujer que daba esperanzas ni que se intimidaba por nada, y para la cual los proyectos mas atrevidos y criminales, con tal que fueran seguros, eran fáciles y sencillos. Ya habia caído en sus manos, ya era su cómplice, y a parte de su conveniencia el miedo lo arrastraba a ella.

El aturdido comerciante guardó silenciosamente esa arma segura y terrible, pero en su semblante se le conocia que no estaba aun decidido a valerse de ella. Ana que conocia a Silvestre y que leia en su rostro su vacilacion y su miedo, comprendió la necesidad que habia de fortalecer su espíritu.

—El paso que vais a dar, amigo mio, le dijo llegándose hasta alcanzarle a rozar su cuerpo, es terrible, bien lo sé, pero es tambien absolutamente indispensable para nuestra dicha y tranquilidad. Luego que quedemos desembarazados de este enemigo, podemo's establecernos en el lugar que vos elijais. Tengo bastante fortuna para hacer agradable la vida en cualquiera parte del mundo donde juzgueis conveniente que nos establezcamos. Vos seréis mi señor y mi dueño y yo siempre tendré presente el inmenso sacrificio a que os obligó vuestro amor.

—Pero es preciso, queridísima, dijo Silvestre fingiendo candor, que a mas de los que me habeis manifestado, tengais otros motivos poderosos para vengaros de Fernando.

M. DE S.

11

idad que anduviese el pulso tan feliz, que no le dejase tiempo para gritar.

—¿Y quién os dice que solo el puñal y la pistola son las armas que pueden sacarlo a uno de compromiso? No os digo, amigo mio, si vos en nada meditais.

—¿Pero qué otra arma seria posible emplear?

—Una que obre instantáneamente, amigo mio.

—No la conozco: indicádmela.

Ana se levantó entónces con presteza, fué a su dormitorio y volvió luego trayendo un objeto que no podia comprender Silvestre.

—Aquí la teneis, dijo Ana; esta es arma que no hace ruido, y que tiene ademas la ventaja de hacer imposibles los gritos.

Silvestre tomó este objeto. Media poco mas de una cuarta, y como del gruesor de un dedo: era de cuero y muy bien suavizado y labrado: en ambos extremos tenia bolas de plomo perfectamente forradas. Era una arma sorda. Tomada por el centro, por muy suavemente que se dejase caer uno de sus extremos en cualquiera parte del cuerpo de un individuo, era imposible dejarle de hacer daño; dejándola caer con alguna fuerza en la cabeza, producía instantáneamente la muerte.

—Es arma como veis sumamente sencilla y que no puede estar prohibida por la lei, prosiguió Ana, y la que nos puede librar con mucha facilidad de un enemigo poderoso, el unico obstáculo que se presenta a nuestra union.

—Es indudable, contestó Ana sin la menor turvacion, y como no creo que tengan para vos ningún interes, no he querido distraerlos de vuestras especulaciones comerciales embargando vuestra atencion con ellos.

Silvestre sintió el golpe y se hizo el que no entendia. No era Ana la que se dejaria ciertamente batir por él.—Esta es mujer, dijo para si el comerciante, a la que no se puede satifizar impunemente.

—Habeis hecho mal en tener esos escrúpulos. Ana, agregó con intencion, pues todas mis especulaciones mercantiles no valen una sola de vuestras confianzas.

—Bien puede ser que ahora les deis tanto valor; porque vuestro sentimiento está exaltado, porque todo lo mirais con los ojos de la pasion. Tanto mejor para mí si siempre habeis pensado del mismo modo, porque esto me dice que siempre he tenido un gran imperio en vuestro corazon.

—Oh! inhumano, queridísima ¿qué no hubiera hecho yo en todo tiempo por vos? Obligado a devorar en secreto mi amor, he sufrido tormentos bien crueles, he vivido *protisoriamente*, si me perdonais esta espresion, y jamas pude con gusto consagrar mi atencion a mis negocios. Vuestro recuerdo, que me asaltaba en todas las horas del dia, me sustraia dulcemente a las engorrosas tareas que me imponian crujosos deberes.

—Y cuándo pensais ir a casa de Fernando? dijo Ana observando el efecto que sus palabras producian en el comerciante.

—Primeramente lo observaré por algunas noches, contestó Silvestre algo embarazado, y cuando se proporcione un cuarto de hora oportuno, procuraré presentármelo en la forma que vos me habeis indicado.

Aunque Silvestre aparentaba resolución y sangre fría, desde que Ana le comunicó su terrible pensamiento y lo eligió a él por asesino, su espíritu estaba inquieto y hablaba sin entusiasmo y mentía con dificultad. Los escalones del crimen deben ser sin duda muy fatigosos, y cuando se suben por la primera vez, deben de producir vértigos horribles. El comerciante que había pisado ya los primeros escalones, se marcaba, pero una fuerza irresistible lo impulsaba hacia adelante, como si la planta de satanás lo empujase incensablemente al abismo. Él se había conformado con tomar por esposa a una mujer deshonrada pero con fortuna, con la intención de deshacerse cómodamente de ella cuando hubiese recojido y empleado sus bienes; pero se le iba haciendo duro conformarse con unirse a una mujer que en una mañana de mal humor, podía ensayar en él uno de esos métodos que inventaba tan sencillos y silenciosos para librarse de un prójimo importuno. Sin embargo marchaba adelante, porque juzgaba que ya no era tiempo de entregarse a reflexiones ni a un arrepentimiento que podía traerle consecuencias fatales.

El talento penetrante de Ana, le permitía leer en el fondo del alma del comerciante, y no le inquietaban mucho sus vacilaciones porque

Un instante después volvía a entrar Margarita a la habitación de Ana seguida de un hombre que pertenecía al bajo pueblo; dejó a este en presencia de su señora y se retiró.

Este hombre tenía un aspecto siniestro y repugnante: difícil era buscarle el alma en la cara porque esta era indescifrable a consecuencia de sus manchas y de varias cicatrices que recojían la cutis. Vestía una manta raída y un pantalón sucio todo remendado. Se presentó a Ana con desfachatez y aguardó las órdenes de esta con frente elevada y aire resuelto.

—En este momento, dijo Ana, acaba de salir de casa la persona a quien tenéis que vigilar: no lo perdáis de vista un solo instante y tratad de expiar sus mas insignificantes pasos. Desde este momento corre de vuestra cuenta. No dejéis de poner en mi conocimiento cuanto haga este caballero, los lugares que frecuenta y las personas con quienes habla. Yo pago bien y quiero que me sirvan del mismo modo. Tomad estas monedas y diariamente podeis contar con una cantidad igual.

—Trataré de cumplir fielmente las órdenes que la señora me dá; dijo el hombre tomando el dinero que Ana le presentaba.

—De noche sobre todo, continuó Ana, debéis manteneros siempre cerca de él sin que lo note, y toda vez que lo veáis en conflicto volad en su socorro.

—Está bien.

—Marchaos que ya os lleva alguna de lautera.

comprendía el miedo de los criminales de baja ley, que cometen sus excesos temblando y con la idea de humillarse, en caso de ser sorprendidos, para implorar el perdón. Quiso no obstante asegurarlo bien y le dijo con tono solemne:

—Sois dueño de mi mano y mi fortuna, ya que habeis querido compartir conmigo los azares de mi vida presente para dividir los gozos del porvenir. Estais ya, pues, unido a mi destino y nuestras suertes serán iguales. Os miro desde este momento como mi esposo y mi cómplice. Obrad con tino y seguridad porque ambos nos necesitamos en la vida.

Estas palabras de Ana tuvieron una influencia extraña en el ánimo de Silvestre, y lejos de intimidarlo le infundieron energía. Se levantó con arrogancia y dijo con tono resuelto.

—Perezcán, pues, nuestros enemigos y ahoguemnos de una vez nuestras inquietudes. Vos sois, Ana el espíritu de la venganza y yo desde este momento me constituyo en vuestro brazo.

—Sí, amigo mío, dijo Ana abrazándolo, vos seréis el vengador de la inocencia calumniada y perseguida. ¡Vuestro alma se siente desfallecer por necios temores, que la ahiente y la eleve el recuerdo de la autora feliz que nos espera.

Silvestre estrechó a Ana con un entusiasmo perfectamente fingido y se despidió en seguida. Cuando Ana se vió sola tocó la campanilla. Margarita se presentó al instante.

—Conducid a mi presencia, le dijo Ana, a ese hombre que es dije que ocultaseis.

El hombre sin inclinarse siquiera salió de la habitación y se fué tras la pista de Silvestre.

Ana se dejó caer fatigada sobre un sofá. Los días que esta mujer había pasado en la meditación del crimen, habían sido para ella largos años cuya influencia se descubría notablemente en sus facciones que se descomponían y marchitaban con rapidez. Su mirada había tomado una expresión tan marcada que denunciaba de golpe todas las miserias de su alma, y era evidente que estaba profundamente desconsolada y nada miraba en el mundo, aparte de su venganza, que tuviese encantos para ella.

—¿Qué vida es la mía! exclamó de repente paseando su pensamiento por el pasado y abarcando rápidamente el presente ¿a qué estoy reducida yo! Ayer era una ilusión que adornaban los hombres para entretener sus esperanzas, y hoy una realidad triste que escarnecen porque marca el desengaño! Angustias, insomnios, infierno en todas partes!... Las inquietudes y peligros de mi vida no pueden tener ya compensación!... ¡Hombres infames, no habeis marchitado impunemente mis años; yo me elevaré en medio de vosotros como una sombra funesta y os repartiré el veneno en mis halagos!...

Y se alzaba erguida y pálida, como si ya se levantase en medio de sus enemigos; pero un instante después volvía a caer en angustiosa meditación.

CAPÍTULO XXV.

AURISTELLA Y SU PROTECTOR.

Mientras Silvestre se prepara para llevar a cabo el proyecto de Ana, veamos el éxito de las pesquisas de Tránsito para descubrir el paradero de Auristella.

Hacia dos días que César no salía de sus habitaciones, pues su espíritu estaba decaído por las grandes amarguras que aun envenenaban su existencia. No podía apartar su imaginación de Ana, y si antes era un esclavo de su amor, ahora lo era de su recuerdo. Pensaba unas veces dar la muerte a esta mujer, por que no era posible que continuase gozando de la vida después de haberlo martirizado tan horriblemente, alimentando en él una pasión profunda que había de costarle todas sus esperanzas y sus afecciones más queridas. Otras meditaba que una mujer tan criminal, debía ser puesta en evidencia ante el mundo, para que tuviese el castigo en los remordimientos y en el desprecio público. Pero su corazón noble y generoso no podía olvidar que la había amado y se complacía por instantes en creer que todo lo que le pasaba, no era más que una pesadilla horrible: cuando después palpaba la realidad cruel, sentía que la pena lo ahogaba y estaba a punto de volver a desesperar.

El recuerdo de Auristella venía en seguida a distraerlo; amaba a esta niña como si fuera su hija; él la había sacado de una casa de per-

dición, la había librado del abismo en el momento en que iba a ser despedida y no contaba la pobre joven con otro amigo ni otro protector en el mundo. Su situación presente, talvez infeliz, debía necesariamente de preocupar a César, pues él la había colocado en casa de Ana, de la que había huido como de una mansión criminal. A mas, ya sabía su protector quien era su padre, y esta felicidad inesperada para ella, debía aquel apresurarse en brindársela, pues ella le aseguraba un porvenir que tenían bien merecido sus virtudes. Había resuelto, pues, César ocuparse primero de Auristella, y meditar después cuál había de ser su conducta respecto de Ana.

Todas las veces que sentía llegar a Tránsito, lo llamaba para informarse del resultado de sus indagaciones, y siempre lo dejaba su dependiente desconsolado, pues ninguna noticia favorable podía obtener. Una vez vió que Tránsito se dirigía a su habitación con un semblante muy distinto que el de costumbre y con aire bastante inquieto. Hacia algunas horas que Tránsito faltaba de la casa y ya César se había fijado en su tardanza. Hizo este entrar a su habitación a su dependiente y se apresuró a decir:

—¿Aun no habéis podido indagar el lugar donde se oculta esa joven?

—Sí, señor, ya lo he indagado, contestó Tránsito con su seriedad habitual.

—¿Cómo ya sabéis dónde está?

—Sí señor, ya lo sé.

—¿Y habéis hablado con ella?

—No me ha sido posible porque no me lo han permitido.

—¿Pero en qué parte está?

—En el establecimiento de educación que rejentan aquellas monjas que llegaron de Europa.

—Oh! allí al menos habrá estado protegida de las misérias del mundo. ¿Y por qué no es permitieron que habláseis con ella?

—El porqué solo lo saben las monjas, señor. A mí solo me dijeron que ni yo ni nadie podía ver a la señorita Auristella.

—Nadie? lo veremos. ¿Y cómo llegásteis a saber que estaba Auristella en ese convento?

—Por una casualidad, señor. Después de haber andado todo Santiago y cuando ya iba perdiendo la esperanza de encontrarla, fui convidado por un amigo para ir a dejar esta mañana al panteón el cadáver de una joven que había muerto física en ese establecimiento. De vuelta del entierro estuve un momento en sociedad con los parientes de la difunta; una de las señoras de la casa, se quejaba amargamente de la vida que se le permitía llevar en el convento a su parienta: que le habían prohibido el comunicarse con nadie y que una sola carta había conseguido hacer llegar a sus manos, mediante la bondad de una alumna del colegio, la joven mas encantadora que había conocido en su vida y que hasta su nombre era bello y simpático, pues se llamaba Auristella. No recuerdo lo demás que dijo esta señora, porque luego que oí este nombre no pensé sino en ponerme cuanto antes en el men-

cionado convento. Pude al fin despedirme, y algunos minutos después ya estaba hablando con la madre portera. En un principio me negó estar allí la señorita Auristella, pero luego que la convení de mi convicción, confesó que estaba pero que no la permitiría hablar con nadie, porque era una niña huérfana que no reconocía en el mundo ningún pariente. Todas mis reflexiones fueron inútiles y tuve al fin que retirarme. Había tenido el pensamiento de recurrir a la autoridad competente para sacar una orden que me abriese las puertas de ese convento, pero reflexioné que yo no era un pariente ni un apoderado, y que por consiguiente no tenía ningún derecho que hacer valer. Entonces me he venido directamente hacia vos para comunicaros todo lo ocurrido.

—Gracias, amigo mío, le dijo César tomándole las manos, vos habéis venido a mitigar en algo las amarguras de mi situación: esa niña os va a deber su felicidad y un padre la dicha de abrazar a una hija que ya la lloraba perdida.

—Es a vos, señor, dijo Tránsito, quien deben de quedar agradecidos: yo no he hecho mas que cumplir con mi deber.

—Ahora no hai tiempo que perder, señor Tránsito: mandad que pongan mi carruaje, pues voi al instante a recibir la orden de la autoridad competente para sacar a la cautiva de su prision.

Una cuarto de hora después montaba César en su carruaje encargando a Tránsito que lo esperase en sus habitaciones.

César tenía influjo con la autoridad, y después de haber hecho ver que era un protector de Auristella y que la reclamaba para entregarla a su familia, obtuvo la orden que solicitaba. Se vino de prisa con ella, hizo entrar a Tránsito en su carruaje, y ambos se dirigieron al establecimiento de las monjas.

Después de una larga antecala que se les hizo sufrir en aquel mismo salón donde recibieron a Auristella, se presentaron, la superiora, la madre portera y el director espiritual. César las vio llegar con indiferencia y tomó un aire de gravedad que impuso a las directoras. Una de éstas le dijo:

—Estamos a vuestras órdenes, señor, ¿se os ofrece algo en nuestro establecimiento?

—Sí, señora, contestó César. Habiendo sabido que se encuentra en vuestra casa una joven llamada Auristella, que ha venido probablemente a implorar vuestra caridad, desearía que tavierais la complacencia de ponerla en mi poder, pues soy su apoderado y protector.

—Esa joven, señor, dijo la superiora, ha venido huyendo del mundo a buscar entre nosotras la tranquilidad y la paz. Nos ha dicho que es huérfana y que no tiene ni quiere tener quien pueda venir a molestarla en su retiro. Permitidme, pues, señor, que dude del derecho que os asiste para reclamarla.

—Así como vos dudáis de mi derecho, señora, permitidme que yo también dude de la sinceridad de vuestras palabras. Auristella no os ha podido decir, que no quiere que su pro-

tección se las había con quien podía enseñarle su deber.

—¿Y el director de conciencia de las monjas, dijo con sarcasmo César, puede disponer de las alumnas del establecimiento, como dispone de sus directoras?

—Yo no dispongo de nadie aquí, señor, y reparad que vuestro lenguaje es insultante.

—Me inspiráis demasiado desprecio, señor director de conciencia, para que yo me baje hasta medirme con vos. Los sacerdotes que cumplen con su ministerio, no andan jamás enredados en intrigas de majeres, ni comprometen su dignidad ni su verdad por sacar triunfantes las culpables ambiciones de los pecadores. Vos necesitáis, caballero, de un buen director que dirija vuestra conciencia, antes que os entretengáis en dirigir las de los demás. Podéis retiraros, señor director de conciencia, porque aquí no teneis ningún papel que representar.

—Habeis atropellado nuestro respeto, señor, dijo la superiora, y eso no podemos tolerarlo nosotras.

—Este caballero, dijo el director espiritual, está profanando esta casa donde se albergan la tranquilidad y la virtud.

—Y donde se mueren de tisis las penitentes, agregó Tránsito.

Esta frase suelta del dependiente de César, impresionó visiblemente a las directoras y a su confesor.

—Volviendo al objeto que ha motivado mi presencia en vuestra casa, dijo César dirigién-

te al director César Martín venga a buscarla en su retiro.

—Ultrajáis nuestra dignidad, señor, dudando de mi verdad, y ananeillais nuestra institución.

—Comprendo, señora, las consideraciones que merecéis, y conozco perfectamente las virtudes de vuestra institución; pero la franqueza con que estoy habituado a expresarme, no me ha permitido ser esta vez mas amable con vos. Os he dicho que puedo reclamar a esa joven, y ahora os agrego, señora, que tengo sobre ella el mismo derecho que puede tener un padre.

—Sin embargo, señor, esa joven no tiene familia, no quiere salir al mundo y no saldrá.

—Os equivocáis, señora, que sí saldrá.

—Caballero, dijo el director de conciencia, aquí nadie puede venir a ordenar ni a imponer. Esa joven Auristella, a quien Dios ha inspirado, vino voluntariamente a buscar la paz en esta casa, y permanecerá en ella todo el tiempo que le plazca. Es inútil, pues, que porfiéis por arrancarla a la vida tranquila y santa que lleva, para poner tal vez en peligro la salvación de su alma.

César se volvió hacia el director espiritual y quedó por un momento contemplándolo con soberano desprecio. Después le dijo:

—¿Quién sois vos, caballero, que os tomáis la libertad de mezclaros en este asunto?

—Soy el director de conciencia de las madres directoras de este establecimiento, contestó el clérigo un tanto corrido, pues compren-

do a la superiora, os suplico por la última vez que tengáis la bondad de entregarme a esa joven. ¿Qué interés podéis tener en mantenerla cautiva? No tiene fortuna que legar; no es un personaje temible por su influencia ni por su posición para que os infundiese miedo, en caso que estuviese en posesión de vuestros secretos; nada hai, pues, en ella por lo que merezca la pena de guardársela. Yo no miro en vuestra resistencia, señora, sino un capricho que ya debéis abandonar.

Las directoras comprendieron todo el sentido de las palabras de César, y quedaron parladas al extremo. Parecía que éste estaba bien orientado en los usos y costumbres del establecimiento.

—Ya os he dicho, caballero, dijo la superiora, que Auristella no saldrá de esta casa, y es en vano que prosigáis por mas tiempo perturbando la paz de este recinto.

—Pues entonces, señora, replicó César, ya que no he podido obtener nada de grado, me veo en la necesidad de emplear la fuerza.

—¿Cómo es eso, caballero? dijeron las dos directoras a la vez.

—Por lo que veo, agregó el director de conciencia, este caballero ha venido a dar una batalla.

—Y si no andais listo, señor director, le dijo Tránsito al oído, yo me encargo de tomaros prisionero.

—Sí, señora, continuó César, emplearé la fuerza, porque hé aquí una orden de la autoridad competente que me autoriza para ello.

Y sacándola del bolsillo la presentó a las monjas. Quedaron éstas pálidas y mudas; el confesor quiso acercarse para verla; pero César lo dejó clavado en su puesto con una mirada. Las monjas leyeron la orden y se miraron confundidas. Por fin, llena de turbación dijo la superiora:

—Nosotras no podemos respetar esta orden, señor: reclamaremos en debida forma.

—Hareis lo que mejor os plazca, señora; pero la joven sale ahora mismo del convento.

—¿Y os atreveríais a echar abajo las puertas?

—No sería yo quien hiciese la operación, señora; sería la fuerza que viniese.

—¿Y por qué, caballero, no principiáis por mostrarnos esa orden?

—Por que tengo la debilidad, señora, de ser amable con todas las de vuestro sexo, y porque jamás presumí que sería necesario echar mano de ella.

—Puesto que venis facultado para violar nuestras puertas, no haremos una resistencia inútil, de la que nos aleja la bondad de nuestra institución. Esperad, caballero, algunos momentos que vamos a hacer venir a Auristella.

Al cabo de algunos minutos volvieron a entrar al salón los mismos tres personajes trayendo en medio a Auristella. Al divisarla César, sintió un dolor profundo en su alma, pues vió el estado de acabamiento en que se encontraba esa pobre niña. Había enflaquecido notablemente, sus mejillas estaban pálidas

—Hija mía, dijo después de un rato de silencio la directora, este caballero dice que tiene sobre vos un derecho de padre, y viene a sacaros del establecimiento. ¿Reconocéis en él este derecho y estáis dispuesta a seguirlo?

—El Sr. César, contestó Auristella, es aquel protector de quien os he hablado, madre; él me salvó de la deshonra y la miseria, y ahora viene otra vez enviado por la Virgen a salvarme de una situación bien triste y angustiosa. ¡Oh! yo no he dudado jamás de la bondad del cielo!

—No quiero, señora, se apresuró a decir César, prolongar por mas tiempo la situación difícil en que os encontráis. Auristella, venid, que pronto la felicidad que os aguarda, os hará olvidar las tristes horas de vuestro cautiverio.

Auristella levantó sus ojos llenos de lágrimas y miró a las directoras sin el menor rencor, sin resentimiento, y les dijo:

—Yo no debo mirar en vosotras sino a las que me auxiliasteis en la desgracia. He comido a vuestra mesa y he dormido bajo vuestro techo: que Dios os recompense estos servicios, señoras. No me guardéis rencor, que yo jamás os he deseado mal alguno. Adios, señoras, y dadme vuestra bendición para que el recuerdo de ella aliente siempre mi gratitud.

Y llorando abrazó a las directoras, que asombradas del corazón tan puro y tan bueno de Auristella, le tendieron también sus brazos. El director de conciencia solo tomó parte en esta escena mudo y cabizbajo, y no abandonó el rincón donde se encontraba.

caídas, sus grandes ojos azules, apenas despedían luz y se veían lánguidos y circundados de sombras; su andar era lento y fatigoso, y en toda ella se descubría la melancolía profunda, la consunción que ya estaba en su espíritu.

—¡Pobre Auristella! dijo César para sí al verla, ésta era la vida llena de paz y tranquilidad que llevabas!

Cuando Auristella divisó a su protector, dio un grito de alegría e hizo un ademán, como de quererle abrazar. Notado esto por César se acercó hasta ella y la estrechó en sus brazos.

—¡Pobre niña! le dijo con ternura, el cielo os ha dado a probar en vuestros tempranos años, las mas crueles amarguras del mundo; pero ha sido para santificar mas vuestras virtudes. Hacedis pasado por el crisol de la desgracia, y ya es tiempo que principie para vos una vida tranquila y feliz.

Y dirigiéndose a las monjas y al director de conciencia, les dijo con sarcasmo:

—Ya quedo profundamente convencido del interés que os inspiraba vuestra pupila: habíais querido hacerla ganar el cielo por medio de la penitencia y del martirio. La pureza y la inocencia necesitan también inscribirse en el martirologio para llegar a las plantas de Dios. ¿No son éstos vuestros principios?

Las monjas estaban atontadas y no se atrevían siquiera a levantar los ojos. El director espiritual se ocultaba de Auristella detrás de las directoras; la desgraciada joven se cubrió el rostro con el delantal y lloraba.

Al salir del establecimiento, le echó Auristella una última mirada, y a pesar de los sinsabores que en él había experimentado, se despidió de él como de un asilo donde encontrara en un día de tribulación y de infortunio, un refugio a la pureza de su alma.

Los lugares en que hemos sufrido como aquellos en que hemos gozado, se gravan indeleblemente en nuestra memoria y su recuerdo siempre nos entenece y nos distrae. Auristella al despedirse de ese establecimiento, llevaba bien grabado su recuerdo.

Montó al coche con César y Tránsito, y las monjas escucharon con inquietud el ruido del carruaje que se alejaba.

Las madres directoras tenían temor que Auristella revelase la conducta que habían observado con Guadalupe y con ella, luego que se informaron por su confesor de los consejos que daba a la joven penitente. El negocio de Guadalupe había concluido fatalmente para las monjas, y esto las había irritado en alto grado. El director espiritual tuvo conocimiento de la carta recibida por Guadalupe y lo puso inmediatamente en noticia de las monjas: entonces pusieron a Auristella en una celda aparte y la sometieron a un régimen estricto y cruel. La joven penitente, cuya enfermedad se agravaba de día en día, vuelta a su aislamiento, cayó en una postración extrema y a los pocos días murió. Poco antes de este acontecimiento había hecho llamar a un escribano y estendido su testamento el que ignoraban absolutamente las directoras. No dejaban es-

tas de abrigar sus temores, pues sabían el influjo que había alcanzado Auristella en el corazón de Guadalupe y estaban perfectamente instruidas de los consejos que la daba. Así es que luego que murió la penitente, se abrió el testamento con las ceremonias del caso. La mayor parte de sus bienes los dejaba a favor de la beneficencia pública, principalmente para favorecer a niñas pobres y mujeres vergonzantes: 20,000 pesos para que se repartiesen algunos miembros de su familia, y 10,000 pesos a Auristella, que la había atendido y acariciado, decía Guadalupe, con la ternura de una hija. Ni una palabra siquiera sobre el colegio de las monjas.

Inmediatamente que éstas se enteraron del testamento arrieron en cólera y encerraron a Auristella en una celda aislada y sombría. Todos creyeron que esta niña había abandonado el colegio, y así lo hicieron creer las directoras. Por esto era la resistencia que hacían las buenas madres de entregar a Auristella, hasta que viendo que no había más que ceder, se resolvieron a dejarla marchar esperando las consecuencias de la indiscreción de la joven.

El director de conciencia, mas astuto que las madres, inmediatamente después de haber partido Auristella, le escribió a César la carta siguiente:

«Muy señor mío:

Os perdono las injurias que me habeis hoy prodigado; si hubierais conocido a fondo mis sentimientos no me hubierais ofendido. Como

sois el protector y apoderado de la señorita Auristella, pongo en vuestro conocimiento que la señora Guadalupe... aquien aquella bella y excelente joven había acompañado y asistido en su enfermedad, le ha dejado a su muerte un legado de 10,000 pesos, que es por cierto bien poca cosa atendidos los servicios de la señorita Auristella, y sus relevantes méritos y virtudes.

Disponed como gustéis de vuestro humilde
CAPELLAN.»

César recibió esta carta momentos después de haber llegado a su casa, y solo descubrió en ella la astucia de la hipocresía.

Auristella estaba sumamente fatigada y débil y no encontraba expresiones con que manifestar su gratitud a su generoso protector. Este la hizo entrar a sus habitaciones, y le dió a leer la carta que en ese instante le enviaba el director espiritual de las monjas. La niña echó entonces el carácter de Guadalupe, su resignación cristiana y sus virtudes, pero no manifestó contento al saber que ya podía contar con una pequeña fortuna para dominar su situación. César se mostraba asombrado de esta abnegación de Auristella.

Pasados algunos minutos, y cuando ya César creyó que Auristella estaba calmada y sus fuerzas un tanto restablecidas, tocó la campanilla y dijo al criado que se presentó:

—Id a casa del Sr. Fernando y decidle que tenga la bondad de venir en el instante.

Se volvió en seguida a Auristella y tomó asiento a su lado con aire cariñoso y paternal.

CAPÍTULO XXVI.

PADRE E HIJA.

Auristella miraba con tanto respeto a César y tenía tanta confianza en la pureza de sus intenciones, que no se acordaba siquiera que se encontraba sola en la casa de un hombre joven y al que debía estarle grata y sumisa. César por su parte contemplaba a Auristella como a una hija y amparaba su inocencia con la solicitud de un padre. La joven sin embargo se mantenía turbada en presencia de su protector, pero era porque se acordaba en ese momento de la carta que le había escrito de casa de Ana, y porque ya le parecía que se le iba a hablar sobre ella. Efectivamente, por aquí fué por donde principió César.

—Mucho debéis haber sufrido, Auristella, dijo, en vuestra vida; parece que hasta ahora no habeis visto brillar un solo día feliz: en los años mas tiernos y mas bellos de la juventud, habeis ya experimentado las amarguras de la edad de los desengaños. Vuestra carta, pobre niña, que vino a confirmarme en una verdad cruel y que os dictaron vuestros nobles sentimientos, está toda regada de lágrimas: debisteis habella escrito con mucho dolor.

—Así es la verdad, señor César, contesto ruborizada Auristella; pero vos que os doleis de mis amarguras parece que os olvidáis de las vuestras: yo he sufrido pensando en vues-

tros sufrimientos, señor César, porque vos no os parecéis a los demás hombres, y si alguno merece ser feliz en el mundo sois vos. Aquella carta que os escribí en un momento bien triste, talvez os vino a afligir; perdonádmela, porque yo solo he querido librarme de una gran desgracia.

—Os la agradezco, Auristella, si, os la agradezco. Ya todo está concluido: esa infame mujer martirizó por algun tiempo mi corazón, pero ya está fuera de mi camino y no quiero ocuparme mas de ella. Auristella, una desgracia inmensa me ha oprimido en estos últimos dias: acabo de perder a mi madre: encomendad su alma en vuestras oraciones.

—Ah! exclamó Auristella, cuántos infortunios os han rodeado! y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No os afligáis, Auristella, la dijo César sumamente enternecido; que no vuelvan a humedecer vuestro rostro lágrimas de dolor.

—Yo rezaré todas las noches por el alma de vuestra madre, y porque os devuelva el cielo, señor César, la tranquilidad que debéis haber perdido.

—Y habeis pensado alguna vez, Auristella, dijo César mudando de conversacion, en indagar quiénes sean vuestros padres?

—Ese es mi sueño de todos los dias, señor César, porque una huérfana corre muchos peligros en el mundo. Pero ellos talvez me abandonaron, y ahora aunque supieran donde existo, no me recogerian quizá, ni se acercarian a mí.

—Oh! eso no sucederia, Auristella, y si ellos

supieran donde os encontráis, vendrían presurosos a recogeros en sus brazos, y, creedme, os idolatrarian.

—Quien sabe si me conocen, si me ven, y me desprecian.

—No digáis eso Auristella, porque talvez ultrajáis a quien daría gustoso su vida por amparar la vuestra.

—Yo no acuso a mis padres y siempre me acuerdo de ellos en mis oraciones.

—Y si os dijese, Auristella, que vuestro padre hace tiempo que os busca, y que talvez está próximo a encontraros, ¿cómo le sabrías al encuentro?

—Vuestras palabras, señor César, abren mi corazón a la esperanza. ¿Vos acaso sabéis quién es mi padre? preguntó Auristella inquieta y conmovida.

—Sí, Auristella, le conozco.

—¿Y sabéis que me busca?

—Sí.

—¿Y creis que despues de haber estado viviendo con esa mala mujer, me estimaría siempre y no me negaría su amor?

—Creo, Auristella, que vuestro padre se considerará muy feliz cuando tenga la dicha de abrazaros.

¿Y quién es; por qué no me lleváis donde él; dónde puedo encontrarlo... Vos le diréis ¿no es verdad señor César? que su hija no ha dejado un momento de ser digna de él, que aunque ha vivido en una sociedad donde reinaba el vicio, no descendía jamas a ella, y que ni la pobreza, ni la miseria, ni el desamparo, consi-

gularon manchar su pureza ni empañar uno solo de sus sentimientos!

—Le diré, Auristella, que al abrazar a su hija, no abraza a una mujer sino a un ángel.

—Ah! qué bueno sois!

—Vuestro padre, Auristella, va a llegar dentro de pocos momentos, y es necesario preparar la escena que ha de tener lugar, porque indudablemente va a impresionarse demasiado.

—¿Es entonces ese caballero a quien hace poco habéis mandado llamar?

—Sí, y que ya no debe dilatar mucho.

—¿Y conocéis tambien a mi madre, señor César?

—No, y entiendo que vuestro padre gusta guardar silencio respecto de ella.

—Ah! conque voi por fin a conocer a mi padre!... Ya no seré huérfana en el mundo, ya nadie tendrá derecho de humillarme. Oh! este momento me hace olvidar todas las amarguras de mi vida!

—Vuestro padre no puede saber que felicidad le espera: aun no conoce a su hija. Cualquiera duda que tuviera respecto de vos, yo la desvanecería en el acto; y cuando se informe de la conducta que habéis observado en todas las situaciones difíciles de vuestra vida, y vea que una mujer entregada a la devoción y a la penitencia os dejó una cantidad de dinero por los servicios que le prestasteis cuando viviais a su lado, no podrá menos de convencerse profundamente que Dios ha puesto en vuestro corazón el tesoro de todas las virtudes.

—¿Y mi padre es rico? se apresuró a preguntar Auristella.

—Tiene bastante fortuna para llenar de encantos vuestra vida.

—Entonces voi a suplicarle, señor César, que haga repartir entre los pobres esa cantidad que me ha dejado la buena Guadalupe. Yo miro a los desgraciados y a los pobres como si fueran mis hermanos.

—Es porque vos sois hermana de todos ellos.

—¿Y él os ha dicho, señor César, que me busca, que quiere encontrarme, que me ama?

—Sí, Auristella; y me ha dicho tambien que se considera el hombre mas desgraciado de todos, porque le atormenta la idea, de que perdida vos en el mundo seáis presa de sus miserias.

—¿Entonces todavia, señor César, no le habéis hablado nada de mí?

—Nada, pobre niña, porque he venido a saber quien es vuestro padre, cuando ignoraba el lugar donde os encontrabais.

—No le hagais saber entonces lo que he sufrido y las humillaciones que he pasado; esto podria aflijirlo.

—Y si os interroga, Auristella, sobre vuestra vida ¿qué le contestareis?

—Oh! entonces... se lo contaré todo, y sabrá que tiene una hija que ha sido bien desgraciada.

—Pero que tambien ha sido bien virtuosa, y como vuestro padre debe comprender el poder de la miseria y el del ejemplo constante y

repetido, admirará la bondad de vuestra alma y la pureza de vuestros sentimientos.

—Oh! y a vos os lo debo todo, señor César! ¿cómo podré jamas manifestaros mi gratitud?... Pero el cielo recompensa estas acciones tan nobles y tan buenas, y él al cabo os hará feliz, señor.

—Mirad, como ya no debe tardar vuestro padre, es necesario que os instruya de lo que debéis hacer. Inmediatamente que llegue, os introduciréis en esa habitacion y solo os presentareis cuando yo os llame. Cuidado, Auristella; no vayais a cometer alguna imprudencia: estad solo pendiente de mí.

—Así lo haré, señor César; procuraré contener mi corazón.

En este momento sintió César ruido en el patio, y no quedándole duda que fuese Fernando, le dijo a Auristella que se ocultase en la pieza que le habia indicado. En efecto, un instante despues se presentó el sirviente a anunciar a Fernando. César le ordenó que lo hiciese entrar.

—Aquí me tenéis a vuestras órdenes, señor César, dijo Fernando entrando a la habitacion; me ha dicho vuestro criado que me llamais con urgencia.

Auristella sintió batirsele el corazón y se apoderó de todo su cuerpo un temblor nervioso. La voz que acababa de oír no le era desconocida; empezó a hacer memoria, y recordó que la habia escuchado en el baile de Ana. Fernando era, pues, el mismo caballero que se habia presentado con César en el baile, y del

que Ana quería vengarse, pues se acordaba Auristella perfectamente de la conversacion de aquella con Silvestre y César. La pobre niña se confundía de la amistad que ligaba ahora a César con Fernando, cuando había escuchado a su protector hablar de este en términos tan sumamente irritados.

—Es verdad, señor César, contestó César, que os he mandado llamar con urgencia, porque vamos a tratar sobre un asunto demasiado importante para vos.

—Gracias, señor César, sois un jeneroso caballero.

—¿Y qué habeis adelantado respecto de vuestra hija, señor Fernando? nadie es ha dado hasta ahora noticias de ella?

—Nadie, amigo mio, nadie contestó Fernando con una espresion de profundo dolor: en vano ofrezco gruesas cantidades, en vano me ajito e indago; no puedo encontrar sus huellas; ni una luz siquiera que me guie!

—Talvez habrá cambiado de nombre, vivirá talvez oculta: pero vos no debeis desesperar.

—Ya me es imposible, amigo mio, alimentar por mas tiempo la esperanza; debe haber muerto, o quién sabe si lleva una vida deshonrada y desloja sus tiernos años en la corrupcion y la miseria.

Auristella contuvo su llanto y estuvo a punto de precipitarse en la sala y echarse al cuello de su padre.

Su sacrificio era inmenso. César adivinando lo que pasaba en ese instante en el interior de Auristella, echó una mirada imponente a la

aquellos que no se pueden olvidar jamás. Desde ese momento tomó parte en vuestros pesares y quise tambien seros igualmente útil.

—Pero por mucho que hagais, señor César, no seréis mas feliz que yo, no alcanzareis mas consoladoras noticias. Si tuviera la conviccion de que esa criatura no existia, habria dejado de inquietarme su recuerdo; pero teniendo el presentimiento de que vive y amándola con toda la ternura de mis sentimientos, mucho me costará conformarme con la idea de que mi pobre Laura andará ¡quién sabe! mendigando la subsistencia o socorrida por los vicios!

César volvió a mirar a la puerta; un pequeño ruido que en esta se sintió, vino a advertirle que debía terminar con brevedad la escena, porque estaba a punto de ser desobedecido.

—Os equivocais, señor Fernando, dijo, al creer que yo pueda andar tan desgraciado como vos; pues no sé qué confianza me asiste en que he de encontrar a vuestra hija. Vos teneis el presentimiento de que vive, y yo lo tengo de que se halla cerca de nosotros.

—Hablais, señor César, con tanta conviccion, que me llenais de consuelo. ¿Habeis tenido acaso alguna noticia favorable?

—Sí, amigo mio, sí, he tenido una demasiado favorable y segura: por eso creo que ya no estamos distantes de vuestra hija.

—Os han dicho que la han visto?

—Sí.

—¿Que han hablado con ella?

puerta de la habitacion donde ésta se hallaba, pues sabia que estaba presenciando la escena al traves de los vidrios.

—Yo creo que en el mundo, señor Fernando, dijo César, solo debemos desesperar en vista de los hechos consumados; pero mientras estos no se presenten, debemos alentar siempre la esperanza.

Gracias por vuestro consuelo, amigo mio, pero ya no me alcanza al corazon.

—Vamos a ver: ¿qué es lo que habeis hecho? preguntar sijilosamente a seis, doce o mas personas, si han visto o si conocen a una jóven de tal edad, con estas señas y de tal nombre? Pues bien, señor Fernando, si esas doce o mas personas no han podido satisfacer vuestra ansiedad, no faltarán otras tantas que puedan hacerlo. ¿Cuál es el nombre de vuestra hija?

—Laura.

—Yo tambien, señor Fernando, me he ocupado de averiguar el paradero de esa pobre niña, y no desespero como vos de encontrarla. Como ya os lo he dicho, es probable que haya cambiado de nombre, pero como os he oido hablar en otra ocasion de ella, he podido dar algunas señas y la edad.

—Vos entonces habeis tomado parte en mi afliccion, señor César, y os han interesado mis desgracias. No conocia toda la bondad de vuestro corazon, amigo mio.

—Acordaos, señor Fernando, que no hace muchos dias, en un momento de prueba terrible para mí, me prestásteis un servicio de

—Sí.

—¿Y cómo sabeis que es ella misma!

—Porque vos me acabais de decir su nombre; y es lo único que me faltaba saber para confirmarme en la identidad de la persona.

—Señor César, amigo mio! no me hagais concebir la esperanza de abrazar pronto a mi hija, sino estais muy seguro de que es ella misma la jóven de que os han hablado: vos no podríais medir jamás el mal tan grande que me ocasionaríais!

Volvió César por tercera vez a fijar sus ojos en la puerta y puso un semblante airado.

—Estoi seguro, amigo mio, dijo César pensando en la situacion critica de Auristella, que es vuestra misma hija la que tenemos tan cerca de nosotros y que bien podeis abrigar la esperanza de abrazarla sin temor de un desengaño.

—Y dónde está y cómo sois tan cruel que no me habeis llevado ya donde ella, que no la habeis puesto a mis ojos!... Pero vos no sabeis, amigo mio, que me volveis la tranquilidad, la dicha, la única felicidad que ya yo podría esperar en el mundo! Oh! llevadme pronto donde ella, porque me parece que deiaorándonos un instante mas, voi a perderla!

—Calmaos, señor Fernando, pues mientras no os vea sereno no os llevaré donde vuestra hija.

—Pero esta es mucha crueldad, señor César! Oh! si vos estuvierais en mi lugar.... Mirad, ya estoi sereno.... ¿Y cuáles otras

pruebas habeis tenido para creer que esa joven sea Laura?

—Se han encontrado en poder de la persona a cuyo lado vivia, estas cartas que están firmadas por vos y que atestiguan su nacimiento.

Y sacó de su cartera las cartas que Tránsito le habia sustraído a la Remuñada, y las puso en manos de Fernando.

—Sí, dijo éste, no hai duda ninguna; son mis cartas. . . . ¡Es Laura, señor César, es mi misma hija esa joven! . . . Ya me parece que me podeis presentar a ella.

César fué a colocarse junto a la puerta de la habitación donde se hallaba Auristella y con tono solemne dijo a Fernando.

—Caballero, una mañana, en un momento de desesperación y amargura, había resuelto poner término a mi vida: vos os presentasteis entonces en mi casa, en esta misma habitación y me salvasteis. Cuando yo os he visto después desesperado y presa del dolor, he querido en pago volveros la tranquilidad y os la devuelvo. Aquí teneis, señor, a vuestra hija, inocente y pura como cuando vió por primera vez la luz.

Y abriendo de golpe la puerta le presentó a Auristella. Fernando fuera de sí se precipitó a abrazarla, y la joven temblando de emoción, a penas pudo dar un grito y cayó desmayada en brazos de su padre. Este empezó a contemplar con ojos devorantes el rostro de Auristella, y poniéndose de repente livido, dejó caer suavemente a la joven sobre un sofá y dijo con voz ahogada.

—Yo conozco esta cara! yo he visto otra vez a esta joven!

—Es probable, dijo César, pues se presentó al mundo por primera vez en el baile de Ana. Todos la llaman Auristella y vivia al lado de aquella mujer que me disteis a conocer y que tiene por nombre Remuñada, de cuya casa yo mismo oportunamente la saqué.

—Esta es Auristella, la hija de esa Remuñada, la querida de Silvestre!

—Os equivocáis, caballero, Auristella no es hija de esa mujer sino vuestra, y no ha sido jamás la querida de nadie.

—Ese mismo comerciante ha dicho que la compró por unas cuantas monedas!

—Ese comerciante, señor Fernando, es un infame y lo conoceis vos tan bien como yo. Esperad, vais a leer la carta que le escribí a vuestra hija, cuando ésta lo ultrajó y despidió públicamente de su casa por haber tenido la insolencia de haberla hecho una proposición deshonrosa. Pero no vayáis a juzgar por su locura que ese Silvestre ha procedido en virtud de un sentimiento generoso: sabía que yo era el protector de vuestra hija, y confesando su falta pensaba conquistar la indulgencia de su acreedor.

Y le mostró la carta que él mismo le habia dictado a Silvestre. Fernando la tomó precipitadamente y la leyó con ansiedad. Su frente se iba despejando de las nubes que la cargaban.

—¿Y cómo vino después Auristella a parar a casa de Ana? preguntó Fernando mortificado y clavó por la duda.

—Yo mismo la llevé al lado de esa mujer en el momento de sacarla de esa sociedad degradante en que vivia, pero en la que habia sabido hacerse respetar. Vos calculareis, señor Fernando, cuán honrada consideraría yo a Auristella al lado de la mujer que ya miraba como de mi familia. Habiendo vuestra hija descubierto casualmente los manejos criminales de la persona a cuyo lado vivia, huyó apresuradamente de su casa y fué a refugiarse a un colegio de monjas. Aquí teneis la carta que me escribió en el instante de abandonar esa mansión criminal.

Y entregó a Fernando la carta de Auristella. El afligido padre meditaba en los conflictos y amarguras por las que habia tenido que pasar su hija en los escasos años que contaba, para llegar hasta él. Después de leer la carta volvió a preguntar a César algo turbado.

—¿Y ahora, señor César, cómo se encuentra mi hija en vuestra casa?

—Porque la acabo hoy mismo de sacar de ese establecimiento en que marchitaba sensiblemente su vida. La prueba de lo que os digo, como de la conducta que ha observado vuestra hija en el colegio, la teneis en este otro documento firmado por el director espiritual de las monjas. Por él os informareis de un legado con que quiso honrar a vuestra hija una virtuosa mujer muerta en el establecimiento víctima del ascetismo, como una débil recompensa de los cuidados y atenciones que Auristella le prodigara.

Fernando leyó este otro documento y que-

N. DE S.

12

dó convencido de las virtudes que adornaban a su hija. Se volvió entonces hacia Auristella, que aun continuaba desmayada, y cubrió su frente de besos y de lágrimas.—Quién ha infundido en tu alma, exclamó, pobre hija mía, tanto heroísmo, que has podido defenderte en tus tempranos años de las violencias o fementidos halagos de los hombres! cómo no ha salpicado a tu frente ese fango inmundando en medio del cual has vivido, y donde te han sorprendido los primeros sueños de tu juventud!

—Vuestra hija, señor Fernando, ha merecido llamarse *estrella de oro*, dijo César, porque ha salido mas brillante del roco de esa sociedad que es el veneno de todas las virtudes y que deslustra todas las almas. Debeis, pues, conservarle su nombre, porque así jamás la nombrareis sin hacer el elogio de las bellas dotes con que fué favorecida.

—Teneis razon, amigo mio, debo llamarla siempre Auristella, porque este nombre la recordará en todo tiempo que sus virtudes han sido las únicas que la han llevado a la felicidad.

La tomó en sus brazos y César empezó a buscar algun extracto con que hacerla volver de su desmayo. Mientras tanto la contemplaba Fernando bañado de sentimiento y con los ojos empañados por las lágrimas.

—Reconozco sus facciones, dijo; la desgracia solo ha empalidecido sus mejillas, pero ha respetado el suave perfil de su rostro. Perdonad, amigo mio, estas debilidades al amor de un padre: las lágrimas no son siempre una

vergüenza, cuando las arranca el sentimiento mas noble del corazón.

—Esas lágrimas, señor Fernando, dijo César, son las únicas que se envidian en el mundo.

—¿Cómo no me fijé en ella en el baile? cómo la naturaleza no se despertó en mí?... Qué bella no estaría! cómo no resplandecerían su pureza y su hermosura!

En este momento se estremeció el cuerpo de Auristella y un instante después abrió los ojos. Al sentirse entre los brazos de un hombre quiso huir, pero recordando la escena que había presenciado y reconociendo a Fernando, se abrazó de él y escondió el rostro en su pecho diciendo:

—Padre mío!

—Auristella, hija mía, mi pobre Auristella! la decía Fernando y la estrechaba con fuerza contra su corazón. Ya estás al lado de tu padre, ya no tendrás que sufrir ni que temer en el mundo: haz cuenta, hija mía, que lo que has vivido hasta aquí no ha sido mas que un sueño, una pesadilla cruel que es necesario borrar de la memoria; y que ahora, solamente ahora es cuando despiertas a la vida.

Auristella mojaba con su llanto el pecho de su padre y César presenciaba enternecido y con secreta satisfacción, una escena que él había preparado y el amor de dos seres que le daban su felicidad.

—Señor César, le dijo Fernando, me es imposible manifestaros el sentimiento que me anima respecto de vos: os lo debemos todo, absolutamente todo, amigo mío, y es bien está!

nuestra gratitud para que yo la haga valer en este momento.

—Pero el cielo, padre mío, dijo Auristella, no se olvidará que tiene que premiar en el mundo al caballero mas noble y mas generoso que existe en él, y va a ser nuestro día mas bello aquel en que sepamos que es completamente feliz.

César quiso contestar pero le faltó la voz: el sentimiento lo había embargado.

—¿No queréis venir con nosotros, amigo mío? le dijo Fernando.

—Gracias, señor Fernando, pudo al fin contestar César, id con vuestra hija y disfrutad de la felicidad que por tanto tiempo os ha sido negada. Yo tengo que encerrarme ahora con mis recuerdos para después pensar en los culpables. Adios, amigo mío, y que vuestras atenciones y caricias le hagan olvidar a Auristella que ha sido un tiempo desgraciada.

Y para ocultar su emoción se precipitó en la habitación inmediata.

Después de haber visto marcharse a Fernando y su hija, tocó la campanilla e hizo llamar a Tránsito. Luego de presentarse éste, le dijo dándole un bolsillo con dinero:—Tomad, señor Tránsito, he aquí la recompensa de vuestros importantes servicios; esto es aparte de vuestro sueldo.

Tránsito sin decir una palabra tomó el bolsillo que se le presentaba y se retiró.

César, una vez solo, se encerró en sus habitaciones y empezó a ocuparse de Ana.

CAPÍTULO XXVII.

UN NEGOCIO CONCLUIDO PERFECTA Y SÍJILOSAMENTE.

Fernando instaló a su hija en su casa y desde ese instante no tuvo otra ocupación que atenderla. Nada hacia sin consultar a Auristella, porque se complacía en oírla discurrir y admiraba la facilidad con que se expresaba y la suavidad de su carácter y costumbres. Estudiaba sus gustos e inclinaciones para poder satisfacer todos sus deseos, y se llenaba de contento y de orgullo al contemplar su alegría y al verla rejentar en su estrado. Fernando quería con sus halagos y caricias hacer olvidar a la pobre joven la vida llena de privaciones y de angustias que había llevado. Todo el día estaba en sociedad con ella, y solo de noche ocupaba Fernando algunas horas en atender a sus negocios.

Ya parecía haberse olvidado de Ana, porque habiendo encontrado a su hija, habían principiado a cerrarse las heridas de su corazón. Pero si él se olvidaba de sus enemigos, porque el que es feliz no piensa en la venganza, estos se ocupaban de él en todas las horas del día y de la noche.

Hacia algunos días que entre diez y once de la noche, se veía a un individuo pasar repetidas veces por la puerta de la casa de Fernando, entrar sijilosamente al patio y fijarse

con mucha atención en las piezas de la derecha. Este individuo usaba zapatos de goma elástica para no hacer ruido con sus pasos y llevaba siempre cubierto el rostro con un chal de abrigo.

Una noche se vió entrar al patio con las mismas precauciones de siempre, a aquel individuo acompañado de una mujer cubierta con un espeso velo negro y que por la arrogancia de su andar y sus maneras, parecía pertenecer a una clase distinguida. Ese individuo era Silvestre y esta mujer era Ana.

—No me cabe duda ninguna, le decía Silvestre a Ana en voz baja, es Auristella, la misma muchacha de la Romualda, la que he visto hace poco en el cuarto donde escribe Fernando. Este estaba sentado a su escritorio, y ella le rodeaba por detras el cuello con su brazo y se inclinaba por encima del hombro como para ver lo que escribía.

—¡Ah no me había engañado, decía Ana, al pensar que esa muchacha era espía de este hombre. Pero ¿cómo pudo valerse de César para introducirla en mi casa? Mirad, amigo mío, cuán infames son estos hombres; se firman enemigos para combatir a una mujer!

—¿No os lo decía, Ana! si esta jente es capaz de pasar por las mayores bajezas de este mundo y cometer los hechos mas alevosos y degradantes, por realizar sus cobardes y criminales deseos.

—Ahora veo cuánta razon teniais, amigo mío, y que bien los conociais; pero aun no es tarde para castigar a los malvados, y será bien

ánchel que escapen a la justicia divina repartida por vuestra mano.

—Sí, ya estoy resuelto, Ana, decía Silvestre, y esta noche doi el golpe.

—¿Y si Auristella no abandona la habitación? si no deja solo a su querido?

—En ese caso, habría necesidad de dejar el negocio para otro día.

—No, amigo mío, porque asuntos de esta clase nunca deben dejarse al tiempo. En ese caso, yo os podría proporcionar ahora mismo un compañero que se encargase de ella.

—¿Y debía perecer también Auristella? dijo asustado y mirando con terror a Ana.

—¿Y no está ella también en el número de nuestros enemigos? y no puede sernos funesta en el porvenir? Si la necesidad nos obliga a igualar su suerte a la de Fernando, no hai que vacilar, Silvestre, corazón grande y mano firme!

El comerciante iba ya tomándole el peso a la prueba de amor que Ana le exijia, y empezaba a dudar si pesaria mas la fortuna tras la que iba, o la heroica accion con la que se preparaba a acreditar su sentimiento.

—Talvez se retire pronto esa muchacha, dijo Silvestre despues de un rato de meditacion, y entónces no se complicaria el negocio. Acércuemonos a escuchar.

La puerta del cuarto en que estaba Fernando, se hallaba entre-abierta: se acercaron hasta rozarla y pudieron perfectamente escuchar la conversacion que aquel tenia con Auristella.

días de pobreza. Ya yo la he perdonado todo el mal que me ha hecho, y aunque no es mi madre, me ha cuidado en la niñez y debo socorrerla si alguna vez se ve obligada a implorar la caridad del mundo.

Fernando se sintió enternecido por las palabras de su hija, y cada día tenia un motivo mas para idolatrarla y enorgullecerse de ella: le parecia que no podia existir un corazón mas bello que el de Auristella, y en ese momento la hubiera colmado de caricias.

Ana estaba asombrada con la conversacion de aquellos y veía que Silvestre la habia engañado cuando la habia dicho que Auristella era hija de la Romualda: le extrañaba también en gran manera el respeto con que Auristella hablaba a Fernando y la confianza tan amistosa y digna con que éste trataba a aquella. Silvestre estaba dando a los diablos la conversacion, aunque también encontraba en ella mucho que admirar.

—Ciertamente, Auristella, dijo Fernando, que no puede hacerse una obra mas cristiana que la que meditas, y mal haria yo en combatir los nobles impulsos de tu corazón. Tú determinarás la cantidad que deba apartarse para socorrer a esa mujer si cae en la miseria. Pero mira, Auristella, ya es tarde y mañana podemos concluir mejor este asunto. Vete a dormir, que has menester todavía cuidarte para reparar los insomnios del colejo.

—¿Y vos no os recojeis todavía?

—Voi a trabajar una hora mas, porque aun no he puesto en arreglo mis papeles.

—Se hará, pues, tu voluntad, Auristella, decía Fernando, y se repartirá como desees ese dinero.

—Ya yo no lo necesito, decía Auristella, y como la intencion de Guadalupe al dejarme esa cantidad, era reparar mi pobreza y aliviar mi situacion, yo desearia que se repartiese entre los huérfanos desgraciados que estuviesen en miseria. Una comision de personas bondadosas podria hacerse cargo de ese dinero y distribuirlo.

—Y así quedará cumplida la última voluntad de esa buena cristiana; tienes razon Auristella: tú no podias pensar de otro modo.

—Yo dejaria una pequeña parte de esa cantidad, prosiguió Auristella bajando los ojos, para hacer una obra buena, y que sin embargo no me atrevo a comunicaros.

—Pero si es una obra buena, Auristella, porque no te atreves a comunicárnela? temes acaso que yo vaya a oponerme a ella? Vamos, di Auristella, que obra buena es esa.

—Quisiera apartar un poco de ese dinero para dárselo a esa infeliz mujer, a cuyo lado tantos años he vivido, cuando se encuentre pobre y en desgracia; no sé por qué tengo el presentimiento que ha de verse en la miseria y menudando la subsistencia. Si es verdad que a su lado sufrí penas bien crueles, que me mantenía en su casa para especular conmigo, que últimamente quiso venderme despreciando mis súplicas y mis lágrimas, yo no puedo olvidar jamas que me hizo algunas caricias y que partía conmigo el escaso alimento en los

—Buena noche, padre mío.

—Adios, hija mía; no te levantes tan temprano como acostumbas, porque puede enfermarte el aire frio de la mañana.

Y estrechó contra su pecho suavemente la cabeza de su hija y la besó.

Ana y Silvestre se miraron de repente con asombro y apenas podian creer lo que habian oido.

—¿Auristella hija de Fernando! murmuraba Ana; y yo que la he tenido en mi casa, que ha dormido bajo mi techo, que ha escuchado mis confidencias! Si lo hubiera siquiera maliciado! ¡Ha! Fernando!... pero ahora no te escaparás!

Silvestre pensaba muy juiciosamente, que ya la hija debía haberle revelado al padre, cuanto él habia hecho por deshonorarla y por perderla. Bien le habia dicho la Romualda, que Auristella por su nacimiento era una gran señora. El comerciante estaba indudablemente en peligro, pues presumia que el padre quisiese vengar los ultrajes inferidos a la hija.

Abandonaron ambos la puerta con el mismo fin con que se habian acercado a ella, y se pusieron en la calle.

—Ya lo habeis oido, amigo mío, dijo Ana, una hora tiene que permanecer aun en su escritorio, y este es demasiado tiempo para dar un solo golpe. Ahora es mas necesaria que nunca la muerte de ese hombre. ¿Se considera feliz?

—Perded cuidado, Ana, dijo Silvestre, que

no disfrutará por muchos minutos mas de su felicidad.

—Os quedo esperando en casa, querido Silvestre, para que mañana mismo nos pongamos en marcha para otro pueblo.

—¿Y habeis reducido a billetes toda vuestra fortuna?

—Toda absolutamente: hasta los muebles de mi casa los he vendido ayer.

—E-tá bien; muy pronto me voi a reunir con vos.

Ana se fué sumamente agitada; a la vuelta de la esquina cambió algunas palabras con un hombre que allí la esperaba, y continuó su camino; este hombre se dirigió acto continuo a la casa de Fernando, y vió que Silvestre avanzaba por el patio agachado y sin hacer el menor ruido. Se pasó en seguida a la acera de enfrente y se puso en observacion.

Silvestre sufría en ese instante horribles tormentos; convertido en asesino, entraba lleno de miedo y sobresalto en la primer campaña. Sacó el arma sorda que le habia dado Ana y tuvo valor para acercarse hasta la puerta. Fernando se encontraba solo y escribiendo. La respiracion de Silvestre era tan agitada, que temió fuera a percibirse y se puso un pañuelo en la boca. Aquel estaba efectivamente con la espalda vuelta hácia la puerta y parecia entregado absolutamente a la tarea que desempeñaba. Varias veces estuvo tentado Silvestre por penetrar a la habitacion y consumir su obra, y otras tantas se le desvaneció la cabeza y le temblaron las piernas, viéndose

trarse cien leguas distante de Fernando. No tenia fuerzas para levantar el brazo, y escuchaba ruidos y veia bultos a su espalda.

Fernando divisó una sombra a su lado y cuando ya iba a volver la cabeza, descargó Silvestre sobre ella un golpe terrible con el arma de plomo, que lo tumbó en el acto sobre el escritorio. El cuerpo se fué resbalando de costado, cayó en la silla, en seguida en el suelo y comenzó a estirarse cuan largo era.

Apenas tuvo tiempo la victima de lanzar un grito ahogado, pues el golpe fué seguro y violento y habia producido instantáneamente la muerte.

Silvestre se aturdió hasta el extremo de perder casi la cabeza, y quedó enclavado en su puesto, como si un brazo invisible lo mantuviese allí contemplando a su victima. El arma se le habia caído de la mano, y su semblante habia tomado una espresion sombría y estúpida. Al cabo de un instante se fijó en la habitacion: no habia reparado en ella todavia. El golpe del crimen lo habia desatentado, como el golpe que él habia dado a Fernando le habia quitado la vida.

Pensó en huir, y las piernas le temblaban y mil sombras lo cruzaban por todas partes. Se acordó de su arma, la buscó lijamente con la vista y se agachó a tomarla. Estaba inmediata a la cabeza del cadáver: al fijarse en éste le pareció que se movía, hizo un supremo esfuerzo y apretó cuanto pudo el pañuelo de seda que tenia Fernando al cuello. De esta manera quedaba tambien estrangulado.

en la precision de alejarse algunos pasos de la puerta, para poder respirar con libertad.

El comerciante impulsado por una pasion miserablemente mezquina, no podria jamas ser conducido al heroismo del crimen sino al lodazal inmundo de las acciones cobardes y alevosas.

Ya se resolvía y ya volvía a temblar de nuevo, porque a medida que se alejaba del cuarto de Fernando, se le representaban los horrores de su situacion y la fortuna de Ana que podia ponerlo en salvo; y cuando llegaba hasta la puerta solo se le representaba su crimen, la idea de una resistencia y el temor de sorprenderlo. Pero era necesario acabar de una vez, porque los minutos se pasaban y la oportunidad era bellísima. Despues de haber meditado en la puerta de calle algunos cortos momentos, de mirar para todos lados para cerciorarse que nadie podia sorprenderlo, se apoderó de Silvestre un vértigo infernal, y atacado por temblores convulsivos y sudándole la frente se dirigió resuelto al cuarto de Fernando. Éste estaba inclinado sobre su escritorio y escribia. Silvestre abrió con un tiento extraordinario la puerta y penetró en la habitacion. Llevaba en la mano el arma infame y de puntillas se fué acercando a grandes pasos hasta la silla de Fernando.

El aspecto de Silvestre era espantoso: sus ojos ya saltaban de sus órbitas, los cabellos esparcidos por su frente, su boca entreabierta y livida, sus narices hinchadas, todo lo hacia constituirse en la verdadera imájen de la alevosia. En ese momento hubiera querido encon-

Creyendo que ya se habia demorado demasiado en la habitacion, se asomó a la puerta y no viendo a nadie salió precipitadamente y se puso en la calle. Esta estaba silenciosa y desierta: el sereno dormia profundamente en una esquina, sentado en un quicio demasiado ancho que escondia perfectamente su cuerpo. Silvestre tomó la calle que le pareció menos acompañada y se dirigió a su casa con paso acelerado como si alguien fuese en su seguimiento. Luego que llegó a ésta, lo primero que hizo fué mirarse en un espejo: tenia la idea que se habia desfigurado y que llevaba el asesinato escrito en la frente. Estuvo un largo rato paseándose muy agitado y cada ruido que percibia le ocasionaba un temblor en todo su cuerpo. Hizo todos los esfuerzos posibles por serenarse, y cuando se creyó un tanto calmado, se dispuso a marchar a casa de Ana. al abrir la puerta de su habitacion, lanzó un grito y casi cayó de espaldas. Habia creído ver el rostro livido y agonizante de Fernando. Cerciorado de que habia sido una ilusion, salió de la pieza y sin acordarse de cerrarla se puso en camino para la casa de su cómplice.

Mientras tanto, el hombre que estaba en observacion frente a la casa de Fernando, tan luego como vió salir a Silvestre lo siguió con la vista hasta que lo perdió en las sombras y se entró precipitadamente a la casa de aquel. El cuarto donde estaba el occiso se encontraba abierto y con luz; penetró en él con sangre fria y con calma. Levantó el cadáver y le sacó el reloj; hizo en seguida una pesquisa minu-

ciosa en todos los cajones de los muebles que había en la pieza y recojió unas cuantas monedas; apagó la luz y salió de la habitación cerrándola perfectamente y con cuidado; también cerró la puerta de calle y se dirigió a dar parte a su patrona de todo lo que había observado.

Cuando llegó a casa de Ana, la encontró en conferencia con Silvestre y se puso a observar por una ventana. Este hombre sabía que su patrona era rica, y no perdía la oportunidad de escudriñar con sus ojos por ver si daba con el lugar donde se escondía la caja.

Silvestre encontró a Ana parada al frente de su velador, guardando en uno de sus cajones los billetes que contenían su fortuna. No se le escapó al comerciante esta operación. Avanzó lleno de febril agitación hacia Ana con el objeto de abrazarla, y al tocarla casi se paró de repente y quedó helado en su presencia. Ana, al sentirlo, fijó en el comerciante una mirada profunda, y desde luego comprendió que ya estaba vengada. Entonces tomó una actitud imponente y severa, miró al comerciante con repugnante desprecio, y dijo con un tono de reina:

—¿Y bien?

Silvestre no sabía qué pensar: le parecía que estaba delante de un juez y que iba a principiar el interrogatorio. Miraba a Ana con ojos espantados y no comprendía su actitud ni su arrogancia. Completamente fascinado, pudo al fin responder a media voz:

—Señora, el negocio se ha concluido perfectamente y con el mayor sigilo.

—No me había equivocado, señor Silvestre, al creer que se podía hacer de vos un famoso asesino; dijo Ana con una leve sonrisa que heló la sangre en las venas del comerciante.

—Permitidme, Ana, dijo turbado Silvestre, que me admire del recibimiento que hacéis a vuestro cómplice.

—Verdad es que no he principiado por daros la recompensa; pero ahora estáis demasiado aturdido, señor Silvestre, y a más, es muy tarde y desearía recogerme. Mañana, si os place, podemos arreglarnos.

Silvestre abrumado por su horrible situación, no osaba mirar a Ana de frente y trataba de esconder su rostro de la luz de la bujía. Empezaba a sentir mala su cabeza y no quería pensar siquiera en que Ana pudiera burlarlo y despreciarlo después del aleroso asesinato que lo había hecho cometer. En su delirio se atrevió a decir:

—Vos me lo habéis dicho, Ana: nuestras suertes son iguales, y el destino del uno será fatalmente el del otro.

Ana soltó una ruidosa carcajada.

—¿Os estáis burlando, Ana, de mí, después del asesinato que me habéis hecho cometer! Esto es horrible!

—Yo no me burlo de vos, señor Silvestre, me río de mis palabras.

—Ana! dijo humillado y suplicante Silvestre, no me trateis así; no me hagais perder el

juicio; tened compasión de mí! Mirad que yo os amo!

—Mañana cancelaremos nuestro amor, señor Silvestre. Si vos me habéis satisfecho según mi deseo, yo también procuraré dejaros contento. Y antes que os vayais quiero daros un consejo: jamás procureis marchar unido con vuestros cómplices, porque si no os traicionan, estáis espuesto a perderlos o a ser perdido por ellos.

—Me habéis hecho un hombre completamente desgraciado!

—No he hecho más que señalaros el camino que buscáis.

—¿Y qué debo hacer ahora yo? preguntó Silvestre con la humildad del reo que se somete a su destino.

—Ocultaros en vuestra casa y dejar que los representantes de la justicia hagan su deber.

—Ana, yo me mataría si vos me traicionaseis.

—Eso no mejoraría en nada vuestros negocios, señor comerciante, y no os matareis.

—Adios, Ana, hasta mañana, dijo Silvestre y se retiró atónito, desconsolado profundamente y presa de atroces remordimientos.

Ana ni siquiera le contestó su saludo. Cuando se vió sola exclamó:

—¡Por fin, ya estoy vengada! Fernando, te vencí! he podido más que tú! Ven ahora a amenazarme! ven a llenarme de sarcasmos para recrearte en mi mortificación! ven ahumillarme y a deshonrarme ante el mundo! Ven!

En este momento se abrió con suavidad una

de las puertas que estaba en frente de Ana y apareció por entre las cortinas la cabeza de un hombre. Ana dió un grito horrible y tuvo que afirmarse con las dos manos en el velador para no caer.

—No os asustéis, señora, soy yo, dijo el hombre que había expiado a Silvestre, y que viendo que la noche se pasaba quería llegar a su casa antes que le sorprendiesen las luces del día.

Ana se incorporó en el acto y se manifestó sumamente corrida del susto que había experimentado. La entrada del hombre le pareció sospechosa y se llenó de miedo; así, en vez de incomodarse con él por la libertad que se había tomado de entrar a su habitación sin que se le llamase, le dijo con amabilidad.

—No me había olvidado de vos y ya os iba a hacer entrar; no sé qué se me figuró al veros. Contadme cómo se portó el hombre?

—Un poco turbado, señora, aunque dió bien el golpe; huyó con mucha precipitación, de manera que tuve que entrar yo a apagar la vela, poner en arreglo algunas cosas y cerrar las puertas. No creo que la justicia pueda esta vez seguir las huellas al matador.

—¿Gritó la víctima?

—No escuché nada, señora, por lo que creo que pocos negocios como este se han concluido con más felicidad.

—Sois un servidor excelente y merecéis buena recompensa. Tomad.

Y le pasó un bolsillo lleno de monedas de oro. Al acercarse el hombre para tomarlo, le

echó Ana una mirada penetrante procurando leer sus intenciones en su rostro. Nada descubrió que pudiese alarmarla.

—Ahora, prosiguió Ana, retiraos a descansar, y volved mañana a la oración porque quiero daros algunas instrucciones.

—Está bien, señora; ya sabéis que estoy a vuestra disposición.

Y se retiró juntando tras sí la puerta. Ana empezó a gritar a Margarita, hasta que la pobre muchacha despertó, pues se había quedado dormida, y vino a ver qué se le ofrecía a su señora. Ana la ordenó que cerrase la puerta de calle después de registrar bien el patio, y la mandó en seguida recojerse. Luego se echó llave en sus habitaciones, contó sus billetes, se acostó y pudo dormir.

En el alma de esta mujer, ya no tenían cabida ni aun los remordimientos.

CAPÍTULO XXVIII.

LA JUSTICIA DE LOS HOMBRES.

Al otro día, poco después de levantarse el sol, entró Tránsito sin ceremonia alguna en las habitaciones de César. Este ya estaba en pie, y al ver a su dependiente de la manera que se presentaba, juzgó que venía a comunicarle alguna cosa de grande importancia. Así es que le dijo sin enojo:

—¿Ocurre algo de extraordinario, señor Tránsito?

—Sí, señor, un acontecimiento que os va sin duda a sorprender.

—Figuran en él nuestros enemigos?

—Sí, señor.

—Hablad.

—Anoche ha sido muerto alevosamente en su casa y en el cuarto mismo donde escribía, el señor Fernando.

—¿Qué decís, Tránsito? ¿Fernando.... Ah! qué desgracia! Cómo! quién lo ha muerto?

—Silvestre.

—Es imposible: si es un cobarde; si no puede atreverse a atacar solo a un hombre.

—Por lo mismo que es un cobarde no se atrevió a atacar de frente y dió el golpe al desenido y por detrás.

—¿Y creís que él solo esté manchado con tan horrible asesinato?

—Creo que otra persona de mano mas débil y delicada pero de corazón mas atrevido, ha sido la autora del proyecto, y que el miserable comerciante solo ha sido el vil ejecutor.

—Ah! esa no puede ser otra que Ana, que esa infame mujer!

—Vos la habeis nombrado, señor.

—¡Pobre Fernando! cuán breves fueron para ti los instantes de felicidad! pobre Auristella! aun no se quiere romper la cadena de tus desgracias! pero aun te queda tu protector! Tránsito, yo había pensado perdonar; iba a dejar a la justicia divina el castigo de esa mala mujer; pero ella ha querido que antes de recibir aquel, caiga también sobre su ca-

beza la cuchilla humana. Es necesario que el asesinato de Fernando sea el último crimen de esa mujer. Seguidme, vamos a socorrer a la pobre Auristella y a informarnos bien del hecho.

Y salió precipitadamente de su casa seguido de su dependiente.

La casa de Fernando presentaba un espectáculo digno de observarse. Desde muy temprano la policía ya era informada del suceso y poco después la ciudad entera no se ocupaba de otra cosa. De manera que la pieza donde estaba el cadáver y el patio de la casa, se encontraban atestados de curiosos que comentaban el acontecimiento a su sabor y sin que nadie pudiera descubrir la verdad porque todos mentaban. En una cosa acertaban y estaban todos acordes, en el nombre de sus asesinos. Como se sabían públicamente las enemistades de Ana con Fernando y la ambición de Silvestre, el nombre de éste y de aquella salieron involuntariamente de la boca de todos en el instante de saberse el suceso. Esta voz pública que casi siempre es infalible mientras mas espontánea, llegó a los oídos del asesino y del cómplice y los alarmó grandemente.

El cadáver se encontraba custodiado por guardias y por algunos parientes de la víctima, y nadie lo había tocado esperando la llegada del juez correspondiente. Allí estaba efectivamente en el mismo lugar donde cayó: su aspecto horrorizaba y decía bien claro que el alevoso asesino había consumado su crimen con una atrocidad de la que hai pocos ejemplos.

Llegó el juez con un semblante demudado; al entrar a la pieza creció visiblemente su turbación y se quedó mudo en presencia del cadáver. Había oído pronunciar también el nombre de los culpables y él no podía condenar a Silvestre. Después de serenarse entregó el cadáver a los médicos para que estos hiciesen la autopsia. El certificado de estos, decía simplemente: que Fernando había sido muerto con arma contundente, que el golpe lo había recibido en el cerebro y que en seguida había sido estrangulado con su misma corbata. Después de obtenido este certificado, iba a proceder el juez a tomar declaraciones a todos los que habitaban la casa, y cuando se aprontaba a interrogar a Auristella que recién volvía de un furioso ataque que la dejó sin sentidos, se presentó César. El juez quedó indeciso al encontrar la mirada amenazadora y siniestra del protector de la joven, y no osó decirle una palabra. César fué el primero que interrumpió el silencio.

—¿Qué ibais a hacer caballero? dijo al juez.

—A cumplir con mi deber.

—¿Y de qué manera, señor?

—Interrogando a todos los que habitan esta casa, para formar mi conciencia respecto al misterioso acontecimiento que ha tenido lugar anoche y dar en seguida cumplimiento a la lei.

—¿Y vais a principiar, señor juez, por interrogar a la hija sobre el asesinato de su padre?

—Ignoraba que esta joven fuese hija de la víctima; y aun cuando así sea, no por eso está exenta de prestar su declaración.

—Caballero, dijo César con un tono que hizo estremecer al juez, no era la hija despedazada por el dolor, y cuyo juicio, la desesperación ha trastornado, a quien debíais primeramente hacer comparecer ante vuestro severo tribunal. Esta jóven es hija del asesinado y yo soy su protector, y hablarle sobre la dolorosa muerte de su padre en el momento que vuelve del desmayo que ésta le produjera, es querer imponerle un castigo por haber tenido la inmensa desgracia de perder al que la dió el ser. Es un sarcasmo, señor juez, que todavía no se le había ocurrido a nadie antes que a vos. ¡Una hija que por primera vez gozaba de las caricias de un padre que un prolongado infortunio le había ocultado, en el acto de ser herida en lo más íntimo de su corazón por la muerte violenta y alevosa de ese ser que era todo su apoyo y su bien en el mundo, compareciendo ante el juez y declarando que ella no ha tenido parte en el asesinato! Os he dicho, señor juez, que yo soy su protector y no puedo permitir un acto tan refinado de crueldad. Tened la bondad, caballero, de atender a la voz pública, y proceded en seguida contra las personas que ella determina; así satisfaréis las exigencias de vuestro augusto ministerio, y se dirá que hicisteis justicia y que disteis cumplimiento a la lei.

—¿Y qué personas son esas que determina la voz pública? preguntó el juez bastante incómodo ya por las palabras y el tono arrogante de César.

—Preguntadlo, señor, al primero que pasa por la calle.

—La obligación del juez es prender a todo aquel que aparece sospechoso, y, perded cuidado, caballero, que yo sabré poner en seguridad a todos aquellos que aparezcan complicados por las declaraciones que tome.

Auristella que había sufrido tanto en sus pocos años, jamás se había visto en una situación más dolorosa; le parecía un sueño los días de felicidad pasados al lado de su padre, y estaba próxima a perder la razón al pensar que realmente había vivido con el que le dió el ser y cuyo cadáver se encontraba nada más que a algunos pasos de ella. Al divisar a César había corrido a abrazarse de él y ocultaba en los brazos de este su desesperación y sus lágrimas. Ninguna reflexión podía conformarla, por que en el instante de experimentar una pérdida sensible, el corazón queda presa del sentimiento y solo se tiene voluntad para llorar.

César, sin escuchar las últimas palabras del juez, trataba de consolar a Auristella, o más bien, de mitigar su tormento. Viendo que se demoraba demasiado en alejarla de esa casa donde cada objeto aumentaba su desesperación, no esperó su carnaje, y subió con ella en el primero que se le presentó. Una vez en su casa, dijo a Auristella.

—No desesperéis, pobre niña, de los rigores del destino; la virtud de las almas grandes es sobreponerse a los grandes dolores; y la vuestra, Auristella, probada ya en el infortunio, no debe desfallecer ante ningún contratiempo de la vida; porque el mundo solo es un obstácu-

lo a la felicidad, y la existencia no es más que un sufrimiento continuado.

Auristella escuchaba a César pero no podía hallar consuelo en sus palabras: su imaginación solo le presentaba a la vista el cuerpo inanimado de su padre y un porvenir tan triste como el pasado. Al cabo fijándose en su protector, comprendió, que si quedaba nuevamente huérfana en el mundo, no tendría tal vez que sufrir tantos sinsabores y pasar por tantos peligros como los que hasta entonces la habían rodeado, pues iba a cuidar de ella aquel que había sido su verdadero padre y de cuyos sentimientos ya no le era posible dudar.

Quedó momentáneamente en la casa de César mientras se le pasaba el aturdimiento que le produjera un acontecimiento tan inesperado y terrible.

El juez mientras tanto tomó declaraciones a las pocas personas de la servidumbre de Fernando que habitaban la casa, y se retiró en seguida a formar su conciencia para establecer su juicio.

No se fué en derecho al juzgado sino a su casa, y en el acto mandó llamar a Silvestre. Este ocurrió presuroso y el juez le hizo entrar en una sala y se encerró con él.

El comerciante estaba revelando su crimen en su semblante, en sus palabras y hasta en sus acciones. Cuando se vió encerrado con el juez, a pesar de que tenía motivos para creerse seguro, su cuerpo le temblaba y en su rostro se pintaba el temor.

—Silvestre, le dijo el juez cuando estuvo

convencido de que nadie podía escucharlos, tú has dado muerte a Fernando.

—Yo! dijo el comerciante sin saber qué responder; esa es una calumnia; yo no lo he muerto; yo no soy capaz de matar a nadie.

—Y no solo tú eres criminal, sino también esa mujer a quien vas a unirte en matrimonio.

—¿Y cómo has sabido todo eso?... Pero te han engañado; yo no he tenido parte ninguna en el asesinato; quien sabe si esa mujer, con quien me supones matrimonio, haya tomado la venganza de matar a Fernando; bien puede ser, porque tiene una alma que no se conmueve por nada, ni retrocede ante ningún peligro, pero yo.... estoy inocente, y me has ofendido gravemente con tus palabras.

—No son mis palabras las que en este momento te inquietan, Silvestre; es tu conciencia: tú has asesinado a Fernando. La voz pública te designa, como también a esa mujer a quien un destino fatal te ha encadenado.

—Confieso que he estado en relaciones íntimas con Ana, que había pensado unirme a ella, pero yo no he asesinado a nadie; y puesto que esa mujer es acusada por la voz pública, desde ahora prometo no pensar más en ella y olvidarla.

—Silvestre, tú no puedes engañarme, cuando tengo en mi poder pruebas terminantes de que tú eres el asesino.

—Dices que tienes pruebas?

—Sí.

—¿Y qué pruebas son esas?

—Tus palabras, tu semblante, tu miedo, que

harian ver al juez menos esperto y previsor, que la voz pública no anda equivocada cuando te denuncia como el asesino.

—¿Y no tienes mas pruebas que esas?

—Puedo procurarme otras al instante.

—¿Y de qué modo?

—Haciéndote tomar preso y sometién-dote en seguida a todos los trámites de un juicio.

—¿Y tú lo harías?

—Silvestre, hace tiempo que vienes empañando a nuestra familia con tu conducta, pero jamas pudimos pensar que llegases hasta el extremo de salpicarla con sangre de tus semejantes alevosamente derramada.

—Pero si yo no soi el asesino.

—Está bien; puesto que no eres culpable y que nada tienes que temer de la justicia de los hombres, voi a incluírte en el proceso para que brille tu inocencia y queden tus parientes satisfechos.

—Pero eso seria una imprudencia y daría lugar a deshonoros comentarios.

—Seria una justicia, Silvestre, y daría lugar a tu completa vindicacion.

—Yo no puedo consentir en eso.

—El juez no tiene que consultar mas que la lei y esta jamas castiga sin pruebas.

—Ah! me perderias... ya soi bastante desgraciado para que pudiera soportar este nuevo golpe!

—¿Silvestre, asesino de Fernando! dijo el juez con vos solemne, tus crímenes te han de conducir a un abismo de donde no podrá sacarte ninguna mano amiga. Ahora puedo sal-

quando sarcasmos que hagan reír y que demuestren la tranquilidad de tu conciencia.

—Procuraré hacerlo así; pero la sombra de Fernando tal vez desaliente mi espíritu.

—El criminal, dijo el juez, que quiere escapar a la justicia, debe tener el cinismo, cuando no hai pruebas palpitantes en su contra, de escarnecer la memoria de sus victimas y empapar las manos en su sangre con insolente descaro.

Silvestre prometió hacerlo así y se retiró de casa del juez con un aire y un semblante muy distintos de los que tuviera algunos minutos antes!

El juez se fué a su tribunal porque queria en el mismo dia cerrar el proceso. Todo lo hizo hacer con una velocidad extraordinaria y solo se tomaron dos declaraciones. Nadie se presentó al juzgado a denunciar a los que aparecian sospechosos, por que no se ignoraba las relaciones que habia entre el juez y Silvestre. Tránsito habia querido presentar una acusacion en forma aconsejado y dirigido por César, pero despues de haber largo rato reflexionado, fué a buscar a su patron y le dijo:

—Señor, he pensado que no es conveniente presentar la acusacion que habiamos acordado: las sentencias de nuestros tribunales nos han hecho ver muchas veces la imperiosa necesidad de hacernos justicia por nosotros mismos: el favoritismo suele ahogar a la lei, y en este caso nos esponemos a caer en desgracia, y quien sabe si lejos de escarmentar al culpable, vamos a ser nosotros los perseguidos. No tene-

varte, pero temo que Dios quiera reparar la injusticia de los hombres y te hiera con la vara de su lei!

Silvestre confundido, anonadado no hallaba qué responder, y temblando procuraba implorar con los ojos al juez.

—Si, dijo este, te salvaré, porque mancharia a toda nuestra familia, el que uno de sus miembros pereciera en un cadalso por asesino.

—Yo no supe lo que hice, dijo al fin Silvestre trémulo y en actitud suplicante, yo estaba loco!... Anoche no he podido dormir; a todas horas, en todo lugar estoi viendo el rostro de Fernando; su sombra me persigue! yo sufro todos los tormentos del infierno! Pero ha sido esa mujer la que me ha inducido al crimen; ella puso el arma en mi mano; ella me acompañó a casa de la victima, ella me dio ánimos!... ah! maldita sea esa mujer! Pero tú me salvarás! seria muy afrentoso para la familia que yo muriera en un cadalso; dices bien; tu eres mi pariente y no puedes condenarme!

El juez se quedó meditando largo rato; buscaba en su imaginacion cómo desvanecer esa voz pública fatal, que resonaba en todos los ángulos de Santiago y que lo ponía en una situacion demasiado desesperante. Se decidió por fin a arrostrar los anatemas de la sociedad

—Es necesario, dijo a Silvestre, que te muestres hoy en todos los lugares publicos de Santiago; que tu frente se vea serena y erguida, que te ocupes mas que nadie en comentar el desgraciado acontecimiento, que por momentos hagas broma de él y viertas de cuando en

mos, señor, pruebas tan claras y terminantes como se nos exijiria, para poder triunfar del asesino y del juez.

—Habeis pensado bien, Tránsito, dijo César, habeis pensado mejor que yo. La justicia suele repartirse entre nosotros por partes bien desiguales, y se concede o se niega, segun conviene a los intereses del que sentencia o del que influye en él. Tenemos, pues, el negocio por nuestra cuenta y riesgo, y procuraremos tambien obrar con misterio y con sigilo.

—Dejad, señor, este negocio a mi cargo, porque yo tambien tengo una cuenta y harto importante que arreglar con el comerciante Silvestre.

—Es decir que este individuo tiene cuentas pendientes con todo el mundo?

—Como buen comerciante, se ha enredado en muchas especulaciones para estender la esfera de sus negocios; pero entiendo, señor, que no ha andado esperto y lo han sofocado.

—¿De qué manera podriais acercaros a él, o mas bien, podreis sorprenderlo sin que nadie se aperciba del objeto que os lleva?

—De la misma manera, señor, que él sorprendió a su victima. Como hace tiempo que le sigo la pista, no le he perdido ninguno de sus pasos, y anoche observé que rondaba con aire sospechoso la casa de aquel caballero. Jamas pude figurarme que se atreviera a dar el golpe, a pesar que divisé a su cómplice que conferenciaba con él. Yo tambien rondaré, señor, y aprovecharé la primera oportunidad para pagarle en nombre del señor Fernando la

visita que le hizo, y que ya a esto le es imposible volvérsela.

—Sería mejor que le juzgásemos, Tránsito, y después de sentenciado en conciencia y estricta justicia, mandásemos ejecutar la sentencia.

—Eso no es posible entre nosotros, señor, porque indudablemente seríamos sorprendidos antes de estender la sentencia. El que castiga a un criminal, solo puede merecer bien de los hombres y de Dios. Yo no tengo vuestros escrúpulos, ya os he pedido que dejéis a mí solo el negocio.

—Pero esto no debo hacer yo, señor Tránsito; no debo dejaros solo en el peligro.

—No importa, yo sabré tomar mis precauciones: quiero que corra de mi cuenta el asesino, y si gustais, podéis haceros cargo de su cómplice.

—Si, no es posible dejarla impune: ella es la verdadera criminal, la que ha inducido a ese miserable a cometer el crimen: debe, pues, ser castigada y os prometo que la castigaré.

—Debeis apresuraros, señor, porque según tengo noticias, esa señora ha reducido a dinero todos sus bienes, lo que quiere decir, que tiene meditado algun viaje y que este se encuentra próximo.

—Ah! quiere huir! dejando tras de sí las víctimas de su corrupeion y de su infamia! pero no conseguirá su intento: yo le cortaré las alas!

—Esa mujer vive ahora muy prevenida, señor, y se hace rodear de hombres que no

pronto se iba a ausentar a otros pueblos, en los cuales podía formarse círculo por su fortuna y enseñorearse en los estrados, quiso también burlarse de la sociedad, que anatematizaba con anécdotas picantes sus costumbres y estravios,

De un repente se esparció la noticia de que el juez de la causa había creído imposible el esclarecimiento de la verdad y había cerrado el proceso. Hé aquí lo que decía un periódico al siguiente día:

«Horrible asesinato.—Antes de anoche se ha cometido en esta ciudad un horrible asesinato en la persona del Sr. Fernando..... que ha consternado a toda la población. Parece que la víctima se encontraba escribiendo en una pieza a la derecha del patio principal de su casa, y que fué herido por la espalda en la parte superior del cráneo con arma contundente. Así consta del examen hecho por los facultativos nombrados al efecto. A mas, para mejor asegurar el asesino el éxito de su alebrosa empresa, lo estranguló valiéndose de la misma corbata del paciente. El matador ha probado que abriga una alma atroz y altamente corrompida, pues ha necesitado de tiempo para consumir su obra.

El señor juez competente, trasladado al teatro del suceso en las primeras horas del siguiente día, ha procedido con una actividad digna de todo elogio. Ha tomado declaraciones y practicado las demas diligencias determinadas por la lei, y muchas que le han sujetado su prevision y experiencia, con el celo de

M. DE R.

13

sentirán ninguna repugnancia en clavaros un puñal por la espalda. César se asombraba cada vez mas de haber amado tan profundamente a una mujer que parecía no abrigar un solo sentimiento jeneroso, y del talento con que esta mujer había sabido enganar al mundo.

—Yo tambien marche prevenido, señor Tránsito, dijo, y antes que hieran sus guardias ya los habré inutilizado.

Tránsito se retiró y César se dirigió a consolar a Auristella.

Mientras tanto todo Santiago esperaba saber con ansia el resultado de las pesquisas del juez. Ya andaban rumores muy desfavorables para éste en sociedad, y se anatematizaba el desearo, el cinismo con que Silvestre se presentaba en los lugares mas públicos a hablar del acontecimiento en términos repugnantes y mortificase de una desgracia que era por todos lamentada. Tambien llamó grandemente la atencion, el haber visto ese día a Ana pasear en coche por toda la ciudad y pasar dos o tres veces por la casa de César. Llevaba un aire de triunfo; su marchita hermosura resplandecía por sus ricos adornos, y una sonrisa sarcástica parecía que llevaba pegada eternamente a sus labios. Muertas ya las antiguas esperanzas de esta mujer, no se preocupaba de ellas y solo se recreaba en el éxito de su venganza. Sabia que su nombre había comenzado a deshonrarse, y esta idea que en un principio la había mortificado hasta el extremo de convertirla en criminal, una vez vengada había concluido por despreciarla. Como muy

un juez grandemente interesado en el triunfo de la justicia y en la satisfaccion de la vindicta pública.

"Pero a pesar de su actividad y de las diligencias practicadas, ha sido imposible rastrear las huellas del asesino; de manera que se ha mandado sobreer en la causa."

Este artículo había sido redactado por el mismo juez y Silvestre lo leía en alta voz a todo el que quería escucharlo.

El público se manifestó en un principio sorprendido y al fin se contentó con murmurar.

Cuando César tomó el periódico y leyó el artículo, dijo a Tránsito:

—He aquí, amigo mio, la justicia de los hombres!

Tránsito comprendió lo que su patron le quería significar y mudo y sombrío fue a meditar sus planes en el silencio.

CAPITULO XXIX.

Al día siguiente del asesinato de Fernando, Ana no había querido recibir a Silvestre ni a su hombre, disculpándose con que estaba indispuesta. El comerciante que la había visto paseando en coche, tenía razon para pensar que su cómplice se ocultaba, y que habiendo conseguido ya su objeto quería dejarlo olvidado en su camino. Pero él no era tan sonso que se dejase burlar así no mas por una mujer

por quien lo habia arriesgado todo, y se conformase con quedar siempre arruinado, sin crédito y a mas deshonrado. Pensó, pues, volver a la noche siguiente, y cien veces mas si fuera necesario, hasta conseguir ser recibido por Ana. El hombre que habia expiado a Silvestre, viendo que este se retiraba hizo él lo mismo, pero llevando igualmente el pensamiento de volver puesto que estaba citado.

Las tias de Ana, heridas profundamente por los rumores que corrian y hartas ya de tolerar la vida estravagante y misteriosa de la sobrina, la impusieron su voluntad y la ordenaron que abandonase la casa en el término de algunas horas. La orgullosa Ana ultrajó miseramente a sus tias y se preparó a salir de la casa en el acto. ya habia vendido hasta sus muebles, de manera que podia fácilmente trasladarse a cualquier parte mientras concluía los últimos preparativos de su viaje.

Aunque ahora alzaba su frente mas erguida que nunca, no podia permanecer en Santiago porque el aire la ahogaba y no encontraba terreno donde lucir sus encantos ni donde pudiera recrear su imaginacion. No queria ni pensar en Silvestre porque le repugnaba hasta su nombre y ya no podia serle útil. César solia preocuparla algunos instantes, pero como debía huir de él porque lo suponía en posesion de su secreto, trataba de distraerse y procuraba olvidarlo. Bien hubiera querido tambien hacerlo desaparecer del mundo, porque César podia ser tan peligrosa para ella como lo habia sido Fernando; pero le tenia miedo: y a

mas, en otros pueblos, no era fácil que el amante se acordase de su querida.

Ese dia en que se publicaba en un periódico el artículo que han visto en el anterior capítulo nuestros lectores, era el último que debía permanecer Ana en casa de sus tias. Tránsito estaba ya informado de los incidentes ocurridos y sabia que la cómplice trataba de cambiar de domicilio. Espiaba, pues, sin cesar su casa, porque Silvestre poco paraba en la suya, teniendo la seguridad de pillar en esa jaula el pájaro que perseguía. En la noche de ese dia estaba Tránsito oculto en una pieza frente a la casa de Ana, y vió entrar primero a un hombre que conocía por un bandido, y pocos momentos despues a Silvestre. Desde ese momento no despegó sus ojos de la casa de Ana. Había en el semblante del ex-secretario intimo de Silvestre, una espresion tan siniestra, que si éste lo hubiera contemplado, habria en el acto reconocido en él al juez vengador que venia a pedirle cuenta de sus actos.

Veamos lo que pasaba en las habitaciones de Ana.

Luego que a ésta se le avisó la llegada de su hombre, le mandó algunas monedas con su sirviente y las gracias por los servicios prestados; encargándole que estuviese siempre prevenido por si algo nuevo ocurria. Ya se iba a retirar este individuo, cuando vió entrar a Silvestre, y juzgando que podia serle conveniente quedarse, se fué a colocar sin hacer ruido en la misma ventana donde noches pa-

sadas habia presenciado la escena del comerciante con su patrona.

Margarita, que ya estaba prevenida, luego que conoció a Silvestre, corrió a avisarle a su señora que ya estaba a la puerta el comerciante. Ana se ocultó de prisa en el interior de la casa, advirtiéndole a Margarita que tuviera presente lo que le habia ordenado.

Silvestre no golpeó la puerta de la antesala, sino que la abrió y entró con aire resuelto. La sirviente le salió al encuentro.

—¿La señorita Ana está visible? le preguntó a la sirviente.

—Hoi ha amanecido sumamente enferma, contestó turbada Margarita; pero me ha encargado deciros, que si ahora tiene el sentimiento de no poderos recibir, espera de vuestra amabilidad que volvais mañana, pues tiene un asunto importante que tratar con vos.

—Las indisposiciones de vuestra señora, replicó Silvestre, son bien estrañas y repentinas: tened la bondad de decirle, que si ella tiene un asunto importante que tratar mañana conmigo, yo tengo otro mas urgente y de mas importancia todabia que tratar ahora mismo.

—Pero si está en cama, señor, y no puede recibir a nadie.

—Suplicadla en mi nombre que haga un paréntesis a su enfermedad, para que concluyamos de una vez nuestro negocio.

—Yo tengo que respetar sus órdenes, señor, y ella me ha encargado que no deje que nadie la moleste.

—Pues entonces, hija mia, dijo Silvestre

enfadado, yo solo penetraré hasta su lecho, sin necesidad de que vos me deis permiso.

—¿Qué haceis, caballero? dijo Margarita procurando contenerlo.

—Qué he de hacer, muchacha, entrar; ¡no lo veis?

Y se dirigió a las habitaciones de Ana. En valde Margarita trataba de estorvarle el paso; el comerciante la hacia suavemente a un lado y seguía caminando. Entró al salon donde regularmente recibia Ana, y lo encontró desmantelado; penetró al dormitorio, y conoció entonces que el ave queria volar pues ya habia desaparecido el nido. Silvestre se alarmó: la burla que se le hacia no podia ser mas completa. Reparó entonces que sobre una mesa que estaba en la primera habitacion, habia dos cajitas de ébano y recado de escribir. Margarita habia seguido a Silvestre, porque pensaba, que una vez que este se cerciorase de que su patrona no estaba en sus habitaciones se mandará cambiar; pero cuando vió que Silvestre abrió las dos cajitas, y se sentó en seguida a escribir, estuvo tentada por ir a poner en conocimiento de su señora lo que sucedia. El hombre que estaba en la ventana, devoraba con sus ojos lo que pasaba en la habitacion y tambien se habia fijado en las dos cajitas que habian alterado el semblante del comerciante.

Despues que Silvestre escribió algunos renglones, se paró para marcharse, y Margarita salió de la habitacion con paso acelerado y se fué en busca de Ana. Cuando el comerciante

se vió solo, tomó una de las cajitas y salió precipitadamente de la casa. El hombre que estaba a la ventana entró en seguida a la habitación, abrió la otra caja, vió que contenía alhajas, la ocultó debajo de su poncho, y se fué tras de Silvestre.

Un momento después entró Ana a su habitación, descolorida, trémula y llevándose las puertas por delante. Al ver que faltaban las cajitas de encima de la mesa, dió un grito extraordinario, horrible, que heló de espanto a Margarita. Se precipitó sobre la mesa a leer lo que había escrito Silvestre, y pasó con ligereza sus ojos sombríos por los siguientes renglones:

«Señora:

Me habíais prometido sería y solemnemente que os casaríais conmigo si llevaba a término feliz *vuestro proyecto*: vos habeis visto que no anduve desgraciado. Como yo solo quería vuestra fortuna y no a vos, porque sé que estais deshonrada, me llevo aquella y os dejo libre como antes. Pudiendo exijiros dos sacrificios, me contento con uno. Ya veis que soy generoso. Una sola palabra que salga de vuestros labios, os pierde, pues os denuncio aunque me pierda con vos. Reflexionad que es mas preferible la pobreza que el cadalso.

SILVESTRE»

Ana se arrancaba los cabellos y queria desolazarse.

—Ladrones! ladrones! gritaba; Margarita! corre! ese hombre me lleva mi fortuna y mis alhajas! Estoy perdida! corre en su seguimiento! que no se escape!..... No, no!..... aguarda!..... espera!..... ah!..... pero voi a quedar en la miseria!..... ladron infame! es necesario matar a ese hombre!.....

Y ahogada por la cólera quiso salir ella misma en seguimiento de Silvestre; pero sus ojos se nublaron, su cabeza se desvaneció y cayó al suelo. Margarita, después de guardar el papel que había leído Ana, fué a llamar a las demás personas de la casa para que la ayudasen a socorrer a su señora.

Silvestre mientras tanto marchaba mas que de prisa para su casa, sin embargo que llevaba la convicción de que Ana no lo haría perseguir. Había dado el golpe en regla y ya se consideraba dueño de una gran fortuna. Tránsito lo vió salir y esperó que avanzase algunos pasos para irsele detrás. En esto salió el hombre que había robado las alhajas, y por la manera con que se presentó en la calle como por la sorpresa que le ocasionó la presencia de Tránsito, juzgó este que el famoso pillo había hecho en el interior de la casa alguna de las sayas y trataba de huir antes de ser sorprendido. Sin mas que esta reflexion se le fué encima y le tomó por el ojal de la manta. Al tomarlo le descubrió la caja y ya no le quedó duda ninguna que había hecho un robo.

—Miserable! le dijo Tránsito, estás en mi poder! en mi voluntad está ahora entregarte a la policía! ¿Qué robo es ese!

El hombre se quedó mudo y en su turbación no atinó a esconder la caja.

—¿Con que te introduces a las casas para robar, infame? prosiguió Tránsito: a ver esa caja!

—No me denunciéis, señor, dijo el hombre en tono de súplica; aquí teneis la caja, pero dejadme partir.

—Espera; ¿qué viniste a hacer en esta casa, y qué negocios tienes con ese hombre que salió antes que tu?

—Yo no tengo que ver nada con ese caballero, señor: él tambien se ha robado otra caja igual a esta.

—¿Quién? ese caballero que se llama Silvestre?

—Sí, señor, el mismo.

—Ah! es tambien un ladrón! Mirad, amigo mio, dijo Tránsito calmado y con tono blando, os voi a hacer una proposicion y espero que la acepteis, porque es vuestra única salvacion.

—Mandad lo que gustéis, señor.

—Ese caballero Silvestre, tiene pendiente conmigo un negocio de mucha gravedad, y quiero concluirlo esta noche misma. Necesito de un compañero como vos, cuyo brazo esté ya ejercitado y cuya alma la haya entregado al demonio. Me entendéis?

—Ah! perfectamente, señor.

—Acompañadme entonces, y no solamente os salvo, sino que os dejo el robo que habeis hecho. A mas, os podeis tomar tambien una parte del que ha hecho ese caballero.

—Señor, os quedo agradecido; esto a vuestras órdenes.

—Antes de todo; vos siempre andais armado: entregadme vuestra arma. Que queréis; soi desconfiado, y se trata en este momento de jugar limpio.

El hombre sacó un puñal y lo entregó humildemente a Tránsito.

—Ahora, dijo éste, sigamos la pista a nuestro hombre que ya nos lleva mucha ventaja.

Y tomó del brazo al ladrón y se marcharon a paso largo a encontrar a Silvestre.

Ya iba llegando este a su casa cuando le dieron alcance. Se mantuvieron a cierta distancia hasta que entrase en ella. El comerciante se paró en la puerta y miró a todos lados: la noche estaba sumamente oscura y no vió a nadie. Entró y se dirigió apresuradamente a su habitación ordinaria. Cuando iba a cerrar la puerta para poder con seguridad contar los billetes, sintió que una mano robusta la empujaba; quiso atolondradamente contenerla, pero cedió aquella y Tránsito y el agente de Ana cayeron en la habitación dejando casi muerto de susto al comerciante. Tránsito toreó con rapidez la llave de la puerta y los tres quedaron encerrados.

—Por cierto, señor Silvestre, dijo Tránsito, que no esperabais la visita de vuestro antiguo secretario en un momento tan inoportuno. Pero qué queréis, señor, desde que se está acostumbrando entrarse de sorpresa en las casas donde habitan hombres solos, cualquiera se tiente y en este instante me pasa a mi algo parecido.

Silvestre tenia la boca llena de espuma, los

labios como un papel y todo el cuerpo le temblaba. Fijó sus ojos en el agente de Ana, y al notarlo Tránsito le dijo:

—Se me había olvidado presentaros a este nuevo amigo, que ha querido acompañarme en la visita que tengo el honor de haceros.

El hombre se había colocado en un rincón de la pieza y esperaba con calma y resolución el momento de ser útil. Silvestre no hablaba una palabra: estaba aturdido. La caja que contenía los billetes, estaba encima de una mesa a la vista de todos.

—Veo que continúa vuestro asombro, señor Silvestre, prosiguió Tránsito, y ya debíais haber salido de él, pues soi vuestro antiguo conocido.

Silvestre, que recién salía de su estupor, empezó a incorporarse, y haciendo algunos esfuerzos, pudo hablar.

—Todavía me guardáis rencor, señor Tránsito, dijo en tono humilde, y me perseguís cuando yo todo lo había olvidado. Si algo se os ofrece, hablad: conozco que os debo estar sumiso.

El pobre comerciante había comenzado a conocer su situación.

—Voi a hablar, señor Silvestre, continuó Tránsito, y espero que me escuchéis con resignación. No quiero hablaros de la multitud de niñas pobres inocentes que habeis deshonrado, de los infinitos abusos de confianza que habeis cometido con aquellas personas que os confiaban sus intereses, de las injustas persecuciones con que habeis abrumado a vuestros enemigos débiles, de vuestras miserables y

El comerciante no hallaba qué replicar; se encontraba en un suplicio tan angustioso como la muerte misma. Estuvo tentado por arrodillarse y pedir llorando su perdón por ver si ablandaba el corazón de Tránsito; pero volviendo su vista a ese otro hombre que se mantenía allí como una estatua y cuyo rostro le infundía miedo, no se atrevió a prosternarse por temor de que más fácilmente se le hiriese. En fin, se atrevió a decir a Tránsito con el mismo tono suplicante que ya había empleado:

—Conozco que he sido un criminal, que he abusado horriblemente de vuestra hermana, pero os pido perdón por ello, y estoy pronto a reparar mi falta obsequiando a vuestra hermana una fortuna; o si lo exijis, casándome con ella.

—El honor que se roba solo se paga con la vida, señor Silvestre, y un asesino jamás puede ser bueno para marido.

—¿Es decir entónces que venis a quitarme la vida? dijo temblando Silvestre.

—Pero seré más generoso que lo que fuisteis vos con Fernando: os daré tiempo para que hagais un acto de contrición.

—¡Ha! perdonadme! perdonadme! exclamó Silvestre; yo os daré toda mi fortuna, yo seré vuestro criado!... ¡no me quiteis la vida!

Tránsito, sin hacer alto en las palabras del comerciante, sacó de su bolsillo una cuerda y empezó a desenrollarla. Silvestre que vió esta operación, comenzó a correr por la pieza gritando socorro. Pero al primer grito que dió ya Tránsito le tenía tapada la boca y el agente de

criminales intrigas con Ana, del asesinato de Fernando y del robo que en este momento acabais de hacer a vuestro cómplice: no entraré en detalles sobre ninguna de estas proezas que enaltecen vuestra vida, y solo me limitaré a lo que personalmente me concierne.

Silvestre se consideraba en capilla y empezaba a meditar de qué manera podría salvarse. Estaba solo en la casa, y si pedía socorro, no conseguiría talvez otra cosa que apresurar el golpe. Su espíritu empezaba a desfallecer y apenas tenía fuerzas para sacar el aliento.

—Tuvisteis una vez, señor, prosiguió Tránsito, un secretario íntimo, que os servía, como vulgarmente se dice, al pensamiento; le pagabais con alguna exactitud, pero lo tratábais con mucho despotismo. Una vez fuisteis a casa de vuestro secretario, y no encontrándolo en ella, quisisteis entretener el tiempo deshonrando a una joven que allí encontrásteis. Como esta joven os hiciese resistencia, empleásteis la fuerza, la maltratásteis, y despues de rendida y desmayada, conseguisteis vuestro intento. Cuando llegó a su casa vuestro secretario, se informó de lo sucedido, y como esa joven era su hermana, juró vengarse de su infame seductor aun cuando se escondiese en la profundidad de la tierra. Tuvo sin embargo necesidad de disimular por algun tiempo para procurarse una posición y buscar una oportunidad; ya la ha encontrado, y viene, señor Silvestre, a cumplir su juramento. No tengo necesidad de deciros quien es ese secretario, pues no cuenta mucho tiempo mi historia.

Ana principió a atarle las manos por detras: en seguida le puso una mordaza y le ató los pies.

—Señor Silvestre, le dijo Tránsito, vos no habeis tenido en el mundo piedad de nadie, y habeis deshonrado, robado y asesinado: no teneis, pues, ningún derecho para implorar la compasión de los hombres. Vais a ser ahorcado.

Ató en seguida la cuerda a un gancho de fierro que estaba un poco más arriba de la ventana, echó una lazada al cuello del comerciante, y con ayuda del hombre que le acompañaba, tiraron la cuerda y Silvestre quedó colgando. Despues de asegurado bien, le desató los pies y las manos para que todo el mundo dijese que se había ahorcado.

Abrió despues la caja donde estaban los billetes de Ana, entregó algunos al hombre que le había ayudado, en cumplimiento de su palabra, tomó todos los demás para él, apagó la vela y se pusieron ambos en la calle. Al despedirse del agente de Ana, le dijo Tránsito:

—Con esas alhajas y ese dinero teneis asegurada vuestra subsistencia. Abandonad la vida de miserias que llevais, y procurad ser un hombre honrado. Ya veis el fin que tienen los criminales.

—Ambos tomaron por calles distintas; el hombre de la manta se echó las alhajas al bolsillo y botó la caja. Tránsito se fué en derechura, a casa de su patron.

César estaba en una sala paseándose sumamente ajitado: no había querido hablar con

nadie hasta esperar la vuelta de su dependiente: ni aun había ido a consolar a Aurislla, que todavía lloraba la pérdida de su padre y había caído repentinamente enferma. El corazón de César era jeneroso y noble, y en ese momento estaba dispuesto en favor de sus enemigos y asesinos de Fernando. Deseaba que Tránsito, a quien conocía demasiado, no les hiciese pagar con la vida sus maldades y crímenes, sino que inventase algún otro castigo menos imponente con que escarmentarlos. Si en ese instante Ana y Silvestre hubiesen implorado su compasion, los habría perdonado.

Lo sacó de su meditacion un golpe dado con suavidad a la puerta; César la abrió con presteza y se encontró frente a frente con Tránsito. Trató de leer en su rostro, con marcado interes, el resultado de la terrible mision que había ido a desempeñar; pero fué en vano: el semblante de su dependiente no revelaba nada. Le hizo entrar a la sala y le dijo que le diese cuenta de lo que había hecho.

— Esta vez tambien, señor, contestó secamente Tránsito he andado afortunado.

— ¿Qué es de Ana?

— Permanece aun en su casa, señor.

— ¿Y Silvestre?

— Está ahorcado.

— ¡Ah! que pronto fué a unirse con su víctima! El lo ha querido: sus crímenes lo han precipitado! ¿Y de qué manera, señor Tránsito, pudisteis llevar a efecto vuestra idea?

El dependiente contó entonces con una sangre fria que admiraba cada vez mas a César,

el deshonor y el desprecio público. ¿Y no habrá temor de que la policia pueda descubrir las huellas de los que han ahorcado a Silvestre?

— Todo el mundo dirá que se ha suicidado, señor, y fácilmente se creerá porque nadie ignora el mal estado de sus negocios.

— Decis bien; estaba quebrado: todos creerán en el suicidio. Ya desaparecieron los enemigos, señor, Tránsito, ahora procuremos mejorar la condicion de los que sufren porque no han querido corromperse.

Tránsito se retiró y César fué a consolar a Auristella, que estaba a cargo de una señora anciana la que la cuidaba como a una hija.

Al otro día volvió a alarmarse Santiago con la noticia de la muerte de Silvestre: todos quisieron contemplar su cadáver y a mui pocos inspiró compasion. Se decía y se creía, que el comerciante, viendo el mal estado de sus negocios y la ninguna esperanza que ya podía abrigar de levantarse, se había ahorcado por librarse de la penitenciaría a donde indudablemente lo habrían conducido sus fraudulentos manejos. La poblacion entera consideró esta muerte, como un castigo justo de Dios.

Ana, inmediatamente que supo la suerte de su cómplice, que le mataba toda esperanza de poder recojer su fortuna, cayó gravemente enferma.

El mismo periódico que había dado cuenta del asesinato de Fernando, hablaba en estos términos del suicidio de Silvestre.

«Suicidio.—Hoi ha amanecido ahorcado en su habitacion el comerciante de esta plaza Sr.

la manera como había sorprendido a Silvestre y en seguida ahorcado con ayuda del mismo agente secreto de Ana.

— Habéis sido un instrumento de la Providencia, señor Tránsito, dijo César, y habéis merecido bien de la sociedad, pues habéis quitado de ella al mas indigno de los hombres. Ahora olvidemos, y si esa mujer es tanto o mas criminal que lo era el comerciante, abandonémosla a su suerte, y ojalá que no tenga un fin mas desgraciado que él.

— Ya está tambien castigada, señor.

— ¿Y qué castigo le habéis dado? preguntó César con inquietud.

— No he sido yo quien se ha encargado de ella; ha sido su mismo cómplice.

— ¿Silvestre?

— Si.

— ¿Cómo? ¿qué es lo que ha hecho?

— Le robó todo su dinero y sus alhajas.

— ¿Es decir que ha quedado en la miseria?

— Así lo presumo, señor.

— Pero ese dinero debe existir en las habitaciones del ahorcado, y aun es tiempo que Ana pueda recojerlo.

— Las alhajas y una parte de los billetes, se llevó el hombre que me ayudó a colgar a Silvestre, y la otra parte la tengo en mi poder, la que pienso entregar a mi familia, deshonrada por el comerciante, para que recupere la estimacion de la sociedad.

— Esto es providencial, señor Tránsito; esa mujer no podía tener otro castigo mas desesperante que la pobreza, porque esta le apareja

Silvestre. . . Parece que sus negocios estaban en un pié fatal, pues se sabía que privadamente había perdido esperas a algunos de sus acreedores, los que no habían tenido dificultad en concedérselas, pues este comerciante contaba con una herencia que debía pronto recibir, segun decía, y con la que se aprontaba a cubrir sus créditos. Pero como nadie sabe lo que reserva a los mortales la Providencia, el Sr. Silvestre tuvo el dolor de ver desvanecida su allagüena esperanza, y no pudiendo ya dar cumplimiento a su palabra y viendo que no tenía ningun sério fundamento en que desansar su quiebra, resolvió poner término a sus dias, ató una cuerda a un gancho de fierro que había en su habitacion y se ahorcó.

No podemos disculpar el proceder del comerciante, y no sabemos si en buena conciencia merezca compasion de los hombres. Despues de haber arruinado a algunas familias, ahogando todo sentimiento religioso se da la muerte. Pero a nosotros no nos toca profundizar esta cuestion, y solo a Dios corresponde llamar a cuenta al suicida.

Este articulo había sido escrito por César, y Tránsito lo leía en donde había una persona que lo escuchase.

Solo el juez que había entendido en el asesinato de Fernando, no creía en el suicidio de Silvestre y se manifestaba mui preocupado al pensar en el destino de los criminales. Ni él, ni nadie, hizo el menor esfuerzo por descubrir si había culpables, y todo se terminó en un día.

Cuando el juez entró a la habitación de Silvestre y lo vió colgando de la soga, dijo para sí:

— ¡He ahí la justicia de Dios!

CAPÍTULO XXX.

CUATRO MESES DESPUES.

Cuatro meses después de los sucesos que acabamos de narrar, se veían pasear tomadas del brazo por los corredores de la casa de campo de César Martín, a Carolina y Auristella. Hablaban como dos hermanas y en sus semblantes se descubría la quietud de su espíritu, aunque a través de un ligero tinte de melancolía que desvanecía suavemente el color sonrosado de sus mejillas. En estos cuatro meses había experimentado la casa de César otra irreparable pérdida: el padre de éste había bajado al sepulcro a los dos meses de haber perdido a su esposa, sin haber declinado un solo día de sus costumbres ni haberse acercado una sola vez a sus hijos. Avanzado en edad y enfermo, fué inexorable consigo mismo, y dejaba que se gastase su vida sin que jarse y sin abandonar su soledad. Solo el día antes de morir reunió a sus hijas al rededor de su lecho, les dirigió algunas palabras carifiosas, les dió saludables consejos y después murió sin abatirse, como había vivido. Era por esto porque toda la familia vestía de luto y reflejaba en su semblante la tristeza que

había dejado en su alma el último adiós del jefe de ella. Auristella que ahora había tomado su nombre de pila, Laura, participaba también de corazón de todo lo que podía alegrar o entristecer a esa familia donde había encontrado tiernas afecciones y la felicidad que le había negado el cielo en los años primeros de su juventud.

Todas las mañanas, a pesar de los frios de la estación, paseaba Auristella por los corredores y alamedas de la quinta con alguna de las hermanas de César y hablaban largamente sobre las aflicciones del pasado y los proyectos de quieta felicidad del porvenir. Las hojas que se desprendían de los árboles, como las esperanzas que desprende del alma el desengaño, tenían una poesía vaga e indefinible que era grata al corazón de las jóvenes, y se complacían en figurarse que los objetos que las rodeaban, sensibles a sus pesares, tomaban también parte en su tristeza.

Elena ya se había ausentado de la casa, por que una vez que estuvo convencida del verdadero sentimiento de César y de que otra mujer embargaba su atención, se sintió herida profundamente y nada pudo ya en ella para hacerla variar de la resolución que había tomado. En valde César instó muchas veces por dárle explicaciones; jamás quiso escucharlo y se retiró por algún tiempo de la sociedad para no dejar a nadie traslucir su pena. Tenía esta joven demasiado orgullo y la martirizaba grandemente el recuerdo de haber sufrido un desengaño.

César estaba con su familia y cuidaba de ella con la solícitud de un padre complaciente y afectuoso. Quería borrar de la imaginación de sus hermanas, a fuerza de caricias y condescendencias, la severidad y aspereza de su padre.

Una mañana, decimos, paseaban por los corredores de la quinta, Auristella y Carolina; esta refería a aquella las vagas inquietudes que había experimentado en su vida, las veces que su corazón se había conmovido por el lenguaje o la presencia de un hombre, las ilusiones que la habían embriagado, las esperanzas que la habían alegrado, las realidades que la habían entristecido, toda la historia, en fin, de su corazón, desde el primer día que se despertaron sus sentimientos; y Auristella contaba a Carolina, la amargura de su aislamiento, el terror que le inspiraba el mundo, la corrupción y miseria que había sorprendido en el corazón de los hombres, la satisfacción tan íntima que había sentido al encontrar en medio de sus conflictos un protector que velase sobre ella, y todas las inquietudes y sinsabores de su vida errante y desamparada. Estas confidencias manifestaban la confianza con que las hermanas de César miraban a Auristella y el amor paternal que la profesaban. La pobre joven que apenas había conocido a su padre y que no había tenido ocasión de gastar sus tiernos y dulces sentimientos en el mundo, correspondía a aquel amor con toda la fuerza de sus gratas impresiones, y vivía tan agradecida del inmenso favor

que se le dispensaba, que sentía una verdadera pena cuando se la estorbaba que desempeñase algunas labores que podían serle fatigosas.

Desde una ventana asistía César a las confidencias de su hermana con Auristella, y se llenaba de orgullo y sentía una satisfacción bien dulce, al ver que él había librado a esta joven de los peligros de una vida que se ocultaba entre las inmundicias de una sociedad deshonrada, y la había proporcionado la ventura y la tranquilidad en el seno de una familia respetable y respetada. Pensaba que Auristella merecía eso y mucho más, pues ningún corazón más bello había conocido que latiese en pecho de mujer. La fortuna que heredó de Guadalupe, la había invertido en los pobres, porque su alma se aflijía al pensar en los sufrientes de sus semejantes y en las miserias que se ocultan en el mundo. No se había olvidado de aquella Romualda, y cuando hizo el reparto de sus bienes, la dió una cantidad que habría bastado para proporcionarle cómodamente la subsistencia en los años que podría vivir: esta acción acabó de cautivar a César y su familia, pues la joven olvidaba las crueldades e infamia de aquella mujer, y solo se acordaba que la había alimentado y atendido en la niñez. Pero la Romualda había bien pronto botado todo ese dinero en dar pábulo a sus vicios y en los excesos a que continuamente se entregara.

El carácter de César se había puesto aun más grave y llevaba constantemente pintada en su semblante la melancolía que estaba en

el fondo de su alma. Cuando hablaba con sus hermanas o Auristella, siempre se sonreía, pero con aquella sonrisa que es como el recuerdo de las penas de otra edad ingrata; y luego que notándola sus hermanas le preguntaban si estaba triste, les contestaba negativamente alejándose de ellas para no dejarles ver la impresión que le producían sus palabras. El desgano había herido a César tan profundamente, que había abierto en su corazón úlceras incurables. Aunque llevaba una vida tranquila y retirada, no podía encontrar la paz de su espíritu y continuamente se le sorprendía enbebecido en sus recuerdos. Todo le era indiferente; las mujeres pasaban por su vista sin que rozasen a su alma, y solo encontraba goces en la contemplación de la felicidad de aquellas personas que le eran queridas. Su rostro siempre pálido y su aire grave y distraído, eran diariamente para sus hermanas objetos de inquietud.

Ya no estaba a su lado Tránsito, pues se había ido a establecer con su familia a otro pueblo, mediante la fortuna de Ana que le había proporcionado Silvestre. Pero se veía cuidar las plantas y podar los árboles, a aquel Agustín que había sido secretario de clubs, y que ahora admitiera con gusto ese empleo, porque le parecía más aristocrático e independiente que el de doméstico, en el que, su natural carácter, estaba siempre comprometiendo sus costillas. De cuando en cuando solía divertirse a las niñas con sus teorías sobre la igualdad y sus graves cargos contra los legisladores, que por atender a intereses mezquinos y per-

—Dios os pague vuestras limosnas, señorita Auristella, dijo la mendiga, y fué a sentarse a descansar en un rincón del patio mientras cobraba fuerzas para volverse a la ciudad.

Auristella se marchó a encontrar a Carolina, y sus ojos iban agnados por el llanto y su corazón oprimido por la pena.

Reducida a la mendicidad la Romualda, le había puesto Auristella una mesada y jamás se la daba sin derramar lágrimas. Siempre tenía presente que en un tiempo la había tenido por su madre, y cada vez que le mudaba flores a la imagen de la Virgen que la había acompañado en todos sus infortunios y la que había adquirido en casa de la Romualda, le rezaba porque alcanzase esta mujer una muerte dulce y tranquila.

En la ciudad, en una casita pequeña y escondida, habitaba una mujer altanera y que conservaba todavía algo de su hermosura; esta mujer no podía conformarse con su pobreza, y vivía en un infierno porque vivía desesperada. Perteneciendo a las primeras familias, no podía presentarse en los estrados de ninguna casa honrada y decente porque su nombre estaba infamado. Los pocos recursos que contaba para mantenerse se le habían concluido, y se veía obligada a empeñar sus ropas para cubrir sus gastos. Continuamente recordaba sus épocas de esplendor y de ventura, cuando era el alma de la sociedad, cuando miraba brillar flores y luces, cuando los hombres inventaban dulces mentiras para conquistar su amor. Después se presentaban a su imaginación algu-

sonales, deseudaban los verdaderos intereses del pueblo, pues notaba que hasta la fecha ninguno había presentado un proyecto que declarase común la propiedad y reglamentase la repartición por igual de los bienes.

Esa misma mañana que conferenciaba Carolina con Auristella, se vió entrar al patio de la quinta a una infeliz mujer que llegaba a pie de la ciudad, abrumada por el cansancio y la fatiga; sus vestidos eran andrajosos y daban una medida exacta de su miseria; su rostro arrugado por la edad, tenía una expresión suplicante que inspiraba compasión. Esta mujer venía de vez en cuando a la quinta a recibir una limosna para poderse mantener. Carolina reparó primero en ella y le dijo a Auristella:

—Mira, ya está allí esa pobre ¿qué pena me da su situación!

Auristella se fijó en la mendiga, y corrió en seguida a su habitación: luego fué hasta donde ella y le presentó unas monedas, diciéndole:

—Tomad, señora: os doi ahora doble mesada porque reparo que cada vez os encuentro más afligida y más pobre.

Y al dejar caer las monedas en las manos de esa infeliz, tuvo que llevar el pañuelo a sus ojos porque no pudo contener las lágrimas. Esta mendiga era la Romualda: Auristella prosiguió:

—Cada vez que tengais hambre, señora, aunque no sea el día de la mesada, venid a buscarme, porque yo siento mucha satisfacción en socorreros.

nos nombres y se cargaba su frente de nubes sombrías. En ese momento hubiera querido estar sepultada en el último rincón del mundo.

Esta mujer era Ana.

Pero por muy amarga que fuese su situación, por muy poderosa la influencia de sus recuerdos, sentía siempre esta mujer inclinación al mundo, y su grande infortunio no había corregido en lo más mínimo sus sentimientos. Aquel Jacinto y aquel Vista-larga, parroquianos de Romualda, ya habían conseguido presentarse a Ana, a quien llamaban para entre ellas la nueva petrona, y ella los había recibido con secreta repugnancia y contra su voluntad, pero no con descortesía.

Un día que César se bajaba de su carruaje en la puerta de su casa, vió pasar frente a él a Margarita que llevaba un atado de ropa. La llamó y le preguntó que en qué se ocupaba. Margarita contestó que estaba siempre al servicio de Ana, y que en ese momento hacía diligencia de empeñar alguna ropa de su señora, porque no había con que satisfacer ciertos gastos indispensables. César se conmovió y sin decir una palabra a la criada entró en su casa. Después hizo llamar a Margarita y tomó las señas de la casa de Ana.

Una hora después volvió César a montar en su carruaje tristemente preocupado por lo que le había dicho Margarita.

Ana esperaba ya con impaciencia a su sirviente, pues no tenía absolutamente dinero y el dueño de la humilde casa que habitaba, le había escrito varias veces que satisficiera el

cánon del arriendo, y en un lenguaje exigente y descortés. Se paseaba en una salita pobremente amueblada; y hablaba sola y se quejaba.

— ¡La muerte! decía, ahí sería mas dulce! ¿A quién puedo recurrir yo que le merezca compasión? Todos me deshonran y me insultan! todos han celebrado mi desgracia! mi desgracia eterna!..... Ya consumí las pocas halajas que se escaparon de un ladrón infame! mui pronto consumiré tambien mis ropas!....
Y entonces, ah!..... ¿Quién querrá en el mundo socorrerme?

En este momento se abrió la puerta de la salita y apareció en ella César Martín exactamente vestido como cuando tuvo su primera entrevista con Ana despues de su primera ausencia. Esta se quedó helada, inmóvil, y abría sus ojos para fijarlos en César, porque le parecia una vision. La expresion de su rostro era estúpida y manifestaba perfectamente el espanto que le habia ocasionado la repentina presencia de su antiguo amante.

César avanzó en la sala con calma y seriedad: estaba vestido de luto y su semblante tan pálido y tan triste, como cuando se presentó lleno de sospechas y de celos a pedirle explicaciones a su amante. Se paró a una distancia regular de Ana y sin mirarla al rostro le dijo:

— Señora; la casualidad me ha hecho encontrarme con vuestra criada, me ha hablado de vos, y no he podido resistir a la tentacion de presentarme en vuestra casa. Si mi presencia ha podido haceros mal, señora, disimulad-

— Veo, señora, dijo César, que vuestra posicion es desgraciada, y que talvez sufrís privaciones.

— ¡Pero qué os pueden interesar a vos, señor César, dijo Ana un poco mas animada, mi posicion y mis privaciones?

— Si mi corazon, señora, se irrita contra las maldades del mundo, fácilmente se ablanda en presencia de sus infortunios. Yo no puedo ser enemigo de los que sufren, y a aquel que mas males me hubiese hecho, que mas hubiese herido mi existencia, yo le tenderia una mano si lo viese al borde de un precipicio.

— Teneis, señor, mui jenerosos sentimientos, dijo Ana bajando la cabeza como si se hubiere sentido avergonzada.

— Habiendo sabido, prosiguió César, que vos teneis necesidad de una jenerosa mano que os levante de la miseria en la que estais próxima a caer, vengo, señora, a tenderos la mia.

— Ah! exclamó Ana, yo no puedo apoyarme en vos, yo no puedo admitir vuestra proteccion, sin que me hayais primero perdonado!

César no manifestó la menor impresion y guardó silencio.

— Si vuestro corazon es tan noble, continuó Ana sobreponiéndose a sí misma, debeis tambien perdonar!

César permaneció lo mismo.

— Ah! no perdonais! de nada me puede entonces servir vuestra jenerosidad, si me negais lo único que de vos ambiciono y que es lo que puedo buenamente pedirlos!

— He venido a veros, señora, como a una

me, porque os prometo que no es mi intencion traerlos el fastidio.

Ana estaba confundida de miedo y de vergüenza: ya le parecia que César le iba a hablar de su pasada conducta, de sus relaciones con Fernando y del asesinato de este; y juzgaba que su sirviente habia informado a César del estado de pobreza en que se encontraba, y quién sabe si no le habria dicho tambien que andaba empeñando sus ropas para poder llenar sus compromisos. La presencia de César, era, pues, para ella un tormento, y aun no volvía completamente del estupor que le produjera. Guardó silencio por un rato y al fin pudo decir:

— Me ha asombrado vuestra presencia, señor, porque no esperaba que os bajáseis hasta penetrar en el humilde rincón donde he venido a ocultarme del mundo. No sé como recibiros, y no me atrevo a ofreceros un asiento que no sé si os dignareis honrar.

César colocó sobre una mesa su sombrero y se sentó en seguida mirando lijeraente a Ana sin que ésta lo notase. En los pocos meses que habian trascurrido desde la última vez que estuvo en sociedad con ella, habia ésta envejecido notablemente: se veian arrugas lijeras en su rostro; sus ojos estaban apagados y lánguidos; su color manchado. Ya no tenia aquella elegancia para andar, ni aquella altivez y dignidad para gobernar su cabeza: habia declinado rápidamente: no era ya mas que un triste desengaño presente al mundo como una leccion elocuente y severa.

persona a quien se conoce por la primera vez: no quiero saber lo que habeis sido ni lo que seréis: me fijo solo en lo que sois. Si en este momento mi proteccion os puede proporcionar algun alivio, decidmelo, señora, porque mi religion me manda socorrer al desgraciado.

— No necesito nada, señor, dijo Ana, porque todavia me quedan algunos vestidos que vender para cubrir mis necesidades.

César se paró y dió vuelta el rostro con alguna prontitud como para buscar su sombrero; pero fué para ocultar su emocion. Se volvió despues a Ana y le dijo con la misma seriedad con que hasta entonces se habia manifestado.

— Si de nada puedo valeros en estas circunstancias, señora, debo alejarme de vuestra casa. Ojalá que el cielo no sea tan severo como los hombres, y alivie vuestra pobreza y os conceda la tranquilidad en vuestros últimos dias.

Se inclinó levemente y se dirigió a tomar su sombrero. En el lugar donde estaba este y sin hacer el menor ruido, dejó César un pequeño envoltorio y se retiró con alguna inquietud. Ana se habia cubierto el rostro, y cuando ya sintió que César habia salido, alzó la cabeza y reparó en el objeto que aquel habia dejado sobre la mesa. Corrió a tomarlo, y vió que era un bolsillo que contenia algunas monedas de oro.

— Ah! exclamó, es el precio de mi deshonra! y quiso salir a detener a César para entregarle su dinero.

En este mismo momento se sintió el ruido del coche de César que se alejaba.

—¡Ha venido a dejarme una limosna! decía Ana, y yo tengo por fuerza que recibirla!... Ya he sufrido todas las humillaciones y sin embargo, no recuperaré jamás mi honor!

Cuando llegó Margarita encontró a su abogada señora que estaba hablando sola lamentándose de los rigores de la suerte. Había empacado los trastos que había llevado y dijo a Ana con cierta alegría:

—No os aflijáis, señorita, que aquí traigo el dinero para pagar la casa.

Ana no contó nada a su sirviente de su entrevista con César y la ordenó que la dejase sola.

El corazón de esta mujer había comenzado a sentir los golpes de la adversidad, pero todavía no abandonaba su fiereza primitiva. Ni una sola vez se había acordado de su hijo, y si había pensado en él en alguna hora de amarga expiación, su naturaleza había permanecido muda y jamás manifestó deseos de acercarse a él.

Con el dinero que César la dejó, tenía para atenderse algunos meses; pero ¡ah! del día que tocase a su fin! blanco del desprecio público, no tendría otro recurso que acabarse de marchitar en el vicio, para mendigar en seguida como la Romualda! ¡Destino fatal de la que quiere borrar sus debilidades con las intrigas, burlando la credulidad de los hombres o poniendo en ellos su esperanza!

César se fué derecho a su quinta sin poder

espantar de su imaginación la imagen de Ana. Se había conmovido profundamente al calcular el porvenir que aguardaba a esa mujer a quien estuvo a punto de sacrificarse, y admiraba la justicia de la Providencia que al fin viene a sorprender a los culpables, cuando ya se creen libertados de la justicia humana.

Al llegar a la quinta y apearse del coche, vinieron a recibirlo como lo tenían de costumbre, Carolina, Matilde y Auristella. César las abrazó a todas y se entró con ellas a sus habitaciones. Había dejado en la ciudad la desesperación y el dolor, y encontraba en su retiro la paz y la tranquilidad.

